
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01471547 8

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

FEDERICO LOLIÉE

HISTORIA
DE LAS
LITERATURAS
COMPARADAS

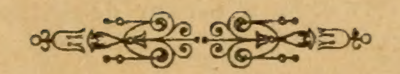
DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL SIGLO XX

VERSIÓN ESPAÑOLA

CON LAS ADICIONES Y CORRECCIONES DEL AUTOR PARA LA TERCERA EDICIÓN FRANCESA

POR

HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS



MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1905

EN PUBLICACION

Biblioteca de Psicología Experimental

NORMAL Y PATOLÓGICA

VOLÚMENES DE QUE CONSTARÁ ESTA BIBLIOTECA

1. **Técnica de psicología experimental. (Examen de los sujetos.)** Dr. Toulouse, Médico director del Asilo de Villejuif, Director del Laboratorio de Psicología experimental en la Escuela de Altos Estudios, París, N. Vaschide, jefe de trabajos, y M. Piéron, preparador del Laboratorio, París.
2. **La célula nerviosa.** Dr. G. Marinesco, Profesor de Clínica de enfermedades nerviosas en la Universidad de Bucarest.
3. **El Cerebro.** Dr. Betchterew, Profesor de Psiquiatría en la Universidad de San Petersburgo.
4. **La Médula.** Dr. Betchterew, Profesor de Psiquiatría en la Universidad de San Petersburgo.
5. **Fisiología psicológica.** Dr. L. Hallion, Jefe de trabajos en el Colegio de Francia, y Ch. Comte, preparador del mismo Colegio, París
6. **Las sensaciones internas.** Dr. Brissaud, Profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de París.
7. **La sensación y la percepción.** Courtier, Jefe de trabajos en la Escuela de Estudios Superiores, París.
8. **El Tacto.** Dr. Vurpas, Interno del Asilo de Villejuif.
9. **El Olfato.** N. Vaschide, Jefe de trabajos del Laboratorio de Psicología experimental de la Escuela de Altos Estudios, París.
10. **El Gusto.** Dr. Marchand, Médico de los asilos, París.
11. **La Visión.** Dr. Nuel, Profesor de Oftalmología de la Universidad de Lieja.
12. **La Audición.** Dr. Pierre Bonnier, París.
13. **El Instinto sexual.** Dr. Bajenoff, Moscou.
14. **El movimiento.** R. S. Woodworth, «Instructor» de Psicología en la Universidad de Columbia, New-York-City.
15. **El trabajo y la fatiga intelectual.** Dr. Ruggero Oddi, Profesor en la Universidad de Génova.
16. **El sueño y los ensueños.** Piéron, Preparador en el Laboratorio de Psicología experimental de la Escuela de Altos Estudios, París.
17. **Lo Inconsciente.** Ducasse, Profesor de Filosofía agregado en el Liceo de Evreus.
18. **La Atención.** X***.
19. **La Memoria.** J.-J. Van Biervliet, Profesor de Psicología en la Universidad de Gante.
20. **La Personalidad.** Dr. Pitres, Profesor de Clínica médica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Burdeos, y Dr. Régis, encargado del curso de Patología mental en la misma Universidad.
21. **La Asociación de ideas.** Dr. Ed. Claparède, Privat-docent de la Universidad de Ginebra.
22. **El Juicio y el conocimiento.** J. Mark Baldwin, Profesor de Psicología en la Universidad de Princeton (N. J.).
23. **La Imaginación.** L. Dugas, Doctor en Letras, Profesor agregado de Filosofía en el Liceo de Rennes.
24. **Las emociones.** Dr. G. Sergi, Profesor de Antropología y de Psicología experimental en la Universidad de Roma.
25. **El Carácter.** Malapert, Doctor en Letras, Profesor agregado de Filosofía en el Liceo Luis el Grande, París.
26. **La Voluntad.** Paulhan, París.

HISTORIA

DE LAS

LITERATURAS COMPARADAS

FEDERICO LOLIÉE

HISTORIA
DE LAS
LITERATURAS
COMPARADAS

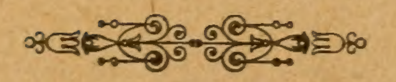
DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL SIGLO XX

VERSIÓN ESPAÑOLA

CON LAS ADICIONES Y CORRECCIONES DEL AUTOR PARA LA TERCERA EDICIÓN FRANCESA

POR

HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS



MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1905

MADRID, 1905.—Ginés Carrión, impresor, Verónica, 13 y 15.

«En presencia de un designio tan vasto no me engaño en modo alguno sobre mi insuficiencia; cuando los materiales son innumerables, las cuestiones difíciles, la vida corta y el tiempo lleno de tempestades, se necesita mucha presunción para comenzar un libro destinado al aplauso de los hombres. Pero no persigo la gloria, que sólo se concede al genio: cumplo simplemente un deber de conciencia...».

OZANAM.

PRÓLOGO

Dos sentimientos muy claros y que á primera vista parecen excluirse, pero que sólo tienen de contradictorio la apariencia, se desprenden de la lectura de esta historia intelectual y moral de la humanidad desde sus orígenes hasta el siglo XX.

El primero es que la civilización, si se la considera en su conjunto, no es obra propia de ningún tiempo. Si ciertos pueblos han contribuído á ella con mayor poder ó brillo y siguen siendo ante el mundo su expresión más alta, no hay, aun entre los menos renombrados, ninguno que no haya llevado á ella su parte de labor útil. En la penetración resultante de la conquista, violenta ó pacífica, la nación conquistada, de un modo más ó menos directo, ha ejercido á su tiempo sobre la nación conquistadora, una acción de retroceso. Y al fin, este incesante cambio de ideas y sentimientos á través del tiempo y del espacio constituye el más generoso, como el más viviente, de los internacionalismos.

El otro sentimiento, no menos vivo ni preciso, es que en el común esfuerzo que arrastra al mundo civilizado hacia un ideal siempre mejor, cada pueblo conserva su actividad y su individualidad particulares. Orientales, griegos, latinos, franceses, sajones, anglo-sajones, han desempeñado el papel que solamente ellos podían desempeñar. Para estudiar, en una palabra, la sucesión de las capas sobre que está fundada esta perpetua exaltación de la humanidad, es forzoso conocer, en la naturaleza de los aluviones, la raza que los ha aportado

Y esta conclusión, cuyos términos se confirman, lejos de contradecirse, es muy consoladora. Con la autoridad de la historia imparcialmente seguida en todas las manifestaciones del pensamiento, establece la realidad de la idea del progreso general y de la solidaridad humana; al mismo tiempo esta conclusión pone, por decirlo así, á cada pueblo en situación de continuar la obra universal, le estimula en los caminos que ha abierto ó ensanchado, dejándole la responsabilidad gloriosa de su propio genio.

Sin embargo, después de esta tranquilizadora ojeada al pasado, si la mirada se dirige al porvenir, no se fija en él sin turbación. Aun en este pasado de la civilización, que ha llegado al magnífico florecimiento cuyo fruto recogemos nosotros, el mundo ha conocido bastantes años, siglos casi, de barbarie. La causa no estaba solamente en las luchas entre pueblos vecinos, formados para entenderse á pesar de sus pretensiones rivales, y que al fin y al cabo acercaban más ó menos la comunidad ó el parentesco de las

razas, la semejanza de los intereses, el progreso de las costumbres y de las ideas; sino en que á medida que la humanidad se desarrolla, estas crisis (siempre temibles, aunque menos graves, menos prolongadas), cuando estallan, levantan contra la nación culpable de una ambición ilegítima ó de una opresión criminal, violentas protestas; protestas que una inteligencia enérgica hará prevalecer algun día. Y hay que esperar que los tribunales arbitrales sean la futura salvaguardia de la civilización.

Pero al salir de la antigüedad y en los orígenes de los tiempos modernos, grandes soplos de tempestad han pasado sobre el mundo. La ola de las invasiones germánicas, húnnicas, bárbaras, mongolas, se ha extendido, saqueando, destruyendo, enterrando bajo las ruinas, borrando casi el recuerdo de los monumentos de la vida anterior.

¿Qué saldrá de esas profundidades del Oriente, inmóvil todavía hoy y como dormido en sus masas hondas, pero que todo solicita su despertar, como la bienhechora acción de Rusia en las regiones siberianas, la opresión inglesa en las Indias, el contacto con la actividad europea en el Japón y en el umbral entreabierto de la China?

Y si, como en otro tiempo, este mundo oriental se pusiera en marcha, ayudado de todos los ingenios de la ciencia que desde este momento se ha apropiado; si cediera á la brutalidad de los apetitos que en otro tiempo precipitó sus hordas ¿qué llegaría á ser del rincón del mundo en que reposan los fundamentos de la civilización moderna? ¿Se dejará ganar progre-

sivamente el Oriente por nuestras ideas? Después de haber comprendido y gustado sus beneficios ¿querrá solamente conservar el provecho, é invocando á su vez la doctrina de Monroe, rechazar fuera de su seno la colonización europea, para devolver el Asia á los asiáticos? ¿En qué medida los intereses, que son también agentes de civilización, concurrirán á operar pacíficamente este reintegro de posesión, que parece inevitable?

Conocemos la civilización greco-latina por la historia y por todo lo que ha dejado de fecundas semillas; gozamos de la civilización europea, tal como se ha establecido en lo que se llamaba antes para distinguirlos uno de otro—distinción que hoy ya no existe—antiguo y nuevo mundo; ¿conoceremos la civilización universal, fundada en el respeto mutuo de los pueblos, en la expansión definitiva de las ideas y de los sentimientos, que son en conjunto su consecuencia, su consagración y su garantía?

Son estas grandes visiones las que evoca y hace surgir ante la imaginación conmovida la *Historia de las literaturas comparadas*, tal como la ha comprendido M. Federico Loliée. No bastaba traer á este cuadro del pensamiento humano los hábitos de crítica literaria hábil para agrupar las obras maestras, y resumir su acción; era necesario además la seguridad del historiador propiamente dicho para sorprender de nuevo su filiación, la sagacidad del filósofo para recoger su espíritu. Y en esto es en lo que M. Federico Loliée se esfuerza. Ama este género de estudios psicológicos, de que M. Fouillée, en su hermoso

libro sobre *Psicología de los pueblos europeos* (*), presentaba un modelo recientemente.

En una empresa tan grande no es posible en modo alguno ayudarse del concurso de todo el mundo, aun cuando fuera á riesgo de algunas citas menos autorizadas. Por otra parte, ¿cómo no exponerse á lagunas? Evidentemente, si M. Federico Loliée no hubiera querido permanecer fiel al cuadro ya tan extenso que se había trazado; si para prestarse mejor al lector no hubiese tenido que encerrar en algunos centenares de páginas toda la historia del trabajo intelectual de la humanidad, habría podido detenerse más en el examen de las cuestiones de orígenes, se hubiera complacido en desarrollar ciertos períodos muy fecundos, muy activos, y no se hubiese privado entonces de los auxilios de determinadas luces en la literatura de las bellas artes y en la literatura de las ciencias.

M. Federico Loliée es ante todo un clásico, que ha hecho lo que se proponía hacer, y no pensamos poner en duda algunos de sus juicios, por mucho placer que se tenga en discutir con un hombre de saber y de gusto. Muestra claramente cómo en este movimiento de la literatura de todos los pueblos se preparan, se desarrollan y terminan las ideas; conforme á qué corrientes pasan de un país á otro; por qué acción, después de haber franqueado las fronteras de su patria primitiva, vuelven á ella y se hacen consagrar; describe con un acierto feliz los impulsos pro-

(*) Madrid, Jorro, editor. Traducción española.

gresivos y las reacciones, los influjos rivales, las alternativas de detención y de progreso; se complace, en fin—este es propiamente su objeto—en poner en claro «el sentido impersonal y general por donde los verdaderos genios se identifican, no sin acusar en ellos mismos un gran relieve de personalidad con su país, con su tiempo, con el género humano entero.»

Así llevado, su libro ofrece un interés á la vez variado y sostenido; sostenido por la idea que en él persigue, variado en razón de la multiplicidad de los puntos de vista á que le trasportan sucesivamente las zonas intelectuales que atraviesa: es, en suma, la obra de un espíritu juicioso y de una pluma experta.

Estos estudios de literatura comparada, que pueden contribuir tan eficazmente á la educación internacional de los pueblos, ayudando á propagar en el mundo las ideas de tolerancia, de paz, de armonía, son hoy objeto de una especie de predilección al otro lado del canal de la Mancha y del Rin. M. Federico Loliée, tendrá el mérito de haber intentado el primero en Francia, según el hermoso epígrafe que ha tomado de Ozanám, «este vasto designio».

GRÉARD.

La evolución histórica de las literaturas.

HISTORIA
DE LAS
Literaturas comparadas
DESDE LOS ORÍGENES HASTA EL SIGLO XX

CAPÍTULO PRIMERO

Antes de la historia.—Las primeras huellas del pensamiento.—El Egipto á principios del mundo antiguo.—Varios focos de cultura se revelan en el polvo de la Caldea.—Las civilizaciones coexistentes de los pueblos y de las razas superpuestas á lo largo del Eufrates y del Tigris.—Lejos del Asia menor.—Entre los habitantes del Celeste Imperio.—En las altas mesetas de la América Central.—En la India védica.

Se ha llegado en nuestros días á formar científicamente la teoría de las primeras edades.

A principios del siglo XVIII ya Jussieu fundaba la arqueología comparada; y desde entonces los descubrimientos antropológicos han proporcionado un inmenso suplemento á la historia.

Pero la paleontología lingüística queda por crear.

La ciencia moderna, decimos, ha podido recoger, conforme á las divulgaciones del suelo, los más antiguos vestigios de la humanidad. Ha podido mostrarnos, en tiempos cuya lejanía desafía los cálculos, seres semejantes á nosotros, caminando en compañía de felinos gigantescos, faldeando las

rocas abruptas, errando por los bosques, deslizándose en el fondo de las cavernas, interpelándose por medio de interjecciones roncas ó de monosílabos confusos, ó encontrándose hambrientos, en la persecución de una misma presa; trabajando, sin embargo, por instinto en desprenderse de la brutalidad nativa; desgastando el silex, tallando y pulimentando la piedra, agujereando los huesos de los animales, realizando un esfuerzo inmenso para hacer el hacha grosera; habiendo dado ya un paso prodigioso por el descubrimiento del elemento vital, por la invención de la primera llama; preludiando, finalmente, con una lentitud secular esta situación de adelanto prehistórico, cuya representación culminante serán la edad del bronce y la primera edad del hierro.

En cambio, no le ha sido dado reconocer tan seguramente el punto de partida enteramente primitivo de las obras del espíritu humano. De igual modo que la historia política nada sabe de los indios antes de Alejandro, de los medos antes de Ciáxares, de los griegos antes de Danao, así la historia intelectual está privada de luz acerca de las más remotas expresiones del pensamiento, buscadas en la fuente misma.

Después de tantas interrogaciones é investigaciones seguidas en los archivos del mundo, no sabría hoy determinar de un modo cierto el núcleo originario de las razas escogidas que fueron llamadas á ser las iniciadoras de los pueblos. La imaginación tantea en la noche de las viejas edades, sin esperanza de distinguir el hilo conductor que la llevaría al principio del lenguaje y de las ideas. No se dirá nunca cuáles fueron los primeros cantos ó las primeras quejas, todavía semejantes á gritos, que en labios humanos trataron de expresar los balbuceos del amor, el vago concepto de una vida superior, el gemido del dolor, ó el misterioso temor de lo sobrenatural.

No es dudoso que antes de la entrada de los pueblos «semíticos» é indo-europeos en la escena de la historia, los hombres no hayan conocido civilizaciones muy remotas y no

les hayan sido deudores de una larga experiencia de vida moral y material. Sin embargo, su contorno se nos escapa á través de la oscuridad de las conjeturas. En los tiempos indeterminados, que los estudios prehistóricos más precisos dejan flotar entre los sesenta y cuarenta siglos antes de nuestra era, se indican, se hacen adivinar, más bien, los primeros contactos de los grupos humanos, poco á poco desprendidos del lento período de vida inconsciente. Es verosímil que desde entonces el mundo estuviese ocupado por las tres grandes razas que aún se reparten su territorio, y que en el espacio de tierra entregado á la posesión de la raza blanca, Europa, Asia menor y Anterior, dos movimientos progresivos se sucedieran: el uno salido de las regiones atlánticas, y caracterizado sobre todo por la llegada de los iberos á Europa ó de los bereberes al Africa, el otro venido de Oriente y habiendo traído consigo, en su recorrido, y por series de inmigración, elementos de industrias y de creencias (1). Está, finalmente, averiguado que el encuentro y la penetración recíproca de estos movimientos contrarios han dejado señales en las más viejas tradiciones de Grecia y de Italia.

En realidad, el Egipto y la Caldea aparecen solos, claramente, al principio del mundo antiguo, como planetas aislados gravitando en el espacio, en el seno de la oscuridad universal. Todo el resto de los hombres es de algún modo nulo para nosotros; han pasado como sombras de que no quedan huellas. Hasta la lejanía donde penetran las hipótesis eruditas, no parece que puedan abrirse camino más allá de estos pueblos, cuya existencia se apoya en hechos que no ofrecen de positivo más que la concepción, por ejemplo, de un Asia antehistórica turania (2) y kuschita.

---

(1) V. André Lefèvre, *L'Évolution historique.*

(2) Turanios es el nombre que se ha dado á las poblaciones dispersas, que desde la Finlandia hasta las orillas del Amur, habitan el Norte de Europa y de Asia, fineses, tchudos, tártaros, mongoles, tungusos ó turcos, constituyendo, por las afini-

§ 1.

La imaginación experimenta un brusco sobrecogimiento al pasar de los sombríos bosques en que vegetaban las tribus primitivas, á los templos misteriosos del Egipto, á las espléndidas civilizaciones del Oriente.

Bastante antes de que los poetas reunidos en la corte de Tutmosis III ó de Ramsés II, el padre del Faraón del *Exodo*, hubieran armonizado sus cantos para glorificar las hazañas de sus dueños «hijos del sol», hijos de Amnón, «señores de las dos diademas», había habido artistas y autores en Egipto. Desde el período menfita, desde las dinastías III, IV y V, los textos jeroglíficos abundaban, desprendiendo, por cima de las supersticiones populares y las divagaciones sacerdotales, indicios de verdadera filosofía, ó trasmitiendo á los siglos futuros hasta los menores detalles de la vida pública y privada del pueblo de los Faraones.

Al fin de sus días, en el cercano momento de ir á dormir en la necrópolis de Giseh, un gran funcionario de los primeros tiempos de la sexta dinastía, quiso que se inscribiera en su tumba el título de que se gloriaba, el de gobernador de la Casa de los libros. Había, por tanto, libros, había una literatura bastante considerable ya para llenar bibliotecas, bastante importante también para que se dedicara á ella especialmente la dirección de un grande de la corte.

Entre estas obras, irremediablemente perdidas, algunas se remontaban muy alto sin duda. Las había anteriores quizá

---

dades filológicas y por la identidad de origen, una sola y misma familia. Los turanios no se vieron siempre confinados en las regiones septentrionales que hoy los contienen, sino que conocieron países más favorecidos por el sol que los valles del Ural ó las laderas del Atlaï, en las épocas indeterminadas en que sus tribus errantes recorrían el Asia Anterior, industriosas ya y poseyendo el uso civilizador de los metales, del oro, de la plata y del bronce.

al reinado de Menes, el fundador de Menfis. Allí se encontraba el *Libro de los muertos* (1), ritual extraño y consagrado por el respeto de todos; poemas históricos celebrando los dichos y los hechos de los antiguos reyes, ó tratados acerca de las ciencias positivas y ocultas; novelas, cuentos, canciones de amor también, quizás análogas á las que nos han llegado de una época muy posterior (2) y, ante todo, escritos religiosos.

Los libros sagrados de los egipcios precedieron largo tiempo á los *King* de los chinos, á los *Vedas* de los brahmanes, al *Zend-Avesta* de los guebros.

§ 2.

Al norte y al este del Egipto, cuya raza primitiva se enlaza con los pueblos blancos del Asia menor, en la inmensa extensión de territorio comprendida entre el Mediterráneo, el mar Negro, el Cáucaso, el mar Caspio y los mares que bañan las costas meridionales de este continente, se mezclaban en un confuso movimiento naciones de diferentes orígenes. Las unas habían permanecido fijas en el suelo en que vivieron sus antepasados, otras habían venido en gran parte de las estepas del Asia septentrional, en busca de climas más dulces.

Comunmente, se repartían el vasto territorio de la Caldea.

---

(1) Del que se han hallado numerosos ejemplares en papiro sobre las momias.

(2) Restos más ó menos considerables de tres colecciones compuestas durante el segundo período tebano, hacia el siglo XIII antes de nuestra era, han revelado el secreto de los amores egipcios á nuestros eruditos, y fragmentos de composiciones líricas análogas, han sido hallados hasta en estelas funerarias. No difieren gran cosa en sus motivos, cuya inspiración tiene raíces en las entrañas mismas del hombre, de las que los árabes han recogido en tiempos posteriores; y en las formas de expresión ó de composición de algunas de estas canciones, un eminente egiptólogo, M. Maspero, ha pensado casi reconocer la manera de los *stornelli* italianos.

Ciertas de estas tribus errantes, sucesivamente constituídas en cuerpos de nación, los accadios—un pueblo encontrado ayer y que no se puede enlazar por el idioma ni por las concepciones religiosas á ninguna familia conocida—los accadios y los sumires ó sumerianos, revelaban un estado muy adelantado. Cuando llegaron á la región del bajo Eufrates, poseían la escritura (un género de signos considerado como una simplificación de jeroglíficos), principios de legislación, una religión completa, y su superioridad industrial no temía rivales. Se sabía entre ellos construir y fortificar ciudades, forjar el bronce y probablemente el hierro, construir carros, tejer la lana, erigir estatuas, esculpir bajo-relieves. Uno de los milagros de la erudición contemporánea, ha sido justamente llegar á descifrar uno de ellos, la estela de E-Anna-Du,—precioso hallazgo de M. de Sarzec, al presente en el Louvre;—porque, al mismo tiempo que la fisonomía de uno de sus jefes,—un jefe local, Gudéa—ha podido reconocer el alfabeto, de cuatro á cinco mil años de antigüedad (1), que sirvió á los habitantes de Ur y de Sirpula para cambiar sus pensamientos y para redactar en las murallas de sus monumentos las primeras páginas de la historia.

Desde el año 4500 próximamente antes de nuestra era (otros hacen remontar la fecha mucho más atrás), hasta el

(1) Las inscripciones asirias llamadas Tablillas de Nueva York—de que hablamos más adelante—parecen demostrar, por la existencia de varias palabras semitas, que antes del 4500 los semitas habían ejercido un cierto influjo sobre los sumerianos. El ascendiente logrado por el rey semita Urukagina sería otra prueba de ello, y de aquí se ha deducido que la emigración semítica á Babilonia remontaría al menos al siglo L. Ahora bien, como observa el Dr. Latouche-Treville, está averiguado que estos fueron los únicos dueños del país durante un período que, según los mejores cálculos, no fué inferior á mil años. La historia y la civilización sumerianas habrían, por tanto, comenzado cerca de seis mil años antes de Jesucristo.

año 2000, en que desaparecieron completamente, cubiertos por la invasión y la conquista semítica, los pueblos de Sumir y de Accad vivieron en las cercanías de la confluencia del Eufrates y del Tigris, perfectamente distintos. Por el tipo, como por la lengua, permanecieron diferentes de los demás hombres de nariz aguileña, de barba espesa, establecidos en su vecindad (coseanos, cisios, kuschitas del Tigris, arameos del Eufrates) y de los nómadas del desierto. Legaron á los que les reemplazaron, asirios, fenicios ó judíos, una tradición escrita, abundante y fecunda. Venidos bastante después que ellos, los judíos en particular, les fueron deudores de mucho. Formas de ideas ó de imágenes, figuras poéticas, que había costumbre desde hacía tantos siglos de considerar absolutamente bíblicas, y de que se hacía honor á la palabra inspirada de los hebreos, y hasta formas de estilo, como «el paralelismo de los miembros», se han revelado como de origen puramente acadio á las últimas interrogaciones de la ciencia epigráfica. En los salmos atribuídos á David, se encuentran las formas de la antigua raza de Accad y se oye un eco de sus oraciones (1).

§ 3.

Otro pueblo coexistía con aquél, diferente en origen, en temperamento, en tendencia. La lengua que hablaba era un idioma semita. Desde fecha muy antigua había fundado establecimientos en el Tigris, en el Eufrates y en el golfo Pérsico. Estaba destinado á formar en el porvenir el elemento preponderante de la población caldea, á la que había aportado creencias, ritos y prácticas, hasta entonces desconocidos de los primeros dueños del país. De la clase de religión, llena de evocaciones, de fórmulas ocultas y de himnos misteriosos que resultó de la mezcla de las ideas nuevas y de las anti-

(1) Ledrain. V. Schrader, *Die Hœllenfahrt der Istar, nebst Proben assyrischer Lyrik*, Giessen, T. Ricker.

guas, el *Libro de los malos espíritus,* cuyos restos nos han llegado, ha quedado para la ciencia moderna, como singular testimonio.

Tres mil años antes del nacimiento del hijo de Taré (1), habían sido cubiertas de inscripciones cuneiformes tablillas que permiten á la ciencia moderna formar la lista cronológica de los reyes de Babilonia de hace setenta siglos, y atestiguan que en esta parte del mundo, la civilización había llegado á su apogeo en una época anterior á la era cristiana durante un lapso de tiempo cincuenta veces secular (2).

Sin embargo, las razas y los pueblos superpuestos á lo largo del Eufrates y del Tigris, se fusionaban y amalgamaban viviendo unas al lado de otras. Con el curso de los tiempos iban perdiendo el recuerdo de sus anteriores emigraciones, y se habituaban á creer que nunca habían habitado otro país que la Caldea. Entonces se formaron una especie de historia mítica, y sus fábulas fueron enseñadas en libros. Los sacerdotes más reputados en saber ó mejor dotados de imaginación, contaron en ellos los episodios milagrosos del génesis del mundo (3); la formación de las primeras familias, luego la ingratitud de los hombres ya corrompidos y malvados; la cólera de Bel el Todopoderoso, habiendo jurado, en su furor, destruir lo que había creado; el cataclismo del diluvio, el arca liberadora, la confusión de las lenguas y la fundación

---

(1) Abraham y el patriarca Taré, su padre, nacieron en el país de Ur (hoy Mugheir) en Caldea, de donde vinieron á Canaam.

(2) Estos ladrillos ó cilindros han sido descubiertos en 1900 por M. E.-A. Hoffmann, decano del seminario teológico de Nueva York y descifrados por el reverendo Hugo Radan.

(3) La erudición moderna ha encontrado en la comparación de los mitos babilónicos con los primeros capítulos del Génesis bíblico, tema para los estudios más atractivos, desde que el sabio inglés Jorge Smith descubrió la historia de la creación, escrita extensamente en las tablillas asirias de la biblioteca de Assurbanipal, en Ninive.

de la primera dinastía caldea, después del reinado de los dioses y de los gigantes.

Uno de estos reyes se llamaba Shargina, primero de este nombre. Era un príncipe conquistador y civilizador. Había aumentado su propia autoridad, fundado ciudades, establecido la preponderancia de las razas semíticas en toda la Caldea. Al mismo tiempo, se gloriaba de proteger la ciencia. Reunió en Uruk (la Orchaé de los antiguos, la Orekh de la Biblia, la Warkah de los modernos), una importante biblioteca, por la cual se la denominó la Ciudad de los Libros. A su instigación, servidores llenos de celo supieron reunir allí, de todas partes, los libros antiguos que encerraban las tradiciones del sacerdocio; otros se habían apresurado á traducirlos, comentarlos en lengua semítica y aumentar su número con textos nuevos sobre el culto, la astronomía, la gramática y la legislación. ¡Esfuerzo memorable, si los hubo en la historia del espíritu humano, cuando tan limitados eran los recursos de ejecución y tan reducidos los medios de conservación de las obras! Coordenadas y transcritas con gran trabajo en tabletas de tierra cocida, copiadas de nuevo quince siglos más tarde, conforme á las órdenes de un príncipe asirio, algunas de estas concepciones de la antigua literatura babilónica, forman hoy todavía, en estado fragmentario, uno de los más preciosos monumentos del Museo Británico (1).

No menos preciosos parecieron los simples ladrillos, monumento de la escritura más antigua, que poco ha fueron encontrados en las ruinas de Telsefr (Babilonia meridional), donde estuvo el emplazamiento de la ciudad bíblica de Elasar, y que han confirmado por los detalles de una correspon-

(1) Véase G. Smith, *History of Babylonia* (1877); Tiele, *De vrucht der assyriologie door de vergelyhende Geschiedenis der godsdienstenten* (1877), y los trabajos de Rawlinson, Oppert, J. Halevy, Hommel, Norris, Guyard, Loisy, Reisner, Koldewey, etcétera.

dencia privada, el gran hecho histórico del predominio intelectual de Babilonia sobre el mundo oriental (1).

Por lo demás, existían otros focos de cultura dispersos en esta Asia menor, en donde entre una admirable confusión de leyendas y de creencias, se habían dado cita todas las razas del mundo; donde mucho tiempo después, llevadas por el legendario Tadeo, luego por Abraham, el guía del pueblo instruido y fuerte, las tribus errantes de los hebreos vendrían á crearse una patria.

Al Oriente del Tigris, colocado en el punto de contacto de los semitas, de los asirios, de los turanios y de los cusitas, se desarrollaba el poderoso Imperio de Elam. En él se veían grandes ciudades, y Susa, la capital, se ostentaba orgullosamente en la confluencia de los dos brazos del Joaspes. Hacia el año 2300 antes de la era cristiana, uno de los reyes del Elam, Kudur-Kajunté, había descendido á las llanuras del Eufrates y, apoderándose de las ciudades desde Uruk hasta Babilonia, llevó en triunfo á los templos de Susa (2) las imágenes de los dioses caldeos. En el seno de este Elam bíblico, y separada de los semitas, florecía una civilización antigua, que no esperó para nacer á la de Caldea.

Y estaban también en las orillas del Jordán ó concentrados alrededor de Hebrón, los Ketas (3) misteriosos, proce-

(1) Estas concepciones, que remontarian á la época de Jammurabi ó de Amrafal, y que representan una serie de cartas y de contratos, han atestiguado que 2450 años próximamente antes de nuestra era, existía ya una forma de escritura de uso corriente, usada, no sólo por los reyes para dar instrucciones á sus subordinados, sino también por las gentes que no eran de condición Real, para comunicarse todo lo que se refería á sus intereses privados y para contraer entre sí compromisos. Débese su descubrimiento al doctor Wallis Budge, conservador de las antigüedades egipcias y asirias en el Museo Británico.

(2) La historia de Susa se identifica completamente más tarde con la de Persia.

(3) O hititas, heteos, jetas.

dentes probablemente de una de las razas que poblaron el Cáucaso. Tenían de modo semejante una industria próspera, un sistema de escritura jeroglífica muy diferente del egipcio y que aún no ha sido posible descifrar; finalmente, poseyeron una literatura. Mucho tiempo después de su establecimiento en estas comarcas, en que tantas veces debían encontrarse en contacto hostil con los egipcios, con los asirios y los reyes de Urarti, uno de sus jefes, Jitisar (1), llevaba á la guerra un historiador encargado de registrar sus hazañas.

§ 4.

Tales fueron los principios inciertos de la civilización en el mundo oriental, antes de la gran mezcla de los pueblos (egipcios, fenicios, frigios, asirios) que precede á la dominación de los persas.

Lejos de estas naciones, y sin relaciones con ellas, los habitantes del Celeste Imperio y los de las orillas del Ganges,—quizás también las poblaciones desconocidas que en las altas mesetas de la América Central preparaban una herencia de civilizaciones semi bárbaras á los aztecas y á los quichúas (2),—proseguían sus fases desiguales de progreso.

Cuando los dos grupos, egipcio y caldeo, formados en la punta del Delta y en el fondo del golfo Pérsico, preludiaban la educación del viejo mundo occidental, los antepasados de los chinos, los clanes familiares, esparcidos á lo largo del Hoang-ho y del inmenso río Azul, realizaban la misma obra de iniciación por su propia cuenta en las regiones del Extremo Oriente. Dos mil años antes del nacimiento de Moisés, veinte siglos antes de que apareciera en la historia este jefe teocrático de 600.000 nómadas, idólatras y crueles, China

---

(1) En tiempo de Ramsés II.
(2) Véase Ch. Letourneau, *Psychologie ethnique* (Bibliothèque des sciences contemporaines).

aisladamente desempeñaba el papel que había sido adjudicado en Asia á los pueblos del Nilo y del Eufrates (1).

Encerrada en el culto de las tradiciones, que comienzan con el legendario Fo-hi, era desde entonces como una segunda humanidad que evolucionaba sin conocimiento de la primera. En una época extraordinariamente remota, todavía próxima á aquella en que las «cien familias» llamadas «de los cabellos negros», apenas salidas de su cuna en los montes Kuen-Lun, para roturar lentamente el vasto imperio del Centro, rechazaron delante de ellas las poblaciones tibetanas (Miao-Tseu), inventó Tsang-ki los caracteres de imprenta.

Los pueblos primitivos, cuyas hordas errantes fueron el tronco de la inmensa aglomeración china, habían partido de un estado salvaje y grosero; no conocieron sino muy tardiamente el uso del fuego y, como los australianos ó los bosquimanos, se alimentaban de raíces y de insectos (2). Fijáronse en las labores del suelo, se habituaron, con la serie de las generaciones, á condiciones de existencia ordenadas, á una especie de disciplina social regular, de donde se desprendió el tipo nacional; y este tipo, esta segunda naturaleza, no varió más que débilmente á través de los siglos, y quedó como la expresión característica de la raza china. Una civilización considerable se había formado por sí misma en pleno país mogol.

En los comienzos de su historia—muy rica en promesas, muchas de las cuales, desgraciadamente, no fueron más allá de su realización momentánea—los chinos se señalaron por un espíritu inventivo y metódico á la vez; por una inteligencia prontamente comprensiva de las cosas necesarias, que instituir ó que descubrir para las necesidades y el embellecimiento de la vida. Se crearon un arte, una literatura, una industria; luego juzgaron, llegados allí, que estaban bastan-

---

(1) André Lefèvre, *L'evolution historique*.

(2) Véase Prichard, *Histoire naturelle*, el hombre primitivo, t. I, p. 309; Ch Letourneau, *La Psychologie ethnique* (1902).

te provistos, bastante surtidos para las edades sucesivas, que ya no tenían que modificarse, que progresar, que desarrollarse; consagraron por ritos sacrosantos los resultados adquiridos, prohibieron las innovaciones, y se inmovilizaron hasta nuestros días sobre este fondo de invenciones que habían precedido á las de todos los demás pueblos.

La literatura china tenía inscripciones, libros, cuando las demás naciones ilustradas estaban reducidas á confiar á la memoria sólo sus leyes y sus leyendas.

Pero el foco más brillante y más extenso de la civilización oriental ha sido la India—la India antigua—cuya prehistoria comienza con el establecimiento de los dravidianos.

CAPÍTULO II

Los más viejos testimonios del genio indio.—Estado comparativo de Asia y de Europa.—El florecimiento de la poesía religiosa y lírica en la literatura sanscrita.—Los Vedas.—Tiempos históricos.—Emigraciones de los arios á través del mundo.—En Europa.—Establecimiento de los helenos.

«Quien quiera, ha dicho un escritor moderno, quien quiera que medite hoy en el origen de la ciencia, de la religión y del arte, no se detiene ya en Atenas ó en Jerusalén; sube el camino del Egipto ó de la India.» A pesar de la terrible incertidumbre de la cronología en la historia de este viejo mundo, puede decirse que desde el día en que haya adquirido conciencia de sus fuerzas hasta los tiempos más cercanos á nosotros, el genio ario tendrá ante sí treinta y cinco siglos, por lo menos, para desenvolverse lleno de exuberancia, sin interrupción ni desviación. Y anteriormente á las invasiones de los arios mismos, un pueblo poderoso, el de los dravidianos, salido de los confines uralo-altaicos, había llevado su dominación al Sur de la península indostánica, habiéndose hecho superior á las naciones vecinas por las artes industriales y por las cualidades del lenguaje. Bastante antes de que se hubiera realizado la acción modificadora del sanscrito, había conocido el armonioso idioma que ha recibido el sobrenombre de italiano de la India, el telegu, rebelde á la expresión de las ideas y de los sentimientos, pero flexible para dar los menores matices de las impresiones físicas, y que posee hoy, entre los descendientes de los dravidianos, en

el Misora y el Coromandel, la más abundante literatura de la India meridional en canciones, en cuentos, en proverbios.

Así, de un extremo á otro del continente asiático, se producían ideas, hechos, instituciones, obras similares, sin que hubiera primeramente entre los pueblos otra razón para explicar esta semejanza que la eterna identidad de la naturaleza humana.

Los dolmenes de la edad de piedra se alzaban apenas, en nuestras frías regiones, cuando hacía mucho tiempo, en Egipto, en Asia, los hombres estaban en posesión de los metales útiles ó preciosos y gozaban de las ventajas que proporcionan á la vida material los bienes de la civilización.

Por otra parte, poblaciones enteras, separadas por vastos espacios é ignorándose entre sí, dormían, durante siglos, en el fondo de una barbarie indeleble, para llegar hasta los últimos confines de los tiempos modernos sin artes, sin lenguaje escrito, en tanto que familias privilegiadas, nacidas preferentemente bajo un clima feliz, avanzaban á grandes pasos hacia la conquista de un estado superior.

§ 1.

Si es verdad que la gran Naturaleza es la primera, la eterna inspiradora, la poesía espontánea debía de algún modo brotar de las entrañas del suelo indio.

¡Qué espectáculos, en efecto, harto capaces de sorprender imaginaciones sencillas, se desarrollan en estos climas llenos de espantos y de magnificencias! ¡Allí todo es fuerza, exuberancia, intensidad: el bien y el mal, la savia creadora y el poder destructor, lo pintoresco y lo horrible, la vegetación de prodigioso ardor y las terribles tormentas, los anchos ríos y los torrentes no domados, los desiertos abrasadores y los pantanos pestilentes, las vastas llanuras de una desoladora uniformidad y las montañas de gigantescos sillares, los horizontes deslumbrantes de luz y los sombríos tifones, los elementos de vida ó de muerte! ¡De qué misterioso

horror no debía quedar sobrecogido el ario prosternado, cuando sentía pasar como el soplo de una divinidad nefasta (1), el aliento devastador de la tempestad, sepultando los navíos, haciendo temblar la tierra, arrasando las casas, arruinando las cosechas, derribando bosques enteros! ¡O de qué religiosa emoción no debía estar penetrado cuando levantaba su mirada hacia un cielo límpido ó dejaba reposar su vista en los dulces valles embellecidos por la sonrisa de una primavera perpetua!

En la cuna de las razas y de las religiones, la soberanía de la Naturaleza abrumaba al hombre débil y desarmado ante ella: marchaba encorvado bajo esta dominación fatal. La adoraba y la temía. De la idealización de las fuerzas físicas es de donde ha salido la poesía de los arios. En las cumbres bañadas por el resplandor matutino de los primeros días, aparecieron el símbolo y la oración. Por un impulso primordial, los arios animaron de pasión y voluntad los fenómenos que diariamente transportaban su espíritu de terror, de sorpresa, de reconocimiento ó de admiración.

Atribuyeron un alma activa á los astros, á la luz, á las tinieblas, á las nubes, al rayo, á la lluvia, al viento. Cada una de las fuerzas naturales fué llevada á personificarse; se encarnaban en un tipo excepcional, en un héroe. Luego el ideal aumentaba, se exaltaba. El ser superior llegaba á ser dios... Y los himnos nacieron.

El común de los arios hablaba un antiguo pracrito. Era el lenguaje de todos. Sabios, hombres escogidos, á quienes visitaba el *mens divinior*, opusieron á este idioma vulgarizado una lengua más noble para revestir con ella sus concepciones, una lengua sagrada, jurídica, el sanscrito. En una fecha tan remota que no se podría vislumbrar en las tinieblas que obscurecen la cronología literaria de la India, más de trescientos poetas confundieron sus inspiraciones místicas para formar con ellas una sola obra vasta y profunda, *Los*

(1) Marius Fontane.

Vedas. Reunieron en el *Rig-Veda* (el *Rig-Veda*, lo que hay más viejo en el fondo de la palabra y del pensamiento arios), una multitud de tradiciones y de símbolos destinados á no perecer ya, sino pasar de generación en generación por constantes relatos, hasta el día lejano en que serán transcritas sobre hojas de palma. Sin saberlo construyeron una obra de un valor infinito (por débil en arte que fuera en sí misma), la obra generadora en que la ciencia moderna piensa haber encontrado todo á la vez: la raíz del completo desarrollo religioso de la India, la clave de la mitología comparada, el fundamento de una literatura muy rica, la fuente común de las creencias de la poesía—si no de los idiomas (1):—en una palabra, de una parte muy considerable de la civilización del grupo indo-europeo. Porque tal es el valor (2), el

---

(1) El principal interés de la literatura sanscrita y su principal utilidad, es un interés y una utilidad filológicos. Desde el momento en que pudo determinarse el principio de la comunidad de los orígenes indo-europeos, la ciencia etimológica se halló transportada á la base verdadera de la filología comparada. A las vagas conjeturas sugeridas por relaciones exteriores, se aprendió al fin á sustituir principios simples, fundados en las analogías esenciales de los sonidos articulados y en la estructura gramatical. Sin embargo, una reserva capital hay que notar aquí. Se trató consiguientemente de referir, en ventaja de la India antigua, la idea de que fué la cuna de las lenguas occidentales. En realidad el sanscrito mismo védico, el celta, el germano, el eslavo, el leto, son, por la misma razón, formas ó derivados de una lengua madre (extinguida), llevados y desarrollados en diversos países por razas ó tribus diferentes, más ó menos largo tiempo aproximadas—en una misma y vasta región—por una cultura común. El desarrollo respectivo de estos idiomas es independiente.

Pareciendo el idioma de los Vedas aproximarse más á la supuesta lengua madre, era enteramente natural buscar en los himnos un eco de los más antiguos pensamientos comunes á los grupos llamados arios ó indo-europeos.

(2) Es el juicio de los indianistas más autorizados. «Los monumentos literarios de la Grecia ó de Roma, escribe Adolfo

inmenso valor exacto y positivo de las poesías védicas.

En el tiempo de los Vedas, los indos, confinados entre el país de los Cinco Ríos (Pendjab) y las montañas de Cabul, no conocían casi más que el cuidado de los rebaños y el cultivo de los campos. Una poesía puramente religiosa, grave y serena, respondía á estas costumbres patriarcales. Llenaba las aspiraciones de inteligencias sencillas y pacíficas.

§ 2.

Sin embargo, los seres y las familias se multiplicaban en extremo. La ola humana aumentaba, acosadora, desbordante. Llegó un momento en que el país que ocupaban pareció demasiado estrecho á los habitantes del Aryavarta. A fin de extender su territorio, de pastores y agricultores se hicieron guerreros. Cuando la raza indo-aria quiso penetrar más adelante en los fértiles valles situados entre el Indo y el Ganges, no pudo verter allí el exceso de sus oleadas sin encontrar ardientes resistencias. Los combates fueron largos y obstinados entre los aborígenes y los invasores.

Ahora bien, la guerra suscita héroes. Los héroes y sus hazañas inspiran á los poetas. Sus cantos, sus relatos, prepararon el gran nacimiento épico de la India antigua. Contaban, embelleciéndolas con los prestigios de la ficción, la marcha victoriosa de las ideas y de la religión bramánicas; ó bien describían las batallas libradas entre las diferentes razas, ávidas de conseguir la supremacía religiosa y política, impacientes también por empujar al exterior el exceso de su número; porque la presión incoercible de una población demasiado

---

Regnier, si se les compara con estos cantos líricos que llevan el título de *Agastya*, de *Vasihtha*, de *Viçvamitra*, etc., son palacios junto á cabañas, templos como los del siglo de Augusto al lado de los santuarios de Numa.» (Bopp, Benfey, Barthélemy Saint Hilaire, Desgranges, Adolfo Regnier, Bergaigne.)

densa arrojaba sin cesar más allá del centro masas inciertas de su camino y de su nueva patria.

Los arios y los iranios, por otra parte, habían desde hacía mucho tiempo comenzado este trabajo secular de emigración, esta corriente progresiva de sus pueblos hacia Occidente, que debía llevarlos hasta los límites extremos de la vieja Europa, donde se sucedieron bastantes razas distintas antes del advenimiento definitivo de los greco-latinos, de los celtas, de los germanos y de los eslavos.

Plumas sabias han trazado en nuestros días las curvas geográficas de su itinerario y se han esforzado en seguir el recorrido de las innumerables tribus, conteniéndose, rechazándose mutuamente y terminando por llegar á ser extrañas unas á otras.

¡Hasta dónde no alcanzó á la verdad el flujo y el reflujo de su expansión vagabunda! La imaginación histórica cree seguirlos, dispersando sus pesadas masas por tantos caminos entrecruzados. Los unos, los arios orientales, han hecho muy pronto su camino para llegar á ser los que se llamarán indos, hacia el este del Indo, y los iranios, en Bactriana, Afghanistan, Persia, Armenia, Media. Los otros, los arios occidentales, consolidándose y fortaleciéndose entre los peligros del camino, van en direcciones diferentes á la ocupación de las comarcas europeas. Helenos é italiotas juntos se dirigen hacia el bajo Danubio, se separan en los Alpes Julianos, marchando los primeros á lo largo del Pindo, los segundos á lo largo de los Apeninos; al norte de los precedentes, remontando del Danubio al Rin: los celtas, entre los Carpatos, y al Báltico, los germanos; detrás, entre el Caspio y el Vístula, los eslavos, bordeando hacia el Duina con los letos.

Cada una de estas familias encerraba en sí los elementos de las sociedades modernas, condenadas en su mayor parte á una gestación tan laboriosa y tan oscura. Pero una, entre todas, había sido marcada con el signo de elección. Fué conducida por un designio providencial, la tribu trashumante

que vino á traer á las riberas helénicas la civilización, la lengua, la mitología, las creencias de «el Hendú» (1).

(1) Fueron los persas los que llamaron «Hendú» al Aryavarta. Los asirios y los helenos tomaron de nuevo esta designación. Los arios, por su parte, llamaban á su país «Djambud-Vipa», es decir, «isla de Djambud», árbol sagrado, ó Sudarçana, «hermoso de ver», ó también Bharatavarschá, «comarca fértil.» (V. Marius Fontane, *Histoire universelle*, t. I.)

CAPÍTULO III

La Grecia antes de los griegos.—Orígenes semi-fabulosos de la civilización helénica.—El tiempo de los edas.—El período homérico.—La *Iliada* y los rapsodas.

§ 1.

Todavía semi-bárbaros los helenos, ó mejor los yavanas, habían llegado en oleadas del Oriente y del Norte, mal armados de picas y de espadas de bronce, superiores por la lengua y por el espíritu á los pueblos que iban á abordar; ¡pero cuán ignorantes de las artes plásticas! Tan sumarias eran sus concepciones figurativas, que bastaban á sus ojos piedras cubiertas ó troncos cuadrados para producirles la ilusión de las más nobles divinidades. Sin embargo, se encontraron en el Asia menor, é inmediatamente en el suelo de Grecia, en contacto con poblaciones mucho más adelantadas en las vías de la civilización.

Eran los frigios, los lidios y otros, que habían sufrido muy pronto el influjo de los cultos y de las artes de la Asiria. Eran los misteriosos pelasgos, que fueron en el Oriente lo que los iberos (á los cuales parecen muy posteriores) han sido en el Occidente: los primeros civilizadores de Europa. Estrabón afirma que los iberos, y principalmente los turdulos, habitantes del Mediodía de España, se dedicaban á las bellas letras y poseían libros de historia muy antiguos, «poemas escritos en verso hacía seis mil años», pretendían ellos. Y Platón atribuye á los pelasgos, constructores de ciu-

dades, de palacios, de recintos fortificados, creadores de palabras y de inscripciones, la gloria de haber contenido los primeros el poder de los iberos. Y Atenas se vanagloriaba de haber sido el centro del imperio pelásgico.

En el camino seguido, los griegos habían tomado de los fenicios los elementos de su alfabeto, al mismo tiempo que les fueron deudores de los principios de su comercio. Más tardíamente conocieron la filosofía, la medicina, la pintura, la arquitectura de los egipcios. Los pesados modelos del Oriente asirio sirvieron á sus primeros rudimentos de estatuaria. Perfeccionaron todas estas cosas y descubrieron el resto. Casi sin precedentes, sin casi tradición, este admirable pequeño pueblo indo-germánico iba á sacar de su propio seno todo lo que llegará á ser, en el curso de las edades, el patrimonio de las naciones y de los espíritus.

Venidas por la Tracia y el Asia menor estas tribus nómadas, habían detenido su carrera en la parte meridional de una estrecha península, la más oriental de Europa. El trabajo de la tierra les fijó allí. Era un territorio muy exiguo, en el recinto de un circo de montañas, ampliamente abierto por el mar. En el interior, las llanuras áridas y pedregosas no producían apenas más que pobres cosechas de trigo y cebada. Olivos, higueras y la viña de ramas retorcidas tapizaban las faldas de las colinas en que se abrían una cantera de mármol y una mina de plata.

En este espacio restringido, con estos sencillos recursos, se verá engrandecer, bajo el azul del cielo, un pueblo hecho para reinar en el mundo por las artes y por las ideas. Algunos gérmenes caídos en la superficie de este terruño poco productivo, bastaron para producir en él la más abundante, la más rica cosecha intelectual que se haya cogido.

Primitivamente concebidos como emanaciones distintas de la universal energía, el gran Todo, el gran Pan (1), los

---

(1) «Toda una doctrina correspondiente al panteismo órfico se enlaza á cada una de las divinidades griegas. Los diferen-

dioses y las diosas, humanizados salieron en muchedumbre de la cantera de mármol para ser tallados á semejanza de los seres jóvenes, bellos, vivos y fuertes, y los tesoros de la mina de plata pagaron las obras maestras de artistas, cuyas generaciones no cesarán ya de copiar los monumentos y las estátuas. Finalmente, la actividad de los helenos cubrirá las costas del Mediterráneo de ciudades florecientes, y su genio dará al lenguaje humano una excelencia que nunca será sobrepujada.

§ 2.

Como á sus antepasados del valle del Ganges, les fué revelada la poesía por el sentimiento religioso.

Así como los demás pueblos de Europa, habían perdido todo recuerdo de sus relaciones con la India; pero su imaginación pronto fertilizó el fondo común de las ideas y de las primitivas creencias. De los símbolos y del culto de los astros, que les llegaran desde Oriente—mezcla confusa del politeismo de los indos y de la hechicería de los celtas,—obtuvieron estas personificaciones características de su risueña mitología, por las cuales un alma y un cuerpo fueron dados á los fenómenos de la Naturaleza. Con ellas formaron la teogonía en que, como en una república ideal, cada dios tiene su función, su papel aparte, y en que el orden resulta de una armoniosa variedad.

El temor á la divinidad, el reconocimiento por los beneficios del sol, la alegría que acompaña á la vuelta de este astro fecundante, las quejas y la melancolía que siguen á su desaparición, las aspiraciones instintivas del alma hacia lo so-

---

tes dioses invocados: Apolo, Hades, Poseidon, Kronos, Héracles, Pan, Hefaistos, Adonis, Eros, Nemesis, las Ninfas, las Eumenides, etc., no son más que formas de la Divinidad universal.» (Alfred Maury, *Hist. des religions de la Grèce antique*, t. III, ps. 329-330. Véase Max Muller, *Science du langage*, p. 146.

brenatural, constituyeron los primeros objetos de sus versos.

Período obscuro, medio fabuloso y muy anterior á la tradición escrita (1). Es el tiempo de los edas, de Orfeo, de Linus, de los Eumolpidas. Es la edad sacerdotal en que los poetas tenían el rango de educadores. Su misión entre los hombres era mantener la perpetuidad de las creencias, afinar las voluntades y templar los espíritus. Revelaban á los corazones sencillos la existencia y los atributos de la divinidad, como estaba en su imaginación encarnada y viva. Trazaban las obligaciones de la moral y enlazaban la promulgación de las leyes á los acordes del forminx y de la lira; ó en las grandes solemnidades cantaban himnos, teogonías y odas místicas, compuestas por éllos mismos.

Los edas eran todos hijos de las Musas, y se llamaban Olen, Eumolpo, Filamnon, Linus, Tamiris, Melampo, Panfos, Anfios, Orfeo (2) y Museo. La mayor parte salían de la Pieria, de la Tesalia, de la Beocia y del Ática.

Pero sus figuras se pierden en una bruma todavía muy indistinta.

Y he aquí que vienen generaciones nuevas.

Se han fundado Estados, pueblos rivales se han hecho la

---

(1) En un sabio estudio, á principios del siglo XX, el célebre orientalista y mitógrafo alemán Max Muller, establecía, mediante ejemplos obtenidos del griego y del indo, del finés y del polinesio, que los poemas primitivos fueron transmitidos por tradición oral, mucho tiempo antes de la invención de la escritura.

(2) Entre ellos Orfeo siguió siendo el personaje legendario por excelencia. Bajo su nombre, mucho tiempo después de él, se fundó un sistema teológico-filosófico, que tenía por base el culto de Baco. Se vió apuntar, hacia mediados del siglo VI, esta secta teúrgica y mistagógica; pretendía enlazarse por una cadena no interrumpida al eda de Pieria, y poseer el depósito auténtico de las doctrinas del maestro. Tuvo sus poetas, tales como Cercops y Onomacrito. Los restos de la escuela órfica, fragmentos originales, están dispersos á través de la colección de himnos y poemas que llevan el nombre de Orfeo.

guerra; Grecia ha vencido á los que pretendían sujetarla; han nacido héroes, y con ellos la poesía heróica.

Una juvenil pasión belicosa había exaltado el valor de los griegos, ansiosos de ir á chocar sus armas bajo los muros de Ilión la grande. Tamiris el Tracio, Femio, que cita Homero, Demodoco el feacio (el eda inspirado á quien los perseguidores de Penélope forzaban á cantar en sus banquetes) preludiaron, mediante maravillosos relatos, las invenciones de la epopeya. El himno de los mitos órficos se desvaneció para dar lugar á las energías viriles de sus recitados. Salidos del santuario, los edas comenzaron á esparcirse en la vida de todos. No glorificaron ya solamente á los dioses, sino también á los personajes humanos dignos de serles comparados, los héroes, y los grandes hechos políticos.

Hasta entonces dividida, fragmentaria, sin cohesión, Grecia había comprendido un día la necesidad de unir sus fuerzas en una misma empresa, bajo la dirección de sus reyes. Tuvo, desde este día, verdadera conciencia de su vida propia, de sus destinos. Y la *Iliada* se manifestó como el pacto de alianza de la nacionalidad helénica.

§ 3.

La *Iliada* es Homero, el creador de epopeya que tiene detrás de sí un pasado muy largo, muy lleno de gestación poética desconocida. ¿Cuál fué, pues, este antepasado venerado, que hace tres mil años domina como un dios las cumbres de la pendiente fértil «de donde lo bello nos desciende»? ¿Quién era este hombre, cuya patria querían conocer los reyes por la voz de los oráculos, del que una decena de ciudades se disputaban el honor de haberle producido, y con motivo del cual el mundo se divide? Después de tantas investigaciones, comentarios, paráfrasis, ninguna afirmación positiva nos ha respondido acerca del lugar de nacimiento, ni sobre la fecha precisa en que apareció, ni acerca de las particularidades de su vida, ni de la composición de sus obras,

ni de su modo de transmisión. No se ignora que durante treinta siglos las creaciones homéricas han presidido los destinos de todas las literaturas; que el viejo Esquilo, Sofocles, Eurípides, Virgilio, el Tasso, Racine, se inspiraron sucesivamente en ellas; pero no se han descubierto las fuentes de este poderoso río, del que ha sido posible derivar un número infinito de arroyuelos.

¿La *Iliada* y la *Odisea*, fueron sólo la obra de un mismo poeta, ó bien resumían, según la tesis de Vico y de Federico Wolf, una elaboración de varios siglos? Todo ha quedado obscuro en la cuestión homérica, menos que la *Iliada* es una de las más grandes obras de la imaginación de los hombres, el magnífico resumen de una civilización, el tipo por excelencia de la epopeya; que la *Odisea*, menos heróica, más sabia, más adornada, es el modelo ideal de lo conmovedor y de la belleza sencilla, y que unidas parecen ofrecer á la elección del espíritu todos los géneros de belleza.

La atención se fijó de primera intención en estas obras maestras. Su mérito fué tan prontamente reconocido, que se propagaron muy pronto por toda la Jonia. Por mucho tiempo fueron los rapsodas por las ciudades y las asambleas, recitando los episodios homéricos y acompañándose con su cítara. Sea que cantasen á Ulises lanzándose al umbral de su palacio, dándose á conocer á los amantes de Penélope y arrojando á sus pies las armas que van á vengarle; ya que quisieran representar los impulsos victoriosos de Diomedes ó la cólera del terrible Aquiles cayendo sobre Héctor, ó las desgracias de Hécuba y de Príamo, la multitud los escuchaba sorprendida de admiración, y la impresión profunda que excitaban en el auditorio, con los accesorios de trajes pomposos y de declamación patética, les llenaba de orgullo. Se figuraban investidos de algo de realeza.

CAPÍTULO IV

Fuera de la Grecia.—Ignorancia voluntaria en que ésta se mantenía de los demás países civilizadores.—Desarrollos consecutivos de los focos intelectuales de la India, de la Persia, de la Judea, de la Etruria, etc.—El helenismo y «la barbarie».—Grandeza y decadencia de una literatura única.—Traslación del genio griego.—Pérgamo y Alejandría.—Hasta el año 540 antes de nuestra era.

§ 1.

Sin embargo, todo el esfuerzo del espíritu en estas primicias de la cultura humana, no se reducía sólo en los límites de la Hélada.

Aun cuando se olvidara ir á buscar en el extremo Oriente el país de Confucio, en que crecían las ciencias morales y políticas, en que se desarrollaban por sí mismos, casi sin la ayuda de ninguna influencia exterior, los elementos de una vasta producción enciclopédica, la India volvería de nuevo á la memoria de los hombres. Desde los tiempos más remotos, había entregado á las meditaciones de sus sabios seis filosofías distintas, cuyos desenvolvimientos comprendían una literatura de una extensión prodigiosa. Lírica en los *Vedas*, didáctica en el *Munavaçastra;* su rica y primitiva poesía había concebido la materia al menos, si no dado la expresión definitiva de dos epopeyas monumentales: el *Mahabarata* y

el *Ramayana* (1), conmemorando la una en estilo heróico, la guerra de las dos razas que se disputaban en tiempos remotos la posesión del valle del Ganges, celebrando la otra, sucesivamente, bajo forma simbólica, los misterios sacerdotales, las leyendas nacionales y los sistemas religiosos.

Diez siglos de vida poética y guerrera están encerrados allí. Generaciones de poetas habían creado esas epopeyas gigantescas de lo humano y de lo divino, esas pirámides de la lengua sanscrita; obras admirables en las que se ha interesado profundamente el espíritu moderno. Sucesivamente se las ha comprendido en su conjunto colosal ó penetrado en sus partes más salientes. De ellas se han separado episodios, fragmentos completos en sí, tal como la bella historia de *Nala y Damayanti*, para ponerlos más en claro; y algunas imaginaciones atrevidas en Alemania, tales como Kosegarten, Ad. Holzmann y sobre todo Federico Rückert, el brillante traductor del poeta árabe Hariri, se han inspirado en ellas para enriquecer su propia literatura mediante imitaciones felices.

§ 2.

No hemos tocado más que el recuerdo de la India,—la India olvidada de sus descendientes helénicos. Hacía varios siglos quizás que los persas repetían los himnos del *Yaçna* sobre la lucha constante de los dos genios del bien y del mal (Ormuz y Arimán), sobre la conversión de Arimán y la unidad definitiva. Si se da crédito á la leyenda mazdeista, en una época inmemorial había venido el santo viejo (Zaratus-

(1) El *Mahabarata*, que comprende 214.778 versos, es atribuído en su forma última á Vyasa; se está de acuerdo en reconocer en Valmiki al autor de la redacción del *Ramayana*. El establecimiento de los arios trajo la era de la dominación bramánica, que fué, á su vez, enormemente productiva en obras religiosas, científicas y didácticas.

tra) (1) para abolir el culto de los ídolos, renovar el del fuego, que había instaurado el gran Djemschid, traer á los hombres la fe verdadera y enseñarles la Ley (2).

§ 3.

Estrechados entre las tribus flotantes de los árabes, de los moabitas y de los idumeos, y los establecimientos mercantiles de la Fenicia, los hijos de Israel elaboraban, en la edad en que florecía la Grecia homérica, su monoteismo nacional, cruzado por incoherentes recuerdos (3), y en que la exégesis moderna ha hallado de nuevo lo que corresponde al Egipto, á la Asiria y á la Persia. En las proximidades del siglo x, la mano de un Moisés ó de otro profeta inspirado trazaba las páginas del *Génesis*. La fábula hebráica de Adán y Eva correspondía simbólicamente desde un punto lejano del mundo á la fábula griega de Prometeo y de Pandora. Y la misma mano inscribía al frente del *Pentateuco* la palabra inicial de Jehová sacando el universo de la nada; ella ponía las bases de ese monumento sintético, expresión de una raza

---

(1) En tanto que Volney, según un texto de Justino, coloca á Zoroastro en el tiempo de Nino y Semíramis, cerca de 2000 años antes de nuestra era, otros, trayéndole á una fecha mucho más cercana, fijarían la venida del célebre reformador hacia los tiempos de Hidaspes ó de Darío. Firdusi hace aparecer á Zoroastro bajo Giustap, variante del nombre de Hidaspes, padre de Darío.

(2) En la India Sakia-Muni, el reformador divino, no aparecerá verosimilmente sino en el siglo v ó vi. Para los siameses, Ardha Chiddhi, más tarde llamado Gotama ó «el que saca los sentidos», y finalmente, Sakia-Muni ó «el penitente de Muni», había visto la luz en Kapila, cerca del Nepaul, hacía el 600 antes de nuestra era. Para los cachemirianos, la fecha se fijaría hacia el año 1332, en tanto que para los chinos, los mongoles y los japoneses, su nacimiento correspondería al año mil antes de Cristo.

(3) Andrés Lefèvre.

entera, la Biblia, en que se hallará un día condensado, el completo desarrollo de la literatura judía. Hacia el tiempo en que la epopeya griega «echaba un puente» entre la ficción pura y la verdad, la historia de Israel empezaba á desprenderse también de los limbos de la leyenda.

§ 4.

Homero, Moisés, Valmiki, estos tres nombres (si es cierto que sintetizan personalidades no fabulosas sino bien reales) están aproximadamente en la misma línea en el sincronismo de los tiempos.

Los griegos no conocieron más que á Homero, y el padre de su poesía no les había instruído acerca de la diversidad de las razas (1). En las tumbas Reales del Egipto fueron trazadas pinturas muy antiguas, que representaban los tipos de hombres conocidos del pueblo de los Faraones. Los contemporáneos de estas viejas dinastías habían podido comparar entre sí, bajo la expresión ya característica de los rasgos y del color, al egipcio designado como el hombre por excelencia, al asiático y al europeo. Los hijos elegidos de la Grecia antigua no habían llevado tan lejos su curiosidad. No dejaban de saber que varios pueblos extranjeros gozaban de una civilización mucho más antigua que la suya, pero el florecimiento mismo ó el desarrollo de esta civilización, desdeñaron seguirlo con la mirada ó el pensamiento (2). No veían

(1) En la *Iliada*, nota Luís Ménard, los troyanos no son designados sino por un rasgo de costumbres: la poligamia del rey Priamo. Esta observación no pone en duda, por otra parte, la gran exactitud de las descripciones geográficas de Homero, que han probado hasta la evidencia los más recientes trabajos de la erudición moderna. (Véanse los de Schliemann, de Evans, y en particular *Les Pheniciens et l'Odyssée*, por Víctor Bérard. 2 vol. 1903).

(2) Habrá que poner aparte á su viajero Herodoto. El autor de las *Historias*, Herodoto, hace observar que los persas, que

en la Persia más que una vaga mescolanza caldea, formada de gloria y de vergüenza, de ciencia ó de corrupción. No sondearon nunca las profundidades del *Avesta*, simple recopilación de oraciones, sin embargo, y que no habrá sido sino el resto de un inmenso naufragio. Bajo los mitos entremezclados no habían tenido la revelación de las ciencias ocultas y puras. Habían olvidado totalmente que afinidades de raza, de tradiciones y de obras, que identidad de concepciones y de hábitos intelectuales, les unían al tronco ario. En vano Homero les había hablado de Tebas, la capital de los Tutmosis y de los Ramsés, llevado, en la *Odisea*, á sus jefes Menelao y Ulises á las playas de la Delta. El Egipto se había borrado de su horizonte, desde los siglos IX y VIII (1). Gloriosamente fingían juzgar inútil el resto del mundo. No tenían más que un epíteto, el de «bárbaros» para todos los que no encerraba su porción de cielo ó de tierra. ¡Bárbaros los fenicios, cuyo papel fué tan grande en la historia antigua, los fenicios, recordémoslo, que les dieron el alfabeto y la escritura (2), formaron sus primeros filósofos, y por el comercio, por el cambio universal de las industrias y de las artes, fundaron la civilización europea!

¡Bárbaros los arios, sus propios antepasados, los abuelos intelectuales de las razas á que ha correspondido la dirección de la humanidad!

¡Bárbaros los etruscos, cuyo establecimiento en Italia en el siglo X, correspondió con la entrada de los helenos en Ita-

---

no tenían altares, ni imágenes, mostraban compasión de la religión de los griegos. «Jerjes, dice un historiador de los Parsis, tenía un odio tal á la idolatría, que destruía bajo los templos los dioses la Grecia.» (Dosabhai Framj Karaka. *History of Parsis.*)

(1) En el siglo VII los jonios entraron al servicio de los Faraones de la XXVI dinastía.

(2) Era opinión general de los antiguos atribuir á los fenicios la invención del alfabeto. Sin embargo, Tácito ha referido este honor á los egipcios, y se ha encontrado en esto de acuerdo con la ciencia moderna.

lia; bárbara esa nación artística de la Etruria (1), cuya lengua ignoramos todavía y cuya literatura ha perecido, pero que ha dejado testimonios tan admirables de su grandeza en el seno de los hipogeos ó bajo las ruinas de las ciudades, y que estaba predestinada para la educación intelectual y litúrgica de Roma en su cuna! (2)

¿Para qué necesitaban (pensaban ellos), de los demás pueblos? ¿No se bastaban completamente en todas las direcciones del arte y del pensamiento, sobre todo desde que una era nueva de democracia y de libertad había aumentado las fuerzas de su genio?

...«Ser estimado de los griegos» era para ellos el primer móvil de las nobles acciones, en lo interior y en lo exterior; era la más alta recompensa que pudiera buscar una gente escogida en la espesa muchedumbre de la humanidad.

El soplo de la independencia había echado por tierra los palacios semi-rústicos de sus antiguos jefes ó reyes, señores feudales de este tiempo, monarcas casi sin territorio, principillos de Argos ó de Orcomenes. Grecia había llegado á ser republicana. Podía, en adelante, encarnar su espíritu en el pueblo. Iba á entrar seriamente en el período histórico de su madurez. El ciudadano, el individuo libre, hacía por vez primera su aparición en las cosas humanas.

---

(1) ¿Fueron las letras verdaderamente comunicadas á los latinos por los etruscos? Tácito nos afirma que Roma las había recibido de los griegos, y esta opinión es la que han adoptado Kirchhoff y Mommsen en la discusión que dura todavía respecto á este punto entre los sabios.

(2) Debemos decirlo: el título de *bárbaros* no implicaba expresamente en el espíritu de los griegos, que los pueblos á quienes lo aplicaban estuvieran desprovistos de industria, de cultura intelectual, de organización social. Significaba para ellos una concepción inferior, entre estos extranjeros, del orden político y de la vida social. Los «bárbaros», como ellos los veían, eran uniformemente esclavos, en tanto que los habitantes de la ciudad griega eran únicamente ciudadanos, hombres libres.

Las formas de la literatura debían cambiar, como se habían modificado las instituciones políticas. El espíritu de la epopeya se debilitó. De él no sobrevivieron más que recuerdos, *Escudos de Hércules*, fragmentos cíclicos. Se separan poco á poco, sin olvidarla, de la antigua tradición.

En cambio, los ciudadanos sienten más el valor de la libertad. En las luchas civiles, en los combates con los enemigos lejanos ó los vecinos más próximos, el alma se exalta. Para exteriorizar los sentimientos que la hacen vibrar, la flauta presta sus acentos al ritmo de los versos y reemplaza á la lira. La elegía, bajo los dedos de Calímaco, de Tirteo, de Terpandro, de Filetas, de Solon, de Mimnermo, de Focílides y de los áticos, se hace alternativamente guerrera, moral ó voluptuosa. Y vendrá tras los pasos de estos precursores, la serie fecunda de los grandes poetas, de Arquíloco, de Alceo, de Simónides, de Safo.

El solo nombre de Safo recuerda enseguida cómo la inspiración puede ennoblecer y someter al orden las fuerzas del amor más desordenado. El ritmo mismo palpita. El verso vibra, la cadencia se rompe por momentos: es la pasión sucumbiendo á su violencia. Inferior á ella (1), su émula y amiga Erinna de Teos, va á brillar en el número de los maestros de la poesía mélica (2). Finalmente, se anunciará

---

(1) Enrique Estienne reunía, en 1554, para unirlos á una edición *princeps* de Anacreonte (nacido cien años después de ella), las escasas reliquias del genio de esta mujer ilustre, que se había hecho admirar de los griegos en casi todos los géneros y en todos los tonos de la poesía lírica, y que había enriquecido la versificación con dos metros nuevos: el verso sáfico y el verso eólico.

(2) Desgraciadamente no han subsistido sino escasos restos del trabajo delicado de esta «abeja», como la ha denominado un poeta desconocido de la *Antología*... Un nombre, un perfume ligero; cuatro versos de la *Rueca*, tres epitafios, uno de ellos muy gracioso, que había compuesto para muchachas compañeras suyas, antes de ir ella misma á unírselas en la tumba,

muy pronto y adquirirá su rango, el más elevado, el más elocuente de todos, Píndaro. Ningún poeta, después de Homero, habrá gozado cerca de los antiguos una reputación igual á la de Píndaro. Su gloria revestirá á los ojos de los príncipes, de los grandes y del pueblo, un carácter sagrado. Su larga existencia tendrá el brillo de un continuo triunfo.

En manos de los filósofos y de los logógrafos (Cadmo de Mileto, Helánico, Caron de Lampsaco), la prosa se ha esforzado también para hacerse digno instrumento del pensamiento. Se amolda, tanto á la expresión de los pormenores de la ciencia, como á la marcha de la narración seguida.

Atenas, después de la Jonia, conserva el imperio de la inteligencia. Se saluda en ella la escuela y el honor de la Grecia entera. Los extranjeros en ella se dan cita de todas partes para formarse en los encantos penetrantes del aticismo y desde allí extender por fuera esta flor del gusto y de la delicadeza, cuyo perfume no tiene igual. Se la siente en las señales de una aurora próxima; el siglo de Pericles no está lejos.

El drama se había apoderado con fuerza de las imaginaciones. Esquilo derriba los «tablados de Tespis» y crea la tragedia. Genio solemne y grandioso, antiguo en la antigüedad misma, poderoso evocador de las viejas teogonias, cantor inspirado de las fuerzas primeras, de las divinidades arcáicas y de los antiguos héroes, ha llevado al alma del pueblo las emociones violentas que en ella precipita el terror religioso ó el patriotismo exaltado. Sus asuntos se asemejan á epopeyas, con mezclas inesperadas de gracia y de ternura. Ayer la tragedia no era otra cosa que el coro ditirámbico acompañando con sus cantos y sus danzas figuradas, el sacrificio del animal consagrado á Dionisios. Al vigoroso impulso del poeta de Eleusis, alcanza en algunos saltos las últimas cimas (1).

---

porque murió á los diez y nueve años. Los antiguos alababan, además, el talento enérgico de Telesila, la bella guerrera; se la comparaba á Alceo y á Tirteo.

(1) Cuando la crítica inglesa ha querido buscar en la serie

El drama esquiliano se resentía todavía del entusiasmo épico. La sencillez de la acción reduciéndose al aumento ó al alejamiento de la catástrofe inicial; la extensión desproporcionada de la parte lírica, el predominio del coro sobre los demás papeles, el carácter cortado del estilo, el conjunto, en fin, de la forma, había conservado algo rudo y primitivo. Los gérmenes de todo el teatro futuro pagano y moderno quedaban en él indistintos, malamente distinguidos todavía del ditirambo original. Sofocles extendió á objetos más cercanos de la naturaleza la majestad de su arte; dió á sus personajes rasgos precisos y proporciones humanas. Llegó más adentro en el corazón, y de él hizo brotar sentimientos cuya expresión no ha podido el tiempo debilitar. Colocado entre Esquilo, al cual disputó el imperio del teatro por un audaz comienzo, y Eurípides, cuyas tentativas innovadoras debía á su vez seguir con la vista, menos obsesionado que el primero por las sombras y los temores que envolvían las viejas creencias, más religioso que el segundo, Sofocles hizo llegar la tragedia al colmo de la perfección moral, luego la pasó de nuevo á manos de Eurípides. Este, adelantándose á los modernos en el análisis sútil de la pasión, se dedicó más á suscitar las emociones tiernas y la piedad. Redujo los héroes y los príncipes á la medida de las comunes debilidades, simplificó el lenguaje de la poesía, componiendo un temperamento feliz entre la bajeza y la elevación; finalmente, por su manera libre de humanizar á los dioses, de tratar las supersticiones ó los extravíos de nuestra naturaleza, se reveló como atrevido precursor del drama psicológico (1), del que tanto se

---

de la historia intelectual un poeta que pudiera asociar á su Shakespeare por la energía, el atrevímiento, la grandeza, lo maravilloso, ha tenido que remontarse hasta el viejo Esquilo, y la aproximación de estas dos naturalezas soberanas, separadas por la distancia de tantos siglos y por una profunda desemejanza de géneros, ha proporcionado materia de paralelos no menos interesantes que instructivos.

(1) Se ha reconocido justamente, desde la tragedia de Es-

enorgullecen algunos modernos. En el mismo tiempo y en la escena cómica, su adversario Aristófanes paseaba á través de lo bello y de lo feo, lo sublime y lo trivial, lo delicado y lo obsceno, los resplandores de su brillante fantasía. Émulo, favorito de Crates, de Cratinos, de Eupolis, de Frinicos, Aristófanes conservará el privilegio de ser el único de los grandes autores cómicos de la Grecia antigua de que llegará á nosotros algo más que restos.

§ 5.

Estamos en la tercera edad de la literatura helénica. El espíritu griego toca todos los géneros y lleva á todos los asuntos el orden, la medida, la regla y la armonía.

En el momento en que Herodoto ha comenzado á escribir, los prosistas griegos no conocen todavía la armonía sostenida, la colocación adecuada de las frases y de las palabras, cuyo secreto descubrirá un Lisias, y que serán mejor practicadas todavía en el siglo de Filipo y de Alejandro. Pero el homérico autor de las *Historias* encanta y retiene por una dicción dulce y penetrante sin esfuerzo, por el carácter mismo de su lenguaje, mezcla feliz del ático con el antiguo jonio, y por una cadencia natural, muy cercana á la poesía. Narrador que encanta, ingenuo en sus modos de decir, pero de una sagacidad tal en la observación, y tan justo, tan preciso en sus juicios, divierte, instruye. Nada tan vario como su relato. No cesa de agradar. Herodoto ha abierto el camino. El es «el padre de la historia», Tucídides y Jenofonte seguirán sus huellas, para trasmitir á los narradores futuros modelos imperecederos. En el uno, pintor admirable de los hombres y de las cosas, domina una grandeza, una fuerza, una majes-

quilo, los tipos de las principales especies de dramas, que se han desarrollado inmediatamente á través de las edades: drama de pasión ó de fatalidad interior *(Agamenón)*; drama de aventura ó de fatalidad exterior *(Coéforas)*; finalmente, drama filosófico y religioso *(Euménides)*.

tad casi digna de la tragedia; en la elocución del otro, inmortalmente apellidado «la abeja ática», hay la claridad perfecta, el abandono lleno de gracia y una exquisita sencillez.

Mujeres de condición libre, principalmente extranjeras, á quienes su origen ha emancipado de la larga esclavitud doméstica impuesta por las costumbres y las leyes á las ciudadanas de Atenas, participan de estas delicadezas del arte y de estos ejercicios del pensamiento. Bastante antes la historia lo había referido de la hija de Pitágoras: una teana formada por las lecciones de su padre en los principios de la ciencia social. Ahora, Aspasia de Mileto, llamada al honor de unirse con el más ilustre de los griegos, familiarmente admitida á tomar parte en las conversaciones filosóficas de Anaxágoras, en las poéticas lecturas de Sofocles y de Eurípides ó en las demostraciones estéticas de Fidias, Aspasia probó con su ejemplo y la gracia seria de sus discursos, que el genio de las mujeres no es extraño á las Musas.

En las esferas de alto intelectualismo reinan Platón y Aristóteles. Poco antes los sofistas habían hecho correr gran riesgo á la filosofía. Ellos la desdeñaron ó la difamaron. De la confusión de los sistemas, de la incoherencia de las doctrinas y de las hipótesis, habían llegado á la duda en todo, en las ciencias como en la moral. Los Melisos de Samos, Zenón de Eleas, Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontium, habían llegado á negar de un golpe el cambio, el movimiento, la vida y la posibilidad de mantener la opinión propia en cualquier cosa, fuera de la retórica (1). Pero Sócrates había llegado, él, el más sabio y el más justo de los hombres, para devolver á la filosofía su dignidad. Había acogido con oído ansioso la alta enseñanza espiritualista de Anaxágoras. Cuando el filósofo de Clazomene, en medio de la agora, de pié bajo el pórtico, los dedos levantados hacia los astros, encadenaba á los antiguos dioses solares á la única voluntad de una inteligencia suprema, el joven Sócrates escuchaba y me-

(1) V. *Le Paradoxe*, por Federico Lolié. 1 vol. en 16.—1889.

ditaba. La verdadera causa del mundo se le había revelado, no ya física, sino intelectual. De ella había deducido la ley dominante de toda su filosofía, y se había dedicado en el momento á esparcir mediante la palabra lo que había concebido. La noción del bien fué establecida como el objeto esencial de la civilización ó de la ciencia. Sin otro auxilio que las fuerzas de su genio, sus discípulos incomparables, Platón, el *æthereus Plato*, y Aristóteles, que Averroes ha denominado el colmo de la perfección, llegaron á las concepciones más sublimes por las únicas luces de la razón; han abrazado al hombre, la Naturaleza y la eterna ilusión de lo divino; preconcibiendo, bastante antes de que se tratara del monoteísmo judío-cristiano, el puro deismo metafísico; penetrando, finalmente, en todas las profundidades del saber y de la conciencia. Con razón han merecido que se les llame los preceptores del mundo.

En otra parte, en el terreno abrasador de la elocuencia, se anuncia y va á adquirir su rango el rival feliz de Esquines, Demóstenes, que reunirá en sus discursos la suma de las cualidades oratorias. Se ha formado en las lecciones de Iseo, de Alcidamas y de Isócrates, no deberá más que á sí mismo la impetuosidad y la vehemencia que le son propias.

§ 6.

El tiempo en que se produjeron todos estos hombres ilustres es tan corto, ha dicho Veleyo, que no había dos de ellos que no hubieran podido verse, conocerse.

La perfección en todo es un punto en el que no nos detenemos mucho tiempo, si alguna vez ocurre que maravillosamente un grupo de hombres la alcance. Fué necesario volver á bajar de estas alturas.

Una misma época había visto la antigua comedia de Cratino, de Aristófanes, de Eupolis; la comedia media y la nueva, con Menandro, Filemón, Difilos, suspendía, durante un

siglo, la ruina definitiva del teatro. Los demás géneros declinan de un modo sensible.

§ 7.

En realidad, el genio griego ha variado de asiento; ha salido de sus antiguos límites para ganar en espacio lo que ha perdido en profundidad. Atenas y Esparta, que hicieron la guerra contra las fuerzas del extranjero, no tienen ahora ya que disputarse la hegemonía. La soberanía de una monarquía semi-bárbara, que no tenía de griego más que la lengua, había pesado sobre el Peloponeso tanto como sobre el Ática. De la ciudad de Minerva, desaparecida del mundo político después de la caída de Demetrio de Falera, el espíritu victorioso de la Hélade ha transportado su morada á Pérgamo, la ciudad de Esculapio, y á Alejandría. Las armas macedónicas han abierto al helenismo la conquista del Oriente, hasta las puertas de la India. Después de un medio siglo de luchas y de anarquía, los sucesores de Alejandro reinan sobre las ciudades antiguas pacificadas y sobre las capitales nuevas. Á la orilla del mar azulado, las reinas del Asia menor, Efeso, Pérgamo, Laodicea, Antioquía, Cesárea, Hierópolis, resuenan con el ruído de las fiestas, de las declamaciones, de los espectáculos públicos. «Los broncistas de Sicione pulimentan el duro metal para representar á los ojos de la posteridad, sobre la acrópolis de Antioquía, la admirable fortuna de los Seleucidas. Las terrazas y los frisos de Pérgamo ensalzan en la luz las victorias de Atalo, la belleza soberana de Atena, la batalla de Zeus contra los gigantes, el combate de la razón divina y de la humana «euritmia», contra las fuerzas brutales del caos (1). Y el Egipto ha llegado á ser como una Grecia más espaciosa y más rica. Estamos en pleno período alejandrino.

---

(1) Gaston Deschamps. — V. Alfredo y Mauricio Croiset. *Hist. de la lit. grecque*, t. V, 1899.

Se ha echado sobre esta escuela una mala reputación: no la merece. La gracia nativa de los griegos ha podido hacerse más pesada; no ha desaparecido.

Después de la muerte del vencedor de Darío, aquellos de sus capitanes que han recibido el África en el reparto han fundado ciudades en Egipto; las letras encontraron allí un asilo protector. Ptolomeo Soter, Ptolomeo Filadelfo, Ptolomeo Evergeta, han acogido á los poetas, fundado bibliotecas, abierto el Museo y preparado una floración menos brillante, pero agradable y bella todavía en su imperio.

Durante algunos años hay entre Pérgamo y Alejandría, sin olvidar las escuelas de Rodas y de Tarso, una especie de emulación generosa en prodigar sus señales. Ptolomeo Filadelfo ha comenzado la fundación de la primera gran biblioteca en el barrio de su ciudad el Bruchium, contiguo al palacio. Le parece exiguo todo gasto cuando le sirve para adornarla, para embellecerla. Ha hecho recoger en todas las comarcas del mundo los libros más raros, y los más curiosos; y no ha encontrado más que libertar á sus expensas un pueblo de cautivos, alojar régiamente en la isla de Faros, durante dos meses y medio, á sesenta y dos sabios judíos y cargarles enseguida de presentes extraordinarios, con que pagar demasiado caro el trabajo, por el cual había sido trasladada del hebreo al griego la ley de Moisés y constituído la famosa versión de los Setenta.

Celoso de enriquecer igualmente con los tesoros de la inteligencia su capital asiática, Eúmenes, rey de Pérgamo, ha querido, como el Filadelfo, fundar un Museo. Sin poseer iguales riquezas, en nada cede á los Lágidas en munificencia cuando se trata de obtener originales preciosos, ó simplemente de multiplicar el número de las copias. Se teme ya, en Alejandría, que esta biblioteca eclipse la importancia de la de los reyes egipcios; Ptolomeo se inquieta y prohibe la exportación del papiro. Eúmenes entonces inventa el pergamino, y muy rápidamente se aumentan en Pérgamo las colec-

ciones destinadas á enriquecer más tarde el Serapión (1) de la ciudad rival.

Los libros reunidos por los reyes de Egipto, transcritos por los poetas, los sabios que ellos alimentaban como en una pajarera, han provocado estudios nuevos. Las ciencias físicas y matemáticas reciben un fuerte impulso con los trabajos de Eratóstenes,—que se ha apellidado el segundo Platón. A porfía, Zenodoto, Aristófanes de Bizancio, y su discípulo Aristarco de Samotracia depuran los textos, codifican las formas del discurso, dirigen, reglamentan el amor á las letras hasta el exceso, pero con utilidad. Gracias á sus minuciosos trabajos, la antigüedad ha llegado á ser objeto de una admiración reflexiva. «Homero, ha dicho Sainte-Beuve, no es hoy todo un Homero, sino porque no le ha faltado su Aristarco.»

Por otra parte, estos tiempos de crítica exigente y de ciencia un poco seca, tienen todavía sus títulos honoríficos en el campo de la creación artística. Sin hablar del tenebroso Licofrón, el oraculario autor de *Alejandro*, tan oscuro que á su lado todo lo que expresa la idea de oscuridad, nieblas y negruras, parecería casi luminoso; sin hablar no más del enorme pulular de las piezas de teatro, cuyo número desalentó el celo de compiladores tales como Suidas y Hesiquios, ¿no poseían las elegías de Calimaco y los idilios de Teócrito? (2). Las poesías de Calimaco, para el gusto de los antiguos, eran más sabias que inspiradas; las de Teócrito constituyen todavía las delicias del mundo poético.

---

(1) Antonio donó á Cleopatra la biblioteca de Eúmenes, que sacó de Pérgamo; fué para consolar á Alejandría de la pérdida de la del Bruchium, quemada por accidente ó de intento, durante el sitio de la ciudad por Julio César.

(2) Meleagro de Gadara, el ingenioso coleccionador de la primera antología y el más elegante de todos los cantores amanerados que salieron de la escuela de Anacreonte, no aparecerá sino dos siglos más tarde. «La belleza griega, ha escrito Paul de Saint-Víctor, sonrió en Meleagro por última vez.»

La tierna égogla debió la existencia al poeta de la Sicilia. Con él se despertó el sentimiento pintoresco y colorido de la Naturaleza que había disfrazado, en tiempos más crédulos, la ilusión del adorno mitológico. En tanto que Apolonio de Rodas, reuniendo con menos imaginación que elegancia y armonía los cantos líricos ó dramáticos de los antiguos poetas, hacía viajar al héroe de los Argonautas por los mares lejanos, Teócrito, á quien no halagaban tan vastas ambiciones, miraba, admiraba y daba vida al campo. En el puro cristal de sus versos reflejaba el cielo y las riberas, sin llamar ya en su ayuda á las ninfas ni á las driadas, que había puesto en fuga la incredulidad de los tiempos nuevos. Alejándose de las grandes ciudades, tanto como nuestras ciudades modernas llenas de polvo y de bullicio, para gustar y hacer sensible el atractivo de descanso de los tapices de verdura, de las fuentes que brotan, de los horizontes luminosos en que se goza la frescura del aire; á la sombra de los árboles, bajo las espesuras, ó á la orilla de un agua murmuradora, anotaba los cantos de los cabreros, y con ellos componía cuadros de una gracia y de un valor infinitos. Es el modelo que nunca se ha aventajado. Porque para Teócrito, ha dicho Amiel, un paisaje es un estado de alma, al mismo tiempo que un espectáculo encantador.

En segunda línea venían los didácticos, tales como el ciliciano Arato, que se citará algún día como un precursor no despreciable de un Virgilio ó de un Ovidio.

Son estos los últimos ecos del genio griego en la posesión de su libertad. Grecia, por decirlo así, recogía su última cosecha antes de entregar su morada al poder de los romanos.

§ 8.

Sus tiempos heróicos habían pasado. Su bella imaginación creadora no tenía ya sino radiaciones lejanas. Sin embargo, le bastará vivir de su antiguo patrimonio artístico,

tener abiertas sus escuelas famosas, dejar hablar á sus sofistas y sus oradores, para someter á su ley al dueño que la tiene bajo el yugo de un orgulloso vencedor. De la mezcla de las dos razas resultará, en provecho de la humanidad, una fuerza imprevista de renovación.

¿Es esto decir que el espíritu griego y el romano no hubieran nunca estado en contacto, antes de esta fusión violenta? Había habido mucho tiempo antes del uno al otro comunicaciones y cambios pasajeros. Cien años apenas habían transcurrido desde la fundación de Roma, cuando el corintio Demarato, expulsado por la tiranía de un grande de la ciudad, había venido á establecerse en Tarquinia, creando una colonia de artistas, enseñando á los rústicos habitantes del Lacio el arte de pintar los vasos, educando á sus hijos en el amor á las ciencias y preparando para reinar dignamente á su hijo Tarquino el Antiguo. Pitágoras vivía en Italia y lanzaba en Crotona las bases de su asociación filosófica, mística y política, en el tiempo en que Bruto puso fin á la servidumbre de su patria. Y desde los orígenes, más de una idea capaz de sugerir otras habían debido circular desde los establecimientos de la Magna Grecia, hasta el corazón de la Roma naciente. ¡Toques lijeros, insinuaciones apenas sensibles, que el juego de las circunstancias sólo podía afirmar! Es la marcha habitual de las cosas: los roces políticos entre las naciones activan su comercio intelectual. Griegos y romanos se aproximaron hasta que sus contactos llegaron á ser bastante íntimos y sus relaciones bastante directas para poner seriamente en peligro la independencia del país de Milciades y de Filopemen. Hacia el año de Roma 555, los dominadores del mundo fingieron una noble empresa. Se declararon abiertamente protectores de Grecia contra los designios ambiciosos de Filipo el Macedonio. Pasaron á Grecia sus legiones y entretuvieron algún tiempo todavía á los aqueos con una sombra de libertad. Luego confiscaron el país que entendían proteger. En el año 146 antes de Jesucristo, la espada de Mummio borró Grecia del número de las naciones.

Demasiado debilitada para vencer por la fuerza de las armas, una inmortal revancha le esperaba en un terreno en que no valen ni la fuerza ni el número. «Grecia cautiva» invadió á su vez con sus mil influjos el suelo latino y reinó por las artes en Italia.

CAPÍTULO V

Antes de la fusión greco-latina.—Los primeros contactos.—Comienzos de la poesía latina.—Ruina de la civilización púnica.—En los tiempos de Sila.—El «siglo de Augusto».—La obra entera de la civilización.—Grandeza y decadencia.—Renacimiento de los estudios filosóficos.

§ 1.

Durante cinco ó seis siglos, la guerra y la sed de conquistas habían dirigido exclusivamente la ambición de los romanos. Casi no habían acusado gustos especulativos, y se revelaba muy débil en ellos el sentido estético. Les habían nacido poetas, que ignoraban ó desdeñaban. Habían tenido oradores populares, agitadores de foro; pero su voz sólo hallaba eco en la esfera de los intereses políticos. La alta elocuencia y la filosofía no llevaban realizado ningún progreso digno de memoria, ó más bien no se habían manifestado antes de los sucesos que ocasionaron la dispersión de los últimos defensores de Grecia por las provincias de Italia.

Obligados á abandonar, en número de mil al menos, la patria que ya no esperaban salvar; reducidos, en su condición de vencidos, á no tomar nunca parte en los negocios políticos, los aqueos, elegidos entre los principales miembros de sus ciudades, todos distinguidos por sus luces, se refugiaron en el cultivo de las letras.

Uno de ellos, el varonil escritor Polibio, de Megalópolis, empezaba á reunir, en Italia, los materiales de su gran obra, esperando ejecutarla á su vuelta al suelo de Grecia. Hábil

en desarrollar cada hecho en su causa y sus consecuencias, imprimiría á la historia un carácter político y razonador, desconocido hasta entonces.

Muy pronto los ejemplos y los discursos de estos hombres sirvieron de modelos é impulsaron á la emulación á todos los que con genio rudo, con patriotismo rígido, con prosaismo político y guerrero demasiado absoluto, no se hacían inaccesibles, sin embargo, para la vida intelectual.

Pocos años mas tarde eran los diputados de Atenas, Carneades, Cristolao, Diógenes, los que por sus talentos oratorios atraían á su paso una apiñada muchedumbre.

Para oir la voz encantadora de Carneades, su palabra fácil y rápida, los jóvenes renunciaban á sus placeres, abandonaban sus juegos; no respiraban más que filosofía.

En vano, á ejemplo de Catón, que se indignaba á cada momento contra el crédito de los extranjeros, pero que castigándose él mismo de haber cerrado sus ojos y su razón á las seducciones helénicas, concluyó su vida aprendiendo el griego; en vano feroces censores trataban de refrenar este ardor; en vano el Senado oponía una ley especial y restrictiva á los progresos de estudios susceptibles de debilitar los alientos. El impulso dado no se detenía.

Quizá se hubiera por mucho tiempo todavía considerado el arte y la ciencia como ocupaciones inferiores, casi serviles, propias para enervar almas de soldados, si la moda y la imitación no se hubieran mezclado á ellas. Pero el pliegue se había marcado, la costumbre había venido. Los romanos ilustres se cubrían á porfía con nombres griegos. Se llamaban Filon, Sofos, Hipreos. El genio latino forzaba su naturaleza para colocarse en la escuela de los vencidos. No quería ya separarse de ella, cuando le había tomado el gusto. El decreto fechado en el consulado de Fannio Estrabón y Marco Valerio Mesala, no impidió á un Escipión Emiliano honrarse con la amistad de un Polibio ó de un Panecio, ni que las divinidades elegantes de Atenas sustituyesen á las viejas divinidades latinas, frías y rugosas, en los templos de Roma.

Una deslumbradora evidencia se imponía. ¿Qué podía contra la seducción griega la primitiva literatura etrusca, sabina, itálica, informe y sin gracia?

§ 2.

Tardío había sido el nacimiento de la literatura latina. Tuvo en cambio un impulso rápido y una juventud viril. Entre la primera guerra púnica y el fin de la tercera, se estrechan los nombres, los talentos. He aquí primero á Livio Andrónico, el verdadero fundador de la lengua literaria de los romanos; Cneio Nævio, el primero que sustituyó el verso yámbico al rudo verso saturnino; Quinto Ennio, el vigoroso Ennio, á quien sus compatriotas no dudaron en apellidar «segundo Homero», *alter Homerus*. Este cantó la ruina de Cartago—caída el mismo día que Corinto—y participó del triunfo de Escipión. Ennio ha gozado de gran favor en el espíritu de Cicerón y de Virgilio. Sufriendo á la vez el influjo osco y el griego, que se combinaron en él con el genio romano, escribió tragedias y comedias imitadas ó traducidas, de Eurípides y de Menandro; se hizo ilustre como poeta épico con los diez y ocho libros de sus *Anales*, y por sus sátiras se anunció como el precursor de Lucilio. Siguiendo sus huellas se sucedieron el trágico Pacuvio, Plauto, el favorito del pueblo; Afranio, que pasará durante mucho tiempo por el Menandro de Roma; Cecilio, un digno predecesor de Terencio, y Terencio mismo. Del autor de *Adriana* data el nacimiento del buen gusto entre los latinos; después de haberlo oído empezaron á avergonzarse de los aplausos prodigados á la grosería de Accio y de Pacuvio.

Así el amor á las letras abríase camino bastante pronto, llegando á vencer las prolongadas repugnancias de la política romana contra las ocupaciones de la paz.

¡Cuánto más dentro no estaba ya de los espíritus y era menos restringido este gusto por las cosas de la inteligencia, el día en que cayó, para no volver á levantarse nunca, la ilus-

tre Cartago! Un vencedor menos inculto habría querido salvar algunos vestigios de una civilización tan violentamente destruída en el choque de las batallas, y por consiguiente, tan completamente borrada de la tierra que sus ruinas mismas han perecido. Y todo un pueblo como aquel, que no tuvo un Polibio, ni tan sólo un Apiano, salidos de su raza para referir la historia de sus fortunas diversas, había desaparecido sin dejar otras huellas que un nombre, estelas informes y polvo de mármol mezclado con la arena del mar (1).

Vivía allí una nación poderosa, que aspiró al imperio marítimo en esta costa de África, en frente de Italia, de la Galia y de España. Había poseído las flotas más inmensas y mejor armadas que se vieron jamás sobre los mares. Su emplazamiento maravilloso había hecho de ella la metrópoli del Occidente. Los pueblos rivales la consideraban con envidia. Difería esencialmente de Roma por su lengua, por sus costumbres, por su tipo de raza, por sus orígenes. Cartago estaba unida á la Fenicia, la Fenicia á la Judea. Con su genio mercantil, sus costumbres mezcladas de opulencia y de barbarie, sus templos y sus supersticiones, con el simbolismo de sus cultos feroces, pasando de Moloch el devorador, á Tarsit, la Venus

---

(1) En 1899 las excavaciones proseguidas en Cartago, los descubrimientos hechos por el P. Delattre y sobre todo los trabajos dirigidos por M. Paul Gauckler, han dado algunas luces inesperadas sobre lo que fueron esta civilización y este arte púnicos, antes de que «la reina de los mares» hubiera sido derribada por la fortuna de su implacable enemiga. Sin embargo, la mayor parte de los hallazgos exhumados en el suelo de Byrsa, se refieren á la segunda Cartago, la Cartago romana, para la que se había realizado también el *delenda Carthago* del viejo Catón.

Las poblaciones árabes habrán contribuído mucho á la devastación total de la Cartago púnica y de la Cartago romana, por la costumbre que tomaron muy pronto de apropiar los restos antiguos á las necesidades de sus construcciones. Desde el siglo XIII, el historiador árabe Edrisi señala como un abuso ya antiguo la explotación de los materiales de Cartago.

ascética, y mezclando á las prácticas más horribles vagos recuerdos teogónicos de un sentido profundo y misterioso, era otro mundo. ¡Si todas estas cosas no hubieran sido aniquiladas sin retorno, monumentos, inscripciones, cuántos testimonios característicos hubieran afirmado, para enseñanza de los hombres, estos numerosos contrastes, y fortalecido las pruebas de la tradición histórica! ¡O cuántos documentos también se hubieran añadido á la herencia del pensamiento oriental! Pero estaba escrito que el ascendiente griego no admitiría participación en la educación intelectual de los romanos.

Este ascendiente no cesaba de aumentar; eran llamados filósofos de todos los puntos de la península para formar á los jóvenes con sus lecciones ó para dirigir con sus consejos á los ciudadanos, á quienes su nacimiento ó el voto popular llevaba á la gestión de los negocios públicos. Los oradores se emulan en número y en mérito; todos arden por seguir las huellas de un Lisias, de un Hipérides, de un Demóstenes. Craso y Antonio han legado el cetro de la elocuencia al sútil Cotta y al brillante Hortensio. Tal es la reputación de Hortensio, que los mejores actores del tiempo van expresamente á oirle para formarse, á su ejemplo, en el gesto y en la declamación. Los Escevola llevan la ciencia del derecho civil á su perfección. Y Cicerón, el más elocuente de los hijos de Rómulo, comienza á desempeñar su papel incomparable de iniciador literario. Sus principios estuvieron llenos de audacia y de brillo. En medio del terror mudo que mantenía el recuerdo de las proscripciones (1) había osado tomar la defensa de un oprimido, Roscio, y el silencio universal no había hecho otra cosa que dar más resonancia á su palabra. Su existencia se verá mezclada á los sucesos más considerables de la historia romana, y él mismo les imprimirá su dirección muchas veces, á pesar de que á la grandeza de su espíritu no deben siempre faltar las debilidades ó las inconstancias de

(1) G. Boissier.

su carácter. Ante todo, querrá tomar el primer puesto en los puros dominios de la inteligencia. Será el príncipe de las letras latinas por el número, la diversidad, la importancia y la pureza de ejecución de sus obras. Emoción tierna, delicadeza exquisita, solemnidad religiosa y grandiosa, fuerza en lo patético; nada de lo humano quedará fuera de la naturaleza maravillosamente expansiva de Cicerón (1).

Ni los éxitos públicos, ni los trabajos de los campos, detienen este fervor espiritual. Sila mismo había escrito veintidós libros de memorias, y contribuído, por otra parte, al progreso de las letras, trasportando á Roma la biblioteca famosa de Apelicón el Peripatético. El proscriptor impune de los satíricos, de los escritores independientes, de los autores de libelos, de todos los que podían recordar á un oído sensible el nombre sólo de la libertad, no se guardaba de alentar, al menos, los estudios discretos y pacíficos.

Después de Sila, Lúculo.

En la pompa de una retirada rodeada de gloria, estimando que no hay mejor empleo de los ocios de la vida privada que la aplicación del espíritu para extender la esfera de sus conocimientos, el vencedor de Mitrídates había hecho levantar á su vista un magnífico edificio, un palacio para los libros, cuyas puertas estaban abiertas á todos. Todo alrededor se extendían largos paseos, avenidas sombrías, donde los griegos acudían á porfía, felices de entregarse, lejos del tumulto, á las dulzuras de las conversaciones sabias. Lúculo se mezclaba en sus disputas, tomaba parte en sus debates, y no disimulaba sus preferencias en materia filosófica por la antigua Academia, en tanto que Cicerón, su amigo, trabajaba continuamente por acreditar la nueva. Tal era este Lúculo, tan

(1) El privilegio admirable de Cicerón fué, en efecto, esta extraordinaria movilidad de impresión, que le permitía trasportarse inmediatamente de un estado de espíritu á otro, y producir sucesivamente, según las impresiones que había recibido su imaginación ó su corazón, los efectos más opuestos.

versado en las artes de la paz como en las de la guerra, y que formando un día el proyecto de componer una historia, había echado agradablemente suertes para saber si la escribiría en griego ó en latín, en prosa ó en verso.

Sin embargo, estas felices exterioridades, estas bellas apariencias de tranquilidad intelectual, que deberían corresponder á una época esencialmente reposada, pacífica y próspera, no eran más que una imagen ficticia, muy reducida y engañosa, brillante únicamente en la superficie. Otras ambiciones guiaban á los hombres que la de helenizar como artistas. Si algunos privilegiados, después de haberse hecho dueños de la fortuna por los actos más audaces, podían retirarse, como pleno descanso, en los goces del *otium occupatum* del sabio, no ocurría lo mismo á la mayor parte de los romanos, á los que importaba obrar á su vez, crearse una posición y tomar un papel á través de las violencias desencadenadas de las facciones (1). Eran raros aquéllos que, semejantes al prudente Atico (2), llegaban á mantenerse honrados, ricos, poderosos, en días terribles, como los de las proscripciones de Sila, en que tan sólo vivir, era un problema lleno de dificultades. Corrompidos muy pronto, libres de escrúpulos y de principios, dando sólo el valor más pequeño á la conservación de su dignidad, pero paseando detrás de los grandes ambiciosos sus deseos inquietos, los jóvenes de entonces, los Celio, los Curion, los Dolabela, hubiesen sido mal elegidos para encarnar el sentimiento de las puras letras y el amor desinteresado á los estudios. César reservaba á la juventud latina un destino diferente en la revolución que quería realizar. La secta de Epicuro, que se introdujo en

(1) Véase el hermoso libro de Gastón Boissier, *Cicerón y sus amigos*.

(2) Este Atico, cuya complacencia ilimitada se acomodaba á todos y que podía con tanto esmero cultivar á Balbo y á Teófanes, los confidentes de César y de Pompeyo, visitar á Clodio y permanecer el mejor amigo de Cicerón, era el hombre más hábil del mundo.

Roma al final de la República, subordinando todo al interés personal, había contribuído en mucho á perder los espíritus y los corazones. Los conflictos de las pasiones y la fuerza de los hechos hicieron aún más para ello que las palabras y las doctrinas. Nunca anarquía más completa puso á prueba las fuerzas de un gran pueblo. Desde el consulado de Cicerón hasta las guerras civiles, Roma no conoció una hora de tranquilidad. ¡Qué serie de vicisitudes inauditas las que en un tan corto espacio de tiempo pudieron hacer del mismo hombre, Cicerón, el rival de Catilina, la víctima de Clodio y el súbdito de César! Mientras que las legiones continuaban conquistando el mundo ó despojando las provincias, una guerra encarnizada se continuaba en el recinto de la ciudad para llegar á esclavizarla. Generales ansiosos de dictadura oprimían al pueblo, que los había armado dentro y fuera con una autoridad formidable. Iba á pertenecer, finalmente, al más fuerte, al más hábil, es decir, á César.

Estas turbulencias intensas, estas agitaciones infinitas en que perecía la República, han dejado una huella profunda en algunas obras maestras de los escritores contemporáneos, tales como las de Salustio, el insaciable concusionario, tan hábil en predicar á los demás los méritos de la virtud y de la moderación, y de Lucrecio sobre todo, cuyas palabras, á lo menos, no engañaron la conciencia. Discípulo entristecido de las doctrinas de Epicuro, testigo de la agonía sangrienta de la República romana, desengañado del cielo y de la tierra por el espectáculo de un terrible desorden político y moral (1), y no viendo ya otro recurso para la independencia del espíritu que el refugiarse en sí, la tranquilidad plácida del alma sin esperanza ni temor, Lucrecio había concebi-

(1) «Figuráos Londres, escribe Mommsen, con la población esclava de Nueva Orleans, la policía de Constantinopla, la industria de la Roma moderna, y pensad en el estado político de París en 1848: con todo eso reunido, formaréis alguna idea de la Roma republicana en sus últimos momentos.»

do su audaz poema filosófico de la *Naturaleza.* Innovador resuelto, enemigo de las divinidades de la fábula, de los augures y de las cortesanas, preludiaba ya, por su parte, la caída del viejo mundo romano.

La libertad no era más que vana palabra vagando en los labios de un Casio ó de un Bruto.

Se produjo un gran decaimiento de las voluntades y de los caracteres. Un estado tal de cosas, tan furiosamente anárquico, que se había adoptado la costumbre de conquistar las dignidades, no ya á costa de dinero, sino por la fuerza de las armas, no podía prolongarse más sin conducir por fin á un inmenso cansancio. Aturdidos por la fatiga en medio de estas disensiones continuamente reavivadas, de estas crisis tumultuosas de la plaza pública, de estas luchas parecidas á matanzas (1), que acompañaban á cada movimiento electoral, los espíritus políticos al fin llegan á apartarse con aversión de lo que habían amado más ardientemente: la actividad popular del Foro, la busca en plena luz de los cargos y de las aclamaciones, entre el ruido y el movimiento de la multitud. De éstos, muchos se acostumbraron poco á poco á gustar como una ley de sabiduría la fórmula epicúrea, que enseña que es bueno huir de los empleos públicos para ahorrarse los trabajos que atraen. Se dedicaron á buscar, lejos de las facciones y de las violencias, los encantos de la vida interior, hasta entonces desconocidos, y de las ocupaciones capaces de proporcionarles á la vez reposo y honor. Los más sabios, los más felices, se refugiaron en el culto de las letras para consolarse de las desventuras del Estado.

Augusto vino á propósito para establecer el orden... y la servidumbre. La paz que él dió al mundo hizo fácil el vuelo de todos los talentos. Se había elevado al poder supremo

---

(1) «El Tíber, dice Cicerón hablando de uno de estos combates, se llenó con los cuerpos de los ciudadanos, los sumideros públicos se colmaron de ellos, y hubo que enjugar con esponjas la sangre que corría del foro.» *(Pro Sext.* 35.)

por una singular habilidad combinada con audacia y destreza, por la falta de escrúpulos y una implacable crueldad. Cambiando de conducta en cuanto no le quedó nadie á quien temer, se le vió llenar de favores á todos aquellos cuyo reconocimiento, haciendo olvidar el horror de sus proscripciones, debía engañar al universo.

§ 3.

Las disensiones políticas, las luchas de preeminencia de clases ó de partidos, y la anarquía que de ellas había resultado, no turbaban ya la ciudad con sus escisiones. Bajo el nombre de Imperio, una dictadura organizada, sin instituciones, sin principio gubernamental, pero apoyada en una forma administrativa y fortalecida por leyes, parecía ofrecer todas las garantías de orden y de solidez. La guerra civil se había extinguido, falta de alimento. Italia y las provincias respiraban. La inmensa majestad de la paz romana extendía su sombra en toda la extensión de este inmenso territorio en que se veía encerrada la obra entera de la civilización, limitada al Oriente por los Partos, al Norte por los Germanos. Una tranquilidad general favorecía el florecimiento de las ciencias y de las artes.

No hacía mucho tiempo que Catón, y sobre todo Cicerón, hicieron obtener á la filosofía el derecho de ciudadanía en el país romano. Ella, la primera, ganó mucho con la caída del régimen republicano.

El mundo político y moral se había transformado. Las viejas tradiciones desaparecieron en medio de un orden de cosas nuevo. Otras ideas circularon. Todos buscaban á tientas, según las palabras de Lucrecio, el camino de la vida. En el momento mismo en que el poder de un César deslumbraba á todos, un esclavo oscuro, pobre y cojo como Ixo, un Epicteto, había tratado de demostrar á los hombres la vanidad de esta conquista y la poca grandeza real de esta supremacía de la fuerza á los ojos de un sabio. De igual modo cuando el si-

glo de Pericles acababa de llegar á su más alta expresión de glorias y de riqueza, Antístenes, el primero de los cínicos, se dedicó á ridiculizar todo el esplendor de que se enorgullecía Atenas.

El pensamiento filosófico no atraía sólo á espíritus eminentemente especulativos, sino además á los espíritus á quienes no ocupaban ya los asuntos públicos, y á aquellos también que se entregaban á él con disposiciones diferentes. Augusto escribió un libro para aconsejar su estudio. Historiadores, poetas, jurisconsultos y escritores de arte, á él también se dedicaban igualmente. Un Labéon fundaba sobre esta base lo mejor de sus conocimientos jurídicos y la firmeza de su carácter. No parecía menos necesario á un Vitrubio (1), que á un Polión ó á un Tito Livio. Otros hacían de la enseñanza filosófica el único empleo de su tiempo, su profesión verdadera. Formaban discípulos, distribuían á inteligencias escogidas una instrucción severa y metódica, ó se dedicaban á la dirección moral de sus sentimientos y de sus actos, para el mayor bien de la vida cuotidiana. Tal los dos Sextos y el declamador Papirio Fabiano, á quienes se ha comparado, en cuanto al carácter de su predicación filosófica, á una especie de Bourdaloue. «Se le escuchaba, dice Séneca, con una atención respetuosa; pero á veces el auditorio, sobrecogido por lo grande de las ideas, no podía contener gritos de admiración.»

La elocuencia política, cuya fuerza, dichosa ó perjudicial en sus efectos, quiere un terreno no domado y se desarrolla principalmente á través del ruído, las agitaciones y las discordias, se había acomodado mucho menos que la filosofía al tránsito de un estado continuo de efervescencia, al de un gobierno regular, tranquilo. Había perdido su fuerza, su fecundidad, al perder su independencia; ya los Mesala y los Polión eran, entre sus contemporáneos decadentes, como hombres de otra edad.

(1) «Philosophia perficit architectum.» (Vitrubio, 1, III)

Pero la poesía, que reclama descansos felices, podía mostrar enteramente sus recursos, en el seno de la seguridad y del bienestar. Fué dado á la Musa romana, en esta época única, el producir obras perfectas.

En tanto que Virgilio llena de una luz divina todos los asuntos que toca, celebra los juegos rústicos y los trabajos de la agricultura; luego, bastante inspirado en Teócrito, Hesiodo ó Lucrecio, ansía entrar en lucha con Homero y da á Roma su inmortal epopeya. Horacio, al lado de Mecenas, da al espíritu latino su viva y espiritual expresión; es la sátira no ya virulenta y envenenada, sino el gusto afinado con buen sentido y templada malicia. Su obra entera se descubre penetrada de filosofía. Con su exquisita sinceridad, su perfecto abandono, Horacio es todavía, de todos los poetas de su clase, aquel quizás que responde mejor á las aspiraciones diversas de la naturaleza humana, tan contradictoria y tan variable.

Amigo de Virgilio, protector de las letras y dotado él mismo de una imaginación apasionada, Cornelio Galo, y después de él Tibulo, el sensible Tibulo, esparcen en la elegía las gracias del tocador de las damas; Propercio, digno heredero de Catulo, canta en versos llenos de fuego—aunque se mezcle demasiada mitología á sus suspiros—las turbulencias del corazón y de los sentidos; y Ovidio lleva más lejos aún que Tibulo esta fácil jovialidad, testimonio cierto de la excesiva libertad de las costumbres. La prosa llega á su perfección en Tito Livio. Los relatos llenos de encanto del gran analista—si no se libraron de las censuras de la crítica histórica—han conservado inatacables sus méritos de forma: su amplia dicción, que llega á veces hasta la prolijidad, es comparable á un río de leche.

§ 4.

Toda institución viene tarde y dura poco,

dice La Fontaine; así ocurre en las letras. La madurez de una literatura no es más que un punto en el tiempo. La lengua se gasta, los espíritus se agotan y las costumbres se corrompen. Las circunstancias políticas precipitan la degeneración de las obras del espíritu latino.

No pudo mantenerse por largo tiempo esta paz, tan firme en apariencia (y que no era en suma sino la igualdad bajo el yugo), este favor universal de la fortuna, este triunfo de todos los elementos de gloria y de prosperidad.

Plumas famosas han trazado la decadencia rápida de la grandeza latina y las causas que la acarrearon. El imperio había nacido de la anarquía. A su vez, arrastrado á los peores excesos por la abominable tiranía de los herederos de Augusto, por la avidez sin freno de la administración fiscal, oprimiendo á las provincias, y por la terrible degradación de las costumbres generales, aceleró la decadencia. Las guerras civiles, que había ahogado la mano de Octavio, renacieron. Las guerras extranjeras no tuvieron más que treguas. La literatura sufrió las consecuencias de estas intermitencias. El epiléptico Calígula, envidioso de toda gloria, proscribió al poeta de igual modo que al patricio. Claudio, sabio imbécil, no supo hacer nada sino por los jugadores de dados, los libertos y los bufones. Nerón, por gusto y por vanidad, pretendió levantar de nuevo la gloria de las Musas latinas... Bajo Nerón, en efecto, «los baños, las basílicas, los plátanos de Frontón resuenan con la voz cadenciosa de los cantores, que vienen con túnica de púrpura y los cabellos perfumados á leer sus iliacas, sus silvas y sus elegías. Hay allí toda una vida académica, vida de banquetes, de cumplimientos y de ovaciones; se corre anhelante de una recitación á otra, se estrecha apresuradamente á un poeta en los brazos para ir á gritar al poeta su camarada: *¡Pulchre, bene, recte!* Bajo el be-

nigno influjo del sol imperial, bajo la lluvia de oro y de laureles que desciende del monte Palatino, se alza una poesía suave y tiernamente amamantada, nutrida con dulce miel, criada en el cálido invernadero de las lecturas de salón, al rico olor del ámbar y del nardo, en la armonía de las cítaras, que le dan el tono, al ruído más encantador de su propia voz y con los aplausos cadenciosos de una amistad fiel» (1). ¡Pero cuán lejos están todos estos coleccionadores de exámetros y de endecasílabos de acercarse á la grandeza sobria y á la suavidad virgilianas! Uno de ellos, Lucano, encarece más que la elocuencia misma, los tonos exagerados y declamatorios. Al menos vence á sus fríos rivales por el relieve y la energía de los colores, por la vida del estilo y del pensamiento. ¡Ay! Nerón le hará pagar caro el brillo de sus talentos precoces. Lucano ha tenido el peligroso honor de ser el rival feliz del César en una lucha poética. Condenado al silencio por éxitos literarios que hacían sombra al orgullo de un tirano espiritual, luego á muerte por crimen de conspiración política, envuelto en la cruel desgracia de su tío Séneca, Lúcano desaparecerá de la escena á los veintisiete años, dejando el campo libre á los Estacio, á los Silo Itálico. Capaz de sentimientos delicados, conmovedores ó ardientes, siempre fácil y fluído en la forma, pero no menos pronto á corromper su efecto por medios artificiales, Estacio, el autor de las *Silvas,* será el tipo perfecto de las literaturas de decadencia.

«Una poesía trivial, dice Plutarco, llevaba consigo una música afeminada y corrompida.» El teatro no se había rehecho de su esterilidad. ¿Hizo Séneca representar verdaderamente en él las tragedias que nos han quedado con su nombre, ó no eran más que trabajos de gabinete? Se ignora. Se ve en ellas lucir á veces un relámpago de la civilización griega, pero la elocuencia es estirada, hinchada y difícil. Por lo demás, la literatura va perdiendo más cada día su puesto en la escena. La multitud ociosa y brutal no acude más

(1) Champagny, *les Césars*, t. IV, 5.ª edición, p. 132.

que para asistir á fiestas ruinosas. Nunca fueron más numerosos los espectáculos públicos, nunca la inteligencia tuvo en ellos menos autoridad. El circo se abre por la mañana, y los juegos se prolongan hasta muy tarde por la noche. Otra distracción, que llega al furor, son las carreras de caballos,—la fiesta suprema. En cambio, las representaciones escénicas ya no están en boga. Ni comedia ni tragedia eran capaces ya de atraer al pueblo al teatro. El mimo, la atelana, conservaban todavía algún favor, por la licencia, que era su carácter dominante; pero los espectáculos sangrientos tenían muy distinta fuerza de atracción para la plebe latina. Leones eran lanzados contra tigres, jabalíes contra jabalíes, hombres contra hombres. No había que hacer poesía, arte dramático, en estas luchas de la arena.

En cuanto á la elocuencia, perecía por el enfásis sin fin y la declamación vacía. La sofística, en cambio, triunfaba plenamente. El pensamiento es abandonado por la palabra, la conclusión por el silogismo.

Las escuelas de retóricos atraen á toda la juventud estudiosa ó brillante. Pero encerrado en un círculo de los más estrechos, el arte oratorio se redujo á disputas sútiles, á luchas de argucias (1), y terminó por no ser más que una hábil yuxtaposición de palabras.

Con el emperador Vespasiano la enseñanza de la retórica llegará á ser función de Estado en la persona de Quintiliano, investido de la misión especial de restaurar el gusto. Y Plinio el Joven será el mejor discípulo de Quintiliano, y este mejor discípulo indicará mejor que nadie hasta qué punto la enfermedad del espíritu culterano estaba extendida.

Es preciso sufrir en todas partes el influjo enervante y soporífero de los gramáticos. No más Foro, no más tribuna de las arengas, no más causas levantadas que defender, nada de estos procesos célebres en que se agitaba la causa del es-

(1) Véase Gidel y Loliée, *Ecrivains et Littèratures*, 1893. A. Colin, edit.

píritu humano; la grande elocuencia, la fuerza que guiaba al mundo, *regina rerum oratio*, ya no tiene ocasión de mostrarse, ni teatro en que aparecer en plena luz. No se habla más que en un pretorio, ante algunos jueces medio dormidos: un muro medianero, un tejadillo, estos son los temas de los debates. El nombre de orador no existe ya, es reemplazado por estos: *patronus, causidicus*.

La especulación filosófica aplicada á las ciencias, que había producido entre los griegos, en un Empedocles, un Demócrito, un Aristóteles, un Pitágoras, resultados maravillosos de intuición, ha decaído visiblemente; y Plinio el Viejo, á pesar de todo su saber enciclopédico, al recoger tantas fábulas, tantas quimeras, tantas supersticiones para su *Historia Natural*, señalará más bien un retroceso que un progreso de los conocimientos positivos.

Sin embargo, estas lagunas ó estas debilidades que dependían de causas generales, de condiciones de Estado y de sociedad, no impidieron se produjeran escritores superiores en varios órdenes. La historia de las letras ha conservado el recuerdo del progreso que realizó Petronio al introducir en la poesía narrativa, en vez de los dioses y de los héroes convencionales, las figuras diarias de la vida romana del tiempo. Esa historia no podría, por ventura, omitir a su paso al autor del *Banquete de Trimalción*. Y nada justificaría que olvidara decir el hermoso movimiento de ideas filosóficas que se produjo frente á costumbres desatadas.

§ 5.

Como por una especie de necesario consuelo para la generación que había tenido la suerte fatal de nacer bajo Calígula, de recibir su educación bajo Claudio y de llegar á su madurez bajo el odioso Nerón, el estoicismo se había revelado con ardores nuevos de apostolado; y no ya el estoicismo confuso de los Cleanto y los Crisipo, envuelto en retórica en cada repliegue de frase ó erizado de agudezas y suti-

lezas, sino un estoicismo insinuante y persuasivo, que exigía los mejores atributos de la elocuencia para realizar su obra de propaganda, para convencer, consolar ó sostener. ¡Doctrina terriblemente oportuna, bajo la tiranía de los Césares! Porque daba una gran fuerza al alma humana para soportar, si no le dejaba bastante energía para obrar. Todo lo que quedaba entonces, entre los ciudadanos de Roma, de orgullo nobiliario y de liberalismo republicano, como partido político, de independencia y de dignidad, como valor moral y conciencia individual, se había agrupado bajo esta forma de enseñanza especulativa, de protesta colectiva por la idea, como Séneca; por el hecho, como Musonio Rufo, Traseas, Laterano.

Séneca fué su más ilustre representante. Había crecido en el ambiente en que florecían la retórica y la filosofía. Muy joven huía de la multitud para oir las bellas oraciones de moral de Papirio Fabiano. La palabra del pitagórico Soción le transportaba. Llegaba el primero á la escuela del estóico Atalo, y no contento con salir después que los demás, acompañaba al maestro para gozar más largo tiempo de sus lecciones (1).

Séneca aventajó á todos. Pocos conocimientos perdió de cuantos estaban al alcance de los hombres de su tiempo. Con su profunda experiencia del corazón humano, su singular penetración moral y el calor elocuente de su proselitismo, ejerció un ascendiente maravilloso. Habiendo querido el destino que experimentara todas las vicisitudes á que están expuestos los mortales, sus libros llegaron á ser el manual de todos los hombres que aman la filosofía práctica.

Cerca de la razón moderna, Séneca ha perdido mucho de su crédito y de su autoridad. Al leer las páginas austeras de un director de conciencia cual él quiso ser, sus elocuentes páginas acerca de los deberes del hombre para consigo mismo

---

(1) Séneca, *Epistolas*, 108, 3. V. Gastón Boissier, *La Philosophie romaine, d'Auguste aux Antonins.*

y con sus semejantes, se recuerda demasiado al preceptor del César, del amante de Agripina, del pretendiente al imperio: el ambicioso daña al moralista; el político hace sospechoso al razonador, aun cuando en definitiva no haya habido que lamentar que, por una vez, la filosofía gobernase el mundo (1). Sin embargo, pudo abusar del ingenio, engañar á los demás acerca de la sinceridad de sus sentimientos, desenvolver como materias de estilo, sin aplicarse la regla á sí mismo las bellezas de la doctrina estóica, abandonar su frase á todos los sobresaltos que cruzaban su pensamiento ó sacudían su imaginación, pecar por exceso de sutileza ó extraviarse en el énfasis; no por ello fué menos Séneca, es decir, menos escritor, menos pensador, de los que cada vez que alcanzan la extrema belleza—lo cual le ocurría muchas veces,—dejara de rayar á grande altura.

A la misma escuela y al mismo tiempo pertenecía Aulo Persio Flaco. Ninguno de los maestros del siglo de Augusto, en la forma superior de sus obras, había logrado, con el pensamiento, llegar á las altas regiones en que la fe estóica arrebataba el alma del joven poeta del Pórtico. Sus versos envueltos en oscuridades forman una trama confusa, semejante á las nubes de un cielo tempestuoso, que atraviesan vivos y fugaces resplandores. Aun después de dos mil años, estos resplandores, son lo bastante brillantes para que se distinga perfectamente, á través de la penumbra de los siglos, la figura de Persio, destacándose con su pureza, mezclada de orgullo, sobre el fondo sangriento de la Roma imperial.

---

(1) Trajano estimaba que los cinco años, durante los cuales Séneca había sido el primer ministro de Nerón, fueron uno de los períodos más felices del Imperio. (Aurelio Víctor, *De Cæs.* V.)

CAPÍTULO VI

La edad de plata de la literatura latina.—Retrato de Trajano. -Roma en el apogeo de su dominación.—Vista de conjunto del mundo conocido en el reinado de Trajano.—Decadencia rápida.—Las últimas edades de las letras griegas y romanas.—Alejandría metrópoli del Oriente.—Los filósofos alejandrinos.—Marcha paralela y rival del alejandrinismo y del Cristianismo.—El supremo esfuerzo del paganismo transformado.—Juliano.—En el siglo IV.

§ 1.

De este modo, á las bellezas griegas de forma, habían sucedido bellezas enteramente romanas de pensamiento; y á la escuela virgiliana había sustituído la estóica. Las letras romanas iban á separarse todavía más de las griegas por la energía del sentimiento impreso á las obras; y todo este despliegue de originalidad, correspondió á las últimas grandezas de Roma en tiempo de Trajano (1).

Soldado desde la edad de catorce años, este príncipe no era un literato; bastaba á su gloria interesarse en las obras de la inteligencia y alentarlas sin empequeñecerlas. Trajano no componía él mismo sus arengas; pero su juicio tenía la sabiduría de su política sobria y firme. Su personalidad imperial no embarazaba los dominios del arte con una ingerencia celosa (2), de lo cual dará ejemplo tan pueril como

(1) Dubois-Guchan, *Tacite et son siècle.*

(2) Trajano empleó en obras magníficas al arquitecto Apolodoro, al cual hizo morir Adriano.

funesto su sucesor Adriano, sino que tenía amor á las grandes cosas y lo comunicaba á los trabajos del pensamiento, de la escultura, de la arquitectura, que en su reinado alcanzaron su expresión final de pureza y esplendor.

Dejando á cada cual el derecho de hablar según su conciencia, de juzgar y maldecir á sus antecesores, comprendiendo que el proceso formado á los grandes príncipes, por riguroso que pudiera ser, era también el mejor elogio de los buenos, este emperador honrado emancipó los espíritus. La literatura se resintió profundamente de ello. Hubo entonces una repentina explosión de obras satíricas y de venganza.

Despierta del silencio y del sueño de las proscripciones (1), repuesta de las infamias de una asfixiante servidumbre, Roma quiso revisar, por el baldón de los opresores, la historia cesariana, falseada por el temor y por la adulación. Desechó de su seno el montón de quejas que habían acumulado en ella ochenta y cinco años de tiranía, desde Tiberio hasta Domiciano. Nadie escapó al alcance reparador de la verdad. Cada cual pudo presentar su testimonio ó su veredicto al tribunal de la opinión. C. Fannio trajo su libro sobre las *Víctimas de Nerón*, cuya mención nos ha dejado Plinio el Joven. Con una licencia de pluma igual á la de Procopio, Suetonio presentó su abrumador testimonio acerca de las torpezas y las orgías horribles de un Tiberio, de un Calígula, de un Nerón, cienos humanos endurecidos con sangre. Juvenal dejó escapar el ardiente grito de cólera que había contenido en el fondo de su pecho, hasta que el puñal de los gladiadores hubiera acabado con «el Nerón calvo», el sanguinario Domiciano, que otro poeta, un poeta á la moda, leído en todo el Imperio, desde Roma hasta el país de los Getas, el frívolo Marcial, había cubierto con sus adulaciones interesadas. La indignación hizo de Juvenal el vehemente intérprete de la sátira pública. Finalmente, el más grande

(1) Franz de Champagny, *les Césars.*

de todos, Tácito, inscribió en el frontón de la historia sus sentencias lapidarias.

La fortuna política de Tácito, comenzada por Vespasiano, aumentada por Tito, llevada por Domiciano al más alto punto que se pudiera colegir, antes de llegar al consulado: la pretura, le había puesto en relación con el medio político, el social y el literario de su época. Se había mezclado á los hombres para estudiarlos y pintarlos. Testigo de las horribles tragedias, de que había sido teatro el Senado, durante los tres últimos años del reinado de Domiciano, su memoria había quedado extremecedora. Muerto Domiciano había tomado la resolución, sin dejar de ser orador, de dar cuenta de los sucesos que había tenido á la vista y de apelar de ellos á la conciencia de la humanidad. ¿Qué declarar de nuevo acerca de Tácito, de este modelo de los historiadores, á la vez profundo y sútil, íntegro y apasionado, imparcial sin frialdad, firme sin arrebato, y por excelencia filósofo, moralista y pensador? La gravedad de su moral, la fuerza de penetración que le lleva hasta las causas de los hechos, la valiente libertad con que su pluma ha fustigado los escándalos de la vida de los emperadores, la energía tranquila que hay en sus juicios, han servido de escuela á la admiración de los siglos. Sus cuadros son imágenes vivas; sus reflexiones, como descubrimientos que nos detenemos á explorar. Más que ningún otro ha contribuído á elevar y fortalecer el pensamiento humano (1).

---

(1) Debemos notar, sin embargo, que la imparcialidad de Tácito ha sido contradicha, y que no ha salido plena y entera de los estudios de la escuela histórica alemana. Voltaire uno de los primeros, si no el primero, deslizó dudas acerca de la veracidad de Tácito, ese «fanático de espíritu fogoso», como le califica. Uno de los razonadores exagerados del siglo XVIII, el paradójico Linguet, hizo una extraña campaña contra Tácito y en favor de Tiberio. Napoleón, que tenía sus razones para no amar en modo alguno á un adversario de la tiranía, le trató de detractor de la humanidad. Valiéndose de argumentos mejor

La filosofía, como la historia y la sátira, seguía su libre desarrollo. Había conocido la persecución bajo los anteriores Césares. El favorito de Tiberio, el cruel Seyano, pidió cuentas al pitagórico Atalo de su desprecio altamente señalado por los efímeros éxitos de los intrigantes. Cínicos tales como Demetrio—el consuelo de los últimos momentos de Tráseas—estorbaron la mirada de los dueños de Roma. Estos libres razonadores habían incurrido en la cólera de Vespasiano, cuya clemencia habitual se manchó con la muerte de Helvidio, luego de Tito, cuando asociado al Imperio, y llamándose Príncipe de la juventud, proscribía, alentaba la delación y entregaba á sus enemigos al suplicio, para mejor prepararse á desempeñar más tarde su papel de *delicias del género humano:* Domiciano les expulsó de Roma.

En este momento la filosofía ha llegado á ser menos necesaria á los hombres que lo era antes, para consolarlos de los espectáculos del crimen triunfante y de la locura coronada. Pero ha ensanchado cada vez más el círculo de sus concepciones morales. De igual modo que, bajo los Flavios, se ha operado un evidente progreso en las costumbres por el espíritu de familia, así han progresado sensiblemente las ideas, en el intervalo de tiempo que separa del preceptor de Nerón al liberto de Epafrodita. Epícteto ha aventajado en humanitarismo á Séneca para extenderlo hasta la fraternidad (1). Esclavo él mismo, sus escritos eran leídos por bastantes trabajadores y esclavos (2). Así, considerando la filosofía como un apostolado práctico, como una misión, Dion Crisóstomo,

---

fundados y más impersonales, los críticos de la Alemania sabia han aminorado, en algunos puntos y algunos hechos, la autoridad del más grande de los historiadores. (Con respecto á las opiniones políticas de Tácito, *vide* Mommsen. Informe á la Academia de Berlín, 1886; Gastón Boissier, *Tacite*, cap. III, 1903.)

(1) V. Franz de Champagny, *les Césars;* Martha, *les Moralisies sous l'empire romain;* G. Boissier, *la Philosophie romaine d'Auguste aux Antonins.*

(2) Orígenes, *Contra Celso.*

el *evangelizador* pagano (Dion Boca de Oro), dirigía sus enseñanzas á las gentes sencillas, á la multitud. Iba de ciudad en ciudad, por Grecia, entre los bárbaros, en Roma, en Atenas, en Rodas, en Egipto, en Asia, para hacer crecer las semillas de las doctrinas poderosas.

Epícteto, Dion Crisóstomo, Plutarco: el encuentro de estos tres hombres superiores enseñando á la vez, en lengua helénica, los principios de dos escuelas distintas—en los reinados de Nerón y de Trajano,—fué la señal brillante de la reconciliación de la filosofía y del poder. Adversario algún tanto parcial de los estóicos, cuyas contradicciones notó para exagerarlas, Plutarco es de todos los pensadores de la antigüedad el que más se acercó á la alta moral moderna (1).

§ 2.

Este importante período fué como una pausa solemne en la historia política y moral del poder romano.

Roma estaba en el apogeo de su dominación. Heredera de los progresos y de las luces aportadas por Grecia, dispensaba magníficamente sus beneficios á todos los pueblos, que había enlazado á su alrededor su imperioso ascendiente ó una hábil política de expansión y simpatía. Africanos, asiáticos, galos y germanos hacían de la ciudad un resumen del universo.

Con un esfuerzo continuo, había absorbido al Occidente y al Oriente, asimilado á sus destinos España, Bretaña, la Galia, Grecia, el Egipto, el Asia, Siria, y hecho pedazos en su camino á la raza semítica, obstinadamente refractaria á su obra: Cartago y la Judea. Había reducido de grado ó por fuerza á la uniformidad de lengua, de derecho, de religión, las nacionalidades confusas. En el siglo I, el geógrafo Estrabón atestiguaba que los bitinios, los misios, los frigios,

(1) V. la excelente tesis de M. Gréard acerca de la moral de Plutarco.

los lidios, habían perdido la noción de sus lenguas. Los sacerdotes del Egipto no entendían ya sus inscripciones. La Galia estaba romanizada. El Africa era latina. Por un momento, Roma pudo creer que realizaba plenamente la ciudad universal, eterna, centro de las naciones y de un solo pueblo.

Fué un tiempo de esplendor único en los anales del mundo. Duró tanto como el siglo II, que se había abierto con el poder regenerador de Trajano, y se cerró, como una época demasiado corta de paz y de gloria, casi al día siguiente de la muerte de Marco Aurelio.

Puede decirse que la literatura clásica se extinguió con Trajano. En vano Nerón, Marco Aurelio, el filósofo coronado, y los Antoninos, trataron de traer de nuevo la pureza á las costumbres, la razón á los espíritus y el ardor á las imaginaciones. Marco Aurelio pudo dar el gran espectáculo aislado de una conciencia en equilibrio en el vacío; ni él ni sus sucesores pudieron reparar el universal desorden, volver á traer la fecundidad literaria, ni guardar al Imperio de su disgregación fatal (1). El Hado romano, que prometió á los hijos de la loba la supremacía universal, no les había garantido su duración.

Más de una vez se ha descrito el derrumbamiento de este sueño de una imposible unidad, contra el cual se elevaron

---

(1) Estóico en el fondo, desengañado de todo, aun cuando fuera devoto en sus prácticas exteriores, y no viendo de cierto en el mundo sino la nada de la vida universal, deducía de esta sola conciencia las reglas del bien, del honor, de la virtud. Dejó muy hermosas páginas acerca de las ideas de fraternidad, de solidaridad social y sobre los deberes que de ellas se desprenden. Sin embargo, hay que decir que los actos y la moral del gran emperador, no se ajustaron siempre con tan perfecto acuerdo como las frases de su prosa helénica, y principalmente el contraste de una naturaleza superior, con la decadencia general del tiempo en que vivió Marco Aurelio, lo que le ha valido ser representado tantas veces por los autores modernos como el más sabio, el más puro y el más virtuoso de los hombres.

las protestas sucesivas del espíritu oriental, del Cristianismo y de los bárbaros. Roma misma se había entregado á las luchas de los elementos heterogéneos que había esperado fundir en su seno. Víctima una de inevitable desorganización, ha de ser á su vez objeto de disputa y de los apetitos del resto del mundo.

§ 3.

Bastante antes de que los bárbaros hubieran pasado sus fronteras, Roma se había dejado penetrar más de una vez por el espíritu de las razas que había vencido.

A la conquista intelectual del mundo latino se adelantó, detrás de Grecia (siempre tan enamorada y tan consciente del sentimiento profundo, inarraigable, de su superioridad) el mundo oriental fundido con la tradición helénica en la sola ciudad de Alejandría: Alejandría, de donde se remonta por el Egipto hasta la India! ¿Qué metrópoli mejor que ésta, espléndidamente situada entre dos mares y dos grandes continentes, podía ser la residencia de las ideas y servirlas de lazo de comunicación? En este foco fermentaban desordenadamente todas las creencias, todas las filosofías de Asia y de Europa. Allí se produjo un doble esfuerzo de concentración y de expansión del pensamiento filosófico.

Se habían agotado unas después de otras todas las formas de la imitación griega. No sabiendo ya dónde rehacerse, entre el escepticismo general, el decaimiento de las creencias, la corrupción de los corazones, el vacío de los sentimientos, la inteligencia se había refugiado en esta esfera para buscar fuerzas.

Diferentes sabios del paganismo habían entrevisto la hipótesis de un Ser supremo, único, como la coronación de sus especulaciones. La escuela de Alejandría volvió á tomar y desarrolló este principio, con una abundancia de doctrina que se prolongó durante varios siglos. Tendía nada menos que á fundir, en un amplio sincretismo, las miras místicas

del Oriente con las más ambiciosas concepciones de la filosofía griega. Por esta tendencia á la universalidad, la erudición, la historia, la moral, salían de los cuadros exclusivos de la antigua ciencia y revestían el carácter ecuménico del Cristianismo, el cual querrá igualmente abstraerlo todo en la unidad.

Los alejandrinos eran el viejo mundo, que amenazado en su existencia, se resistía á morir, y concentraba alrededor de su elemento más vivo, el pensamiento griego, todos los recursos y energías que aún conservaba.

Pero otro poder, al encuentro de éste, aumentaba con un empuje continuo é incoercible. Este principio de resurrección moral emanaba de Palestina. Un hombre le había anunciado en Israel, Juan Bautista el Precursor, á mediados del siglo VIII de Roma; y Jesús de Nazaret, que se decía nacido de la mujer y del Espíritu de Dios, Jesús, el conquistador pacífico, amigo de los pobres y de los débiles, lo había manifestado en su persona. Las perturbaciones precursoras de un segundo génesis habían anunciado la aparición del nuevo culto. Traía, declaraba Jesús, la paz al mundo; y como todos los poderes que aspiran á fundarse en la creencia de los hombres, dispensaba a su alrededor amplias y magníficas promesas. La concepción de la inmortalidad del alma había entrado en el judaismo con el libro de la *Sabiduría*. A los que preguntaban: *¿Dónde esta la razón de practicar la virtud?* el mesianismo, en elaboración desde Daniel, daba la respuesta de un cielo compensador de todas las injusticias, de todos los sufrimientos de aquí abajo. No eran ya las quejas exasperadas del libro de Enoch, sino las ilimitadas esperanzas del Evangelio. La posesión eterna del reino de Dios, el reparto igual de la justicia entre el esclavo y el dueño, el poderoso y el débil, el rico y el pobre, y la visión de felicidades sin término: el sueño era demasiado hermoso para no seducir á la humanidad—esa humanidad tan lejana todavía de poder concebir una civilización racional, sin revelación misteriosa y sin un más allá remunerador.

El Oriente africano por Alejandría y el elemento judáico se repartieron progresivamente la posesión espiritual del Imperio romano.

Situada en el centro de la inmensa península comprendida entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, colocada entre Asia y Africa, en contacto con el Mediterráneo por las ciudades fenicias de Tiro y Sidón, por el territorio de los filisteos y Samaria, tocando de algún modo con todas las civilizaciones, con la de la India por Caldea, con la de Egipto por la Arabia Pétrea y Fenicia, con la de Europa por el Mediterráneo, con la del Asia Menor por Siria, la Judea, tanto como Alejandría, estaba en maravillosa posición para extenderse á lo lejos y hacer fructificar en el exterior la idea de dominación universal del mesianismo (1).

Hasta entonces la Judea y el mundo greco-latino habían sido como dos esferas que giraran la una al lado de la otra obedeciendo á influjos opuestos. Se encontraron de nuevo á la vuelta de esta época decisiva, para penetrarse profundamente.

Fueron judíos los que implantaron en el suelo romano el germen de la idea conquistadora. Muy pronto se habían recogido mediante la escritura los discursos de Jesús en lengua aramea y registrado sus acciones notables. Las tradiciones salidas de las palabras de sus primeros discípulos y más tarde (2) consignadas bajo la autoridad algún tanto divergente de Lucas, de Mateo, de Marcos, de Juan, se agruparon en una fórmula única. El Evangelio codificó su sentido y su ley para extenderlos entre los hombres.

---

(1) Dubois-Guchan, *Tacite et son siècle*, p. 216.

(2) «No hay ya hoy en el mundo civilizado más que nuestro público ruso, que, gracias á la censura, pueda todavía ignorar los trabajos de la crí ca histórica desde hace cien años, y conservar la opinión ingenua de que los Evangelios de Mateo, de Marcos y de Lucas, han sido escritos tal como aparecen, y cada uno separadamente y cada uno de una vez, por los autores á quienes se atribuyen.» (Tolstoï.)

Sin embargo, no había habido primeramente una continuidad y un acuerdo perfectos. Existió originariamente entre los propagadores del mesianismo, incertidumbre y vacilación. Costó trabajo á los apóstoles fijarse en el carácter espiritual de este Mesías, incansablemente esperado, que los fervientes de la tradición bíblica y los glosadores de apocalipsis se obstinaban en representarse como el Mesías temporal, el rey triunfante y supremo libertador de los judíos. La organización de la Iglesia primitiva, que presidió Santiago, hermano de Jesús, había sido calcada sobre la de la sinagoga, y los que le sucedieron como obispos de Jerusalén, Simeón, Justo, Zaquías, Tobías, Juan, Leví, Efraín, José ó Judá, recuerdan bastante por sus nombres á las tribus de Israel. Sencillos eran los ritos y las creencias. La imaginación teológica no había aún embarazado su trama con sus mil sabias complicaciones. A dos puntos solamente, la confesión de Jesús y la consagración del bautismo, se reducía todo el símbolo. No se permaneció en estas humildes primicias. Las disputas de los ebionitas y de los ortodoxos, la presión ejercida contra los hebreos cristianizados por los judíos no convertidos, la rivalidad de los influjos apostólicos aumentados, fortalecidos por el concurso de los fieles en masa, sin distinción de país ni de clima, detuvieron prontamente la labor del cristianismo judáico, al que se sustituyó el cristianismo gnóstico, más ó menos profundamente ingertado en el magismo oriental. Se podría descubrir ya alguna huella de esta última doctrina en Filón de Alejandría. Enlazado con todas las tradiciones judías, platónico, estóico ó peripatético, según que adoptando alternativamente las opiniones más opuestas lograba ponerlas de acuerdo con los libros de Moisés y la leyenda de Israel, fué efectivamente el representante del movimiento operado entonces en Oriente, y de la escuela religiosa de sus compatriotas. Sin embargo, no es posible realmente hacer comenzar sino con Simón el Mago y sus discípulos del siglo I, Menandro, Celinto y Dositeo, el desarrollo del gnosticismo, que fué la fuente agitada de tantas sectas

secundarias (1) y provocó tantas disputas, tantas inútiles controversias, en el seno de la Iglesia naciente, en Siria y en Egipto.

Fuere lo que quisiere, el monoteismo judaico, sacado por Jesucristo y San Pablo del particularismo, que le limitaba á un solo pueblo y á una faja de territorio, había llegado perfectamente á tiempo para apoderarse del mundo. Había sido repentinamente iluminado el sombrío semita, el apóstol viajero de los gentiles, cuando se embarcaba en Seleucia para la conquista de las almas, abordaba lleno de fe á las riberas de la Hélade, recorría Filipos, Antípolis, Tesalónica, Atenas, Corinto, é insensible á las bellezas plásticas de las obras maestras de un arte «idólatra», predicando el desprecio del mundo y sus alegrías, exaltaba la aniquilación del hombre en este mundo, en provecho del paraíso futuro, anunciaba á los humildes, á los desposeídos, á los pacientes de cualquier especie y de cualquier raza, el reino de Dios que iba á venir y que espera siempre ¡ay! la humanidad.

Era el momento, en efecto.

Minado en los fundamentos de su pensamiento, el helenismo trabajaba con sus manos en su ruina. La duda universal en forma de adoraciones casuales, había invadido los espíritus inquietos é investigadores. El Olimpo se desplomaba. «El gran Pan había muerto», como iba á exclamar muy pronto por el mundo la voz misteriosa de Paxos. El politeismo agonizaba en la corrupción, el escepticismo, el iluminismo y la teurgia; y la invasión en Roma de una multitud de divinidades desconocidas en tiempo de Catón, había como

(1) En el siglo II, las de Basílides, Saturnino, Cerdón, Valentín, Marción, Apeles, Bardesanas, Taciano, Carpócrates, Manés. El gnosticismo debía ser detenido en su marcha por la reaparición en Persia, bajo el reinado de Ardekir-Babegan, del magismo puro.

sumergido la vieja mitología greco-latina. «Marco Aurelio, dice Capitolino, ha llenado Roma de cultos extranjeros» (1). Escéptico y desengañado, los dejaba, desdeñoso, agitarse en el vacío de las conciencias. Sin proceder por las mismas razones de eclecticismo hospitalario é indiferente, sus sucesores no trabajaron menos para aumentar la confusión de las creencias en la ciudad sacrosanta.

En el mundo del pensamiento libre, la poesía y la invención no llegaban á levantarse de su languidez. Una misma inquietud de transformación religiosa absorbía las inteligencias en todas partes donde las facultades del razonamiento ocupaban su puesto. Esta inmensa aspiración no era una necesidad nacida la víspera, exclusivamente subordinada al nacimiento de la fe cristiana. Se enlazaba con otras causas profundas de orden político y social.

Al declinar del imperio, en la servidumbre de las naciones y de los caracteres, ante el espectáculo de la rápida decadencia romana, en la que se habían casi aniquilado los sentimientos de patriotismo, de ciudad, de familia y de religión, bajo la opresión de una injusticia y de una tiranía irremediables, que echaban por tierra toda esperanza, no quedaba al hombre más que la emancipación del ensueño. Lleno de cansancio y de disgusto, puso su perfección en despreciar este mundo, en el que no le retenía ningún fuerte lazo. No concebía ya dichas, sino en la visión vaga de lo sobrenatural.

Del Oriente, dice Taine, llegaba un aliento místico, embriagador. Venido de Persia, de la India, del Egipto, de Siria, este vértigo se extendía como un contagio. Rumores de milagros y de prodigios se esparcían. Poco antes volvieron á aparecer profetas en Judea. Simón el Mago y Dositeo habían tenido sucesores. Y se recordaba el taumaturgo Apo-

---

(1) Así como Cómodo, y más tarde, en el siglo III, Heliogábalo y Alejandro Severo.

lonio de Tiane, el Cristo pagano (1), que pretendía resucitar á los muertos.

Las mujeres corrían á las supersticiones orientales. Para su imaginación ávida de ruido, de misterio, de religiosidad teatral, Isis, Astarté, la Siria y Mitra ¿no ofrecían el más abundante cortejo de purificaciones expiatorias, de iniciaciones orgiásticas, de pompas simbólicas, de devociones extravagantes?

Por parte de los cristianos apenas se había fundado la religión, cuando las sectas se multiplicaban. Sobre fantasmas de ideas y sobre matices sutiles hasta lo inasequible, se levantaban inmediatamente controversias sin fin. Gnósticos, valentinianos, ofitas, esenios, carpocracios, confunden sus delirios y sus alucinaciones. ¡Y en un momento, en el siglo III, un solo apologista, Hipólito, el San Hipólito del calendario romano, no contará menos de treinta y cuatro heregías que refutar (2), y cuán sutiles ó dementes en sus divagaciones! Los restos de los antiguos cultos, «el naturalismo sensual, el misticismo exaltado, el panteismo profundo, los textos de la Biblia, los Evangelios apócrifos, los dogmas de los filósofos, las interpretaciones simbólicas, las divagaciones astrológicas, se fundaban en doctrinas incoherentes, abismo cambiante de disputas y de éxtasis, prodigioso caos en que fermentaban lo divino y lo humano, la materia y el espíritu, lo sobrenatural y la naturaleza entre las tinieblas y los relámpagos» (3).

---

(1) Los controversistas paganos, principalmente Hécracles, quisieron oponerle á Jesucristo.

(2) V. *Hippolytus und Kallistus*, por J. Dœllinger: *Hippolitus und die romischc Zeitgenossen*, por el doctor Volkmar.

(3) Taine, *Essais de critique et d'histoire*, M. de Montalembert. V. Schultze, *Geschichte des Untergangs des Grieschichromischen Heidentums;* Gaston Boissier, *Fin du paganisme*, 2 vol. etc.

§ 4.

El politeismo expirante se enlazaba con un esfuerzo desesperado á las demostraciones de sus sabios. No se trataba ya, ciertamente, de reanimar los fantasmas descoloridos del Olimpo. Los oráculos estaban reducidos al silencio. «Los dioses ya no se encontraban á la altura de los hombres.» Hacía ya largo tiempo, Luciano, ese griego del final de Grecia, que se ha dicho ser el contemporáneo de Voltaire por el carácter y por el espíritu, cubrió el paganismo entero bajo la ola del ridículo. Pero tanta filosofía no había pasado sobre el mundo para que no se tratara, al menos, de deducir de ella alguna doctrina depurada.

Ansiosos de llenar el intervalo entre el dios buscado y el mundo tangible, los alejandrinos formaron su teoría célebre de la emanación, sobre una serie de hipótesis más especiosas que consistentes, y sacadas de su imaginación.

Por otra parte, los sofistas hacían maravillas. La antigua erística reavivaba sus más bellas luchas de palabras. Atenas quería todavía que se la llamara la ciudad de las letras y de las artes. Celosa de su antiguo renombre, se gloriaba de atraer á la juventud estudiosa de Europa y de Asia. Esta juventud, ávida de lo maravilloso y de ciencia, de prestigios y de verdades, llenaba la ciudad con sus debates. La triada alejandrina respondía allí á la trinidad cristiana; el dios único de Porfirio y de Yámblico, al dios universal de los cristianos; la explicación de los mitos á las revelaciones de la Escritura (1).

(1) El entusiasmo místico que levantó el pensamiento de los Plotino y los Porfirio se prestaba á excesivas separaciones de principios para no degenerar en manos de sus discípulos hasta en la pura quimera. Trasformadas y desnaturalizadas, llevadas de inconsecuencia en inconsecuencia, las doctrinas de estos grandes filósofos terminaron en un verdadero charlatanismo, establecido sobre las prácticas de la magia y de la teurgia.

Las iglesias cristianas se levantaban en frente de los templos de los ídolos. En las mismas lecciones se apretaban, rivalizando en ardor los futuros antagonistas de los dos cultos. Fuertes con sus creencias ampliadas y depuradas, los últimos platónicos se encontraban allí, en los jardines de la Academia, con los discípulos del Cristo, impacientes por defender y propagar su ley dogmática, esperando poder apoyar algún día sus razones en otra fuerza soberana, la política de un Constantino (1).

La victoria lograda sobre Majencio, con ó sin la ayuda del famoso lábaro, ha decidido el establecimiento del cristianismo como religión de Estado.

§ 5.

Que trascurra un cierto número de años, Basilio y Gregorio de Nazianzio, muy pronto célebres de un extremo á otro de la Grecia por su perfecto conocimiento de las ciencias profanas, que volverán en provecho de la causa cristiana, se codearán en las escuelas de Atenas con el hermano del último César, Juliano, escapado solamente con Galo del degüello de toda su familia; el príncipe filósofo, el teólogo sútil que, bajo el signo impuesto del bautismo, alimentó la esperanza de exaltar soberanamente su helenismo preferido; Juliano, que justamente en la víspera de visitar las tumbas de los mártires en Nicomedia ó de leer los Evangelios al pueblo en la iglesia de Cesárea, medita volver á encender muy pronto los fuegos en los altares y purificar el aire con el humo de los sacrificios. La retórica de un Himerios ó de un Libanios suenan vacías en su oído. Los sortilegios de un Máximo no

(1) Se ha podido comparar al ecléctico emperador romano, haciendo pública su conversión y promulgando el edicto de Milán, con el primer Cónsul, en Francia, firmando el Concordato, porque el pacto estaba de acuerdo con sus ambiciones. (V. la notable historia de Burckhardt, *Die zeit Constantin's.)*

sorprenden su razón. La metafísica de la escuela de Porfirio le parece seca y dolorosamente compleja. La palabra del Galileo no le satisface más; esta moral inflexible le desconcierta. Tanta austeridad hace retroceder su valor y paraliza su imaginación. «¡Un himno, exclamará, un himno para glorificar la vida, la luz, la felicidad!»

Las columnas de los últimos templos paganos tiemblan en sus bases. Una destrucción metódica hace caer á sus golpes las estatuas elegantes de Afrodita y de Diana, de las diosas y de los dioses de su querida Hélada. De ello se queja, por esto gime en el fondo de su corazón. «Muy pronto, piensa, no habrá ya un solo trozo de mármol bañado de sol».

El duelo entre las doctrinas galileas y el paganismo rejuvenecido, transformado por el misticismo sabio de los retóricos y de los filósofos helénicos; el duelo entre la antigua belleza y el nuevo símbolo, prosigue ásperamente. Del uno al otro, el alma de Juliano flotaba en una última incertidumbre, como había dudado entre la vida de acción y la del pensamiento. Finalmente, el filósofo coronado tomará su partido con pasión, con violencia.

Toda su juventud ha estado duramente comprimida bajo la sombría librea monástica, sus deseos encadenados, su pasión por el arte helénico castigada como una desobediencia ó como un crimen. Reina. Dueño del mundo, puede ahora arrojar la máscara. La revancha que reclama la quiere completa, brillante, y pretende imponerla á todos, en nombre de la razón filosófica, en nombre de la Naturaleza misma, ultrajada por lo que él llama «la mediocridad del sentimiento cristiano». En todas las ciudades del Imperio esperará fundar escuelas, cátedras de lectura, discusiones helenísticas. Volverá á levantar los altares de los dioses en que se encarnó antes «la fiesta de la forma y de los sentidos»; restablecerá el culto de la belleza pura (1), y esta será la suprema ley del Imperio.

---

(1) «Nosotros no adoramos la piedra muerta, el metal ó la

Juliano, una vez Augusto, «rompió como un león furioso, dice un autor contemporáneo, todos los lazos que le unían al cristianismo». Abandonando algo sus propios sentimientos de tolerancia y de equidad, hasta hubo de entrar en el camino de las persecuciones, si no con los suplicios, cuyo período estaba bien cerrado, al menos con una especie de opresión intelectual y moral, excluyendo á los cristianos de los empleos públicos y prohibiéndoles las escuelas (1).

Los doctores griegos y latinos no se detuvieron por esto. La Iglesia, en adelante, se sentía demasiado segura de sí y de las circunstancias para abandonar la dirección de los espíritus. Era necesaria una sociedad rigurosamente organizada para mantenerse firme contra el huracán, para subsistir, cuando todo lo demás se derrumbaba y marchaba sin gobierno, para sobreponerse á la tormenta después, para vencerla. Existió esta sociedad; había llegado al grado de cohesión que asegura el triunfo.

A este triunfo había hecho cooperar útilmente la inteligencia de la presentación escénica en las pompas exteriores de la celebración del culto. Muy pronto había comprendido su importancia y ascendiente en materia de propaganda religiosa. Había dejado á los ritos paganos el derecho de adornar, transformándose, la severidad de sus dogmas. La adoración de la imagen marchaba de frente con el desprecio del ídolo. Semejante al humo de los sacrificios antiguos, subía en sus templos, hacia otros emblemas, el humo del incienso.

---

madera, sino el espíritu, el alma viva de la belleza en los modelos de la más pura belleza humana». (Dmitry de Merejkowky, *La muerte de los dioses*, XII.)

(1) Mientras tanto, escribía. Juliano, que se sirvió de la lengua griega con una extrema pureza, ha dejado obras como el *Misopogon* ó el *Enemigo de la barba* (sátira dirigida contra los habitantes de Antioquía), y los *Césares* ó el *Banquete* (cuadro de las virtudes, de los vicios y de las extravagancias de los emperadores), que son maravillas de numen y de gracia, de buen gusto clásico, de dicción elegante.

Y había también el resplandor de las luces, los acordes de las voces y de la música, la solemnidad de las ceremonias, las mil formas de exaltación visual y auditiva de la idea pura, del símbolo. Algunos doctores protestaban. «Imágenes y religión son dos términos incompatibles», exclamaba Lactancio. Sus palabras no eran oídas. El antropomorfismo cristiano se imponía al fervor de las gentes sencillas, y forzaba, irresistible, las puertas de los santuarios.

Esta paganización del cristianismo, semejante á la incursión de una nueva mitología, al hacer más sensible á los ojos, por una decoración representativa de imágenes, de ceremonias, de fiestas la austeridad primitiva del dogma, debía acrecer principalmente el fervor del elemento propagandista por excelencia: la mujer. Desde un principio, el nuevo culto hubo de conquistar su imaginación pronta é inflamable; había ganado á la vez su alma y su reconocimiento. Viniendo á trasformar las leyes, los principios, los sentimientos, las condiciones del antiguo mundo, venía ofreciendo á la mujer una parte más amplia de respetos y de influjo. Su primer acto fué levantarla del descrédito moral en que la hicieron caer las maledicencias, las burlas, los epígramas desdeñosos, los ataques seculares de los escritores profanos. Los poetas, sabios y filósofos, la representaron, con acuerdo casi unánime, como un ser inferior, disoluto por naturaleza, indigno de todo afecto verdadero, y cómplice de todo mal. Los padres de la Iglesia «rehabilitaron» el sexo, idealizándolo conforme á los rasgos de la Virgen. Reconocieron á la mujer una misión elevada y fecunda en la obra de regeneración espiritual. Su papel fué apartado de las leyes simples de la naturaleza y de la vida. Pareció así aumentado, santificado.

La idea religiosa se anticipaba á todo; se extendía universal y dominadora. Se siente venir el reinado próximo del ascetismo, del monaquismo y de la virginidad.

§ 6.

En la elocuencia cristiana se reconcentraron, pues, literariamente, el calor y la vida. Fuera de ella no se encontraba casi más que fraseología sonora y vacía. Inútilmente el retórico de entonces más favorecido por la fortuna, el poeta amado de la corte, el distribuidor de coronas, Ausonio en una palabra, y su émulo tan glorificado, Claudio Claudiano, se agotaban para reanimar una literatura moribunda, que nada apasionaba ya. Donde faltaba la llama inspiradora ¿no era un recurso demasiado débil las brillanteces de la forma y el culto del arte por el arte?

La poesía ya no residía en esto. No se dirá que estuviera tampoco verdaderamente, á pesar de las cualidades nuevas y reales, en los himnos santos de Ambrosio y de Prudencio (1). Estaba en los espectáculos de dos sociedades en pugna, una de las cuales resumía en sí los poderes del pasado, la otra llevaba en su seno los destinos de un tempestuoso porvenir; estaba en el papel confiado á la palabra que se esforzaba en triunfar, por sus solos medios, de la intolerancia de los hombres de Estado, de los sofistas, de las gentes de ingenio, de la persistencia patriótica de algunos, tales como Sinmaco,—el último gran orador de la Roma pagana,—y de la apatía de las masas (2).

---

(1) Este español del siglo IV tiene algunos de los defectos de su tiempo; los hace perdonar por las dotes de su propia naturaleza: la cadencia, la gracia unida á la austeridad, el calor del sentimiento, la espontaneidad de la imaginación, que se separa de la tierra sin esfuerzo para elevarse á la grandeza de la belleza eterna.

(2) Uno de los últimos abogados del politeismo en Occidente, Sinmaco, defendió con una elocuencia abundante y florida, que aún se admira, la causa de los dioses antiguos cerca de Graciano y de Valentiniano II. Tuvo por adversario principal á San Ambrosio, obispo de Milán, que le venció.

De Atanasio á Agustín hubo indisputablemente un extraordinario movimiento espiritual en las filas de la Iglesia primitiva, ganosa de convertir y de conquistar. Dejando rodar al abismo un régimen condenado, y como fuera de ataque, en medio de las ruinas políticas y de los escombros sociales, elevaba el vuelo de su elocuencia, en proporción de la ruina de todo lo demás.

Sus oradores no se cansaban de batallar, ya contra lcs últimos adeptos de una fe agonizante, ya contra las herejías, que mantenía á propósito su ardor y daban un alimento á su celo. Se alentaban mediante correspondencias activas, atestiguando la rápida comunicación de las ideas en este tiempo. Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Crisóstomo, Sinesio, trasmitían á lo lejos, por sus cartas tanto como por sus tratados, las lecciones y las doctrinas. Una amistad sincera estrechaba sus relaciones. Historiadores literarios, tales como Villemain (1), han avivado su imaginación para describir á los Agustín, los Paulino de Nola, Sulpicio Severo, Delfino, Amando, cambiando con corazón sereno sus piadosas ilusiones, conversando entre sí en una intimidad perfecta sobre la metamórfosis del tiempo, descansando en horas de paz y de expansión, iluminadas con el ensueño místico, de tantos estudios y labores.

---

(1) *Tableau de l'éloquence chrétienne au quatrième siècle* segunda edición, 1849, en 8.º). Véase Amadeo Thierry. *Saint Jerôme, la Société chrétienne à Rome* (1857, 2 vol. en 8.º)

CAPÍTULO VII

La decadencia artística parece suspendida.—Es bruscamente precipitada por la invasión de los bárbaros.—Algunos restos.—Estado social y moral de los pueblos de Europa, del siglo v al VIII.—Tradiciones y poesías populares de los germanos y de los escandinavos.—Los Eddas en su génesis.—Restos de antigüedad clásica.—En el Imperio de Oriente, silencio casi universal de las letras.

§ 1.

Bajo este impulso generoso, que asociaba á su marcha progresiva los resultados de la ciencia antigua, se hacía sentir un movimiento general. La Galia brillaba en primera fila. Una de sus provincias, la Aquitania (1), rivalizaba con Grecia é Italia por la perfección del estilo. En parte alguna se veían escuelas más florecientes, ni se oía latín más elegantemente hablado.

Los progresos demasiado rápidos de la decadencia artística, estaban de algún modo en suspenso. Un aliento público de ideas y de sentimientos hasta entonces desconocidos, llevaba á todas partes una savia de renacimiento.

De pronto un terrible desastre cayó sobre el mundo latino, que al propio impulso anegó estos dichosos comienzos y rechazó todo hacia una inculta infancia.

Los romanos, cuya sed de conquistas no se apaciguó sino

(1) Ausonio ha conservado, en uno de sus poemas, los nombres de treinta maestros famosos, que con él ilustraban la cátedra de la sola ciudad de Burdeos.

cuando extendieron su imperio desde el Eufrates al Oriente, hasta el Rin y el Océano, en el Norte y el Occidente, habían podido imaginar que llenaban con el ruído de su nombre todo el mundo antiguo. Ellos mismos ignoraban que el Asia remota encerraba inmensos espacios, á que no había llegado el menor eco de esta gloria ruidosa, y que en el septentrión se movían, en apretadas oleadas, poblaciones errantes ó que facilmente variaban de asiento, cuyo número y residencia no conocían.

Un día estos espacios se abrieron. Los escitas, los hunnos, los germanos, se precipitaron.

Salir de la sombra de los bosques y de los campamentos nómadas, y pasearse por las ciudades latinas llenas de los despojos del mundo entero; no haber conocido más que costumbres rudas y primitivas, y poder de pronto coger con mano ávida todo este lujo, todo este brillo, todas estas riquezas ¡qué esperanza de pillaje, qué embriaguez de botín para godos, borgoñones y francos!

La servidumbre en el interior de un pueblo, que gobernó durante setecientos años el entusiasmo por la libertad y la gloria, había roto la acción exterior de Roma. Minado en el centro por tantas causas de ruina, que concurrían á su disgregacion moral y política, constantemente hostigado en sus fronteras, el Imperio se extinguió en la resistencia. De sus manos debilitadas dejó escapar la obra de civilización cuya custodia le correspondía.

Cuando hubo pasado el huracán, la caída de dos sociedades era un hecho realizado. Los germanos cubrían como dueños el suelo de la Galia, de Italia, de España. Una masa de población extranjera se había mezclado violentamente á las poblaciones indígenas, imponiendo con ella al hogar de los vencidos sus usos, sus tradiciones, sus instintos y el derecho del más fuerte. Los jefes godos y tudescos han reemplazado en todas partes á los jefes romanos. Ellos ponen la ley donde mandaban poco antes los pretores y los cónsules.

El Imperio de Occidente se ha derrumbado. Al mismo

impulso el de Oriente, sacudido en sus cimientos por el eco de la catástrofe, ha sido separado de sus raíces. Es la presa designada de antemano á los sucesivos invasores, á los vándalos de Genserico, á los persas de Cosroes, á los árabes de Mahoma.

§ 2.

Con sus fluctuaciones y sus desposeimientos sucesivos, hasta el día en que Carlomagno lo centralizará entre sus manos poderosas, el Imperio germánico está formado. La inundación bárbara se ha extendido devastadora sobre los despojos de las instituciones y de las artes. Flotan restos que no sirven sino para dar fe de lo grande de la catástrofe (1). ¡Vestigios todavía preciosos! La tradición no se habrá roto del todo. Los restos de la civilización antigua y cristiana, serán los elementos reproductores que se incorporarán á la barbarie para trasformarla mediante una lenta evolución.

«La historia literaria, ha dicho un crítico, de igual modo que la historia política, tiene momentos de vacío. Después de varios años de una extrema fecundidad vienen otros estériles, y después de haber atravesado épocas de un admirable movimiento literario, se entra en vastos desiertos áridos, en que no se encuentra sino á largos intervalos algunas producciones aisladas, perdidas, que equivalen apenas á las menos notables del período precedente». Sin embargo, el espíritu humano no duerme nunca por completo. «No ha habido jamás siglo huérfano de poetas ingeniosos», declaraba el erudito Policarpo Leyser, después de haber trazado pacientemente los progresos poco conocidos de la latinidad durante los siglos obscuros. Todavía no aplicaba esta observación más

---

(1) Cuando el autor de la *Ciudad de Dios* hacía la apología del saqueo de Roma por Alarico como de un castigo del cielo, ¿había presentido una decadencia tal y una catástrofe tan completa?

que á la poesía sabia, y sus ojos no habían visto una fuente más profunda y más escondida: la de la poesía popular.

Los diferentes pueblos que habían acudido para llenar el vacío dejado por la desaparición del Imperio romano—aquellos que no eran á lo menos, como los hunnos, los alanos ó los vándalos, bárbaros completos, excluídos de toda cultura de espíritu, posible—habían llevado consigo las tradiciones de su raza. Cada uno de estos pueblos se gloriaba de tener un pasado heróico, y para celebrar las grandes acciones de él, trozos de epopeyas, cantilenas. La satisfacción feroz que tenían en el despliegue de las fuerzas brutales, la experimentaban en decir su fiereza en los combates, sus orgías furiosas de sangre y de hidromiel, ó su esperanza tranquila de un paraíso guerrero, sensual y serio.

Los escandinavos invocaban sus viejos cantos rúnicos Festejados por príncipes, aclamados por guerreros, sus escaldas iban celebrando en relatos enteramente impregnados de un misterioso simbolismo las acciones y la gloria de la graciosa Freya, de Vola la sabia, del terrible Odín. Repetían al pueblo las fábulas lejanas cuya leyenda había ya mecido la imaginación de los escitas, y de donde salieron, en los siglos XI y XII, los famosos Eddas, destinados á ejercer un influjo tan prolongado en el mundo germánico. Los sajones se trasmitían en relatos orales los Sagas de estilo rudo, de donde saldrían el poema de *Beowulf*, la primera epopeya, la más vieja historia y la más antigua novela de Inglaterra, y la leyenda amplificada de *Gudrun*, esta odisea del mar Báltico (1), en tanto que por otro lado los gestas del rey Teodo-

(1) De la génesis de estas leyendas, que J. Wolf considera anteriores al nacimiento de Jesucristo, y que Schimmelmann no teme hacer remontar hasta 1500 años antes de nuestra era, nada seguro se sabe, sino que su fecha es de las más obscuras. Saemundo, Sigfusson el Sabio, en el siglo XI, y Snorre Sturlesson, en el XII, las recogieron en Islandia, en el fondo de los libros rúnicos, para redactarlas, el uno en verso y el otro en

rico (el fondo de los *Niebelungen)* inflamaban el valor de los godos y de los borgoñones.

Por otra parte, cuando los germanos rechazaron á las tribus célticas, establecidas mucho tiempo antes que ellos en la Europa occidental, se habían encontrado frente á ellos poblaciones sentimentales, animadas de un vivo amor hacia la Naturaleza y la patria; y éstas, antes de desaparecer, cantaron en notas de queja y de lamento la caída de su nacionalidad.

Las poblaciones fijas en el suelo de la Baja Bretaña, del país de Gales en Inglaterra, de las altas tierras de Escocia, de Cornuailles, ó de la isla de Mán, pudieron perder su autonomía, mas no abandonaron sus costumbres y su lengua. Los bardos Taliesin, Aneurin, Llywarch Hen y el legendario Myrdhin, atestiguaron el espíritu de independencia y las facultades de imaginación de la raza cimeriana (1).

---

prosa, y hacer con ellas la primera y la segunda Edda, es decir, imprimirles la doble forma bajo la cual nos han llegado definitivamente estas tradiciones.

(1) ¿Cómo no recordar aquí la prodigiosa resonancia de la más famosa de las falsificaciones, la publicación de Macpherson atribuyendo, en 1762, á un bardo del siglo III, Ossián, algunos de los viejos cantos populares, por su imaginación desarrollados, de los highlanders escoceses? El pseudo-Ossian llegó á ser inmediatamente, y más tarde para los románticos, un igual de Homero. Apareció como un Dante septentrional, tan grande, tan majestuoso, no menos sobrenatural que el Dante de Florencia, más sensible que él, más humano también que el cantor de la *Iliada.* Esta admiración, participada por espíritus de primer orden, duró entera hasta que se hubo demostrado bien que los ensueños nebulosos del bardo de Fingal eran, en realidad, la obra de un autor del siglo XVIII. Inteligencia fácil, diestra en asimilarse las formas y las imágenes, huérfana de invención y de fuerza, servida por una memoria excelente, y que muy hábilmente fundió en un solo romance poético, con una multitud de ideas ó de expresiones tomadas de los antiguos y de los modernos, fragmentos célticos antiguos, canciones dispersas en lengua ersa y tradiciones primitivas de la tierra de Escocia.

Igualmente, cuando Patricio en el siglo v fué á predicar el Evangelio á los pueblos de Irlanda, á pesar de la horrible barbarie en que este país estaba sumido, encontró poetas, y éstos ya se habían impuesto la sujeción de la rima (1). Los celtistas modernos nos han enseñado qué caso hacen de las viejas leyendas irlandesas ó gaélicas, todavía mal desprendidas de un fondo primitivo de brutalidad, de superstición, pero ofreciendo en su rudeza los detalles de un naturalismo muy ingenuo.

Finalmente, en el suelo de la Galia en que acababan de establecerse, los franceses conocían originariamente las emociones de la poesía épica y lírica. Tenían poetas errantes, parecidos á los *scôps* de los anglo-sajones, que iban de aldea en aldea, refiriendo sus necesidades, aclamando la generosidad de sus huéspedes, celebrando los juegos y las batallas. Al franquear con los visigodos y los borgoñones la frontera romana, habían llevado á los galos esta poesía ya rica y su Sigfrido divino.

Fuera de estas efusiones espontáneas y colectivas, que eran la voz de las masas, la Iglesia era la única mantenedora de algunos restos de cultura, más ó menos alterados, la sola en dar al mundo preceptores y apóstoles. La condición moral y social de la humanidad llegó á ser incompatible con el progreso científico. Europa había caído en un estado de paralización intelectual casi completa.

«En el silencio universal de las letras, dice un historiador del siglo v, no oigo más que el ruído de mi pluma rechinando sobre el papel». Es verdad que esta edad estéril tuvo el grande honor de señalar el supremo esfuerzo del pensamiento griego. Un hombre había nacido en 450, el licio Proclo, gran prosista y gran poeta, en el que revivieron

(1) El santo mismo hizo en irlandés dos versos, que nos han llegado:

Aibbe umal, Patric, numan mô gabrath
Te clan, Patric nandeisi, Theclan ge Brath.

el genio de un Homero y el de un Platón. Pagano devoto y milagrero místico, amante de las musas, y ferviente operador teúrgico; por lo demás, profundamente sincero en sus aspiraciones y en su firme deseo de conciliar á Platón con el Oriente, las formas de la mitología con las abstracciones de su teodicea espiritualista, había sido el más ilustre maestro de la última escuela griega de filosofía (1). Pero el eco de su nombre no había llegado hasta los pueblos del Norte y del Occidente, demasiado ocupados en asentar los fundamentos de su propia existencia, para conceder una seria atención á las idealidades del espíritu.

El cuadro general del mundo en el siglo VI no presenta más que espectáculos de convulsiones religiosas, de trastornos políticos y de obstrucción intelectual. Hacía mucho tiempo que Alejandría dejó de ser en verdad la metrópoli de la civilización. Más de dos siglos habían transcurrido, á continuación del lamentable día en que bajo el reinado de un emperador lleno de ignorancia y de devoción, Teodorico el Grande, un sacerdote fanático, el arzobispo Teófilo, saqueó y dispersó aquella biblioteca incomparable de los Ptolomeos, y al frente de bandas fanáticas á las que no preocupaba gran cosa los nombres ni los trabajos de un Hiparco, de un Eratóstenes ó de un Timocaris, había arruinado completamente el templo del Serapión (2), es decir, el más sober-

---

(1) Las *Obras filosóficas* de Proclo han sido publicadas con traducción latina por Víctor Cousin (París, 1820-1827, 6 vol. en 8.°), y por Kreuzer (Francfort, 1821-25, 5 vol. en 8.°).

Conviene recordar también los nombres de Nonno, de Quinto de Esmirna, de Museo el Gramático, que continuaron, en los siglos V y VI, la cadena del helenismo.

(2) Era espacioso y magnífico. Columnas del marmol más precioso sostenían el cuerpo del edificio. En el interior, los muros estaban revestidos de láminas de oro, de plata y de cobre. Amiano Marcelino *(De rerum gestarum, libri XXXI)*, no encontraba en el universo más que el templo de Júpiter Capitolino que pudiera ser igualado al majestuoso Serapión.

bio monumento religioso que hubiera en el mundo, arrasados todos los templos de Canope, cerca de Alejandría, y caído sobre todo lo que podía alcanzar su rabia devastadora. Digno de él, su sobrino y sucesor Cirilo, al designar á los furores del populacho la célebre matemática Hipatia, había señalado por una fecha inolvidable como su crimen (el año 414) la proscripción definitiva de la ciencia griega. Porque este era el fin lógico. A la destrucción de las formas artísticas debía responder la sujeción de la libre vida mental bajo el yugo de lo absoluto. Los iconoclastas habían decretado que los muertos serían aniquilados en lo que quedara de su espíritu á los supervivientes. Y en su lugar, había permanecido la ciencia de los padres de la Iglesia, mezcla de verdad y de obstinación preventiva, que estableciendo como un principio de fe que todos los conocimientos permitidos al hombre estaban encerrados en la Escritura, corría el riesgo de impedir, durante una larga serie de siglos, todo progreso posible.

En Oriente, increibles calamidades se han abatido sobre el Imperio (1). El Africa, tan largo tiempo romana (2), ha

---

(1) Las guerras de Africa contra los vándalos, las campañas de Italia contra los godos, y las hambres, las pestes, que se asociaron en el reinado de Justiniano, en una misma obra de desolación, costaron á la especie humana *cien millones* de hombres. (V. Draper, *Histoire du développement intellectuel de l'Europe*, t. II.)

(2) Del Africa, de Cartago, salieron: el gramático Sulpicio Apolinaris, el filósofo Apuleyo, entre los paganos; Tertuliano, Cipriano, Lactancio, Agustín, entre los cristianos; Fronton, el ilustre jefe de escuela, maestro y amigo de dos emperadores, Marco Aurelio y Lucio Vero, era de Cirta. En la Roma estudiosa se mostraba con respeto á Sulpicio, Apolinaris y á Fronton, amplificadores meritísimos, agudos investigadores de palabras y cinceladores de estilo, discurriendo juntos en el Palatino sobre asuntos de gramática, en tanto que se levantaba el Emperador. En tiempo de los Antoninos, Apuleyo había llamado á Cartago la Mnemosina de los romanos. En Cartago, patria de Tertuliano, se formó el primer gran campamento del Cristianismo; las águilas romanas no se habían humillado todavía

quedado como campo de batalla de las sectas continuamente en armas, y para cortar sus discordias, contentar sus apetitos de venganza, satisfacer sus odios recíprocos, apelará á la espada de los bárbaros, desencadenando la ruina y la devastación en las más hermosas comarcas del mundo. Justiniano ha reparado algunos de estos desastres, reconquistado el Africa é Italia con la espada de Belisario y de Narsés, y restablecido apariencias de calma entre la inexplicable anarquía de las doctrinas, siguiendo ó persiguiendo indiferentemente á los filósofos, los heréticos, los judíos, los paganos y al Papa Vigilio. Pero la miseria moral de su tiempo descendió al grado más bajo del escándalo y de la venalidad. Procopio, el Procopio de los *Anales* y de la *Historia secreta*, ha dejado terribles testimonios, que corrigen mal sus palinodias aduladoras con respecto al amo imperial. Justiniano amó la gloria: obtuvo la de un gran legislador. Ha ganado títulos duraderos á la estimación de los hombres, libertando la jurisprudencia del siglo VI de la tutela retrógrada de los Papiniano, de los Ulpiano y otros grandes intérpretes del III, cortando en vivo las raíces de un pasado aristocrático y pagano, favoreciendo en su Imperio perturbado el desarrollo de la industria; pero cerrando las escuelas filosóficas de Atenas (1), so pretexto de estar afiliadas al paganismo; y después de haber tomado y vuelto á tomar cinco veces la ciudad

---

ante el árbol de la Cruz, cuando el autor de *El Apologético*, apenas convertido, se arrojó á la lucha de las doctrinas. Desde esta posición atrincherada, sus primeros teóricos combatían á los alejandrinos y su filosofía; ó como San Cipriano, con una vehemencia semejante á la de Demóstenes, removió todas las cuestiones del momento: la unidad, el episcopado, la primacía de la Iglesia. Finalmente, se puede decir que la conferencia de Cartago, en que el obispo de Hipona venció las últimas resistencias del donatismo, había sido uno de los grandes hechos de la historia, en el siglo IV, y de la vida de San Agustín.

(1) Simplicio, el juicioso comentador de Aristóteles, y Damascio, el último hierofante de la escuela de Atenas, estaban en todo el brillo de su reputación cuando Justiniano, en el año

eterna, decretó la abolición del senado romano; de suerte que no han quedado más que recuerdos sin fuerza de la antigua filosofía y del antiguo poder de Roma. Cuatro años después de la muerte de Justiniano, en 569, nació en la Meca, en Arabia, aquel cuyo grito de guerra debería turbar de modo extraño, en medio de sus vanas disputas, los bandos enloquecidos de los arrianos, de los nestorianos, de los eutiquianos, de los monotelitas ó de los monofisistas. La cimitarra de Mahoma corta el débil lazo que unía todavía al Cristianismo, Asia y Africa.

No está menos sombrío en la Europa occidental el cielo. Italia despoblada se agita en medio de una terrible crisis. El valle del Danubio ha vuelto á caer en plena barbarie. La marcha de los pueblos nuevos, que se han repartido el Imperio, está llena de incertidumbre. Se los creería, á cada uno de sus pasos hacia adelante, del todo dispuestos á volver á sumergirse en las tinieblas espesas de que con tanto trabajo se desprendieron. En estos tiempos de pelea confusa es casi imposible reconocer hechos mayores y significativos, de orden intelectual ó moral, que marquen con alguna precisión la fase transitoria de un siglo á otro.

En tanto que á lo lejos, hacia el mar, los árabes se levantan á la voz de Mahoma y amenazan extenderse por toda la línea que va desde el estrecho de Gibraltar hasta las orillas del Ganges, la latinidad se esfuerza laboriosamente en arrancar girones de sí misma á la pesada opresión de los

---

529, decretó este edicto. Se refugiaron, con algunos de sus discípulos, al lado de Cosroes, rey de los persas.

Como legislador, Justiniano ha sido vivamente atacado; la escuela histórica alemana del siglo XIX principalmente se ha esforzado en destruir todo el prestigio que este príncipe podía conservar como redactor de las leyes romanas con el concurso de Triboniano y de Teófilo. Un eminente jurisconsulto francés, Troplong, se ha declarado defensor de Justiniano, en una importante memoria: *De l'influence du Christianisme sur le droit civil des Romains* (1843, en 8.°, varias ediciones.)

germanos. Su dominio se reduce cada vez más. El helenismo oriental no está mucho menos empobrecido; no se ve en Bizancio más que teologastros, sumergidos incesantemente en discusiones agudas--rebajando el matrimonio, exaltando la virginidad—y so pretexto de llevar más directamente á los hombres por los caminos del cielo, esforzándose en despoblar la tierra.

La decadencia es general.

El siglo VII revela el punto más bajo á que haya descendido.

En el suelo de la Galia subsistían apenas algunas últimas escuelas florecientes: la de Poitiers, en que fué educado San Léger, y que el nombre de Fortunato, el favorito de Sigiberto y el platónico amigo de Radegunda (1) rodeaba todavía de un cierto lustre; la de Issoire, en Auvernia, en que se disciplinó la razón de San Priest, y en que se habían formado antes que él: en el siglo V, Sidonio Apolinar (2), el delicado espíritu galo; en el VI, Gregorio de Tours (3), el Herodoto de la barbarie; finalmente, la de Clermont. Según el biógrafo de San Bonnet, «el más excelente de los sofistas» entre sus contemporáneos, se enseñaba en Clermont, durante el siglo

(1) Enteramente bárbaro, como es en sus versos latinos, Venancio Fortunato, el célebre obispo de Poitiers, descubre una sensibilidad verdadera y una singular ternura de corazón.

(2) A pesar de los defectos de un estilo afectado, sutil y exagerado metafísico, Sidonio fué el último de los clásicos. Sus epístolas y poemas son una de las principales fuentes de la historia del siglo V. Sometido á las persecuciones de los reyes visigodos, había sido el testigo conmovido de la ruina del poder romano en las Galias.

(3) Ingenuo en sus pensamientos, crédulo hasta el exceso acerca de los milagros, rudo é incorrecto en su lenguaje, poco metódico y bastante confuso en la disposición de sus materias, Gregorio de Tours poseyó la animación en el relato y el arte enteramente espontáneo de poner en escena á los personajes, de pintar mediante el diálogo.

VII, la gramática, es decir, la literatura y también el código parnasiano. Otros centros escolares nacían y se propagaban (¡pero con qué lentitud!) al paso de los misioneros, entre los pueblos germánicos.

Vestigios particulares de ciencia y de poesía, casi no había ya. Estaban diseminados, perdidos. No se les encontraba ya en España, de donde habían desaparecido las escuelas latinas. Se escondían en el fondo de ciertos claustros del Norte, herederos indirectos de Alejandría y del Oriente; era preciso ir á buscarlos hasta los monasterios de la Cambria y de Irlanda, en que algunos contemplativos trataban de aproximar tres fuentes de inspiración y tres antigüedades: la Biblia, Homero y el bardismo celta.

Solamente Inglaterra conservaba pequeño residuo de saber. Era á fines del siglo VIII, el país más ilustrado de Europa. Ella daría en el momento á Carlomagno, para secundarle en su gloriosa campaña contra la invasión de la barbarie, su principal lugarteniente, Alcuino, discípulo de Egberto, el verdadero Beda de la Galia.

En este siglo VIII, cuando las bellas letras florecían en Oriente, en la China, en la India, entre los árabes, ya los dominadores de España, ó cuando grandes civilizaciones autóctonas se formaban en el Norte de América, desconocidas del resto del mundo, Europa vegetaba en el fondo de una ignorancia casi absoluta. Con largos intervalos aparecían crónicas descarnadas, que casi no tenían de notable sino su misma sequedad. Los escribas de monasterios ponían en la misma línea, en ellas, hechos diversos del convento y los sucesos que interesan al género humano. Esta era toda la historia. No manifestándose un ligero movimiento teológico, sino por raras producciones, montones de leyendas, de espíritu de controversia, escribiendo un corto número de hombres versos ú homilias, como por encanto: he aquí á qué estaba reducida la literatura, que acababa entonces de rendir su postrer aliento. Algunas grandes figuras se destacaban, excepcionales, en

la plana uniformidad del fondo (1): Beda el Venerable, el historiador anglo-sajón (2), que resume para el Norte de Europa todos los conocimientos venidos del Oriente y del Mediodía; Eloy, el popular tesorero de los reyes Clotario II y Dagoberto, «un Fenelón en plena barbarie», ha dicho J.-J. Ampère; el enciclopédico Isidoro, obispo de Sevilla, y el que convirtió á los visigodos arrianos, Colomban, misionero, teólogo, poeta y el primer cronista cierto de la Gran Bretaña; Adalberto, una especie de Mesías; y Clemente, un racionalista intrépido, precursor en bastantes puntos del protestantismo. No hubo otros.

---

(1) Hay que citar aparte al sirio Juan Damasceno, el padre de la escolástica, que había anunciado Boecio. Juan Damasceno, nacido hacia el 676, en Damasco, comenzó entre los griegos á tratar asuntos conforme al método escolástico; estableció por primera vez una especie de sistema de teología, y contribuyó mucho á esparcir la afición á la filosofía aristotélica entre los árabes, con los cuales vivió.

(2) Este preceptor de bárbaros, como le califica un historiador de la literatura inglesa, había sentido cuán infructuosa era su tarea. Habiendo dividido la historia del mundo en seis períodos, Beda notaba que la quinta, que abrazaba desde la vuelta de Babilonia al nacimiento del Cristo, era el período senil, y la sexta, la actual, la *œtas decrepita, totius morte sœculi consummanda.*

CAPÍTULO VIII

El semi-renacimiento carlovingio.—Esfuerzos civilizadores.—Carlomagno, Alcuino, Rabán Mauro.—Tránsito turbulento del siglo IX al X.—El mundo feudal.—Las sombras de la ignorancia se espesan de nuevo sobre Europa.

§ 1.

Antes del advenimiento de Carlomagno, decíamos, Francia había descendido bastante por bajo de la Inglaterra sajona que acabamos de señalar; por bajo de España, patria de Isidoro de Sevilla (1); por bajo de Italia, que produjo en el siglo VI á Boecio y Casiodoro, los últimos representantes de la antigüedad y los primeros filósofos de la Edad media (Boecio y Casiodoro, cuyos tratados mantuvieron la enseñanza clásica, hasta el Renacimiento); había, en fin, casi llegado á ser el país más estéril de Europa.

Carlomagno y Alcuino, un emperador y un monje,—dos fuerzas históricamente inseparables, como lo eran en el seno de la sociedad los dos poderes eclesiástico y láico,—vinieron á metamorfosear este estado de cosas. Príncipe civilizador y conquistador germano, hombre genial en las cosas de la paz como en las de la guerra, Carlomagno fué el promotor

---

(1) En estos tiempos de gran ignorancia, el teólogo, cronista y enciclopedista Isidoro de Sevilla, *Isidorus Hispalensis*, había recogido las tradiciones gramaticales de Grecia y Roma, y en sus *Etimologías*, inaugurado una ciencia (ó apariencia de tal), en que se interesará toda la Edad media.

de un verdadero renacimiento. Habían acudido sabios de todas partes á su llamamiento, como para concentrar en un mismo foco sus doctrinas y sus luces; había ya hecho recoger los cantos nacionales germánicos, y encargó á Pedro de Pisa, Alcuino, Paulo Diácono, Clemente de Aquilea, de la educación de sus pueblos.

Misioneros de la inteligencia, propagaban con un celo eficaz los beneficios de la instrucción. Se estrellaban muchas veces con la imposibilidad de hacer la luz en los cerebros llenos de tinieblas. Encontraban en su camino muchos de estos hombres partidarios obstinados de la ignorancia, que según la expresión de Loup de Ferrières, se alababan de despreciar los recreos supersticiosos de las letras y á los que molestaba el nombre sólo de los estudios. El esfuerzo civilizador de Carlomagno no influyó en ellos, sino que pasó por encima de sus cabezas, para ir á llevar sus frutos á lo lejos. Las obras, sin embargo, se multiplicaban. Se volvía con calor á la controversia de las sutiles cuestiones teológicas. Todos querían tomar parte en estas luchas espinosas en la docta corte del príncipe. Él no desdeñaba apoyar sus opiniones con los argumentos de la retórica. Cicerón, Macrobio, Apuleyo, Platón Aristóteles, proporcionaban testimonios ó razones al emperador controversista. Se le vió entrar á fondo en la querella del adoptianismo (1), y sobre todo, dedicar su atención á la famosa herejía del iconoclastismo (2), último esfuerzo del cristianismo semitizador, que durante ciento veinte años de luchas entre los emperadores y los monjes orientales sobre una cuestión de fetichismo, hizo correr to-

(1) La doctrina renovada de Nestorio, por Elipando de Toledo y Félix de Urgel (hacia 770), y condenada por los concilios de Francfort (794), de Roma (799), etc.

(2) La mayor parte de los historiadores atribuyen el origen del iconoclastismo al califa Yezid, que había perseguido la destrucción de las imágenes en Siria, y á consejeros judíos. que alentaron al emperador León Isaúrico á proscribir la veneración de las imágenes (726).

rrentes de sangre en Constantinopla, inficionó hasta sus raíces el Imperio bizantino, y provocó en Occidente las más graves perturbaciones políticas.

Matemático, poeta, historiador, dialéctico, hagiógrafo, exégeta, administrador, hombre de Estado, asceta y gramático; espíritu flexible y desligado, versado en la ciencia de la antigüedad, enamorado de las bellezas profanas, que quería hacer revivir—algunas, á lo menos (porque de ellas proscribía la revelación pública), (1)—Alcuino era el hombre universal del día. Sus contemporáneos le llamaban el santuario de las artes liberales, *artium liberalium sacrarium.* A decir verdad, ninguno de los escritos del diácono anglo-sajón, tratados, comentarios piadosos, vidas de los santos, opúsculos pedagógicos, es obra de grande aliento ni lleva el sello de una gran originalidad. Pero por sus métodos de enseñanza, por sus creaciones de escuelas, por su influjo, sirvió, con una eficacia extraordinaria para la época, las ideas civilizadoras de Carlomagno. Fué el más antiguo promovedor de la educación pública en Occidente. Una multitud de discípulos le sucedieron, que á su vez se hicieron maestros.

Célebre entre todos ellos, el teólogo sajón Rabán Mauro había entrado en la escuela de Alcuino para inaugurar enseguida en su país un sistema completo de enseñanza (2). Expulsó el primero, dice el abad Tritemo, la barbarie del seno de Alemania y la hizo *latina* por el lenguaje, en tanto que Juan Scoto (3), en Irlanda, en el fondo de un monasterio,

---

(1) Alcuino reprochaba un día al arzobispo de Trèves su amor exagerado por Virgilio, que podría, pensaba él, alejarle de los Evangelios.

(2) De sus numerosas obras relativas á las siete artes liberales, tenemos todavía su métrica, cuyos materiales le había proporcionado Prisciano, y voluminosos tratados (*Obras,* Colonia, 1627, 6 vol. en folio.)

(3) El libro principal de Scoto Erígenes: *De la división de la naturaleza,* le hizo condenar como hereje por el papa Nicolás I.

reavivaba el neoplatonismo y el idealismo panteístico de la escuela de Alejandría, especie de término medio entre la ciencia del mundo antiguo y las creencias del mundo nuevo.

En el suelo de Francia las escuelas no estaban ya tan dispersas, sino que abundaban ahora, de ciudad en ciudad. Solo la Neustria contaba varias de estas escuelas-madres, que esparcían á su alrededor la corriente saludable de la ciencia, desgraciadamente mezclada con errores supersticiosos. Se celebraba en todas partes la de San Martín de Tours, tan floreciente bajo la dirección de Alcuino y de un ardiente admirador de Virgilio llamado Sigulfo. La concurrencia de los estudiantes era prodigiosa, venían hasta de Alemania y de Inglaterra de la misma manera que en la España musulmana, las universidades árabes se poblaban de una multitud de oyentes, ansiosos de conocimientos y venidos de todos los puntos del Oriente.

Los talentos germinaban. Las promesas parecían todas cercanas á los resultados. Una vez más la antorcha de las letras volvía á encenderse. Pero también una vez más lo imprevisto de las revoluciones políticas iba á trastornar las esperanzas de la razón. En el tránsito turbulento del siglo IX al X, —momento de transición violenta, en que el genio flexible é inquieto de Hincmar dejó de su acción, de sus luchas vehementes con la Iglesia de Roma y la de Francia, con el papa y el rey, una huella histórica tan profunda (1)—el imperio carlovingio, el colosal imperio, vaciló en su base. Y los progresos que había puesto en movimiento en el curso de su desarrollo, se detuvieron repentinamente ó desaparecieron con él. Los herederos de este gigantesco poder, que se extendía desde Cataluña hasta el Elba, habían roto su unidad por sus propias disensiones. No quedó de él más que el recuerdo de un gran nombre, y girones de reinos ardientemente disputados.

(1) Hincmar fué el mayor personaje político del siglo IX. Por otra parte, teólogo mediocre, crítico superficial, argumentador pesado, falto de elegancia, brilló mucho menos por sus escritos.

Los pueblos, que ya no sujetaba una fuerte voluntad, habían separado sus intereses y su fortuna. Los franceses se fueron por un lado, los germanos por otro. Apenas separados, no querían ya confundirse sino con las armas en la mano, en las refriegas de los campos de batalla. Estas dislocaciones de principados y de territorios debían acarrear fatalmente también tras de sí una gran dislocación social. Esta se realizó, por lo tanto, y sabido es después de cuántas sacudidas y violencias particulares. Fué un choque de ambiciones desenfrenadas, en que no tenían puesto alguno que ocupar las puras facultades intelectuales (1).

§ 2.

En todos los puntos de la Europa occidental, el feudalismo levantaba sus torreones, almenaba sus fortalezas. Bien armado para su doble papel de defensa y de opresión, se levantaba sobre los escombros del mundo bárbaro, instrumento inconsciente del porvenir, forma violentamente preparatoria de las sociedades modernas.

El régimen de la fuerza pesaba grandemente. Luchas perpetuas arrojaban unos contra otros á los hombres, hambrientos de despojos (2): luchas de los señores y de los vasallos, luchas de la Iglesia contra la sociedad civil que la in-

(1) Es preciso señalar, aparte, la acción civilizadora, en el país anglo-sajón, de Alfredo el Grande, que se esforzó en reavivar la planta débil que había hollado, en el siglo anterior, la invasión danesa. Cuando llegó á ser rey, había, lo ha referido él mismo, muy pocos eclesiásticos «de este lado del Humber que pudieran comprender en inglés sus oraciones latinas, ó traducir ningún escrito del latín al inglés. Más allá del Humber pienso que casi no los había; existían tan pocos, que en verdad no recuerdo un solo hombre que fuera capaz de ello, al Sur del Támesis, cuando subí al trono.»

(2) En el siglo x, ha dicho Stendhal, un hombre anhelaba dos cosas: primero, no ser muerto; segundo, tener un buen ropaje de piel.

vadía; combates en el seno de la Iglesia, de los obispos con los monjes acrecidos en riqueza, en influencia é insurreccionándose, batallas de los papas y del clero.

Días tales no eran muy propicios para la tranquila efusión de los espíritus. Ninguna especie de cultura moral ablandaba los corazones forrados de hierro, templados en una guerra permanente, de estos rudos castellanos, cuyos ejercicios no eran más que batallas, pillajes, exacciones, justas sangrientas, groseros placeres (1). Los clérigos también se dejaban ganar por la oscuridad circundante y se olvidaban de pensar. El interés del momento no estaba en la palabra, sino en la acción, la acción enteramente material: ¡qué desnudez de ideas, qué pobreza de obras!

Comentarios de la Biblia sin originalidad, casi enteramente compuestos de extractos patrísticos, de leyendas piadosas, de relatos insípidos, de traslaciones de reliquias, de sermones escritos en un latín terriblemente bárbaro, erizado de invectivas, como los de Abbon de Saint-Germain y de Odon, contra los expoliadores de la Iglesia y la perversidad general; algunos ensayos épicos y satíricos; el poema de los *Calvos*, esta obra maestra del género difícil y pueril, el triunfo de Huchbaldo; versos bastante notables de Gerberto en honor de Boecio, y trozos que no tienen valor sino por la rareza del documento: no había otra cosa en los pueblos latinos para descansar el espíritu del espectáculo de estas luchas intestinas.

Acabamos de nombrar al monje y arzobispo Gerberto, mañana el Papa Silvestre II. Él solamente se elevaba muy por cima del horizonte sombrío de su tiempo. Personaje extraordinario, el más eminente, el más hábil del siglo x,

(1) Así ocurría en todas partes. «En aquel tiempo, refiere Zamora en la *Crónica general de España,* los reyes, condes y nobles, y todos los caballeros, á fin de estar prestos en todo momento, tenían sus caballos en la sala en que dormían con sus mujeres.»

sabio, estadista, pontífice ilustrado y probablemente escéptico, fué preciso, para que sus contemporáneos se explicaran tanta superioridad, atravesando esta atmósfera de barbarie, que le representaran y le temieran como á un hechicero.

§ 3.

De nuevo se espesaban las sombras de la ignorancia. Sin duda la antigüedad no había desaparecido por entero de la memoria de las gentes. Gerberto tenía encerrados en su biblioteca á Cicerón, César, Plinio, Suetonio, Estacio, Demóstenes, Manilio, Claudiano y Boecio; Flodoardo se apoyaba sin cesar en Tito Livio, Salustio, Virgilio, César, Eutropio, Elio. Gonzon, sobre un punto de prosodia, hacía desfilar en el curso de una sola disertación á Homero, Platón, Aristóteles, Terencio, Horacio, Virgilio, Estacio y diez más. Pero los libros se perdían, llegaban á ser raros. La tradición de la pura latinidad se había restringido mucho. El griego dejaba de ser estudiado y comprendido. El estado de las ciencias era nulo y se reducía casi á trabajos de patrología.

El imperio de Oriente, aislado por la lengua, por las instituciones, por las competencias de las iglesias, no había ya tenido sino relaciones muy distantes con las naciones de la Europa occidental. Este desgraciado imperio se deshacía, presa de sus agitaciones religiosas y de sus discordias intestinas (1). No hacía mucho tiempo que el cisma de Focio (2)

---

(1) Notemos, sin embargo, que la tradición antigua había continuado honrada en la literatura bizantina y que ésta ha ejercido un influjo—todavía insuficientemente estudiado—sobre una rama importante de las letras en la Edad media. Ya en el siglo anterior, Focio, con Miguel Psellus el Viejo, ayudado por Teodoro el Estudita, por Jorge el Sincelo, venían preparando una especie de renacimiento del helenismo. Los emperadores León el Filósofo, Nicéforo, Focas, Basilio II, prolongaron sus efectos. Bajo este último y cruel príncipe, se hicieron conocer León Diácono, Jorge Cedrenos, Juan Jifilin y Suidas.

(2) Expulsado dos veces de la sede patriarcal de Constanti-

preludió, al realizarse, la gran separación que dividiría el cuerpo cristiano en dos mitades enemigas, y que se había producido el hecho, lleno de importancia y de complicaciones exteriores, de la dinastía macedónica subiendo al trono efímero de Bizancio.

En España, los estudios latinos y eclesiásticos vegetaban perdidos, ahogados bajo la irrupción de la conquista de los moros, que les habían aportado, en cambio, artes y una civilización superiores. Allí se veía á un obispo componer *kasidas,* es decir, canciones árabes. ¡Con qué vigorosa indignación Alvaro de Córdoba no censuraba á sus compatriotas que prefirieran las letras árabes á las cristianas, ignorando á la vez su religión y su lengua, y buscando ávidamente las asonancias y los adornos de la retórica musulmanas! Era bien necesario, sin embargo.

Los occidentales se habían cerrado una gran parte de la herencia de la antigüedad. Debieron acudir á la escuela de los orientales y rehacer allí una educación que la barbarie invasora comprometiera tanto. Estaba reservado á la civilización árabe, en efecto, impedir que se agotara completamente el pequeño chorro de saber que aún corría, engrosarle aún, clarificarlo y renovarlo.

---

nopla, anatematizado por Nicolás I, Focio reunió en 858 el concilio ecuménico, persuadió á los obispos para que se separaran de la comunión de Roma, y los que aceptaron sus proposiciones instituyeron la Iglesia de Oriente.

CAPÍTULO IX

Contrastes de esta falta general de cultura con el estado brillante de las letras en Asia.—En el Extremo Oriente.—La China, el Japón, el país de los Jmers y la Persia en el siglo x.—La ciencia árabe desde el siglo VIII.—Cuadro de esta civilización.—Introducción de los libros árabes en Occidente.

§ 1.

El siglo x, que se ha denominado la edad de hierro en Europa, por las profundas tristezas, las calamidades inauditas y todas las aflicciones de que fué acompañado, como de un lúgubre cortejo, en los países occidentales y en el imperio de Bizancio, el siglo x fué una brillante época intelectual para una gran parte del Oriente, no sólo entre los árabes, sino hasta en las más aisladas regiones del continente asiático.

China, á la que es preciso volver de tiempo en tiempo con el pensamiento, acababa de tener, bajo los Thang, un soberbio florecimiento poético con Li-Tai-Pé, el melancólico soñador, el hermano espiritual y precursor de los persas Jeyam y Hafiz, la más elevada ilustración del reinado del emperador Hiuan-Tseng y aquel, en fin, que se llamó «el inmortal desterrado en la tierra» (1); con Thu-Fú, el Horacio

(1) Li-Tai-Pé, que fué denominado también, á título de excelencia, el *Nenufar azul*, descendía, en la novena generación, del emperador Wu-ti, de la dinastía de los Siang-si. Se le levantó un templo después de su muerte, y en él se grabó este epitafio:

«¡Gloria á Li-Tai-Pé, el inmortal desterrado en la tierra!

de su patria, hábil en cantar la juventud y la primavera, los bosques y las montañas, los beneficios del vino, las luchas poéticas, los paseos y la contemplación; con Oang-Oey y Lo-Ping-Uang, sus émulos, y ahora, bajo los Sung, veía florecer la dinastía literata por excelencia.

Jamás los concursos habían estado en tan grande honor, ni los sabios tan favorecidos. Literatura interesante y singular entre todas, ninguna otra se ha desarrollado más fuera del centro de las literaturas occidentales; ninguna ha recibido menos de ellas ni les ha dado menos. Y, sin embargo, no hay ninguna que ofrezca con las nuestras más sorprendentes semejanzas en los aspectos representativos de la vida, la observación de las costumbres, lo positivo de la existencia familiar y diaria.

En el Japón, el despertar intelectual no era menor. O más bien prolongaba con un brillo nuevo la radiación del tiempo que acababa de terminar (1). La corte japonesa del siglo x igualaba por el refinamiento del lenguaje, la cortesanía de las costumbres y el lujo de la vida material, á lo que hemos conocido en Europa más perfecto y brillante. Investido de una autoridad soberana, que no turbaba ninguna nube, el emperador reinaba plácidamente en medio de su nobleza, de los sabios, de los artistas. Una paz profunda animaba á los placeres del espíritu. Había entre los príncipes y los autores que protegían, una especie de dulce emulación para mantener en perfecta armonía el honor del rango y el brillo del talento. La poesía era como parte esencial de la educación

---

Cantar sus poemas y de vino llenar su copa, he aquí las obras de su vida...

»Sus poesías brillaban en todo el imperio como la media luna. ¡Por eso no digáis que las obras del poeta de genio pasan y se borran, puesto que la luna brillante está aún suspendida por encima de las orillas del río Tsay-Thy!»

(1) Los enciclopedistas japoneses señalan, en el siglo IX, un número bastante grande de autores, entre otros la poetisa Ono-no-Komati.

de las gentes bien nacidas. En sus elegantes conversaciones los versos brotaban de los labios, embellecidos con imágenes y comparaciones graciosas, que no hubiera desaprobado Tsurayuki (1).

Formados en la escuela de los chinos, los artistas, pintores y escultores, rivalizaban también en delicadeza para matizar los seres y las cosas de la naturaleza oriental. Desde el siglo VII se dedicaron á ello con una ciencia experta, y en el IX, cuando reinaba sobre la estética de su patria el célebre Kus-Koa. En el siglo X, no hay materia que cause tanto entusiasmo en las conversaciones del mundo aristocrático, como hablar del estilo brillante de los celestes reflejándose en una multitud de kakimonos preciosos. Porque los japoneses de entonces eran los más prontos, como los de hoy, para asimilarse, sin perder sus cualidades étnicas, las ventajas de las civilizaciones circundantes. Dejaban llegar hasta ellos á los chinos con sus esmaltes, sus marfiles esculpidos, sus grabados en madera, y á los persas, de los que aprendieron á incrustar el hierro con dibujos de oro y plata. Sin embargo, refinaban las enseñanzas de sus maestros, tomaban de su escuela elementos de gracia hábil y de solidez, para aventajarlos, finalmente, en el respecto de la inspiración y del colorido.

Su literatura, aunque culterana y rebuscada, era todo lo pura que podía ser. La lengua no había sido alterada por la mezcla del chino, y los escritores, cediendo siempre á afectaciones premeditadas, poseían un arte que no les abandonaba jamás, para dar un giro feliz á sus menores pensamientos. Tal fué esta edad de oro de los japoneses, que nos ha pintado al natural la ilustre Murasaki (2), y que el alejamiento de los tiempos ó los prestigios del color oriental hacen todavía más seductores.

No fué sino demasiado corta, desgraciadamente. Las vio-

(1) Nacido en 884, muerto en 946.
(2) La novelista Murasaki Shikibu, cuya *Novela de Genji* se cuenta entre las obras capitales de la literatura nacional.

lencias del régimen feudal, bruscamente implantado en el país, desterraron durante siete siglos las letras y las artes.

Se hallaban hasta en la Indo-China huellas notables de este estado de cultura. El Cambodge, en el siglo x, estaba en plena prosperidad y dominaba en casi toda la península. Desempeñaba hacía mucho tiempo gran papel. Desde antes del siglo VII, en que la introducción de los libros búdicos traídos de Ceilán, produjo la caída del bramanismo en el Imperio, el pueblo jmer se gloriaba de poseer innumerables y magníficas formas de arte, desde Pnan sobre el Me-kong, en el Laos, hasta Thap-Muir, desde Qui-Nhon, hasta Samp-Reap (1). Rodeada de bosques profundos y misteriosos, Angkor la Grande, Angkor la Santa (2), elevaba al cielo, como una vegetación ciclópea, los pórticos majestuosos de sus templos y sus torres, sus arcos triunfales, sus estatuas gigantes, y este conjunto extraordinario de arquitectura religiosa, cuyas ruinas parecen todavía maravillas á los viajeros que las descubren en uno de los países más atrasados. La riqueza de los monumentos cambodgianos, en que los bloques de piedras enormes eran trabajados tan finamente como objetos de oro, habíase hecho proverbial entre los asiáticos del Extremo Oriente, y se decía en China: «Rico como Tchin-la.»

Persia, al mismo tiempo, alcanzaba el apogeo de su cultura moral. Del cruzamiento de la raza irania con la semítica y musulmana, habían salido una lengua, una literatura nuevas. Las tradiciones antiguas del reino de Bactres habían tomado en manos de Firdusi, el creador del *Shah-Nameh* (libro de los Reyes), la forma de una epopeya grandiosa. Mahometano por nacimiento, hombre de la raza conquistado-

(1) Acerca de la civilización de los jmers, véanse las obras de Mouchot, Lagrée, F. Garnier, Delaporte, Aymonier, Moura, Pavíe, Gastón Donnet, etc.

(2) «El que (ha dicho el artista Pang, describiendo la obra de Angkor), el que contempla estos monumentos de los jmers, se eleva á la augusta perfección.»

ra, pero poseído de la inspiración del Iran primitivo, durante sesenta años glorificó su espíritu. Por su genio, su fecundidad, su imaginación, su profundo conocimiento de la antigua historia, de las costumbres, de la religión, de la lengua de su país, fué verdaderamente el Homero del Oriente. La India tiene el *Mahabarata*, Grecia la *Iliada*, la Edad media los *Nibelungen* y la *Chanson de Roland*. Persia tiene el *Libro de los Reyes* de Firdusi, es decir, uno de los monumentos más considerables de la literatura humana.

§ 2.

Por los caminos de la Persia y por la idea de su ascendiente indirecto sobre los musulmanes (1), sus vencedores, hemos vuelto á nuestro punto de partida, la civilización árabe, tan floreciente desde el siglo VIII, y que habíamos dejado atrás.

El influjo del clima en comarcas queridas del sol, en que el hombre, encontrando sin esfuerzo el sostén de la vida física, puede entregarse completamente á la meditación en el tranquilo abandono de su cuerpo, los impulsos de una sensibilidad particular, muy pronta á inflamarse bajo cielos abrasadores, el gusto por las expresiones rápidas, cadenciosas, más aptas que el lenguaje ordinario para expresar los trasportes del alma y de los sentidos, en una palabra, inclinaciones enteramente naturales, predisponían á los árabes á la poesía. ¿No era este, con la música, el único arte que debie-

---

(1) El célebre escritor francés Ernesto Renan ha desarrollado la tesis de que el genio árabe, bajo los abasidas, no había producido nada original, y que en su derecho, por ejemplo, debía á emigrados persas, á legistas iranios, lo mejor de su contenido. Otros jueces, profundamente versados en el conocimiento del mundo islamita, se han levantado contra su afirmación y se han apoyado para combatirla en la metafísica del imán Azam, metafísica admirable, muy diferente de la de Aristóteles.

ra convenir á estos pastores nómadas, como anteriormente á los antiguos arios y á los hebreos? Bastante antes de Mahoma tuvieron sus *luchas de gloria*, como llamaban á los concursos de la Caaba. A la sombra de este templo, construído en el sitio en que vivió Adán, el primero de los hombres inscrito en el Génesis bíblico, los más célebres en el arte de decir rivalizaban en ardor y celo para merecer premios; allí, como en la Grecia antigua, eran coronadas las obras de la inteligencia. Sin embargo, sólo á partir del siglo v, en que Mohalhil compuso las primeras *kasidas*, tuvieron poemas seguidos. Desde el comienzo del VI, la lengua se había mostrado completa, de suerte que la aurora de la literatura árabe fué, al propio tiempo, por una repentina madurez, su edad clásica. Expresiones atrevidas traducían en los *Môallagah* los efectos de la naturaleza, las pasiones del hombre, los intereses y las rivalidades de las tribus, la vida nómada sobre cabalgaduras, descritas con amor. Retirado en su tienda, después de la batalla, Antar cantaba, con los aplausos de sus compañeros de armas, sus comunes emociones belicosas, sus propias victorias y los encantos de la bien amada. Se estaba en los tiempos de la feliz ignorancia dogmática, *El Jahiliah*. El lirismo, que iba á reducir al instante á diez géneros de inspiración diferentes la clasificación ingeniosa de un Abu-Tamam, dominaba con su influjo único las imaginaciones árabes. No se conoció durante mucho tiempo otra ciencia entre estas tribus ignorantes y entusiastas que la poesía. Al advenimiento de Mahoma se había abierto un nuevo período de un carácter religioso y de proselitismo, el interregno literario lleno por la acción conquistadora que los árabes designaron con el nombre de *Mohadrán*. Cuando él murió, el 8 de Junio de 632, la unidad religiosa de la Arabia era, por decirlo así, un hecho realizado. Y el Corán quedaba—modelo clásico de la lengua que había servido para fijar—texto ilimitado, fuente inagotable de exégesis y de comentarios.

De la hegira á los Abasidas, fué, sobre todo, el tiempo

favorito de los gramáticos, de los comentaristas del libro sagrado, de los autores de sermones y de oraciones, y de los jurisconsultos. El derecho musulmán se había formado por entero, por aumentos sucesivos, para conservar, finalmente, en sus voluminosas recopilaciones, una unidad de forma y de principio que ya no variará (1). Bajo los califas Omeyas (Yezid. Abd-el-Melik, Hischam), la poesía había dado frutos sabrosos. Luego se abrió la era gloriosa de los Abasidas, junto á la cual la misma de los sasanidas parece descolorida. En tanto que nuestro Occidente se ahogaba bajo la pesada armadura feudal, se vio entonces, en Bagdad, manifestarse una maravillosa armonía de costumbres elegantes y de cultura literaria. El siglo que transcurrió desde el advenimiento de Almanzor, el fundador de Bagdad, al asesinato de Motewakkil (2), dejó una impresión de esplendor y prosperidad única en su género, por la licencia espiritual, el abandono gracioso, lo exquisito de las maneras, revelándose aun entre aquellos que dispensaban sus favores. Es necesario ha-

---

(1) Las ciencias de la legislación estuvieron muy en favor en los países islamitas, con la rigurosa y casi inmutable jerarquía de su autoridad. Cuatro jurisconsultos han merecido el título de creadores de legislaciones: el iman Numan, el jefe de la escuela hanefita, apellidado el maestro de los maestros, el gran maestro, y cuya doctrina ha prosperado principalmente en el Imperio otomano; el iman Malik, jefe de la escuela malikita, que se ha atribuído como dominio las ciudades sanitas, el Yemen, Trípoli; el iman Chafi, Idris Ebu Abdullah, jefe de la escuela chafeita, cuyo foco más activo es el Egipto; finalmente, el iman Hambeli, Ahmed-ben-Hambel, muerto mártir antes que renegar de la eternidad del Corán, y cuya escuela, la escuela hambelita, domina en Marruecos y cuenta con numerosos sectarios en Java. Los jurisconsultos del Islam se reconocen generalmente por una misma señal: el afán excesivo á la sutileza. Stambul, en este respecto, en nada ha renegado de Bizancio. (Véase Sawas-Bajá, *Etude sur la théorie du droit musulman*, 1892.)

(2) De 754 á 861.

ber leído las *Praderas de oro*, de Masudi (1), el pintor hábil y cronista indiscreto, el Tallemant des Réaux de los árabes (con más ciencia y filosofía), para adivinar el encanto de que se rodeaban entonces los placeres de la vida. La conversación había llegado á ser el placer supremo. En ella se desplegaba un gusto y una sutileza que nunca se habían conocido en el mundo oriental. La teoría del arte había llegado á sus últimas delicadezas. El estilo noble y desprendido de los poetas, que eran el adorno de la corte, sus sentimientos refinados hasta parecer ligeramente culteranos, el acierto de sus ideas y la delicadeza de sus modos de ver, hacían el encanto de la sociedad árabe. Considerando estas brillantes apariencias, el espíritu cambia en algún modo de lugar y cree revivir entre los contemporáneos de Pericles y de Augusto, á pesar de las diferencias profundas que separan la poesía árabe de la griega y la latina.

Protectores ilustres, los Harun-al Rachid, los Al-Mamun, los Alhaken II, habían sido para los poetas del Oriente lo que fueron para los artistas de Italia y de Francia un León X y un Luis XIV.

Paralelamente, los príncipes de los moros, los emires establecidos en España, nada perdonaban para embellecer el territorio de su conquista. Hacían de Córdoba, que había llegado á ser, después de Bagdad y Damasco, en el curso de las diferentes emigraciones del califato, la capital de las le-

---

(1) Traducción francesa de Barbier de Maynard, 7 vol. en 8.°. Las *Praderas de oro*, de Masudi, fueron escritas el año 332 de la hegira (944 de J.-C.). Aun cuando esta recopilación no sea más que la continuación de obras desgraciadamente perdidas, á pesar de los vacíos, de los defectos, de una falta completa de orden y de clasificación, es el libro más instructivo de la poligrafía árabe. En él se mantiene siempre la atención, el encanto, por la facilidad del tono, el gusto y la delicadeza de los pormenores; literato, sabio, erudito, Masudi da á la historia todo el atractivo de la ficción: es la cadena secreta que reune sus desconocidos relatos.

tras, una rival de la Meca, una nueva y suntuosa capital del Islam. Era para ellos la ciudad santa, la morada de los reyes, de los sabios y de los sacerdotes. De todas partes acudían los estudiantes para seguir las lecciones de los ulemas y de los doctores. Los artistas construían con prolongado amor este maravilloso bosque de jaspe, de pórfido y de mármol, la Mezquita, la joya más preciosa de la arquitectura árabe. En Toledo, en Granada, revestían de esplendor los monumentos y las mezquitas. El genio de la poesía y de las artes florecía en todos lados con tranquila abundancia.

Menos de dos siglos había bastado para transformar completamente á los fanáticos discípulos de Mahoma y los supuestos incendiarios de la biblioteca alejandrina. De 742 á 846, se vió á esta civilización adquirir un desarrollo extraordinario, que debía continuar, á pesar de la desmembración del califato de Bagdad, hasta la época de la irrupción de los turcos (1258). En las universidades de Alejandría, de Cufa, de Bagdad, florecían la astronomía y la medicina. Entonces fueron traducidas al árabe las principales obras filosóficas y científicas de los sirios, de los persas, de los coptos, de los indos, y sobre todo, de los griegos. Grandes filósofos, matemáticos, astrónomos y alquimistas, encontraban, al término de sus investigaciones místicas é imaginarias, resultados positivos de una extrema importancia (1); gramaticos, analistas, médicos, se anunciaron á los árabes. Un ardiente amor al saber se había despertado en ellos. Recorrieron todas las ramas de la ciencia. En tanto que los bizantinos la ahogaban bajo la teología, que los latinos reducían todo el arte de curar al sistema de las curas por milagros, prácticas supersticiosas, contactos con reliquias, ellos desarrollaban sobre bases sólidas, halladas en los griegos y en los alejandrinos, sus estudios médicos. Tuvieron por preceptores á los nestorianos y á los judíos. En Asia sufrieron el infiujo de los primeros y en Africa el de los segundos, habiendo sido la

(1) Los ácidos corrosivos y el fuego automático.

doctrina de la unidad de Dios el punto de contacto común.

Los judíos, en efecto, poseían hacía mucho tiempo médicos muy distinguidos, que buscaban los reyes, los grandes señores ó los príncipes de la Iglesia. Y los discípulos de Nestorio, casi desde un principio, se dedicaron al estudio de la estructura, y de las enfermedades del cuerpo humano.

Estos, á renglón seguido de su expulsión de Constantinopla por Teodosio el Joven, gracias á las intrigas violentas de Cirilo y del partido egipcio, que triunfaron en el concilio de Efeso, habían fundado la escuela caldea, levantado el colegio de Edesa é instalado varios centros de estudios. Allí fueron traducidas al siriaco gran número de obras griegas y latinas, tales como las de Aristóteles y de Plinio el Viejo, y gracias á ellos las academias árabes abundaron muy pronto en traducciones de los autores helenos; vastas bibliotecas fueron reunidas en Asia, y los sarracenos obtuvieron de ellas los mejores resultados para la humanidad entera, en su edad de razón. En formas á veces bien extrañas, en que los prestigios de la magia ocupaban excesivo lugar, estos últimos hicieron renacer la ciencia experimental.

Pocos hechos literarios han sido más considerables que la transmisión de los principales monumentos de la ciencia y de la filosofía griega, por las traducciones del griego y del siriaco al árabe, que se realizó de fines del siglo X al XII, bajo los auspicios de los califas. A favor de estas traducciones la Europa culta conoció los escritos fundamentales de toda ciencia, cuyos originales no debían tenerse sino en la época del gran Renacimiento. Por sus enciclopedias, por sus versiones numerosas de los libros helenos acerca de la medicina y las ciencias naturales, los árabes habían servido de vehículo á una multitud de nociones que se perdían y cuyo recuerdo no se borrará más. Brillante un momento, esta civilización incompleta se extinguió pronto. Pero en razón de las luces que propagó, hizo labor de renovación preciosa para el resto del mundo. Una era nueva iba á ser inaugurada para

los destinos de una civilización de otro modo resistente y duradera; ella la hizo entrar de lleno en el movimiento escolástico, que fué uno de los caracteres de la Edad media, y que á pesar de sus enormes lagunas, su estrecho exclusivismo y sus miras especiales, preparó los tiempos modernos.

CAPÍTULO X

Formación de las nacionalidades y de las lenguas en Europa. —El ideal teológico pesa sobre el mundo.—Primeros esfuerzos, para desprenderse de él, de la poesía popular y nacional.—Advenimiento de la canción de gesta.—Insensiblemente ésta cede el puesto al relato de aventuras, sentimental y caballeresco.—El ciclo de la Tabla redonda.—Sus orígenes. —Influjo extraordinario de las historias de la Tabla redonda sobre «la estética» de las jóvenes literaturas europeas, sobre las ideas y sobre las costumbres.

§ 1.

Hasta el punto á que hemos llegado, la marcha progresiva de los principales grupos europeos, de sus instituciones, de sus ideas, ha sido muy lánguida. Se sale penosamente de la fusión latino-bárbara. La evolución parece insensible: sin embargo, existe.

El viejo mundo ha visto estrecharse, de día en día, las últimas parcelas de su territorio de conquista. La unidad ficticia que el genio de un Carlomagno había llegado á establecer al reconstituir el Imperio romano con elementos bárbaros, se había deshecho en mil pedazos. Ya no ha habido más que una mezcla innominada de tribus hostiles, una disolución de las razas, una trituración incoherente de los grupos sociales que trataban de tomar cuerpo. Pero de este sordo trabajo debían salir á la larga otras uniones y combinaciones más homogéneas; los pueblos de la Europa actual saldrían de él con su genio, sus caracteres, sus destinos diferentes.

Estos tiempos de desórdenes y de convulsiones, que van del siglo IX al XI, y acerca de los cuales nos es preciso insistir un momento, servían de camino penoso, pero gradual, á las generaciones para llevarlas al fin. Los hechos de que fueron teatro: la decadencia del nuevo Imperio y de la casa carlovingia, la anarquía que precedió á la organización del feudalismo, las servidumbres á que hubo de someterse la Iglesia antes de llegar á la gran explosión del siglo XI, denunciaban una lenta evolución hacia el mundo moderno.

Por uno de estos contrastes extraordinarios que son la enseñanza de la historia, los emperadores de la casa de Sajonia elevaban en su persona á la representación de protectores militares de la sociedad cristiana á los descendientes de aquellos mismos á los que Carlomagno, en una época todavía muy cercana, había impuesto violentamente la ley del Cristianismo.

Al Norte se dibujaba la llegada de los grupos que más tarde entrarían en la acción de la vasta familia europea: los húngaros, los polacos, los rusos, los escandinavos principalmente, cuya participación en el movimiento de los siglos IX, X y XI presenta uno de los aspectos más interesantes de la historia de la Edad media.

Inglaterra, antes de constituirse definitivamente en cuerpo de nación, pasaba por alternativas sorprendentes de servidumbre y de libertad. Las luchas de la raza danesa y de la sajona, luego la intervención opresora de los normandos, rechazando á los elementos indígenas, para someter unos y otros á su supremacía exclusiva, señalaban los comienzos difíciles de un pueblo llamado en el porvenir á los más amplios designios.

Finalmente, los cristianos de España recobraban, con las armas en la mano, de los hijos del Islam, su propia independencia, su fe, su territorio, y fundaban en los esfuerzos de una lucha incesante la nacionalidad de la península.

En tanto que se opera, bajo la muchedumbre de los pueblos, este trabajo de gestación y de transformación gene-

ral, el pensamiento no queda completamente inactivo. Las artes se bosquejan, las ideas se despiertan ó reviven, aunque restringidas y subordinadas á un poder absoluto: la teología, que somete á su disciplina todo conocimiento y todo principio. La imaginación, casi enteramente encerrada en el círculo de la idea religiosa, limitada en las lenguas de una forma semi-sabia, semi-bárbara, á arranques determinados, no se mueve sino á un solo impulso: la fe. Pero este movimiento es continuo. La imaginación, digo, no conoce casi más que por un vago recuerdo de las letras profanas las esferas libres de la inspiración; refleja, explica, comenta la creencia general, los accesos de fervor no razonado, que al menos sujetan instintos demasiado feroces, las acciones de los señores y de los clérigos, las recompensas y las penas de «la otra vida», y este escaso alimento basta para satisfacerla, en tanto surge del suelo una literatura espontánea, popular, capaz de responder á otras necesidades y contentar otras aspiraciones de la inteligencia. No brota en modo alguno en obras poderosas. Es, al menos, activa y civilizadora. Por este papel tiene participación en el triunfo del poder espiritual, guía y dueño de las almas. ¿La Iglesia y el papado no han llegado al *summum* de una grandeza que creen inquebrantable? Con los escombros de la civilización anterior, el cristianismo ha reconstituído un nuevo mundo hierático, cuya clave es el sacerdocio.

La misteriosa arquitectura románica, salida de los restos de las arquitecturas antiguas, traduce á la vista el rigor de esta dominación, lo absoluto de esta teoría. Se encuentra por todas partes, en el libro de piedra de la catedral, como en los folios de los manuscritos, este sello constante de la intervención sacerdotal.

Unico freno de las conciencias, única barrera contra el desencadenamiento de los apetitos, el dogma regenta soberanamente los espíritus y no soporta participación alguna. En la tranquilidad de los días sin batallas ó mezclada á las olas furiosas de la guerra y de las devastaciones, corre incon-

mensurable el flujo de la piedad cristiana—es decir, la piedad de la Edad media—mezclada de violencia y de temor, de cruel orgullo y de humildad profunda.

Entonces meditaba, oraba, sufría, deliraba, en el fondo de los conventos, á la pálida luz de las vidrieras historiadas, un pueblo de monjes devorados por el divino amor, agitados por incesantes escrúpulos. El alma exaltada por el hábito de la meditación vacía, alucinados por las angustias y los arrobamientos del misticismo ó por las turbaciones y las incertidumbres de esa especie de melancolía vaga, incurable, que ellos llamaban *acedia*; mantenidos en un continuo vértigo por el ayuno, las maceraciones, la oración ó el éxtasis; encerrados en el círculo infranqueable de sus ideas como en estrecha prisión, estos piadosos reclusos, cuya vida se pasaba en buscar en una tierra de destierro los caminos de una patria eterna, no vislumbraban alrededor del hombre más que asechanzas dispuestas, peligros de faltas, ocasiones de caídas y tentaciones diabólicas. La obsesión de Satanás y de sus engaños pesaba sobre ellos de modo abrumador. Y los temores, los terrores con que ellos temblaban en la sombra, les imponía el deber de hacérselos participar á los seglares.

El fervor de esta época por convertir al prójimo era inaudito. Breviarios para la guía del alma, para la dirección cuotidiana de la vida, los había de todas clases y para todos los gustos. Obras puramente dogmáticas, comentarios de la ley, vidas de los santos, legendarios, colecciones de máximas tomadas de la filosofía pagana y recubiertas de una capa de cristianismo, alegorías, *espejos*, apólogos ó tratados de ciencia interpretadora, todos tendían universalmente al mismo fin. Clérigos y laicos se dedicaban á ellos á porfía, igualmente afanosos por conciliarse los favores del cielo. Todas las formas de la creación, vivas ó inanimadas, servían para simbolizar el estado del alma humana, sus virtudes y sus vicios (1), cuando no personificaban á la Iglesia misma y á Jesu-

(1) Véase en particular el *Physiologus* y las curiosas *Fábulas* de Felipe de Taon ó de Guillermo de Normandía.

cristo. Todo signo exterior de la naturaleza se transformaba en motivo de consideraciones religiosas. Brotaban inagotables, sin que por ello, por lo demás, las acciones de los mismos predicadores valieran siempre más que aquellos á quienes se dirigían con el fin de edificarlos con la palabra.

§ 2.

Sin embargo, si las miras de esta predicación constante podían convenir para la moralización particular ó pública de los contemporáneos, no respondían exclusiva é indefinidamente á la curiosidad de los espíritus. Tendían á instruirlos. No les distraían ni les encantaban.

Finalmente, comenzaron á dibujarse los primeros rasgos de una poesía nacional. Los pueblos se ensayaron con un ingenio todavía enteramente primitivo en el manejo de este instrumento, que recibían de los países de los trovadores del Norte y del Mediodía.

Con la crisis europea de las Cruzadas, con la fiebre de inspiración que enciende, atizando á la vez la bravura caballeresca y la exaltación religiosa, las palabras van á tomar vida. En Francia, la estrofa monorima é irregular se anuncia, primera expresión poética y musical hallada por los trovadores del Norte; precedida de un largo cortejo de cantilenas, la epopeya se levanta, ruda é ingenua, no ofreciendo á la memoria de los juglares, que la recitarán en mil puntos, otros auxilios mnemotécnicos que la sencillez del metro y la repetición de la asonancia (1), pero esencialmente heróica y espejo absolutamente fiel de los modos de ser, de vivir y de sentir de la aristocracia feudal. La canción de gesta (2), cuya

(1) El tipo de estos himnos narrativos en relación á la epopeya merovingia, había sido el célebre *Chant de Saint Faron* (siglo VII), conservado por Helgaire.

(2) Véanse los grandes trabajos de la erudición francesa y alemana contemporánea, y en particular de Gastón Paris, acerca de la formación de las canciones de gesta.

materia, hemos dicho, se había preparado en Francia bajo los merovingios y desarrollado poderosamente con Carlomagno, con Carlos el Calvo y sus primeros sucesores, ha encontrado, por tanto, su forma. Un vivo amor á la patria, un ardor feroz y perpetuamente guerrero, descripciones de ejércitos, relatos de combates singulares, epítetos tomados en la naturaleza; por todas partes lo sobrenatural, en ninguna todavía lo cómico y la parodia: estos son los caracteres del primer ciclo, el ciclo carlovingio, manifestación violenta de la sociedad feudal germánica. A fines del siglo XI, la *Chanson de Roland* inaugura la gran serie de las canciones de gesta. Ella lo es, y al mismo tiempo que la muestra más antigua, el tipo más perfecto. Héroe semi-histórico, supuesto sobrino de Carlomagno, su personaje principal, Roldán, este Aquiles francés, ocupará en adelante en la esfera de la leyenda un puesto infinitamente más amplio que en el campo de la realidad. El invadirá todas las lenguas, todas las literaturas de la cristiandad. ¡Fortuna de un nombre, tanto más extraordinaria, cuanto que nada exacto se sabe acerca del que lo llevó! «Así, dice Eduardo Rod, en tanto que los doctores, los monjes, los clérigos, trataban de deslizar sus pensamientos en los moldes ásperos de un latín semi-bárbaro, una literatura muy distinta de estos modelos entrevistos se formaba poco á poco fuera de los centros de la cultura oficial» (1). Durante toda la primera mitad del siglo XII, la canción de gesta es su forma por excelencia. Se dirigía á todos; hablaba á todos los

---

(1) Sería justo reconocer, sin embargo, que la latinidad del siglo XII señaló un progreso sensible sobre la de los tiempos anteriores. Varios escritores, que aparecieron entonces en diferentes partes de Europa, se distinguieron por un estilo más abundante, más elegante también, y del cual eran deudores á un conocimiento más directo de los modelos de la antigüedad. Así Juan de Salisbury, Guillermo de Malmesbury, Gerardo el Cambriano, en Inglaterra; Oton de Freisinga, Sajón el Gramático, en Alemania; y en Italia, Falcando, el historiador de Sicilia.

corazones. A los barones ociosos en los castillos ó ante las muchedumbres reunidas, los juglares y los menestrales contaban con un tono de melopea, y acompañándose con el laud ó viola, las proezas de un Roldán, de un Olivero, de un Amadís de Narbona, del fiero marqués Guillermo de Orange, del gran emperador y de sus paladines.

Aunque hechas sin arte y no teniendo casi estilo individual, estas epopeyas ejercían un grande influjo sobre las muchedumbres. Una gran valentía caballeresca las llenaba, y los personajes se descubrían en ellas vivos y reales, si no siempre simpáticos en la brutalidad de sus costumbres. No se hubiera encontrado en parte alguna una expresión más completa del instinto popular, porque estaban en relación absoluta con el espíritu ingenuo de los tiempos de que salieron.

Sin embargo, el poema épico, por la sencillez de su presentación, no se separaba del dato primitivo; los móviles que hacen obrar al hombre seguían en él tan restringidos como en la vieja epopeya griega.

De la vida de las selvas y de la aventura misteriosa, del sentido íntimo de la naturaleza y de los matices delicados del amor, de esta fuerza de imaginación que impulsa sin cesar al héroe hacia lo desconocido, nada se sabía. Nada se consideraba de todo ello, digo, cuando aparecieron los romances de la Tabla redonda. Entonces se manifestó este prodigio: relatos, leyendas, basados en las tradiciones locales de una raza semi-vencida, de un pequeño pueblo bien aislado del mundo, se esparcieron con una rapidez extraordinaria y modificaron casi repentinamente la poética de Europa. De donde resultó una revolución completa en la expresión de los sentimientos, como en el modo de concebir y aplicar lo maravilloso.

Insensiblemente las canciones de gesta degeneradas cedieron el terreno á esas pinturas brillantes de pruebas amorosas, de luchas corteses y de aventuras extraordinarias. Los rudos compañeros de Carlos Martel, de Pipino, de Carlo-

magno: Garín, Guillermo de Orange, Ogier, Roldán, cedieron el puesto al misterioso profeta Merlín, el hijo del silfo y de la vestal; al lánguido Lanzarote del Lago, al voluptuoso Galván. Las heroinas violentas y feroces de la epopeya primitiva, Ludia, Blancaflor, Guibourc, Orable, se borraron ante las tiernas bellezas del ciclo de Arturo, Isolda, Genoveva, Enida y Viviana. Tristán, Isolda sobre todo, estos seres simbólicos del bardismo, habían llegado á ser tipos novelescos del amor. Algunos años más, y esta literatura, mezcla rara de los elementos más opuestos, de las ideas cristianas y de las maravillas del Oriente, de las aventuras germánicas y de las tradiciones del país de Gales, habrá quitado á las masas los últimos restos de la poesía nacional y estará universalmente de moda. Arturo y Merlín triunfan:

«Muertos son Ogier y Carlomagno.»

La pronta difusión de las leyendas bretonas cambió por completo la dirección de los espíritus; el ciclo carlovingio quedó sumergido; la llegada de la mujer y del amor trastornó completamente el antiguo sistema épico. Se salió de los asuntos vulgares y retocados, se relegaron á las tinieblas los resortes poéticos del arte primitivo: la espada, el caballo, el traidor, el sarraceno. A las eternas descripciones de batallas, á las series interminables de combates singulares (1), sucedieron las variaciones fantásticas de las novelas de aventuras. Las inspiraciones se suavizaron al mismo tiempo que se humanizaban los caracteres.

El amor adquirió un papel considerable en la literatura y en la sociedad; extendió su imperio sobre todas las imaginaciones.

---

(1) Léanse las primeras canciones de gesta, del género de los *Loherains*, y no se verá en ellas más que cascos rotos y cabezas hendidas. A la primera palabra, los caballeros se arrojan unos sobre otros y se exterminan; basta una querella particular para poner frente á frente tropas enteras y provocar los más crueles combates.

En el Mediodía, los trovadores se sumergían en un lirismo sin fin; su alma estaba siempre oprimida, y como suspensa, fuera de sí. Las mujeres les devolvían en favores lo que en su obsequio gastaban en alientos poéticos; los trovadores eran los rivales dichosos de los príncipes (ó al menos lo decían). En el Norte, los trovadores se dedicaron á celebrar los torneos de la galantería, las delicadezas del amor, los placeres de la vida, los encantos y la belleza de las damas.

Se vió aparecer en las ideas morales y religiosas, como en las costumbres sociales, una finura singular, que se exaltaba cada vez más, que de día en día tomaba las formas de un misticismo extraño. Hace un momento todavía la mujer se mantenía modestamente oculta en la sombra, y el hombre reinaba como monarca absoluto, sin darle participación. Ahora habla, obra en plena luz; su influjo se hace sentir y predomina en todas partes. Los enderezadores de entuertos se someten á su poder moral; la prestan fe y juramento de rodillas, las manos en las manos, y en la forma del homenaje feudal. Se la desdeñaba como á un ser inferior, lleno de vanidad y de inconstancia. «Por ella, decían estos rudos caballeros, el primer pecado ha entrado en el mundo; á causa de ella la raza humana vive en el sufrimiento y en el trabajo.» No se la reservaba más que un sentimiento de compasión protectora, el sentimiento debido á los débiles. Ahora casi se la santifica, se confunde en el mismo culto á la madre del Salvador y á todas las mujeres: sus deseos son leyes, sus palabras mandatos. Los barones carlovingios no conocían de la pasión más que las satisfacciones materiales, que rompen las rebeldías de la naturaleza y perpetúan la raza humana. Entre los personajes del ciclo de Arturo nadie cree tener una idea bastante pura, bastante metafísica del amor, «esta preciosa y santa cosa», como la llama Cristián de Troyes. Y las mismas ideas están en favor en Italia, en Provenza, en Inglaterra, tanto como en la Francia del Norte.

En todas partes se aclimataron el culto del ideal y del símbolo, la busca de lo acabado del arte, la afición al análi-

sis minucioso y refinado. Una multitud de sentimientos nuevos y de hábitos intelectuales apenas sospechados hasta entonces invadieron el espíritu de los novelistas, y la poesía, que se secaba, floreció de nuevo.

§ 3.

Francia ganó con esto una recrudescencia de autoridad comunicativa, que recayó en provecho de las demás naciones. Ejercía verdaderamente la magistratura moral de Europa. Había dado ya la medida de su fuerza de iniciativa y de producción en poesía, por la canción de gesta y el romance heróico; en filosofía, por los fervores de la escolástica, originariamente tomada de las escuelas árabes y adaptada, desde el irlandés Escoto Erígenes, al sistema cristiano; en arquitectura, por las obras maestras del estilo ogival; en política, por el movimiento de los comunes; y fuera de su mismo país, por el empuje de las cruzadas. Su historia era la historia misma de la humanidad en el Occidente. Este fué el punto culminante de la Edad media francesa.

CAPÍTULO XI

Aspecto general del siglo XIII.—Unidad esencial de las literaturas en sus comienzos.—Florecimiento simultáneo de las letras y de las artes en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en los pueblos del Mediodía de Europa.—Trovadores del Norte y del Mediodía.—Menestrales anglo-sajones.—*Minnesinger* alemanes.—La poesía popular comienza á sacudir el yugo de las ambiciones eclesiásticas y de los abusos feudales.

§ 1.

Se ha franqueado el umbral del siglo XII. Se realiza en la mayor parte de Europa todo un trabajo colectivo de preparación, que muestra, en primer término, el espíritu de unidad esencial de estas literaturas jóvenes.

Las lenguas vivas han adquirido fuerza y consistencia. El anglo-sajón, es cierto, aún no se ha libertado del yugo normando. Los caballeros de Guillermo, al repartirse la isla de Inglaterra, habían dictado leyes á los vencidos en la «fabla» de Francia (1). Hubo resistencias, sin duda. A porfía con algunos jefes nacionales, que al abrigo de los bosques ó en los pantanos, dirigían la lucha por la independencia y rechaza-

(1) Esperando que los dos idiomas hubieran acabado por fusionarse, así como los dos pueblos, los manuscritos franceses llenaban los archivos de Inglaterra. Se encuentra en Roberto de Glocester un pasaje notable probando que en su tiempo, es decir, hacia el año 1275, el francés era todavía la lengua de las clases superiores.

ban momentáneamente á los vencedores; á ejemplo suyo, en la sombra del claustro apartado ó bajo el techo rústico, amantes de la tradición conservaban el idioma del país y le hacían resonar todavía en raras crónicas, en cantos aislados, en baladas. Y el pueblo, rebelde á la cultura normanda, como lo había sido á la romana, continuaba expresándose en sajón. Pero todo lo que significaba poder ó riqueza, se abstenía desdeñosamente de hacerlo. Siguiendo los pasos de los conquistadores se habían esparcido los menestrales. No eran más que reflejos, imitaciones de la poesía de los trovadores del Norte. El anglo-sajón esperará, para ser él, hasta la llegada de Chaucer. En cambio, los progresos del medio alto-alemán, en el lugar más brillante del período suabo, señalan á la vez las transformaciones del gusto, de las ideas y del lenguaje. En Italia va á nacer el idioma toscano, pura y únicamente literario. España emplea su vocabulario, todavía confuso, en traducir espontáneamente los sentimientos generosos, los pensamientos nobles y elevados, al propio tiempo que lo ensaya en la expresión de ideas generales indecisas. También á esta época se remontan los más viejos documentos daneses. El sueco comienza por imitaciones de las novelas caballerescas; y los eslavo-rusos continuarían reproduciendo con las formas del viejo eslavón, que sirvieron á Cirilo y á Método (siglo IX), las inspiraciones litúrgicas recibidas de Bizancio (1), si la invasión de los mongoles no hubiera venido bruscamente á detenerlos en los comienzos de su desarrollo intelectual y social.

En cuanto á Francia, su lenguaje está por todas partes, como las delegaciones de su nombre y las insignias de su poder, en Siria, en Chipre, en Armenia, en Constantinopla, en

---

(1) El centro de esta civilización naciente estaba en Kiev, capital del imperio de Vladimiro y de Jaroslav (desde 1037 hasta el siglo XIII) que debía todo á Bizancio, religión, usos, rudimentos de letras. En Kiev fué donde el monje Nestor escribió los más antiguos anales de Rusia.

Atenas, en Nápoles, en Navarra, en Hungría; y uno de los más exactos historiadores se ha creído con el derecho á escribir que era hacedero en el siglo XIII ir, por decirlo así, de París á Jerusalén, no caminando sino por tierras francesas.

Las lenguas europeas empezaron casi todas á manifestarse al mismo tiempo por testimonios duraderos. Traducciones de la Biblia, compilaciones legislativas, por primera vez compuestas en los idiomas modernos, atestiguaban su constante progreso. La prosa se formaba para la historia; las crónicas latinas, destinadas á los sabios, y que tuvieron también su género de elocuencia, sus bellezas desconocidas en el latín clásico, se encontraban distanciadas por crónicas hechas para el pueblo. Godofredo de Villehardouin, el primero por la fecha de los narradores franceses, y sus relatos en prosa tan cercanos por el tono como por la fecha á las canciones de gesta, fueron memorable ejemplo de ello.

Una multitud de resúmenes y de enciclopedias se sucedían, confirmando por su abundancia la necesidad que sentía la Edad media de darse cuenta exacta y completa del grado de sus conocimientos en todas las direcciones. Ya el trovador Pedro de Corbiac había intitulado *Tesoro* á una simple obrita en que estaba condensada la suma de su saber. Con este título también el florentino Bruneto Latino, maestro del Dante, orador, estadista, poeta, historiador, filósofo, teólogo, querría empezar de nuevo en *langue d'oil*, de un hablar más «deleitable», la compilación en lenguaje erudito del dominico Vicente de Beauvais, el universal *Vincentius Bellovacensis*, á quien se ha apellidado el Plinio de la Edad media (1). De modo semejante, bajo una ú otra forma, los hombres más

(1) A más de la presentación indisputablemente preciosa de una multitud de extractos de autores que sólo en él se encuentran, el *Speculum majus*, de Vicente de Beauvais (edición de Strasburgo, 1473, 10 vol. en fol.), es el sumario,—el vasto sumario,—de toda la ciencia de la época, apoyándose en el pasado, y á pesar de inevitables errores, lanzando una viva luz sobre el porvenir.

eminentes: Alberto el Grande, el introductor en Europa de la filosofía de Aristóteles y de sus obras sobre las ciencias naturales (1); Alejandro de Hales, llamado en las escuelas el *doctor irrebatible:* Tomás de Aquino, cuyos tratados sobre el silogismo, las demostraciones y los sofismas, representaban en resumen toda la dialéctica de Aristóteles; Enrique de Suza, Guillermo de Auvernia, Rogerio Bacon, aportaron á su siglo el tributo de su vasta labor.

La jurisprudencia, trabajada con un igual ardor enciclopédico, se ha rehecho por completo. Por otra parte, son pontífices dotados de luces especiales, muy entusiastas además de gobierno y de autoridad, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio y Bonifacio VIII, los que refunden, á imagen de la sociedad de entonces, á la que estas leyes podían bastar, las prescripciones del derecho canónico, ordenando y ejecutando, oficiando de jueces, dando el ejemplo de un arbitraje soberano, publicando colecciones inmensas, instituyendo escuelas. Por otra parte, son los rudimentos de las legislaciones nacionales los que se coordenan y toman vida, en las lenguas de los diversos pueblos á que cada una de ellas debe servir de regla, de protección ó de garantía. Los grandes *Espejos* de Suabia y Sajonia, las primeras leyes publicadas en alemán por Federico II, los *Establecimientos* de San Luis, la versión francesa de los *Assises de Jérusalen*, las importantes recopilaciones de Pedro de Fontaines ó de Felipe de Beaumanoir, encierran en sus archivos la documentación más precisa acerca de la vieja organización católico-feudal.

Al lado de las ciencias de orden puramente intelectual y social, las investigaciones positivas comienzan á desprenderse de los errores populares y de las prácticas supersticiosas.

---

(1) Tuvo conocimiento de ellas en la forma latina. «Maestro Alberto» se mostró en diferentes puntos de tal modo por encima del nivel de sus contemporáneos, que ocurrió con él lo que con Gerberto en el siglo x, se le consideró un hombre maravilloso; creíase que no podía ser más que mago.

Adelantándose prodigiosamente á las ideas de su tiempo, el monje inglés Rogerio Bacon (1) tiene la intuición de una multitud de conocimientos que parecían entonces misterios impenetrables y que se han descubierto después. Las escuelas de Montpellier y de Salerno, herederas de la ciencia griega arabizada, continúan ilustrándose por la demostración experimental de la medicina. Finalmente, la introducción del álgebra, de las cifras árabes, la admisión general de la brújula, se suman precisamente á tantos resultados realizados para el progreso de la humanidad.

A desarrollar las facultades superiores tendían los mayores esfuerzos de la enseñanza, y en particular, de la teología. No dejando ningún paso á la libertad de examen acerca de las cuestiones de fondo y estimándose en posesión de la verdad absoluta, conservaba realmente el mando. Presidía como reina no discutida estos concursos intelectuales. Su poder y su autoridad imponían su sello celoso hasta en las producciones del arte y de la poesía. Nada se libraba de sus leyes de generalización y de clasificación, teniendo como tenía la ambición de abrazar todo el espíritu humano, el derecho y la ciencia—el derecho que ella reglamentaba y la ciencia cuya forma daba. Con el auxilio de su inseparable compañera la dialéctica, gobernaba como dueña exclusiva al pueblo de los estudiantes y los maestros, cuya agregación había formado hacia el año 1200 la Universidad de París, y cuya organización seguía siendo el modelo de las demás facultades del resto de Europa. La retórica tenía sus leyes y sus discursos; la poesía sus himnos latinos, sus epopeyas, sus relatos maravillosos; tenía las efusiones líricas de los trovadores de la Francia del Norte y de los del Mediodía, de los cantores del amor de Alemania, los romanceros españoles y portugueses; la historia contaba con Joinville. Pero su lustre y el de las otras formas de conocimientos debían borrarse ante

(1) La obra completa de Rogerio Bacon constituye el movimiento científico más considerable de la Edad media.

el brillo de la filosofía. ¿Qué podían pretender, en comparación de ella, la bibliografía, la geografía, las ciencias matemáticas, físicas y naturales? ¿No absorbía, en su majestuosa unidad, toda la ciencia?

«Por cima del mundo, por cima del siglo» (1), dominaban el nombre de Tomás de Aquino y su doctrina. Al soplo de este maestro se animaba y se movía todo el que quería entonces hablar de teología. En él respiraba el alma de los monasterios y se personificaba el impulso que arrastraba á las inteligencias, enloquecidas de misticismo, á la investigación de las causas primeras. La atención eternamente fija del lado de las puras abstracciones, «el ángel de las escuelas», extraño á todo lo que ocurría en estos vanos medios de la contingencia y del cambio, construía allí arriba su edificio y pensaba haber asentado sobre inmutables fundamentos el principio de la individualidad humana. Sobre sus huellas se lanzaba su inseparable amigo Buenaventura, el doctor seráfico, cuyo verdadero nombre es Giovanni di Fidanza. Menos doctrinal, derramaba en sus alegrías y sus símbolos las efusiones de un corazón lleno del amor divino. En el uno se mostraba más fuerte la razón; en el otro más llena de unción la pureza. El alma de Buenaventura se bañaba en la ternura mística, y también refiriendo todo á Dios tendía á unirse á él por una suprema adoración.

Los hombres habían entrevisto, durante un momento, la esperanza, la inverosímil esperanza de llegar á lo absoluto por el razonamiento y conocerlo por la fe (2).

Sin embargo, el gran adversario de Tomás de Aquino,

(1) Así lo representa Pico de la Mirandola, su compatriota y su admirador.

(2) La obra capital de Tomás de Aquino, la *Summa Theologica,* especie de vasta enciclopedia de la ciencia y de la teología escolástica, desarrollada por los principios y los métodos del peripatetismo, es el mayor esfuerzo de la Edad media para conciliar dos elementos bien diferentes: la filosofía humana y la divina.

el escocés Duns Scoto, espíritu vigoroso tanto como delicado, en posesión de una flexibilidad maravillosa y de una sutileza que todo lo penetraba, había tocado el punto flaco de esta bella construcción metafísica. Su doctrina, en que priva ya el sentimiento de la libertad individual, se anticipaba al filosofismo moderno por la exaltación de la voluntad.

§ 2.

En esferas menos altas y menos falaces, la poesía mantenía sus prerrogativas. Brotaba del suelo en mil lugares, fuente discreta, arroyo límpido ó chorro generoso y lleno de abundancia. A esta acción fertilizadora se reavivaban la mayor parte de los géneros que se había creído reservados á la antigüedad, la oda después de la epopeya, la sátira, la elegía, hasta el drama. Dios, el cielo, la naturaleza, la gloria, la patria, el valor, el amor sobre todo, ninguno de los eternos temas estaba cerrado á esta muchedumbre de versificadores, que se agitaban alrededor de la idea sin haber todavía encontrado la forma. Alegrías y dolores, fiestas y miserias, ternuras y odios, daban sus sentimientos con la franqueza, con la ingenuidad del genio abandonado á sí mismo, que obtiene muchas veces su encanto principal de su falta de arte, pareciendo así participar del carácter y del privilegio de las obras de la naturaleza.

En Francia la cultura poética del Norte, añadiendo á su fondo los restos de la cultura meridional, desde entonces en decadencia, está en plena floración

En forma de canciones ligeras, los trovadores rivalizaban entre sí en ingenio y elegancia. Teobaldo, conde de Champaña y rey de Navarra, es su modelo; si no ha inventado los ritmos armónicos de que se sirve, sabe usarlos con mucha facilidad y flexibilidad (1). Se canta hasta lo infinito las dispu-

(1) Se atribuye á Teobaldo de Champaña la innovación en la parodia francesa de la mezcla alternada de las rimas femeninas con las masculinas.

tas corteses, las aspiraciones tiernas y las galantes efusiones.

En tanto que las gestas carlovingias y célticas inundaban Europa con sus transfiguraciones y perpetuas variantes, la canción revoloteaba por todas partes, habiendo encontrado sin estudio, desde su primer aparecer, el ritmo alegre, el estribillo gracioso. Corría el mundo con los juglares franceses, con los *trovadores* provenzales, con los menestrales ingleses y la numerosa falanje germánica de los *Minnesinger*, que tantas veces disputaron el premio á los trovadores, sus maestros y sus modelos.

A fines del siglo XIII aparecieron en Inglaterra los *Poemas de los menestrales* (1).

En el fondo de su castillo, los barones normandos, ya ingleses, buscan las conversaciones y los relatos de aventuras. Poseen la caballería y reclaman relatos caballerescos. Sin esfuerzo, á los acordes del harpa, los menestrales hablan á su curiosidad; tienen á voluntad la elección de las traducciones y de las imitaciones de las novelas francesas. Reflejan las cualidades esenciales de ellas, la gracia, la dulzura, la galantería. No parece en modo alguno que las costumbres circundantes estén en armonía con el tono de estos sentimientos. Bandas de malhechores recorren el país y le devastan. Barones cabalgan con grandes escoltas de hombres de armas y de arqueros, mutilando, degollando, exigiendo rescate. Tranquilos, los menestrales, que inspiran los ecos de las cortes de amor, cantan á la *madona* ó su dueña con los mismos acentos apasionados, distraen un momento su humor en contar la alegre vida que llevan, sin ser vistas, las monjas y los monjes en sus conventos (2) y vuelven á poetizar el amor y la mujer.

(1) Walter Scott ha imitado este género de literatura en su primera y más célebre obra poética, el *Lay of the last Minstrel.*

(2) Así Miguel de Kildare, el primer irlandés que escribió versos ingleses, y al cual se atribuye *The Land of Cockayne*, burlona evocación de una demasiado feliz abadía de Jauja.

A los relatos de las guerras feroces han sucedido, en Alemania, las dulces modulaciones de los *Minnesinger*. Suabia fué su poética cuna, sus cantos han nacido á la sombra de las torrecillas góticas. «Es la paloma suspirando en el nido del águila» (1). Los rudos señores prestan oídos. Quieren que se les repita. Ellos mismos gustan de repetir acentos tan nuevos. Casi repentinamente, la mujer se ha revelado á sus miradas, como en el ciclo de Arturo, con un encanto, una seducción que no la conocían. El corazón se enternece, la imaginación se depura, el amor llega á ser para estos hombres de hierro el sentimiento heróico y religioso, el sentimiento por excelencia. Ya Wolfram de Eschenbach, Godofredo de Estrasburgo, Hartmann del Aue, habían revelado á sus compatriotas, por versiones muy ingeniosas, las más hermosas leyendas de galantería y de virtud, hechas para encantar la imaginación ó para inspirar la piedad. Muy pronto el «minne» ó el pensar amoroso poseyó todos los corazones. No había caballero que sintiera algún ardor en el cerebro, que no se creyera por honor obligado á ofrecer sus homenajes á la belleza, en un ritmo convenido; que no tratara en caso necesario, si descubría en sí la facultad de invención, de enriquecer la lengua con nuevas formas. ¡Cuántas tiernas misivas, cuántos amables diálogos, cuántos lánguidos llantos acerca del momento de la partida y las tristezas de la separación!

¡Dichoso Minnesinger! La queja de amor acudía frecuentemente á sus labios; de sus tormentos, de su martirio, hablaba sin esfuerzo, pero, en verdad, siempre ligero y contento; los disgustos se deslizaban en su corazón sin herirle de un modo bastante sensible, ó tan sólo le cosquilleaban más en vivo, justamente lo bastante para excitarle á otros ardores. Cantaba cómo corre el agua y cómo el sol brilla; su única felicidad era la poesía, y si gustaba tanto de celebrar

(1) A. Bossert.

á la mujer, es porque le inspiraba á diario lo que prefería: versos y canciones.

Esta poesía de los trovadores suabos sólo brillaba débilmente por la variedad de los colores; los nombres se confundían en ella en la uniformidad de los asuntos, porque se parecía constantemente en sus cuadros poco variados. Pero tuvo su frescura, sus encantos naturales, que aún seducen. Para los amigos del pasado, curiosos de perseguir sus visiones más allá de las perspectivas demasiado próximas, sus flores han conservado el perfume, sus fuentes la limpidez y sus murmullos, sus bosques, sus misterios, sus sombras femeninas, la gracia fugitiva y vaporosa, el dulce brillo: nada ha palidecido.

§ 3.

El sentimiento de las puras letras era en todas partes signo de nobleza. Nada menos raro que ver á altos príncipes, á soberanos, buscar con celo las coronas de la poesía. En la península ibérica son los reyes los que dan los primeros modelos. Pedro de Aragón es el más antiguo trovador de España. Alfonso el Sabio, historiador y filósofo, encontró ritmos armoniosos para ensalzar los méritos de la Virgen ó contar de modo conmovedor, en lengua gallega, la curación milagrosa de su padre. En tanto que los poetas del Norte, en Francia y en Alemania, inculcaban en la imaginación de los pueblos los entusiasmos épicos, este príncipe literato rimaba en Sevilla sus *cántigas*. En Portugal, D. Dionis I iniciaba á su pueblo en las dulzuras de la música de las palabras. Personificaba en sí mismo la primera aurora literaria de su país (1).

Italia preparaba noblemente la llegada próxima del Dante y de Petrarca. La poesía acababa de nacer allí, menos

(1) Podría decirse que la historia literaria de Portugal, en sus orígenes, se resume en la historia de sus príncipes.

precoz que en Alemania, en Francia y en España; pero desde la primera acometida, había brotado de su seno con una abundancia maravillosa. Tuvo Sicilia por cuna. Francisco de Asís fué uno de sus primeros reveladores. Iba á lo largo de los caminos, sublime postulante, cantando al pueblo aquellos himnos extasiados y creyéndose investido, por los solos efectos del amor místico, de una especie de vida sobrenatural. En Pisa y en Siena, donde artistas geniales daban un alma á la piedra, la musa italiana vertíase, enamorada de la naturaleza, delicada, tierna y piadosa. Alrededor del emperador Federico II, de sus hijos, los reyes Enzio y Manfredo, y de su canciller Pedro de las Viñas, se movía una verdadera legión de poetas. Durante algunos años, Palermo fué casi la capital de Europa, el centro de los grandes negocios, hasta que Sicilia se encontró arrastrada por los Hohenstauffen en una querella que no tenía nada de nacional para ella, pero que preparó la liberación del poder láico en Europa: la querella del Papado y del Imperio.

Era, en todos los Estados de Europa, como una aurora de renacimiento, anticipando el pleno sol del siglo XVI. El aire de fuera, quiero decir, las condiciones del medio y del momento, favorecían estos preliminares. Parecía entonces que el mundo cristiano, después de tantas sacudidas, había realizado por fin la forma política á que tendía desde la invasión de los bárbaros. Las guerras mismas, al mezclar á los hombres de las diferentes naciones, los instruían; y la paz enseguida les daba los medios de hacer fructífero en la calma lo que habían aprendido en el azar de los combates y de la violencia. Cuando conflictos de rivalidades ó los llamamientos de la Cruzada no arrastraban á los campos de batalla á esta gente siempre en armas, llevaban los señores la vida feliz del castillo, ruidosamente mezclada con cazas y festines, alegremente cantada por los trovadores y los menestrales. Todo castillo podía en ocasiones llegar á ser una esfera minúscula ó ya brillante de actividad poética.

§ 4.

Sería una ilusión, sin embargo, creer que el siglo XIII, al declinar, fué la edad de oro de la vieja sociedad. Porque, por una parte, los hombres no habían abandonado los hábitos de violencia inherentes á las instituciones feudales, y por otra, estas instituciones mismas empezaban á vacilar en sus bases.

Poco antes, el mundo europeo estaba dividido entre dos poderes: la Iglesia y el feudalismo, teniendo el uno como piedra fundamental, decíamos, el sacerdocio, el papado; teniendo el otro por sostén la caballería. Un día habían unido sus fuerzas, y de su alianza había resultado una gigantesca epopeya, la Cruzada. El primer esfuerzo había sido entero obra del entusiasmo religioso y feudal. Durante dos siglos los pontífices romanos se habían esforzado en sostener esta ruda empresa, y por ocho veces habían precipitado á Europa sobre el Oriente. Sin embargo, sus exigencias, sus reprensiones, sus llamamientos reiterados, sus anatemas imperiosos contra cualquiera que se negaba á oirlos, habían terminado por cansar á los príncipes y á los pueblos. Roma, pues, comenzaba á no ser ya irresistible. Las tentativas de las revoluciones populares en Italia, muy pronto los escándalos del cisma, iban á probar cuánto pudo flaquear su fuerza y su imperio.

Asimismo, sus servidores de la víspera, barones y señores, se encontraban bastante mal recompensados, en este mundo, de su valentía ó de sus sacrificios. Para sufragar los gastos de las guerras lejanas, habían enajenado sus posesiones, vendido sus privilegios, y por el hecho mismo de la ausencia, perdido una parte notable de su autoridad sobre los siervos y los vasallos. Predicadores y caballeros, á su vuelta de Tierra Santa, no habían encontrado las cosas en el estado en que las dejaron. Un mundo nuevo se había levantado detrás de ellos, haciendo oir un lenguaje antes desconocido,

hablando de derechos individuales y reclamando el puesto de todos al sol.

El espíritu láico y burgués se había implantado en el suelo con las universidades y el movimiento comunal; tenía desde entonces sus educadores y sus poetas; empezaba esta guerra de oposición, cubierta y disfrazada primeramente, pero volviéndose cada día más atrevida y más consciente de sus recursos. En el orden moral como en el político, los síntomas de transformación eran manifiestos. Abelardo en el siglo anterior, y después de él Guillermo de Saint-Amour, habían secularizado la ciencia. La enseñanza liberal de las universidades había entablado en contra de las órdenes docentes luchas memorables. Ocurría en las artes lo que en las ciencias. En el siglo XII la construcción de las iglesias, el sostenimiento de los monumentos públicos, de los caminos, de las fuentes, quedaba en manos del clero. Las logias masónicas le habían por fin disputado este privilegio y á su vez se habían apoderado de él. El poder civil y el eclesiástico tenían separados sus papeles, y llegaba á ser opinión general que de cada uno dependía su función, que las universidades bastaban para enseñar, los francmasones para construir, la realeza y sus ministros para gobernar. La fe no había todavía desaparecido. Pero el buen sentido burgués se hacía desconfiado y crítico, y encontraba tan pesado de soportar el yugo de las ambiciones eclesiásticas como la sujeción de los abusos feudales.

Iban á darse cuenta de ello en el tono de la sátira.

A más de esto, la incredulidad burlona ó sistemática ganaba numerosos espíritus, entregados á la reacción de las creencias maniqueas. Los elementos hostiles crecían entre las clases y las castas. Por todos lados pululaban las sectas, renaciendo de las cenizas de los cadalsos, desafiando los rayos del catolicismo y forzando á la ortodoxia á comprometerse por el exceso de la represión. La fe general se había entibiado mucho. Las grandes fundaciones eclesiásticas de los siglos precedentes no bastaban ya para vivificar la fuente que

desecaba también una árida lógica, en el seno de las escuelas. Se veían expuestas á las sátiras ya tan ásperas de un Juan de Meung y á las parodias tan poco disfrazadas de los maliciosos narradores del *Roman de Renart.*

En el siglo XIV, la aminoración de las miras morales, los hábitos de un formalismo estrecho, sin calor verdadero, sucediendo á la espontaneidad ingenua ó á los grandes entusiasmos de otro tiempo; las violencias de la Inquisición, las desgracias de la guerra de cien años, extinguieron el fuego del genio. Y hacía ya cerca de un siglo que el alma provenzal no se había repuesto de las consecuencias de aquella funesta cruzada hecha contra los albigenses. ¿Cómo no recordar aquí la expansión de esta alegre literatura del Mediodía de Francia, que conoció un momento tan radiante de esplendor y de soberanía? Hubo un tiempo en que la *lengua de oc* era comprendida desde Venecia hasta Foix, desde Poitiers y las orillas del Loira hasta la extremidad de Castilla, desde el país de Vaud hasta Marsella y Aix. El armonioso idioma había penetrado por diversos caminos en Inglaterra, en Alemania, en Bohemia, en Hungría. Los trovadores se gloriaban de haber, por decirlo así, dado la existencia á la poesía de Italia y de España, de la primera sobre todo. Y todo este éxito, toda esta gloria, se habían aniquilado; y su voz se había extinguido en la sangre del sitio de Tolosa (1218), para no suscitar ya sino raros y débiles ecos hasta el siglo XIV.

CAPÍTULO XII

Génesis dolorosa de una edad nueva.—Sombríos aspectos del siglo XIV.—Transformación violenta de los pueblos y de las ideas.—Los precursores de la Reforma.—Wiclef.—Juan Huss.—Jerónimo de Praga.—Predominio de los hechos políticos y sociales sobre el movimiento incierto de las letras.—Caída del Imperio de Oriente.—Esta catástrofe hace refluir las letras griegas de Constantinopla á Italia.—Ruina definitiva de la civilización árabe en España.—Esterilidad relativa del espíritu francés.—La antorcha de la civilización ha pasado, hace ya un siglo, á manos de Italia.—Un primer Renacimiento.

§ 1.

El siglo XIV: ¡qué fase de transformación convulsiva para toda Europa! ¡Tantos males pueden desencadenarse á la vez y abatirse al mismo tiempo sobre los hombres! La acumulación de tristezas que describía, respecto á los lamentables años del siglo XI en sus comienzos, la crónica del monje francés Raul Glaber; las terribles escenas, los trágicos azotes, las miserias infinitas, que enumeró la pluma de los escritores orientales cuando reinaba en el despavorido Oriente Basilio II, el «Matador de búlgaros», este conjunto inaudito de guerras, de anarquía, de calamidades, de desdichas públicas: todo esto se verá excedido por estos tiempos de espanto.

Europa entera está ardiendo. El imperio feudal de los Hohenstaufen y el Papado se agotan en una lucha interminable. El espectáculo de un cisma inaudito trastorna las conciencias y la credulidad de los espíritus. Aviñón y Roma se

lanzan de una á otra sus pontífices de pecado, de lucro y de simonía. Elegidos, rechazados, reemplazados enseguida por otros más cargados de vicios y de impudencia, papas y antipapas guerrean, fulminan entredichos y anatemas. Todos los reinos están agitados, todos los pueblos lloran. En Italia la guerra civil es permanente. Se baten en las calles de Roma. Génova y Venecia rivalizan en represalias feroces. En Nápoles, en Milán, las facciones se exceden en violencias. En España los cristianos no se han desembarazado todavía de los moros, cuando ya arden por destrozarse unos á otros. Un odio implacable desgarra las provincias. Castilla y Aragón podrían dudar en decir á cuál de ellas corresponde el más terrible de los verdugos, teniendo la una á Pedro el Cruel y la otra á Pedro el Ceremonioso, si Navarra no tuviera también que pronunciar el nombre de su terrible dueño, un envenenador, Carlos el Malo. Las provincias flamencas y holandesas manan sangre. En Bohemia y en Hungría luchas salvajes hacen chocar á los eslavos y á los turcomanos. Al Norte, los rusos se exterminan con los tártaros y los suecos. Al Sur, los griegos, los mongoles, los turcos, están en lucha, en tanto que del extremo de Europa llega como un cataclismo la invasión fulminante de Bayaceto. «Con un torbellino de genízaros, pasa arrasando las campiñas y barriendo las ciudades; se precipita en Nicópolis contra las fuerzas católicas reunidas para cerrarle el camino, las hace polvo, va á desarraigar la cátedra de San Pedro, y va á caer el Occidente de los cristianos, cuando otro conquistador, el mogol Tamerlán, célebre por la pirámide de noventa mil cabezas que levantó sobre las ruinas de Bagdad, llega á todo correr de las estepas de Asia, se arroja sobre Bayaceto y le vence, después de haber molido, en un terrible combate, á sus hordas. Y Europa, espantada, asiste al encuentro de estas dos trombas, que se chocan y estallan, inundándola de una lluvia de sangre» (1). Por todas partes cadalsos, hogueras, y la huella

(1) Huysmans, *Sainte Lidwine de Schiedam*, p. 38, 1901.

del mal causado por los hombres ó azotes vomitados por la naturaleza (1).

¿Cuál podía ser, en un período tal, el engrandecimiento intelectual de Europa?

En verdad, la civilización francesa, considerada desde el comienzo de este terrible siglo XIV, no se había despojado en nada de todas sus apariencias brillantes. A pesar del decaimiento del estado social, á pesar del peso de las desgracias públicas abrumando á las poblaciones sedentarias de las ciudades y de los campos, había conservado alto su brillo superficial. No hay más que leer de nuevo, para darse cuenta de ello, las crónicas de Juan Froissart, el pintor siempre admirado, narrador y testigo de las pompas feudales, de los hermosos pasos de armas y de las grandes cabalgatas. La corte de los Valois seguía siendo el centro más distinguido del mundo, el centro escogido de las fiestas, de los torneos, de las costumbres caballerescas, el lugar de cita preferido de los príncipes. ¡Pero qué alientos generosos debían inspirar al corazón de la nación, á sus poetas, á sus artistas, las locuras alegres en que se gastaba despreocupadamente el humor de sus reyes, cuando por contraste se desataba uno de los períodos sombríos, más calamitosos de su historia!

La aspereza de Felipe el Hermoso, la ligereza de los Valois, la poca seriedad de la nobleza, el espíritu mezquino de la burguesía y la violencia general, no eran mucho más propias para favorecer el renacimiento artístico. Estaba cercano el momento en que el ascendiente que había ejercido Francia durante los siglos XII y XIII, pasara á otro pueblo, tanto en la esfera de las artes como en la de las letras. Estrasburgo y Colonia llegaban á ser las escuelas del estilo que los franceses habían creado, el *opus francigenum*. Se reconocerá

«Llueve sangre», exclamaba de igual modo un poeta bizantino, Juan Geómetra, en 989, en el momento de la lucha tremenda de Basilio Porfirogeneta contra Bardas Skleros.

(1) La peste negra asoló todo el Occidente.

en adelante la maestría de los pintores de Aviñón, todos italianos de origen. En Florencia, en Roma, las órdenes mendicantes, ya ricas, se jactaban de proteger magníficamente las artes. Y á pesar de los desórdenes de las facciones y de los cismas que la mantenían en una perpetua efervescencia, Italia avanzaba á pasos rápidos por el camino del progreso.

§ 2.

La deslumbradora visión de la *Divina Comedia* abrió esta nueva edad. Por una maravillosa fortuna, la lengua italiana había llegado á manos de tres hombres de genio: el universal Dante, cuya obra es el pórtico grandioso de esta literatura; Petrarca, el último y el más perfecto de los trovadores, que levantó y rejuveneció la poesía lírica; Bocaccio, el más clásico de los narradores de historietas, que descubrió la prosa elegante y llana, la frase flexible, clara y maleable, que se adapta á todos los pensamientos como á todas las formas del estilo. Al mismo tiempo que rechazaban, para sus obras vivas, el uso de un latín bárbaro, remontaban por la erudición á la pureza de los modelos clásicos y se hacían los celadores más asiduos del estudio de las lenguas de Virgilio y de Homero. Desde el advenimiento de Petrarca, de Rienzi y de Bocaccio, los italianos han empezado á sacar de la sombra los manuscritos metidos en «los encierros» de Francia y de Alemania. Infatigable era el celo de un Petrarca recogiendo estas hojas venerables, copiándolas él mismo, dirigiéndolas á sus amigos, excitando á sus discípulos á propagarlas mediante transcripciones múltiples. Estos actos los realizaba con la piedad de los antiguos para con sus dioses. Hay que leer lo que cuenta de los latidos de su corazón, cuando se aproximaba á un monasterio en que esperaba descubrir algún manuscrito precioso, y de la emoción profunda que experimentaba al decirse: «¡Allí quizás está encerrado el bien que siempre he buscado!» Una especie de entusiasmo novelesco inflamaba las nuevas curiosidades del espíritu. Muy oportu-

namente, por otra parte, se había producido la inmigración de los sabios griegos: Paquimero, Nicéforo, Planudio, Cantacuzeno, Chrisoloras, huyendo de la opresión de su patria y viniendo á traer á Italia semillas de estudios, sus frutos serán el honor del siglo siguiente, el siglo de la erudición.

§ 3.

Las demás naciones europeas, en su marcha aislada, habían quedado muy detrás de Italia.

En Inglaterra, Chaucer había abierto brillantemente (¡demasiado pasajera aparición!) la serie de los escritores nacionales. Realzando las ventajas de una imitación feliz con las dotes de un genio creador, se había puesto á recoger las flores más brillantes de las literaturas extranjeras para sacar de ellas producciones enteramente nuevas y muy originales. La imaginación británica estaba presta á seguir sus huellas (1) y á lanzarse á las alturas de la invención; pero de pronto había sido rechazado á su infancia por la violencia de las guerras civiles y de las perturbaciones que trajeron la Reforma. Desgarrada por las luchas intestinas de las casas rivales de York y de Lancaster, más tarde, por las empresas de los lollards y los ensayos, prematuros al menos, de socialismo y de comunismo de Wat Tyler y de Jack Cade. Inglaterra casi no encontraba tiempo de coger los lises y las rosas de la poesía; y preciso será esperar casi hasta la segunda mitad del siglo XVI para tener que señalar en esta nación una renovación intelectual verdaderamente digna de este nombre.

España dejaba solamente entrever las magníficas promesas del período próximo, que debía ser el más brillante de la

---

(1) El influjo de Chaucer se prolongará hasta la modernización de algunos de sus cuentos por Dryden, Leigh Hunt y otros; dejará también huellas numerosas en los escritos de sir Felipe Sidney y de los dramaturgos del siglo de Isabel.

historia literaria de la península. Al menos había visto pasar recientemente la original figura del Rabelais castellano, Juan Ruiz, arcipreste de Hita. En el montón de sus poemas sin concierto ni continuidad, comenzando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, entrecortados por fábulas, ejemplos, cánticos, invocaciones á doña Venus, himnos á la Virgen, escenas de amor, cuadros licenciosos, locuras de toda clase, y terminando por un sermón, en el desorden de sus invenciones burlescas, se había revelado el genio más extraño, el más fantástico que haya producido España (1).

Alemania, como Bohemia y Hungría, gemía bajo los azotes de la guerra civil. Dió á luz, sin embargo, toda una escuela de poetas, la corporación obrera de los Maestros cantores, cuya nota satírica era la justa expresión de todos los rumores, de todos los odios de clase, de los ataques que por todas partes se multiplicaban contra los abusos y los vicios de la jerarquía feudal. Obreros y poetas rimaban sus versos al compás del martillo sobre el yunque.

Hans Sach cerrará la lista de los Maestros cantores: no ha dejado de vivir en la memoria del pueblo alemán el pobre y alegre zapatero de Nurenberga, en quien Gœthe (2) ha saludado á uno de sus preceptores poéticos.

§ 4.

Del lado de Francia, los siglos XIV y XV, venciendo las crisis sangrientas por que estuvieron atravesados, determinaron un cierto progreso moral y social. A despecho de la per-

---

(1) Véase A. de Puibusque, *Histoire comparée des littératures française et espagnole*.

(2) El autor de *Fausto* ha imitado varias veces el estilo de este infatigable rimador, cuya cifra de producciones ha pasado de siete mil, y dió de ello un testimonio inmortal en la obra intitulada *Hans Sachsen's poetische Sendung*.

sistencia de Roma por mantener la inmutabilidad intelectual en el dominio científico, vieron acentuarse el declinar del supernaturalismo, aumentar el acceso de los espíritus á los verdaderos métodos de demostración, y acrecer la importancia de dos clases de individuos: los legistas (1) y los médicos; á todos los cuales «la ciencia revelada» trató primeramente como adversarios; á los unos, porque pretendían substituir la lógica filosófica á la metafísica; á los otros, porque venían á oponer á las explicaciones místicas, hasta entonces exclusivamente admitidas, de los fenómenos naturales, las explicaciones positivas y sacadas de la experiencia. De la gran síntesis sacerdotal formada por la Edad media, se iba á pasar al análisis filosófico, en que se realizaría su disolución.

Estos dos siglos, además, asistieron á la secularización del Estado por Felipe el Hermoso, al despertar de la vida mundana bajo los Valois, al primer advenimiento de la burguesía inteligente y patriota con Etienne Marcel, á la revelación de la idea de patria bajo la bandera de Juana de Arco, á la inauguración de una monarquía administrativa y activa bajo Carlos V, y en fin, y principalmente, á una serie de descubrimientos extraordinarios que iban á cambiar por completo la faz del mundo.

Por último, un principio nuevo se había desprendido de las disputas teológicas y de las agitaciones religiosas que fermentaban en Italia, en Inglaterra, en Alemania: el espíritu democrático. Este espíritu de reivindicación y de agresión, se manifiesta en todos los escritos del siglo XIV, hasta en las formas más ligeras de la literatura imaginativa. Se repite un poco en todas partes, en Francia, en las parodias satíricas de los trovadores; en Alemania, en la leyenda bufa y picaresca de *Tyll Eulenspiegel*; en Inglaterra, en las visiones

(1) Los legistas, á la cabeza de los cuales brilla el célebre Guillermo Nogaret, cuyo padre había sido quemado por la Inquisición, pusieron sus luces al servicio de Felipe el Hermoso en su lucha contra Bonifacio VIII.

de Pedro Ploughman ó Pedro el Labrador, que desde las alturas del condado de Worcester, considera sin ilusión y juzga sin piedad al mundo de los prelados y los hidalgos; en Italia, en las audaces imitaciones de los escritos franceses. Y no se detendrá aquí el movimiento, sino que reforzando su voz y en un tono más grave, no temerá atacar casi de primera intención al más alto poder espiritual: al Papado.

Hacia 1637, en el reinado de Eduardo III, había aparecido el inglés Wiclef. Era un instante de violento descontento contra Roma y el clero. Los lollards se habían levantado. La Cámara de los Comunes había propuesto la confiscación de todos los bienes eclesiásticos. El protestantismo estuvo á punto de aparecer ciento cincuenta años antes del momento marcado por los hechos. La sublevación de Wiclef, decimos, había sido provocada por la corrupción eclesiástica, pero se levantaba también contra las doctrinas de la Iglesia. Atrevidamente el precursor de la Reforma enseñaba que el pan de la Eucaristía no es el cuerpo real de Cristo, sino un puro símbolo: que la Iglesia romana no tenía ningún derecho fundado á la supremacía sobre las demás Iglesias, ni sus obispos sobre los otros obispos; que hubiera sido justo privar de sus posesiones temporales á una iglesia culpable, y que la Biblia era por sí sola guía suficiente para un hombre cristiano. Las tendencias del momento y la traducción de la Biblia en lengua vulgar habían favorecido de modo prodigioso la difusión de sus doctrinas, sacadas en su mayor parte de las tesis de Berenguer de Tours contra el dogma de la transubstanciación y contra el predominio del obispado romano. Al cabo de poco tiempo la mitad de los ingleses habían tomado el nombre de lollards, bajo la dirección de lord Cobham, que fué víctima de sus ideas, y la otra mitad se decían sectarios de Wiclef. Luego, bajo el peso de la Iglesia, de la monarquía y de los lores coaligados, la reforma naciente se había hundido en la tierra, para no reaparecer sino á largos intervalos, visible en los regueros de sangre de sus mártires. Pero bastante antes del advenimiento de Enri-

que VIII al trono. Inglaterra había probado que estaba dispuesta para la supresión de los monasterios, y que antes de recibir las instituciones liberales que le estaban destinadas, había conocido, por las predicaciones audaces de «John Bull», que los hombres son iguales.

A principios del siglo XV, y casi al mismo tiempo, se habían visto producirse otras dos tentativas de reforma: la primera dirigida por la aristocracia eclesiástica misma y representada por los concilios; la segunda, salida del pueblo, violenta, apasionada, con Juan Huss y los hussitas. Juan Huss desencadenó un extraño tumulto, cuando en nombre del Evangelio y del cristianismo primitivo, entró en rebelión abierta contra los príncipes de la Iglesia moderna.

Enviado al concilio de Constanza, allí había ido, crédulo, bajo la fe de un salvo-conducto que le había concedido el emperador Segismundo; se le esperaba para detenerle y meterle en prisión. El 5 de Junio de 1415 se le llevó ante sus jueces, cubierto de cadenas. El concilio empezó por declarar que la palabra dada á un herético podía ser legítimamente violada. Treinta artículos de acusación fueron dirigidos contra el valeroso apóstol. Hubo de arrodillarse y oir la sentencia inicua, por la cual sus escritos y su cuerpo eran condenados al fuego. Murió en la hoguera, así como el elocuente Jerónimo de Praga, cantando himnos. Bohemia entera, sublevada de indignación y furor, debía hacerles, durante un cuarto de siglo, horribles funerales.

§ 5.

Como se ve, los grandes hechos políticos y sociales dominaban con mucho entonces el movimiento incierto de las letras.

En 1453 es cuando se produjo uno de estos sucesos memorables, cuyos ecos prolongados tienen por efecto cerrar una época y abrir otra.

Acabamos de hablar de la caída del imperio de Oriente á los golpes de Mahomet II.

Este sucesor de Bayaceto y de Amurates II había dedicado todos sus designios, todos sus esfuerzos, desde el momento de su advenimiento, á la toma de Constantinopla. No era el conquistador bárbaro ni el fanático sectario del Corán que se representa la imaginación de los latinos, sino un hombre instruído, ilustrado, capaz de expresarse en cinco lenguas, hábil en el conocimiento de las ciencias matemáticas y militares, accesible á las artes y mostrándose gustoso liberal con los artistas; por lo demás, escéptico en materia de religión y no muy lejano de tomar la fe musulmana tanto como la cristiana por una franca impostura, pero guiando con una inquebrantable firmeza sus miras políticas, y no habiendo tenido ningún deseo más firme que asentar su fortuna en el trono de Bizancio.

Hechos históricos acababan de aproximar á los orientales y á los occidentales. Los soberanos bizantinos se habían vuelto varias veces hacia los latinos para buscar su apoyo contra los progresos amenazadores de los turcos. Tentativas de acuerdos y de alianza efectiva llegaron á allanar—pasajeramente al menos—los obstáculos que oponía la separación de las Iglesias, cuando se supo de pronto la irrupción mahometana bajo los muros de Constantinopla. La voz de Nicolás V, exhortando á los príncipes y á los pueblos de Occidente á tomar la defensa de los griegos, resonó en vano. Enemigos los unos de los otros, [debilitados en el interior ó no pensando sino en regenerar sus formas sociales, los pueblos no quisieron oir el grito de angustia que les llegaba de Bizancio.

El 29 de Mayo de 1453 fué dado el asalto, en que cayó uno de los primeros, muerto en la brecha, Constantino Paleólogo, el último de los emperadores romanos. Una gran oleada de gente se había refugiado en la vasta nave de Santa Sofía. Monjes y religiosos, mujeres, niños ó sacerdotes, esperaban ver un ángel bajar del firmamento, y con su espada

invencible detener la invasión de los bárbaros. Los turcos penetraron en la basílica como se habían extendido por la ciudad, feroces y llenos de violencia. El ángel invocado no se mostró, sino que hombres y mujeres fueron llevados como esclavos. El mismo día el muecín subió á la más alta de las torres de Santa Sofía y proclamó el triunfo del islamismo. Constantinopla había sufrido la suerte de Antioquía, de Jerusalén, de Alejandría, de Cartago. Arrastró en su caída la del helenismo oriental.

El imperio bizantino había conservado el derecho romano, las obras de la antigüedad, las producciones capitales de los artistas griegos y latinos (1). La víspera misma de desaparecer había dado á la lengua griega retoños no dignos del tronco antiguo, pero animados todavía de su savia inmortal. Acababa de ser arrastrado por una furiosa vuelta de barbarie. Los sabios á quienes protegía (Miguel Ducas, Juan Lascaris, Andrónico, Musuros, etc.), fueron á buscar asilo en Italia, un asilo á donde trasplantar al mismo tiempo su erudición y sus preciosos manuscritos. Se hicieron allí los preceptores de Europa y comenzaron un nuevo período en la historia de su lengua. Una vez más, la civilización griega refluyó de Italia al mundo.

§ 6.

España continuaba celebrando en sus romances y en sus relatos de aventuras, mientras flameaba el incendio permanente de la Inquisición, el ideal político y religioso, que fué la obstinación crédula de los orgullosos descendientes de los Pelasgos. Sin embargo, permanecía muy por bajo del nivel de civilización general que había alcanzado su hermana la-

(1) De una curiosa estadística formada por M. Wolf, resulta que Grecia puede revindicar cerca de las tres cuartas partes de las mil seiscientas obras, intactas ó mutiladas, que legó la antigüedad pagana.

tina. Y si la ruina de Granada, último baluarte de los moros, ha sido para el patriotismo español un hecho feliz, sus primeros efectos no fueron sino nefastos para las artes y para las letras.

En 1492, cuando los Reyes Católicos hubieron tomado Granada y quemado, en un solo día, un millón quinientos mil volúmenes de literatura árabe, fué un auto de fe gigantesco, digno compañero del incendio que había encendido, dícese, sin ser vista, la mano sacrílega de Omar, ó más bien de su lugarteniente Amru, para arrojar en él todos los tesoros de la biblioteca de Alejandría, ó digno del acto no menos bárbaro del primer arzobispo do Méjico, quemando, en el siglo XVI, en la plaza del mercado de esta ciudad, una inmensa colección de manuscritos aztecas, documentos inapreciables de las viejas civilizaciones americanas!

El genio de Arabia se eclipsó completamente en esta tierra de adopción, que había enriquecido con su antigua sabiduría y dirigido por la poesía, la arquitectura, la ciencia. El espíritu de intolerancia y el fanatismo, que impulsó á los españoles á no ver jamás en los moros sino enemigos que exterminar, los llevó igualmente á despreciar los tesoros de que les eran deudores. Casi en todas partes las obras árabes, mutiladas ó destruidas, fueron reemplazadas por secas crónicas de monasterios, y la católica España pensaba ganar mucho en el cambio. Así los herederos de Carlos V, al expulsar pacíficos agricultores, los descendientes de una raza infiel, creyeron purificar el suelo de la patria y no hicieron más que arruinarla.

En Francia había una esterilidad relativa. Algunos nombres flotan apenas en el naufragio de las ideas y de las cosas de otro tiempo. La poesía feudal parecería enteramente muerta si por una dichosa casualidad no se viera, como aislado entre los fríos retóricos, al hijo de Valentina de Milán, semi-italiano de nacimiento y francés por tradición; al príncipe Carlos de Orleans, que en sus juegos de rimas, recordó los gustos y los talentos de un Teobaldo de Champaña. No lle-

naba sus versos de sentimientos profundos, de pensamientos amplios; pero se complacía en las ingeniosas sorpresas de la redondilla ó de la balada, y había descubierto el secreto de eternizar en una forma breve la gracia delicada y fugitiva.

Al comienzo enteramente del siglo, Alano Chartier ha encontrado en las deventuras de su época acentos que nos conmueven todavía. No se hablaría más de este poeta amado de las reinas, si en días de tristeza nacional, los llamamientos noblemente patrióticos de su *Quadriloge* á la conciencia del país, no hubieran librado de perecer la memoria del prosista.

Sin embargo, se ha anunciado Villon, el cual cerrará la lista de la Edad Media. Por la firmeza de su lenguaje, la originalidad de sus pensamientos, el nervio de sus construcciones, pertenece ya á los tiempos modernos. Asimismo, en un terreno más elevado, el historiador y pensador Felipe de Commines atestiguará la evolución sensible que se ha realizado en las ideas y los sentimientos. Commines, el primero, hace historiografía crítica, trata como estadista las cuestiones de política y las razona como filósofo. Escéptico en moral, confundiendo sin resistencia, según la lógica de los resultados, el interés y el honor, se ha adelantado á Maquiavelo. A un último resto de la religiosa ingenuidad de los cronistas de antaño une la razón cruel del florentino. Todo indica en la prosa del señor de Commines, el fin de la Edad Media; los hechos que cuenta, las reflexiones con que los acompaña, el estilo que emplea y hasta el lenguaje de que se sirve.

Estos pocos hombres, á los que sería injusto no añadir el precursor anónimo de Molière, que hizo la comedia de *Pathelin,* se destacaban aisladamente sobre la debilidad general. A su alrededor el arte se mostraba siempre más indeciso, la burla de las antiguas creencias más cínica de expresión, la inmoralidad más intensa.

El período románico estaba bien cerrado. Otro le había sucedido, triste y duro. La imaginación se sentía ahogada

por el exceso de los males públicos. Francia había perdido la hegemonía intelectual, que era poco antes el más indisputable de sus privilegios.

Italia entró casi sola con brillo sin igual en los caminos gloriosos en que Europa entera tratará muy pronto de seguirla.

CAPÍTULO XIII

Fuera de las tormentas sociales.—Expansión maravillosa de las letras y de las artes en Italia.—Despertar de la antigüedad.—Dos grandes hechos históricos: el Renacimiento de las letras y la Reforma religiosa.—El lazo que los une: su marcha paralela.—Lutero, Erasmo, Melanchton.—Eco lejano de la Reforma en las obras del pensamiento.

§ 1.

El siglo xv, en general, está lejos de aparecernos como una era afortunada y digna de ser propuesta como ejemplo histórico. Sin impedir el desarrollo social, el espectáculo de las costumbres no era muy propio para elevar las conciencias. La astucia y la traición se arrastraban horriblemente bajo el sol. «Perfidia es virtud de hombres de Estado», decían á la vez Luis XI en Francia, Ricardo III en Inglaterra; y en Italia, los Borgias hacían gala de sus costumbres infames á los ojos de un Jerónimo Savonarola. Nunca se vieron oposiciones tan violentas, contrastes tan abiertos. Nunca se tuvo tampoco una prueba tan palpable del poder que tienen las artes, algunas veces, de prosperar por cima y aparte de las tormentas sociales. Italia estaba enteramente entregada á la anarquía. Las rivalidades de sus príncipes y de sus ciudades, las irrupciones continuas de los ejércitos extranjeros en su territorio, la habían reducido á un extraño grado de debilidad. Las tempestades políticas amenazaban llevarse hasta la conciencia de su nacionalidad. Sin embargo, las obras más delicadas no cesaban de producirse allí. La facultad creado-

ra no sufría ningún eclipse; nada perdía en fuerza ni en libertad. Italia concentraba la atención, el estudio ó las ambiciones de todos los demás países. Satisfacía de modo diverso las mil necesidades del mundo civilizado, dándole sucesivamente sus ingenieros, sus capitanes, sus hombres de Estado, sus banqueros, sus profesores de elocuencia, sus pintores, sus arquitectos, sus escultores. De esta Italia, en que el arte gótico no había sido nunca adoptado de un modo absoluto y en que algunas de las tradiciones del arte romano habían sido siempre conservadas, el estilo del Renacimiento voló para conquistar Francia, luego Inglaterra, más tarde Alemania.

Un solo país del lado acá de los montes ofrecía un movimiento de arte comparable. Era Flandes, en donde florecían pequeñas repúblicas casi independientes y que formaban otros tantos focos propicios al desarrollo de las escuelas locales, al vuelo de toda iniciativa individual y de toda originalidad.

El verdadero aliento regenerador se exhaló del despertar de la antigüedad. Y esto ocurrió en el suelo italiano. Se habia hallado allí la imagen de la Belleza perdida que se creía muerta y sólo estaba dormida. Era un día de florecimiento primaveral, el 18 de Abril de 1485. Obreros lombardos, que cavaban la tierra en la vía Appia, en Roma, habían descubierto una tumba antigua de mármol blanco. Levantada la tapa hubo una aparición: una joven muerta se revelaba allí con los colores de la vida. Por la virtud de los aromas ó el prestigio de una antigua magia, parecía presta á levantarse y á abrir de nuevo los ojos. Sus mejillas estaban rosadas y sus labios sonreían. Conmovió la dulce maravilla. El pueblo se reunió, como embriagado de amor y de entusiasmo. La virgen fué trasportada, en su lecho de mármol, al Capitolio. La ciudad entera vino á contemplarla largamente, en su encanto silencioso, casi divino, hasta que la Iglesia sintió inquietud. Un culto nuevo, un culto impío ¿iba á nacer á los pies del ídolo dormido? El papa ordenó que fuera arrebatada á favor de las sombras de la noche y enterrada en secreto.

Pero, ha dicho el poeta, no en vano los hombres habían contemplado su rostro: «Era la belleza antigua; por haberla tan solo entrevisto, el mundo empezó á florecer de nuevo.» Apenas la bella resucitada se mostró en su sobria elegancia, todos quedaron fascinados.

La naturaleza se había vuelto á hallar detrás de los velos que hacía mucho tiempo la ocultaban á las miradas, los velos espesos de la escolástica y del ascetismo monacal. Reaparecía, llevando consigo primero la curiosidad del descubrimiento, luego el entusiasmo artístico y poético,—reuniendo el culto de la Belleza y de la Fuerza,—y finalmente, la gloriosa consagración de un modelo ideal, que del país más cercano á la civilización antigua de la pagana Italia, ganará sucesivamente, modificándose en el camino y apropiándose á los diferentes caracteres de las razas: Francia y España, Alemania é Inglaterra.

Durante un período bastante largo, Italia conservó de algún modo el monopolio de los estudios antiguos.

Se penetró de esta cultura, impregnó con ella sus costumbres, su poesía, sus actos, y trasmitió á las demás naciones sus elementos fecundantes. Reveló al mundo la extraordinaria abundancia de ideas y de imitaciones felices que de ella podían salir, para provecho de los modernos. Sabios tales como Marsilio Ficino, Pico de la Mirandola, Leonardo Bruni d'Arezzo, Pomponio Leto y el cardenal Bembo, se pusieron á porfía á restaurar Grecia y Roma. Los eruditos Valla, El Poggio y Filelfo, deshonrando siempre su saber por la acrimonía de sus polémicas, prestaron á la causa de las humanidades los más valientes servicios. Fueron maravillosamente secundados, unos y otros, por la legión de los literatos griegos (Jorge de Trebisonda, Gaza, Argiropoulo, etc.) escapados de la ruina de Constantinopla; Venecia y Florencia habían llegado á ser, durante algunos años, los centros de cultura de los poetas y de los gramáticos nacidos en las islas del Archipiélago y del mar Egeo. Los príncipes rivalizaban en emulación para favorecer estos esfuerzos. Entre todos Lo-

renzo de Médicis era el más ferviente de los entusiastas. El tiempo que podía robar á la balumba de los negocios, á sus deberes de príncipe, de magistrado, lo consagraba al estudio, á improvisaciones en latín y en italiano, á la poesía, á conversaciones filosóficas con los ilustres humanistas de que había hecho su compañía favorita. Así se ejercía, por otra parte, el *mecenado* ilustrado de los Visconti, de los Sforza, de los Gonzaga, ó de un Hércules de Este, desempeñando en Ferrara el papel de Lorenzo de Médicis en Florencia, de Ludovico el Moro en Milán, é inmediatamente de Julio II en Roma. La corte brillante y disipada y el romanticismo salvaje de la casa de Este, que tenían algo todavía de las costumbres de la Edad Media, debían sobre todo favorecer el cultivo de estas epopeyas, en que Boyardo se haría el precursor del Ariosto.

§ 2.

La invención de la imprenta (hacia 1436) había proporcionado á todos recursos inesperados.

Hay, á fines del siglo XV, un admirable fervor de investigaciones y de trabajo. El XVI, con hombres tales como León X, Ariosto, Maquiavelo y tantos otros, encontraron abierto, sí, el camino enteramente allanado para desarrollar magníficamente su vuelo. En las vías más diversas, el espíritu italiano se muestra igualmente fecundo y superior. ¡De qué aureola incomparable no quedaría coronada una nación tal, una tal época, si sombras enfadosas no velaran, á los ojos de la posteridad, tanta gloria y brillo; si la degradación moral de los grandes, la perfidia política erigida en sistema, el maquiavelismo con que Italia envenenó las conciencias del resto de Europa, no arrojara una mancha sombría sobre los aspectos admirables de su obra!

Dos grandes hechos históricos arraigan en las entrañas de este tiempo: son á la vez su manifestación y su fuerza; nada se realiza fuera de ellos y todo en ellos termina. ¿Tenemos

necesidad de decir que se llaman Renacimiento y Reforma? No proceden en modo alguno de una sola y misma raiz. El Renacimiento no ha producido á la Reforma. Pero el lazo que les une es fácil de reconocer. Se tocan estrechamente, en muchos lugares, se prestan la mano con frecuencia y cooperan con una acción independiente á resultados conexos. La invasión de las letras antiguas, al llevar al medio de la sociedad formada por el catolicismo y el feudalismo las lenguas, la política, la filosofía, los cultos de Roma y Atenas, hizo penetrar elementos imprevistos de discusión y de libre examen. Sin duda la idea de la Reforma no procedió de aquí enteramente. Esta idea databa de lejos, tanto, que la brillantez del Renacimiento ya existió con el *Evangelio eterno*, de Joaquín de Flore, en el siglo XIII, y con la *Divina comedia* del Dante en el XIV. Como ya hemos notado, no había esperado el momento de la predicación luterana para fomentar bastantes imaginaciones atrevidas. Se había mostrado, en varias ocasiones, en las edades precedentes. El siglo XII tuvo sus reformadores, que lucharon enérgicamente, antes de ser reprimidos por la autoridad de los concilios, luego ahogados por la fuerza. La mística de un Arnaldo de Brescia contenía los gérmenes de los sentimientos, cuya expresión abrasadora y ardiente encontrará Lutero. En el siglo XIV la idea de rebelión encendió el celo de Wiclef en Inglaterra, de Juan Huss y de Jerónimo de Praga en Bohemia. Estuvo á punto de triunfar en los primeros años del siglo XV, por la fuerza de las armas con un jefe incomparable, Juan Ziska, vencedor de las tropas del Imperio en ocho batallas campales. Los heresiarcas de la Edad Media, sobreponiéndose á las llamas de las hogueras y á las angustias del tormento, habían llevado grandes perturbaciones al seno del catolicismo. El siglo XVI iba á romper para siempre la unidad religiosa.

§ 3.

La Reforma debía, pues, producirse inevitablemente, aparte de la aparición del Renacimiento. Pero le fué deudora de una ayuda indirecta muy vigorosa, que la levantó, facilitó, aceleró su marcha, le prestó una fuerza nueva y cooperó á sus progresos. Era el espíritu humano, que entraba en nuevas condiciones de existencia; era el elemento greco-romano penetrando en el dominio de las concepciones científicas; era la vuelta de las ideas paganas, confundiendo las creencias antes de quebrantarlas.

A la aparición del Renacimiento, Europa salía del gran cisma de Occidente. Aumentaban las amenazas contra la autoridad fuertemente atacada de la Iglesia, que debilitaban también sus propias disensiones. La naturaleza puramente humana del Papado, no ilusionaba ya las conciencias; las universidades, las academias, le juzgaban libremente. Hacía mucho tiempo que la universidad de Padua pasaba por ser un foco de ateismo, y no admiró gran cosa ver suprimir, por motivo de herejía, las academias de Módena y de Venecia. Italia entera estaba llena de irreligión.

Ya, en Pulci, el irreverente autor que ponía al frente de cada canto de un poema burlón un texto sagrado de la misa, mostraba la incredulidad zumbona, la alegría sensual y atrevida.

Los espíritus, cansados de violencia, no esperaban más que la ocasión de abrir las compuertas á la corriente nueva, que arrastraría la Escolástica y sus reglamentaciones gastadas. El Cristianismo había impulsado los espíritus fuera de la naturaleza y contra la naturaleza; la antigüedad llevaba al sentimiento apasionado de la naturaleza; hacía renacer el amor á la vida (1), teóricamente ahogado por los rigores

(1) Un choque se ha producido entre las dos ideas más opuestas que puedan existir en la tierra: «El Dios-Hombre, ha encontrado al Hombre-Dios; el Apolo del Belvedere, al Cristo.» (Dostoievski.)

del dogma; hacía resplandecer, al mismo tiempo que el valor de la forma y el íntimo parentesco de las letras y de las bellas artes, el poder de la razón. Al impersonalismo de la Edad Media, en que era tan grande el temor entre los hombres de diferir de los demás, sustituía el principio emulador por excelencia del individualismo, del que cada cual deduce el derecho de pertenecerse en sus sentimientos, sus actos, sus convicciones ó afirmar su temperamento por sus obras. Fué acogida como una libertadora largo tiempo esperada.

Por las seducciones intelectuales se ensayaron los primeros pasos en el camino de la protesta. Y el mundo quiso estar en la emancipación y en la duda, como había estado antes en la obediencia y en la fe. Ninguna idea, por sólidamente implantada en los espíritus que pareciera estar mediante el uso y la tradición, debía librarse de la necesidad de renovación que atormentaba las conciencias.

§ 4.

Dos nombres célebres dominan y llenan el primer período del siglo: los de Erasmo y Lutero; el uno el precursor, el otro el profeta de la Reforma. Entre ellos se coloca un tercero, el de Felipe Melanchton, que fué el propagador del protestantismo en Bohemia. Erasmo ocupó con sus trabajos y su influjo el mundo entero.

«Hubo un hombre en el siglo XVI—ha dicho Audin—que contó entre sus cortesanos papas y reyes, que tenía correspondencia con Enrique VIII, Carlos V, Francisco I, Maximiliano de Sajonia, al cual recibían las ciudades de Alemania bajo arcos de triunfo, que tuvo por admiradores á Tomás Moro, Bembo, Sadolet, Melanchton, Ulrico de Hutten, Julio II; á quien se escribía: «Al príncipe de las letras», á «el astro de Germania, al sol de los estudios», sin temer que la carta se extraviase ó no llegase á su destino, porque no había más que Erasmo que mereciera estos títulos. Si la ma-

yor parte de su obra literaria no es ahora más que un vago recuerdo, la historia de su influjo europeo, de sus controversias, de sus polémicas con Lutero, de su iniciativa fecunda en las esferas varias de las letras, de la filosofía, de la moral, de la educación, permanece inseparablemente unida á la historia general de la época.

Perseguido por los protestantes, aun cuando hubiera hecho muchas veces causa común con ellos; bastante mal visto de los dos partidos, á causa de una tolerancia filosófica y de un eclecticismo de doctrina demasiado adelantado sobre su siglo, terminó en Basilea, en casa de su amigo el impresor Froben, una existencia que quería ante todo muy tranquila (¿no había unido en una misma alabanza la libertad, el reposo y la locura?), y que estuvo, sin embargo, llena de agitaciones.

Un hombre solo puede ser considerado digno y capaz de recoger la sucesión de Erasmo en literatura: Felipe Melanchton, al que animaba un espíritu semejante de transacción y de moderación, un igual fervor por los estudios clásicos, y que sabía adornar también una amplia erudición con la elegancia y la finura del estilo. Tuvo el honor de restablecer el imperio de la verdadera dialéctica en todas las ramas de los conocimientos humanos. Fué asimismo gloria muy particular suya que, al lado de los que exhumaban los monumentos de la antigüedad, y según la frase de Nisard, quedaban ellos mismos deslumbrados por la antorcha que encendian, Melanchton hacía llegar hasta los niños algunos resplandores de la sabiduría antigua. Su influjo como profesor fué maravilloso.

Primeramente unido con Lutero, para el cual, en 1530, redactó el acta de la Confesión de Ausburgo, Melanchton había tratado de hacer prevalecer, entre las disputas interiores de la nueva Iglesia, un influjo pacificador. Por su virtud, su moderación y toda clase de buenos oficios, se esforzó en mantener un cierto acuerdo entre todos y reducir á alguna unidad la confusión de la exomológesis luterana. Las ciuda-

des alemanas eran un hormiguero de predicadores zwinglios, anabaptistas, carlstadianos, ilirios, luteranos puros, diciéndose todos enviados de Dios para expresar su palabra, y cubriendo mal, bajo sus predicaciones apasionadas, apetitos de dominación exclusiva y de celosa autoridad. El estaba cansado de estos combates. Quiso llevar la paz á las conciencias emancipadas. Pero murió, después de haber verdaderamente tratado de apaciguar las querellas que surgieran entre los luteranos y los calvinistas.

Lutero ha sido una de las encarnaciones más potentes del genio germánico.

Cuando apareció, el intelectualismo alemán, salvo algunos últimos ecos poéticos y populares de la escuela de los Maestros cantores de los siglos XIV y XV, no se recomendaba ni por la fuerza, ni por la independencia. Una recrudescencia de tiranía feudal había contribuído á hacer más completa la servidumbre moral y material de las poblaciones. La falta de personalidad, la ausencia de convicción individual, la incertidumbre del fin á donde llevar el pensamiento, el signo permanente de la sujeción que ejercía el estilo escolástico sobre todas las formas del lenguaje, para unificarlas, sin distinción de asunto, en una misma expresión pesada y fatigosa: he aquí lo que choca en la confusión de los escritos en mal latín, que se destinaba al alimento de los espíritus. Algunos autores aislados usaban penosamente la lengua materna, con destino y para uso del pueblo. No le habían encontrado mejor aplicación que usarla en amplificaciones moralizadoras, secas y áridas, más ó menos calcadas sobre escritos teológicos. Apenas si de un pequeño número de obras, entorpecidas en la forma didáctica, se elevaba á largos intervalos una aspiración más alta ó se revelaba un germen de verdadera filosofía.

Ya estuviera sujeto al yugo de las castas privilegiadas, ó sometido á la tutela colectiva de las corporaciones, cuyas reglas tendían á suprimir de un modo casi absoluto la iniciativa personal y se extendían restrictivas sobre las ideas, sobre

la voluntad, sobre la acción de cada uno, nunca el hombre se había visto menos libre y más comprimido en la expresión de sus pensamientos como en la reivindicación de sus derechos. Había, al lado de la servidumbre feudal y del absolutismo del dogma, ha dicho el autor de los *Cuadros germánicos*, Gustavo Freytag, otra forma de vasallaje, cuyo eco se hacía sentir, tanto en el dominio privado, de orden intelectual y religioso, como en el público, de orden político y social. Parecía demasiado peligroso chocar de frente con una opinión establecida, ó rompiendo con las ideas reconocidas, afrontar el riesgo de una acusación de herejía. Los cerebros, como los corazones, vegetaban sin entusiasmo y sin calor, exentos, por decirlo así, de necesidades intelectuales.

Al afirmar repentinamente, en el silencio de la general opresión, la ley de la conciencia individual, es decir, la primera de las prerrogativas del hombre, Lutero, que pretendía solamente hacer de ella para sí y para el triunfo de sus ideas confesionales un elemento de acción, dió un impulso inesperado á todas las formas del pensamiento europeo.

¿Había que recordar su duelo formidable contra la autoridad romana, cuando atacarla era entrar en guerra frente el mundo entero?

Muy fecundo para obtener recursos de la credulidad de los pueblos, el papado había declarado que los infinitos méritos de Jesucristo, unidos á las buenas obras superrogatorias de los santos, constituían un fondo que podía servir para redimir los pecados de toda especie, los de los muertos en el purgatorio, como los de los vivos en la tierra; y que este fondo, confiado á la custodia de San Pedro y de sus sucesores, podía ser enajenado, es decir, vendido por dinero, en forma de indulgencias. Martín Lutero, monje del convento de los Agustinos, empezó por levantarse contra los abusos de este tráfico de las indulgencias, y por acusar públicamente al dominico Tetzel, inquisidor de la fe, nuncio del Papa, delegado de Alberto, arzobispo de Maguncia, y designado, elegido especialmente para pasear el piadoso escándalo por Alema-

nia; luego llegó á negar el principio, más tarde á rechazar el poder que las concede, y el purgatorio, que era el pretexto de ellas, la eficacia de las buenas obras, la confesión auricular y la absolución. Finalmente, enunció en público la afirmación de los derechos del juicio individual, quo no respetó más tarde en sus contradictores, pero que fué la idea fundamental de la Reforma é hizo dar un gran paso á la libertad de pensar.

Eisleben, Eisenach, Erfurt, Worms, fueron las etapas principales de su vida tumultuosa y de su peregrinación militante á través de Alemania. Después de tantas luchas encarnizadas contra los defensores de la inmutabilidad eclesiástica (Scultet, Cayetano, Staupitz, Wenceslao Link, Miltitz), después de tantas batallas contra una multitud de adversarios salidos de su propio campo (Marco Stubner, Storck, Munzer, Carlstadt, Zwinglio) y contra sí mismo, es decir, contra las sublevaciones de una conciencia mal afirmada,—contra las perplejidades de sus dudas, sus interioridades satánicas y sus temores supersticiosos,—consumó su obra; y pudo asistir al desgarramiento de la sociedad cristiana, que debía tener tales y tan duraderas consecuencias religiosas y políticas.

Desde el día en que este monje agustino quemó en la plaza mayor de Wittemberg las bulas de León X y se separó públicamente de Roma, Europa se encontró dividida en dos campos: catolicismo y protestantismo.

Bastantes historiadores han representado con vivos colores la realización y el eco lejano de la Reforma en los hechos y en las obras del pensamiento. Porque la levadura del protestantismo no ocasionó solamente un extraordinario bullir de ideas, sino que en lo más profundo de Alemania, abrumada por la dureza de sus instituciones, hizo levantar el fermento de las reivindicaciones sociales. Literatura, arte, ciencias, todo llevó el sello del genio racionalista, resucitado por los innovadores.

En los países que resisten todavía á la acción de la Reforma, el Renacimiento triunfa: se vuelve al paganismo en las ideas.

CAPÍTULO XIV

Luchas violentas de los partidos y de las doctrinas: Calvino en Ginebra; Juan Knox y el presbiterianismo en Escocia.—La contra-reforma social y religiosa: Ignacio de Loyola; el concilio de Trento.—Actividad prodigiosa de los espíritus á través de los males sin número que abrumaban á los pueblos en Europa y fuera de Europa.—Un paréntesis acerca de las ruinas de dos civilizaciones exóticas: en Méjico y en el Perú.—Las calamidades públicas no estorban la marcha de las letras en Italia, en que brilla el genio del Tasso y del Ariosto; en Inglaterra, donde es el tiempo de Shakespeare; en España, donde es la edad de Cervantes; en Portugal, que ha visto nacer á Camoens, y aun en Turquía, cuya «edad de oro» corresponde á este momento.—Vuelta al desarrollo de la literatura francesa.

§ 1.

Así, estas dos irresistibles tentaciones del día, volvían los ojos simultáneamente hacia Alemania é Italia. Todos aquellos cuya imaginación emprendedora no había sido excitada por la sed de lo desconocido, por la impaciencia de descubrimientos, que inflamaron el valor de Colón, de Pizarro, de Vasco de Gama, de tantos atrevidos aventureros de España y Portugal (1), partiendo en sus carabelas benditas á la conquista del Nuevo Mundo, todos aquellos que atraían los es-

---

(1) La edad de la razón está en su pleno impulso. Colón descubre, ó más bien halla de nuevo América; Vasco de Gama dobla el Cabo y llega á la India; Magallanes da la vuelta á la tierra.

pacios libres del pensamiento, iban en seguimiento de los reformadores en las miras de una actividad inquieta, revolucionaria y agresiva.

Hubo una ruptura manifiesta del presente con el pasado en la enseñanza religiosa y literaria de Europa entera.

Además, al desligar los espíritus y las lenguas, la Reforma había habituado las discusiones á dirigirse no menos libremente en el orden de los intereses materiales que en el de las ideas espirituales. No existía una esfera de la actividad humana en que no penetrara la universal interrogación. Las teorías democráticas se iban infiltrando profundamente en el terreno popular.

No todo es marcha fácil y libre de obstáculos, sin embargo, en este esfuerzo universal de emancipación. Por un contraste que no es raro en la historia, el siglo XVI es á la vez la aurora de las aspiraciones y de las conquistas del mundo moderno y el foco de aparición de sus instituciones más autocráticas y centralizadoras.

Hemos recordado hace un momento la vuelta violentamente opresiva del feudalismo alemán, sobrevenido después de la guerra de los *Aldeanos*, todavía aumentada, reforzada á consecuencia de la represión del movimiento anabaptista, y que se tradujo para el siervo, para el villano, en tributos de recargo y miserias.

A la corriente que la adhesión de espíritus superiores y templados, las simpatías no disfrazadas de nobles dignatarios, el apoyo declarado de varios gobiernos, parecían deber hacer irresistible, se han opuesto fuertes resistencias. Los intereses amenazados se levantan. La autoridad dogmática no tiene nada que le importe más que reparar la imprudencia que cometió un día al dar la mano á esta gran investigación, cuyo punto de partida había sido las cosas antiguas, y que de aquí llegara tan rápidamente á las cuestiones del presente y del porvenir. No menos ardiente para la defensa que sus adversarios para el ataque, militaría la Contra-reforma social y religiosa. En los cerebros católicos se levantó

el espanto de las transformaciones que se preparaban. ¿No se desmembra la cristiandad con extraordinaria prontitud? Sucesivamente una parte de Alemania, Suecia, Noruega, los Países-Bajos, Inglaterra, se separan de Roma, por convicción, por corrupción ó por codicia.

Ginebra ha llegado á ser el reino teológico de Calvino. Allí gobierna los espíritus con una implacable severidad (1).

En Escocia, la tierra elegida de la Reforma, bajo sus aspectos rígidos y dogmatizantes, Juan Knox ha trasportado sobre las ruinas del catolicismo el sistema presbiteriano, esta forma de gobierno democrático y representativo, que había instituído en Ginebra el genio de Calvino. El más fogoso y el más consecuente de los discípulos del reformador ginebrino, ha organizado la famosa Iglesia de Escocia, el *Kirk*, como una Iglesia libre en un Estado libre.

El Papado, ante la defección de sus tributarios, se repliega y apela á todas sus fuerzas. Crea otras nuevas, y para ponerlas en acción, se dirige á aquellos de sus defensores que conoce de antemano animados del celo más ciego.

España, «reino sacerdotal y nación santa», era la más escogida para venirle en ayuda y reclutar á su servicio una milicia enteramente especial. En presencia de la Reforma creciente se había presentado enseguida como el campeón de la ortodoxia.

Durante largos siglos había sometido completamente á la autoridad de sus sacerdotes la independencia de su pensamiento. A más del pueblo de monjes, que viviendo de su carne y de su sangre, no tenía, á cambio de sus larguezas,

(1) La dura austeridad de su carácter brilla hasta en su modo de comprender é interpretar á Dios. Escriba ó hable, no conserva siempre la forma tranquila y poderosa que conviene á la demostración de una verdad filosófica. El celo excesivo muchas veces le arrastra. Su lenguaje entonces se anima con resplandores siniestros. Todo su estilo está lleno de espanto y de horror. (Véase Gidel y Loliée, *Dictionaire des Ecrivains et des Littératures.*)

otra labor que cumplir que mantenerla en celo religioso— sus escritores, sus poetas, sus autores dramáticos, que en su mayor parte pertenecían al estado eclesiástico (1), y cuyo talento se empleaba en exaltar, en sus *autos*, los preceptos dogmáticos, los santos ó los mártires de la Iglesia; sus príncipes, en fin, que con su propia devoción estimulaban la de sus súbditos; todos habían ayudado á estrechar las cadenas de su servidumbre voluntaria. Había visto al más grande de los monarcas, Carlos V, cansado de su gloria, encerrarse en una celda del monasterio de Yuste, someterse allí á la regla más austera, recibir con la más extrema humildad las reprensiones del prior, y no parecer sino más honrado por esto. Veía á Felipe II llevando una existencia más ruin que la de un monje, pasando su rosario en tanto que daba órdenes á sus verdugos, asociando la corte á sus penitencias y enterrándose vivo en la cripta del Escorial—menos un palacio que un sepulcro.

Esta España, fija en su devoción cruel y que se enorgullecía, como del ejercicio de un deber patriótico, de una religión sin piedad, estaba perfectamente designada para ser el brazo y la espada de la Iglesia apostólica y romana. De su seno va á salir una orden poderosa nuevamente fundada por el caballero místico de la Virgen, argumentador sutil y visionario exaltado, Iñigo de Loyola y Sáez, y que no tendrá otra divisa que la guerra hasta el último extremo para el mantenimiento absoluto de la autoridad.

---

(1) Los más célebres de los dramaturgos españoles de los siglos XVI y XVII, Alarcón, Rojas, Solís, Calderón, Espinel, Moreto, fueron sacerdotes. Lope de Vega presidió una congregación de eclesiásticos de Madrid y fué procurador fiscal de la cámara apostólica del arzobispado de Toledo; Mira de Mescua, capellán de Felipe III y de Felipe IV; Tirso de Molina (fray Gabriel Téllez en religión) singularmente irónico con los frailes y los cortesanos, era lector y maestro de teología, hermano de la orden de la Merced, prior de un convento de carmelitas descalzos, etc.

Ignacio de Loyola: pocos hombres han suscitado en la historia tantos panegíricos ardientes y violentos libelos como este soldado del Pontifiado. Mezclando á los ardores del entusiasmo el espíritu decidido y metódico, al ardor de una imaginación dada á lo maravilloso, una perseverancia imperturbable; uniendo á la humildad más profunda una admirable fuerza de acción sobre sus semejantes, tuvo la primera idea de la organización maravillosa que permitiría á una sociedad única (1), obediente á un solo jefe, pero con afiliados en todas partes, aspirar á la dirección universal de los espíritus, reinar á la vez sobre las almas y sobre los intereses del mundo, exparcir ó ahogar á su capricho la luz, ser un admirable instrumento de educación y de civilización, ó por el contrario, un peligroso foco de perturbaciones en los Estados, de confusión en las ideas morales, de agitación secreta é incesante en el seno de las instituciones políticas; él le dió las famosas Constituciones que perfeccionaron enseguida, según el mismo plan, los generales Laínez y Acquaviva; y antes de dormirse en la paz de la tumba, legando una memoria alternativamente venerada y detestada, pudo entrever la grandeza de una Orden destinada á tantos ataques, combates, persecuciones algunas veces, y que semejante al Anteo de la fábula, se levantará siempre más fuerte. A su muerte dejará cien colegios establecidos, cuyo influjo se extenderá desde los bosques del Brasil á los límites de la Polonia.

§ 2.

Tres hechos considerables están llamados á resumir esta

---

(1) ¡Qué no han dicho, escrito, imaginado en pro y en contra de la Compañía Garasse, Guignard, Garnet, Busenbaum, Malagrida, Paulian, Patouillet, Nonotte y Ravignan! Pero para saber la verdad acerca de los jesuitas, la verdad que se toma en las fuentes, ¿cuánto habría que nombrar á aquéllos, cuyo valor consistió en ir á remover el polvo en que duermen los escritos de Sánchez, de Escobar, de Diana ó de Filliucius?

gran crisis de la Iglesia y del Papado, tan terrible como la del arrianismo en el siglo IV, y no menos sorprendente por la importancia de los intereses mezclados: la creación de la orden de los Jesuítas, el restablecimiento de la Inquisición romana, que extirpará totalmente el protestantismo de España y de Italia, y la apertura del Concilio de Trento.

Este famoso Concilio, varias veces convocado y suspendido, verá entrechocarse los más grandes nombres y las más altas influencias del siglo, Carlos V y Paulo III, Catalina de Médicis y Felipe II, el protestantismo y el Vaticano, en medio de las peripecias más inesperadas de la política y de la guerra. ¡Ay! lejos de realizar la conciliación y la paz, reclamadas á la vez por los soberanos y por los pueblos, esta asamblea apretará más los lazos de la disciplina eclesiástica, multiplicará las servidumbres obligatorias, querrá fortalecer todavía el poder ilimitado contra el que protestaban Francia y Alemania, y según la frase de un juicioso escritor, para obedecer á un móvil de caridad superior, consagrará de algún modo la ruptura del catolicismo con la libertad individual. Tal fué el memorable Concilio de Trento, que inauguró una nueva época en la historia literaria, tanto como en la historia política y religiosa. Hizo predominante el influjo de los latinos; ellos son los que en adelante reinarán en las letras y serán, con Aristóteles corregido, renovados los legisladores del Parnaso: marcará en una forma incierta, primero disputada por poetas y pensadores independientes, pero finalmente victoriosa, el espíritu y el carácter del período que se llamará *clásico*.

§ 3.

En medio de las tempestades continuas, á través de la lucha de todos contra todos, es como se realizaba el trabajo de las ideas.

Considerándolo en sus apariencias sociales y políticas, el siglo XVI es, en efecto, uno de los más desdichados de la

historia. ¡Fuera de las elegancias visibles y de las especulaciones intelectuales, cuyo espejismo produce la ilusión de una edad de oro, no se ve en él más que costumbres violentas y señales de crueldad, errores, crímenes, ruinas! Los pueblos y los príncipes, los partidos y las sectas, batallan implacablemente. Reformadores y ortodoxos están animados de un igual furor de devastación. En pleno renacimiento artístico, se creería uno, por momentos, vuelto á los días peores de los iconoclastas. Sacerdotes católicos fulminan en los púlpitos contra la impureza de las obras maestras de la estatuaria antigua recientemente exhumadas, y amenazan con los rayos celestiales á los impíos que tardan en reducirlas á polvo. Los partidarios de la Reforma hacen más. Zuinglio y los suyos, en Zurich, rompen las vidrieras, destrozan las estatuas, arrojan al fuego los misales con miniaturas. Al entrar en la iglesia de «Todos los Santos», en Wittemberg, Carlstadt ha gritado con todas sus fuerzas el versículo del Deuteronomio: «No harás en modo alguno imágenes de talla», y las maravillas del arte gótico han sido entregadas á los golpes de una muchedumbre salvaje. So pretexto de desterrar del culto cristiano todo lo que podía haber conservado del paganismo, los guardianes de la enseñanza apostólica se abandonan á una rabia destructora, que excede á las hazañas de los vándalos y de los sectarios de la Media Luna. En fin, por todas partes se enconan los tormentos de la guerra. Los condotieros de las repúblicas italianas no ceden en crueldad á los salvajes déspotas de la Moscovia (1). Los ejércitos queman y saquean todo á su paso. Provincias enteras, á sangre fría y sin objeto, son convertidas en desiertos. No se ven más que ciudades en ruinas, tierras impregnadas en sangre. Por cualquier

(1) El epíteto, unido al nombre de Ivan el Terrible, no traduce más que imperfectamente el exceso de atrocidades á que le llevaron sus inclinaciones inhumanas y la barbarie de las costumbres de su tiempo.

lado que se dirija la vista, se encuentra en todos lados la invasión, el pillaje, la licencia desenfrenada.

Y no sólo en Europa, sino en estas regiones ayer desconocidas de América y ya entregadas á las pasiones ávidas de sus conquistadores.

§ 4.

Muy lejos de nuestro continente, dos civilizaciones muy antiguas seguían, felices y pacíficas, aunque idólatras, sus destinos prósperos. Una doble y fatal aventura llevó hacia los parajes de Méjico y del Perú las carabelas bendecidas de Hernán Cortés y de Pizarro. Fué de un día á otro como un mar de fuego extendiéndose sobre estas comarcas florecientes. Se ignoraban entre sí, tanto como había cada una ignorado la patria de los recién venidos; y fueron envueltas en una suerte común de desolación y de ruina.

La una había recibido de los Nahuatls (1), ó de los Mayas del Yucatán, dones privilegiados y costumbres puras. La mayor parte de sus soberanos se habían hecho una gloria de su talento poético ó de la protección ilustrada que concedían á las artes. La riqueza de las ciudades, el esplendor de los monumentos, se armonizaban allí con la fertilidad de los

---

(1) Esta raza eminentemente iniciadora del grupo Nahuatl, —menos antiguo él mismo que el de los zapotecas, cuyos lejanos orígenes empiezan á encontrarse,—había tenido, en los tiempos antiguos, otra rama que la que se estableció en Méjico, y que la historia conoce casi únicamente bajo el nombre de pueblo azteca. Los toltecas habían fundado otros centros civilizadores (Texoco, Tabasco, Chiapas, Guatemala, cuyas capitales destruyó Alvarado), y el Yucatán, en que se veían numerosas las ciudades opulentas (Teotihuacan, Cholulo, Tula, Toluca, Xochicalo), los templos soberbios y los palacios magníficos. Esta gran civilización índica había alcanzado su apogeo hacia el siglo IX: época en que el imperio tolteca se extendía desde las orillas del golfo de Méjico á las del Océano Pacífico, en una circunferencia de más de dos mil leguas.

campos. Cuando Cortés vió, por primera vez, la capital de los aztecas, la famosa Tenochtitlan, comparaba la ciudad mejicana á Venecia, por la original belleza de los canales serpenteando alrededor de las islas y representando las calles. Había en estas ciudades edificios grandiosos, ruinas grandes, que contaban, mediante inscripciones grabadas, la primitiva epopeya de sus pueblos, escritos iconográficos de una importancia considerable y bibliotecas preciosas.

La otra civilización americana, bajo el gobierno de los Incas, había llegado á su más alto desarrollo intelectual y social. En Cuzco, el palacio de sus reyes, dedicado al dios poderoso y único, el Sol; era una maravilla de arte. Hábiles arquitectos, sus aborígenes, habían edificado ciudades suntuosas, monumentos soberbios, construcciones de formas ciclópeas. Cuando los más orgullosos de los europeos, los ingleses, no tenían todavía más que caminos impracticables, los peruanos hacía mucho tiempo habían surcado su imperio con las carreteras más útiles y quizás más admirables que haya creado nunca la mano del hombre.

Así estaban las cosas cuando los españoles aparecieron. Se arrojaron sobre estas hermosas regiones, ávidos de presa y de matanza. En nombre del Evangelio, en nombre de un Dios de mansedumbre y de paz, no cesaron, durante días y meses, de matar, de degollar, de robar. Ríos de sangre inundaron las poblaciones. Razas enteras desaparecieron (1). En pocos años fueron ahogadas las viejas civilizaciones mejicana y peruana, que tenían orígenes tan antiguos, en un pasado perdido, como las de Babilonia y Nínive (2). España no ha

(1) La inauguración de la catedral de Méjico fué festejada con una matanza de sesenta y cuatro mil víctimas.

(2) Debemos abrir en este punto un largo y necesario paréntesis. Ya no se ignora hoy que hubo en el «Nuevo mundo» civilizaciones bastante anteriores al descubrimiento de Cristóbal Colón. Es un punto que se ha puesto fuera de duda, especialmente por los estudios modernos sobre la prehistoria de Méjico, que habían fundamentado los trabajos preliminares de

rescatado jamás ante la historia la enormidad de su crimen.

Las atrocidades inauditas que cometían en Méjico y en el Perú los filibusteros, soberbiamente llamados *conquistadores*, se realizaban y se renovaban sin cesar en Europa.

Humboldt, de Brasseur de Bourbourg, del caballero de Waldeck y de Stephens.

En los Estados Unidos, hacia 1860, el librero H. Bancroft consagraba una parte considerable de su fortuna á formarse una biblioteca únicamente compuesta de documentos que tuvieran relación con la etnología de las poblaciones primitivas de toda la comarca que se extiende desde el Panamá al Alaska, y sobre todo, de la América central, del Yucatán, de Méjico. El mismo había podido componer una vasta obra concerniente á las *Razas nativas de los Estados del Pacífico*, que abría el camino á la etnología americana. No menos activo y perseverante, John Wells Foster extendió el campo de sus investigaciones. Convencido, por una adivinación genial, de que las obras de tierra llamadas *mounds*, que se encuentran continuamente ante la vista del viajero yendo de los Grandes Lagos hacia Méjico y hacia la América central hasta el istmo, ocultaban testimonios precisos de las «primitivas manifestaciones de la vida social americana», practicó excavaciones numerosas y productivas. (Véase Foster, *El valle del Mississipí*, Las razas prehistóricas de los Estados Unidos.) Otros sabios se lanzaron tras las huellas de Foster (Gachet en Suiza, Berendt Seler en Alemania, Horacio Hale, Bowditch, Saville, Bandelier, Cushing, etc., en los Estados Unidos; Desiderio Charnay, T. Hamy, Lejeal, en Francia.) Bajo el patronato y el impulso activo de un generoso Mecenas, el duque de Loubat, algunos de estos intrépidos investigadores realizaron entonces para el supuesto «Nuevo Mundo» lo que habían realizado para el antiguo en Egipto, en el Asia Menor, en Asiria, en Cartago, Maspero, Morgan, Schliemann, Layard, Smith, Delattre. Revelaciones llenas de interés salieron de este trabajo. Se supo que los «petroglíficos» exhumados del suelo de la América central son muchas veces idénticos, por la forma y la significación, á los egipcios. Fué reconocido—en cuanto á la antigüedad del nuevo mundo,—cuán estrechas relaciones habían existido entre sus aborígenes y los pueblos del Egipto ó del Asia Menor. Se dedujeron comparaciones infinitamente curiosas entre las ceremonias religiosas de los pueblos primitivos de la América central y los de la India ó la China.

§ 5.

De aquí que la Inquisición fuera acometida de una sanguinaria emulación. Sus frailes, los terribles frailes que siguieron á las bandas de Cortés y de Tapia, habían encontrado en Méjico (era la sombra funesta de esta civilización) dioses sanguinarios y un clero de verdugos. No quiso hacer menos, y que el Cristo español, para el cual sus manos habían restaurado el altar de Moloch, estuviera á las sobras de torturas sagradas y asesinatos dogmáticos con respecto al Vitzliputzli mejicano. Fué la época de sus mayores degüellos y sus más magníficas devastaciones. En Italia, las llamas acababan de consumir á Giordano Bruno, el celoso precursor del panteismo spinosista. En España, la Inquisición hace flamear sus antorchas en todos los puntos en que puede colocarse una hoguera. Forman legión los herederos de Torquemada, los ejecutores feroces de las *Instrucciones* que ha promulgado en 1484 para dirigir las sentencias y los actos de este tribunal fanático. Tanto se ejercitó su piadoso ardor, que los moros llegaban á ser raros, que los herejes desaparecían; pero gracias á Dios, el judío persistía en arraigar en esta tierra ingrata, y con este tronco tenaz alimentaba sus hogueras (1): el fuego sagrado no se extinguía.

Los anales de las guerras religiosas y políticas del siglo XVI descubren, en cada página, espantosas crueldades. Alemania estaba abrumada de males, que más graves males

---

Finalmente, investigaciones hechas con éxito no dejaron duda alguna acerca de la existencia de las razas americanas constituídas y de las mencionadas en los libros de Moisés.

Así el furor destructor de Cortés, entregando al fuego ó al pillaje las bibliotecas de los aztecas, no habrá impedido á la ciencia moderna reconstituir sus títulos originarios y aun los de sus predecesores más lejanos.

(1) Véase Martín Philipson, *Origines du catholicisme;* Paul de Saint-Victor, *Hommes et Dieux.*

todavía excederían en el siglo próximo. En países tales como Inglaterra, en que á pesar de las apariencias de una vigorosa literatura, el progreso moral ha sido muy lento en producirse, el rigor de las leyes es inaudito, y en todas partes se ve la opresión del débil por el fuerte.

Esta misma Italia, que saca de su seno los torrentes de luz para esparcirlos magníficamente á su alrededor, es teatro de guerras, no sólo desastrosas, sino bárbaras. No se oye en todas partes más que el chocar de las espadas continuamente fuera de la vaina y las voces de los doctores siempre irritados.

Sin embargo, las artes sirven de adorno á estas tragedias (1). Un influjo superior ha querido que fueran impotentes para aminorar su fuerza y claridad. La tierra se extremece; por esto el pensamiento no se detiene en su vuelo. El saqueo de Roma no turba el pincel de Miguel Angel. Las luchas incesantes de güelfos y gibelinos, y tantas guerras civiles, tantas querellas poniendo en lucha á los papas, barones, emperadores, no impiden que el genio haga su obra. De un extremo á otro de su curso: ¡qué siglo el de Buonarotti y de Ariosto, Cervantes y Shakespeare, Lutero y Rafael, Ulrico de Hutten y Erasmo, Calvino y Santa Teresa, Maquiavelo y L'Hopital, Montaigne é Ignacio de Loyola, Cardan y Copérnico! ¡Y qué coincidencia maravillosa de espíritus creadores, ignorándose los unos á los otros, no teniendo otro lazo que la simultaneidad de su obra, y renovando á la vez en Italia, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, todas las formas del saber y de la invención!

§ 6.

Á primera vista, la situación política y moral de Inglaterra está lejos de presentar el aspecto de civilización que se

(1) Se morían de hambre en Italia. Sin embargo, el papa dejaba pasar los acontecimientos y por la noche oía la comedia.

esperaría descubrir allí en los tiempos de un Shakespeare. La población cuenta apenas cinco millones de almas. Se estanca en condiciones de desigualdad que subleva y que mantienen la violencia de los nobles, la desmoralización profunda del clero y la ociosidad de las clases inferiores. De un lado, están los magníficos jardines y los céspedes verdes de las abadías, las majestuosas murallas del castillo en que reina el barón sanguinario; de otro, el miserable *wigman* de la aldea, una acumulación de chozas miserables; hay extensiones sin fin de matorrales y terrenos pantanosos, que cubren la mayor parte de la comarca. Ninguna industria, ningún comercio que pueda prevenir las amenazas del hambre. Los habitantes de las ciudades, tanto como los de los campos, son presa de los azotes públicos y de las exacciones particulares (1). Finalmente, la ignorancia es tal, arriba como abajo, que la mayor parte de los pares del reino no saben leer ni escribir. Sin embargo, por un extraordinario contraste, la época que acaba de inaugurarse, será para la literatura británica la de su mayor gloria.

Una cultura artística traída desde fuera, y que va á favorecer maravillosamente la revelación de algunos temperamentos espontáneos y poderosos, elevará la educación de un país que permanecía demasiado inferior al estado intelectual de gran parte de Europa. Las ficciones caballerescas de los trovadores, no han sido las únicas en penetrar bajo el duro clima anglo-sajón, para endulzar la rudeza nativa de sus habitantes. Circulan libros de Francia, que se habían muy

(1) Esta situación, sin embargo, está en camino de mejorar. Hacia la misma época, se declaraba en la sociedad civil un movimiento de liberación: la propiedad inmueble iba en gran parte á cambiar de mano, para pasar cada vez más á las de la *gentry* ó pequeña nobleza y á los burgueses; y el espíritu de libertad política que flotaba, inconsciente y vago, sobre el continente, empezaba á encontrar en Inglaterra, en el estado social entero, un punto de apoyo y medios de acción.

pronto vulgarizado bajo la forma del lenguaje corriente. Las obras italianas, conocidas primeramente por las traducciones francesas, han sido directamente abordadas é imitadas. De España han llegado á propósito estimulantes preciosos para activar el esfuerzo de las grandes empresas dramáticas, despejadas por fin de la amalgama de los «misterios» y de las «moralidades», que la Edad Media ofreció como alimento á la grosera curiosidad de los espectadores. Y en los espíritus afanosos de estudios, se ha reflejado el gran resplandor del Renacimiento. Si las clases medias y populares han quedado en la ignorancia de los beneficios del arte y de la instrucción, alrededor de la Reina, en la Corte, entre las gentes de letras, hay una admirable excitación espiritual.

Edmundo Spencer, jefe de una naciente escuela lírica, se mantiene al frente de los numerosos productores del período de Isabel. Sus bellas fantasías alegóricas se armonizan lo mejor del mundo con la moda reinante, con las disposiciones del día, cuando junto á la Reina, en la Corte, en las fiestas, en los juegos, se despliega una mitología perpetua. Spencer se ha igualado al Ariosto y al Tasso, por el vigor de la concepción, el lujo de las imágenes, la melodía del ritmo. Muy próximo á él, Felipe Sidney parece reunir los refinamientos del Renacimiento pagano al ardor de las edades anteriores. Hombre valeroso, señor brillante, naturaleza generosa, espíritu caballeresco, es el adorno de los tiempos que le han visto nacer, y sus obras están á la altura moral de su vida. Es uno de los más dignos precursores de Shakespeare.

Pero la radiación, la fuerza, están principalmente en el teatro, en este momento libre, como acaba de decirse, de los tanteos y las luchas de sus orígenes. La marcha progresiva había sido rápida, desbordante como una irrupción. Este teatro salía lleno de juventud y de valentía de una amalgama de elementos muy desiguales: liturgias dramáticas, reminiscencias escolares de la comedia y de la tragedia latinas, adaptaciones inexpertas de piezas italianas y aun es-

pañolas, para de pronto crecer, elevarse, esparcirse con recursos de originalidad no sospechados.

Herederos del arte libre y vario de la Edad Media, Lily, Robert, Greene, Kyd, Jorge Peel, han preparado los caminos, y siguiendo los pasos de Cristóbal Marlowe (1), que en su verso enérgico domina todo el grupo preshakespeariano, aparece Shakespeare mismo, cuyo nombre solo inspira inmediatamente la idea de lo inmenso y de lo grandioso. Sus primeras producciones datan de 1587. Tomando de sus predecesores, de la historia, de la leyenda, marcando todo con el sello de su poderosa originalidad, mezcla rasgos de genio en busca de las emociones fuertes ó de los sangrientos horrores que exigía el público de entonces; luego se eleva á un arte más alto y más personal. Tan grande y tan verdadero en lo trágico como en lo cómico, escrutador penetrante y profundo de las almas, pintor enérgico y fiel de los caracteres, alternativamente terrible y gracioso, delicado, burlón y sublime, lleva á la escena la humanidad entera, bajo todas sus formas, en todos sus aspectos, en todos sus matices, con sus virtudes, sus crímenes, sus vicios, sus odios, sus ternuras, sus alegrías, sus dolores, su risa y su melancolía, desde el mendigo hasta el rey, desde el niño hasta el viejo, mezclando horrendas tinieblas á claridades divinas y reuniendo todos

(1) Predecesor de Shakespeare, del que pudo llegar á ser rival, si no hubiera sido muerto, á los veinticinco años, en una vulgar riña de taberna, Marlowe encarnó más que ningún otro de sus contemporáneos, en su vida como en su obra, el espíritu inquieto, turbulento, ardiente, audaz del período de tanteos y de ensayos que preparó el advenimiento de Shakespeare y de su cortejo. La crítica moderna ha reconocido en las mejores partes de sus dramas (el *Doctor Fausto*, primera realización en el teatro del tipo que volvió á tomar Goethe, el *Judío de Malta*, *Eduardo II*, etc.), una imaginación flexible y poderosa, una curiosa alianza del espíritu clásico llevado hasta la embriaguez del Renacimiento, y de la tradición de la Edad Media. Véase Harlitt, *Lectures on the dramatic literature of the age of Elisabeth.* Payne Collier. *The history of english dramatic poetry*, etc.

los contrastes (1). Es, sí, el poeta nacional, «el alma de mil almas», Μυριονόυς, como le denomina Coleridge.

Para obrar intensamente sobre el espíritu de sus contemporáneos, los dramaturgos ingleses del siglo XVI no han tenido, en algún modo, más que dejarse llevar por la corriente de las pasiones fuertes de su época. Poetas de sinrazón y de genio, el temperamento es casi su única guía, su único resorte. Los amores exasperados, el dolor, el crimen, la demencia, la muerte, estas imágenes trágicas frecuentan su cerebro en el estado de ideas simples, diariamente. Impulsada al azar por las causas más incoherentes, la sensibilidad, sin cesar en movimiento de su complexión ultra-nerviosa, repercute con una fuerza inaudita las excitaciones de la atmósfera que les rodea y penetra en ellos. Nunca hubo momento más favorable para la expresión de lo patético. Entre estos descendientes de Piers Plowman y de Robin Hood, las palabras hervían bajo la fermentación directa de los hechos.

Eran tumultuosos como las tempestades que trastornaban las costumbres y la sociedad. Era la vida misma de Inglaterra, en el momento más movido de su historia, en el de las angustias de la Invencible, de los triunfos de Isabel, de las guerras de las doctrinas que tienden á la destrucción del catolicismo, de las expediciones al Nuevo Mundo, finalmente, de las aventuras prodigiosas de estos héroes de ensueño y de hadas: Drake, Cavendish, Raleigh. Sin interrupción, durante sesenta años, el drama conservó en Inglaterra una energía de producción maravillosa, dando á luz, con un adorno muy primitivo, una concepción de la vida que no se había encontrado en ninguna otra parte y cuyo calor no vendrá ya inmediatamente á reanimar ningún esfuerzo bajo el mismo

---

(1) Véase *Ecrivains et Littèratures*, p. 795-796, *lug. cit.*, y la vasta bibliografía de la obra shakespeariana, cuyos principales resultados están consignados en Inglaterra en las *Transactions of the new Shakspear, Society;* en Alemania, en el *Jahrbuch des dentechen Shakespear Gesellschaft.*

cielo. Ben Jonson había tomado la sucesión de Shakespeare, sin reemplazarle, pero dando de su propio poder, de la inagotable variedad de sus caracteres, de su alegría viva y graciosa, ó de su patética profunda, una idea bastante eminente para que se le llamara «el raro Ben Jonson». La generación poética del autor de *Hamlet*, es decir, Beaumont y Fletcher (1), Massinger (2), Ford y Webster, Thomas Heywod, James Shirley, continuó su evolución fecunda.

Hé aquí lo que ocurría y lo que se producía en Inglaterra en los comienzos del siglo XVII, cuando los refinados de Francia, tan imbuídos del espíritu de una antigüedad facticia, la tenían positivamente por un país de tinieblas intelectuales y semi-bárbaro.

La descendencia shakespeareana prolongaba brillantemente su acción ardiente, cuando estalló, retrógrado y violento, el fanatismo puritano. Sus censuras, sus ataques, no habían esperado esta creación para manifestarse. El teatro apenas ofuscaba ya las devociones intransigentes. En forma de libelos, atacando á los actores y á los autores, ó de peticiones al poder reclamando la cesación del escándalo, plumas austeras (3) habían pedido más de una vez la abolición de los placeres de la escena. Sus quejas se habían perdido en la indiferencia general. La afición que tenían todas las clases sociales á las obras dramáticas, aumentaba de día en día, y el celo de los escritores tenía algún trabajo para satisfacerla. El

(1) Beaumont y Fletcher, que compusieron en colaboración sesenta piezas dramáticas, venían, decimos, á continuación de Shakespeare, y como tenían no su genio, sino más que él la elegancia, una cierta facilidad de buen tono, el arte de vivir, le fueron muchas veces preferidos por un público superficial y mundano. Dice ha editado sus obras completas. (Londres, 1844, 11 vol.)

(2) Digno heredero de la gloria de Beaumont y de Fletcher, si no de Shakespeare, este poeta, á pesar de su talento, á pesar de sus cualidades de estilo, tuvo el infortunio de terminar sus días en una profunda miseria.

(3) Northbrooke, Gosson, etc.

amor á las representaciones teatrales apasionaba á la muchedumbre hasta el frenesí. Y los predicadores en vano habían redoblado, en los tiempos de Isabel y Jacobo I, sus protestas furibundas contra las obras de perdición, que perturbaban á los prudentes y á los puros. Ellos sublevaban á los fanáticos, amenazaban, vituperaban.....

Su tiempo llegó. Tan rotundamente como la Inquisición católica detuvo la subida de la savia en la península entre los escritores españoles, de modo tan brusco el ardor de la reforma religiosa, mezclándose con la pasión de la libertad civil, arrastró en la aridez de su soplo al teatro, los actores, la poesía dramática misma. Fué para ennegrecerlo todo, para prohibir en todas partes los espectáculos, los juegos, las representaciones, y para detener en seco el desarrollo prodigioso del drama inglés, que en menos de un siglo, dice Alfredo Mezières, había pasado por todas la fases de una larga existencia.

En Escocia, Juan Knox, el terrible antepasado de Robert Burns y de Walter Scott, había roto el harpa de los menestrales. Durante dos siglos, se petrificó la inteligencia escocesa en amor hacia el silogismo teológico, en odio contra todo lo que era ficción y poesía. En Inglaterra un velo lúgubre se extendió sobre todos los placeres del espíritu. No quedó más que un corto número de voces elocuentes, como las de John Hales, Chillingworth, Jeremy Taylor, Baxter y Bunyan, el predicador popular de los anabaptistas de Bedford (1) para dar algún movimiento á las frías y secas tendencias de este período sombrío. Ninguna alegría, ningún sentimiento tranquilo. Estaba prohibido á la risa soltar los libros de oración de los salutistas de entonces. La nación inglesa entera estaba entregada á las disputas religiosas y políticas. En los cam-

---

(1) Uno de los libros más extendidos en Inglaterra, es todavía el *Viaje del peregrino,* por el calderero Bunyan, especie de novela alegórica cuyos cuadros, llenos de rareza y de exaltación mística, no carecen de interés ni de grandeza.

pos los soldados discutían sobre el dogma, y los escolares sobre la constitución, á la puerta de sus aulas. Los puritanos iban por las calles con los ojos perpetuamente levantados al cielo, el corazón lleno de amarguras, la cara lánguida, los cabellos cortados, y vestidos con colores sombríos apropiados á la imagen de su humor duro é insociable. ¡Tiempos tristes, si los hubo!

Pero los sentimientos exagerados han provocado en todo tiempo la inevitable reacción. Los Harrisson traerán á los Rochester. Después del ascetismo intransigente de la Revolución se tendrá, en el siglo próximo, las grandes orgías intelectuales y sociales de la Restauración.

§ 7.

Volver de Inglaterra á España, pasar de un Shakespeare á un Cervantes, la transición, ó si se quiere el golpe, parece brusco. Los puntos de contacto y de semejanza existen, sin embargo, entre las dos naciones. El espíritu aventurero que les es común, el carácter de orgullo individual y nacional de que se engríen la una y la otra, y el color fuertemente pronunciado de sus literaturas, son otras tantas relaciones sorprendentes.

Hemos dicho hace un momento, de qué modo España había entrado en la marcha del Renacimiento siguiendo las huellas de Italia, como también sus hijos en gran número, alimentados desde la infancia por historias maravillosas, fueron á vivir en los países semi-fabulosos de América, sus propios libros de caballería, entre toda clase de empresas y de aventuras extraordinarias, desgraciadamente cruzadas por actos de violencia y de rapiña.

Envuelta como estaba entonces en una atmósfera de heroismo y de exaltación piadosa, de visiones y de milagros, había invertido tiempo en desprenderse de los lazos del pasado y buscar la vida de la imaginación fuera de lo maravilloso y lo sobrenatural. Sin embargo, un poco cansada de

cubrirse siempre con la capa de los antepasados, la heróica España se había dejado ganar al fin por el gusto nuevo. La leyenda interminable del *Cid* y el *Romancero* durmieron para ceder el puesto á no sé qué escuela enteramente impregnada del sensualismo italiano. La seriedad castellana había cedido ante el éxito de los rapsodas ambulantes, que iban por las poblaciones de la península cantando las poesías del Ariosto ó declamando las estrofas del Tasso.

La corriente pura de la literatura nacional se ha aumentado con las aguas del Renacimiento. Boscan y Garcilaso de la Vega adoptan los metros de Petrarca, del autor del *Orlando furioso* y de Sannazaro, esperando que Ledesma y Góngora vengan á exagerar las sutilezas del conceptualismo. El verso es entonces en España, por decirlo así, el lenguaje corriente. Los poetas ya no se cuentan, porque son innumerables. Si nos elevamos por encima de la muchedumbre para no considerar más que á los maestros, podemos reconocer que hemos entrado en el siglo de oro de la península ibérica, el de Cervantes y Hurtado de Mendoza, el de fray Luis de León y Teresa de Ahumada, de Montemayor, del gran historiador Mariana, de los alegres novelistas picarescos, del inagotable Lope de Vega, con el cual franquearemos inmediatamente el umbral del siglo XVII, prestos á hallar á Calderón.

En tanto que Italia pondera con gran ruído la *Aminta* de Torcuato Tasso y multiplica las ediciones de la *Arcadia*, de Jacobo Sannazaro, Montemayor da á España la más famosa, si no la mejor de sus novelas pastoriles, la *Diana enamorada*, cuyo éxito será prodigioso. Amoldándose á las ficciones elegantes de Montemayor y de Pérez de Hita (1), es como los cuentistas de Francia, y en primera línea el más

---

(1) 1545. Montemayor dejó su obra incompleta. A su muerte, acaecida en 1564, se publicó una segunda parte de la *Diana enamorada*, muy inferior á la primera. Gil Polo dió una continuación en cinco libros, más estimada, andando el tiempo.

feliz, el más gloriado de los bucólicos en prosa, Honorato de Urfé, entrelazaron muy pronto con amor los hilos de sus novelas galantes y heróicas. Las orillas del Lignon reemplazaron al río Esla; la Fuente de los Alisos será transportada de las campiñas de León al paisaje de la *Astrea*; el gran druida Aldemas tomará la palabra, en lugar de la gran sacerdotisa Aricia. Pero el cuadro permanecerá idénticamente el mismo. Así Shakespeare, cediendo al gusto de entonces por la novela pastoril, no hará casi más que poner en diálogo, en *Los dos gentilhombres de Verona*, las aventuras de la amable Felismena. La imaginación fértil de los españoles, en este siglo XVI y hasta el principio del XVII, entrega al resto de la Europa latina, como un sobrante de su fortuna, las invenciones originales y los asuntos que poner en acción.

Por encima de todos se eleva Cervantes, el irónico y profundo narrador de las hazañas del hidalgo de la Mancha, el desgraciado grande hombre á quien el trabajo encarnizado, la risa general provocada de un extremo á otro de Europa, la victoria lograda sobre los vicios y las extravagancias, no proporcionaron, mientras vivió, ni dinero, ni estima, ni consideración, y que ahora ocupa sin disputa el trono literario de su patria. Pobre soldado y aventurero, caballero errante del destino, cautivo de los moros y de los cristianos, esclavo, mutilado en la batalla, castigado por la suerte, juguete del azar, de la envidia y de la malevolencia humanas, sin que ni sus desgracias ni la injusticia ajena hubieran alterado su imperturbable buen humor, su propia vida fué una singular novela. Había puesto su imaginación y toda su alma en esta obra maestra para siempre popular, las *Aventuras de don Quijote*, epopeya burlona y filosófica, compuesto raro de heroismo y de trivialidad, espejo extraño de las costumbres, de las creencias y de las locuras de un pueblo, amalgama contradictoria de ensueño fantástico y de verdad positiva, de burla jovial y de amargura secreta, símbolo genial del contraste que existirá siempre entre las aspiraciones de las almas nobles y las llanezas de la realidad. El objeto

inmediato de Cervantes había sido acabar con el influjo de los libros de caballería pasados de moda, y de los que se había abusado de tal modo, que en tiempo de Felipe II las Cortes se vieron obligadas á intervenir, reclamando del rey su supresión en masa. Pero su pensamiento excedió inmensamente al plan primitivo, y resultó una de esas obras á la vez nacionales y universales, que son patrimonio de la humanidad.

Es el mejor tiempo también de la literatura portuguesa. Ha engrandecido hasta la altura moral del país en que ha florecido y que durante cien años al menos merecerá ser considerado como el porta-estandarte del mundo civilizado. En efecto, Portugal está ahora en el cénit de su gloria. Jamás volverá á encontrar el brillo sin igual que ha recibido durante los siglos XV y XVI del genio de sus príncipes, formando un grupo único en la historia (1), y cuya aventurera iniciativa aprovechará todavía menos á su patria que á la humanidad entera. Sus marinos le auguran la supremacía en la India y en los mares; sus historiadores y sus poetas le proporcionan otra especie de ilustración no menos brillante y más duradera. ¿Cómo no nombrar á Bernardino Ribeiro, el delicado joyero del ritmo, armonizando el saber con la imaginación, y por las variedades de la forma, descollando en hacer valer las delicadezas de un alma exquisita; Ribeiro, el verdadero creador de la bucólica portuguesa, que hizo de la vida del campo para sus numerosos imitadores el ideal de la vida humana; el clásico Sáa de Miranda, que no se cesará de oponer, en las luchas de escuelas, á los fantásticos sin tino, á los independientes, á los románticos; Gil Vicente, el Plauto portugués, cuyo honor consistió en anticipar, cerca

(1) ¿Sin la energía de D. Enrique el Navegante, sin el vasto saber geográfico del infante D. Pedro, los descubrimientos portugueses hubieran adquirido el desarrollo extraordinario que abrió al comercio universal espacios ilimitados y revolucionó tan profundamente los hábitos de las naciones modernas?

de un siglo, en sus rudos bosquejos, á los Lope y los Calderón; luego, y dominándolos desde tan alto, Camoens?

Detengámonos á saludar al paso esta última figura, que resume la idea de lo sublime en la epopeya. De igual modo que el Dante, el Tasso y Cervantes, Camoens hubo de sufrir los reveses de una existencia de las más agitadas; tuvo que luchar penosamente contra la calumnia, la adversidad, la ingratitud. Pasó lo mejor de su vida en lejanos viajes y terminó sus días en la miseria, en el momento en que su país, cuyas grandezas había celebrado, iba á sufrir la dominación extranjera. Rivalizó, en sus *Eglogas*, con Garcilaso; en sus *Poesías líricas*, con Petrarca; y por el desarrollo grandioso de las ideas, la perfección del estilo y la deliciosa armonía, que son las cualidades superiores de su vasto poema *Os Lusiadas*, nadie le disputa el sobrenombre del «Virgilio portugués» (1).

En el Norte, Polonia no ha querido quedar detrás de las naciones del Mediodía. Cuando Rusia, su vecina misteriosa y bárbara, permanecía fuera de la comunidad europea, y profundamente sumergida en su soledad secular, seguía estando y por largos años, en la edad épica de Kief ó de Novgorod, es decir, en la edad enteramente impulsiva y popular (2), el reino de los Segismundos reclamaba su amplia

(1) En 1903, escritores y artistas franceses, italianos, españoles y portugueses, han fundado la Sociedad de Luis de Camoens, para propagar el culto del inmortal lusitano.

(2) En nuestro tiempo, sacada de la sombra por los trabajos de los sabios rusos: Kirievek, Sakharov, Rybnikov, Hidferdnig, revelada al mundo occidental por los estudios de Ralston, de Bistrom, de Dambug y de Alfred Rambaud, esta poesía popular rusa, resultado complejo de bastantes siglos acumulados, y de un desarrollo orgánico que se ha continuado hasta los confines de los tiempos presentes, ha producido una extremada sorpresa en el mundo de los folkloristas, por su abundancia y su continuidad. (Véase A. von Keinholt, *Geschichte der russischen Litteratur von ihren Anfängen bis auf die neueste Zeit*, 1886, en 8.º Naake, *Slavenic fairy tales*. Londres, 1874; Rambaud, *La Russie poétique*. París, 1876.

parte. Un abismo separaba los rusos de los cristianos de Asia, de los latinos y de los germanos, á éstos los cristianos de Europa. Polonia, por el contrario, no tenía por extraña ninguna de las concepciones occidentales. Se vanagloriaba de poseer grandes poetas, excelentes prosistas. Voces elocuentes resonaban en las dietas. No aparecían más que pronósticos brillantes en la aurora de este período de los Caballeros. La Academia de Cracovia rivalizaba desde entonces con las más célebres universidades de Europa. Allí profesan sabios de primer orden, tales como Miguel de Brudzewo, que tuvo por discípulo al ilustre Copérnico. Escritores eminentes: Nicolás Rej, Kochanowski, Juan Zamojiski y el elocuentísimo Skarga, se revelan en todos los géneros. De ellos, el más ilustre es Kochanowski. Lloró en conmovedoras, en imperecederas elegías sobre la tumba de una hija muy amada, alcanzó en sus odas las alturas pindáricas, y cultivó sucesivamente la epopeya, la canción, la sátira ó el epigrama, con una gracia de dicción, una armonía de ritmo ó una profundidad de sentimiento, que le hacen apellidar el príncipe de los poetas polacos. A su escuela afluyen discípulos dignos de él. Desgraciadamente las guerras y las invasiones vendrán muy pronto á deshacer este hermoso florecimiento y producir en esta vieja literatura eslava una paralización notable del espíritu y del pensamiento.

§ 8.

En el otro extremo de Europa, un pueblo que habría habido motivo para suponer casi absolutamente bárbaro, el pueblo turco, que imprimió en la historia un sello tan terrible de sus instintos de devastación, probaba, por un esfuerzo continuado, que no era incapaz de apropiarse, tanto como los territorios, las palabras y las ideas de sus nuevos súbditos. No eran ya los cantos informes que balbuceaban antes los tártaros bajo la tienda, sino una literatura verdadera,

que alcanzó su apogeo con la grandeza política y militar de Solimán el Magnífico.

Los turcos nada habían aprendido de los griegos. Se habían mostrado perfectamente insensibles á su superioridad intelectual; la antigua nación civilizadora del mundo no pudo nunca alabarse de haberles inculcado la afición á sus letras y á sus artes. Pero no venía ocurriendo lo mismo en sus relaciones con los persas y los árabes. El califato, al caer, impuso sus creencias, sus libros, sus tradiciones, á las hordas turcas que se habían transformado, instruído, ilustrado en esta escuela. Los turcos tomaron á manos llenas en las obras maestras de las literaturas árabe y persa, y en esta mina fecunda, recogieron todo lo que les hacía falta para hablar á su vez el lenguaje de la poesía, de la moral, de la filosofía y de las ciencias. Bebieron en la fuente en que se calmara la sed de Keyam, de Hafiz, de Saadi y de Djami. Los poetas abundaron con exceso en Stambul.

Grecia ha tenido su siglo de Pericles, Roma su siglo de Augusto, Italia moderna su siglo de León X, Francia su siglo de Luis XIV, é Inglaterra su siglo de Isabel. Turquía mira como su edad excelente el siglo de Solimán. Entonces florecían el místico Fuzuli (1), y el licencioso Deliburader, llamado el Arétino de los otomanos. Sin acogerse á la sombra de la vecindad, el delicado Fuzuli cantaba los melodiosos amores de la Rosa y del Ruiseñor; adornaba su frente con las flores que le dejaba coger el inmortal Baki. «Los cantos de Baki, ha exclamado el crítico Ahdi, constituyen la admiración del mundo entero y merecen ser colocados como un glorioso modelo á la vista de todos los hijos de los hombres.» Sus versos reunían el encanto y la profundidad; los otomanos, en su entusiasmo, le habían apellidado, no conociendo elogio más pomposo, el sultán de la poesía lírica. Fueron estos días brillantes, pero de poca duración. La

(1) Llamado también *Fuzli*, y apellidado Kara ó el Negro: muerto en 1553.

literatura otomana no debía encontrar más en lo sucesivo esta florescencia excepcional de talentos con que todavía se enorgullecen sus historiadores. Hasta una época muy cercana á nosotros, el cerebro turco ha de permanecer casi cerrado durante larga serie de generaciones.

§ 9.

Pero volvamos de estos confines del Oriente á la verdadera Europa, y hablemos de nuevo de Francia, que hemos abandonado momentáneamente.

Nadie ignora con qué fervor y á reglón seguido de qué circunstancias recibió de Italia—para modelarle conforme á sus gustos y acomodarle á su temperamento propio—el culto inspirador de los antiguos.

Era en la aurora, todavía vaga y poco serena, de un período de gran transformación.

Una sociedad triste, abrumada de fatigas, cansada de haber luchado mucho, sufrido mucho, se había envuelto en las sombras de la muerte, dejando el campo libre á otras generaciones. Italia, sometida á las armas de Luis XII y de Francisco I, había calentado á éstos con su sol y sus ardores. Fiancia se dejó llevar de un alegre impulso delante de las gloriosas empresas, de las revelaciones del arte, de todas las sorpresas de una vida desconocida. Los principios del siglo no fueron más que esplendores primaverales. De las tristezas y de las heridas recientes no había ya recuerdo. El éxito ahora estaba en todas partes, atestiguado principalmente por la florescencia de las obras pacíficas. Por todas partes, en la lengua, en la poesía, en la política y la filosofía hacen irrupción las letras paganas, y con ellas la concepción distinta de la vida y de la sociedad.

En tanto que un delicioso rimador, Clemente Marot, se complace en reanimar la delicadeza de Carlos de Orleans, ó deja correr libremente su fácil inspiración, Ronsard y sus

discípulos transforman las obras de Grecia y de Roma en sangre y en alimento.

«Corifeo del coro sagrado que se denominá la Pléyade y que habla á la posteridad por las voces armoniosas de Baïf, de du Bellay, de Remy Belleau, Ronsard dice á Francia admirada los nombres de Homero, de Píndaro y de Anacreonte, y este último permanece para siempre unido al suyo» (1). El peso de una erudición indigesta oprime un tanto su aliento y entorpece el vuelo de su imaginación naturalmente inventora, fecunda, atrevida, llena de poesía y de entusiasmo. Su lenguaje grandilocuente le traiciona más de una vez, con discordancias de tono y bruscas desarmonías. Pero cuando es él, todo entero en su doble pasión del arte y de la naturaleza, ¡qué de bellezas corriendo bajo su pluma, qué riqueza de expresión, cuántas grandes y soberbias imágenes, de creaciones pintorescas, de detalles encantadores, de pensamientos delicados! Todos le siguen y le imitan, sin igualarle.

Con el Renacimiento y la Pléyade, los ritmos se han lanzado, ágiles, desde el suelo de Francia, para diseminarse por Europa, embargados, cogidos al vuelo, de algún modo, por los poetas de España, de Italia, de Inglaterra, que se inspiraron en ellos, para componer, modificándolos, los procedimientos de su métrica.

Al mismo tiempo que se realizó un sincero esfuerzo para elevar la imaginación poética en la forma del arte,—esfuerzo que, desgraciadamente, había de caer muy pronto desde la altura á que le llevara Ronsard para terminar en las gracias juguetonas del petrarquismo (2),—un ardor incom-

---

(1) Emmanuel des Essarts.

(2) En la segunda mitad del siglo XVI, Felipe Desportes acusará del modo más sensible esta desviación aristocrática de la Pléyade, encaminando los espíritus á una delicadeza enteramente intelectual, falta de sentimiento, y cuyo término será el género culterano.

parable por el estudio devora las inteligencias. «Los jóvenes nacidos en los últimos años del reinado de Luis XI, á quienes deja inquietos y ansiosos la educación escolástica, leen ávidamente, con espíritu nuevo, el espíritu de los Poggio, de los Valla, de los Guarini, las grandes obras latinas, cuyo sentido profundo no había penetrado la Edad Media, ni sentido la admirable forma; reciben la revelación de lo que ocultaran por tiempo demasiado largo, las bibliotecas de los conventos: Lucrecio, Tácito, Quintiliano, una gran filosofía, una profunda psicología, una fina retórica (1). El título de humanista era suficiente en Italia para concentrar en un individuo la atención del público ilustrado y los favores de los príncipes. Lo mismo ocurre en Francia; eruditos y filólogos, tanto como artistas y poetas, están en reunión privilegiada alrededor de Francisco I y de su hermana Margarita.

El humanismo tiene sus excesos; una multitud de helenistas y latinistas, incapaces de pensar por ellos mismos, hacen de él una moda, una manía perjudicial á la independencia y á la corrección de la lengua nacional. En cambio, algunos emplean en la restauración de los textos admirable sagacidad, y el campo de los estudios se encuentra así perfectamente ensanchado. La erudición y la filología clásica, representada por Budé, Lefevre d'Etaples, Ramus, Julio y José Scaligero, Muret, Daurat, Turnèbe, no estuvieron nunca tan honradas como en esta época. Por encima de ellos Rabelais, el sabio, el independiente, el burlón, concentra en su obra extraña el doble carácter de su tiempo: la audacia del espíritu y la amplitud de la erudición. La prosa le debe este giro libre y pintoresco, cuya perfección naciente se ha alabado mil veces. En el teatro, en las tragedias de un Jodelle ó de un Roberto Garnier, los griegos y los romanos reinan como dueños, siempre un poco desfigurados. Se les

(1) Gustave Lanson, *Histoire de la litterature française*, cuarta edición, pág. 221.

glorifica grandemente en vida; Ronsard ha celebrado los ensayos de un Jodelle como si hubiera alcanzado la perfección y dado á Francia la gloria de haber igualado á Grecia, á Sofocles y Menandro. Es una ilusión que se acepta, es una experiencia que se abraza, á falta de las obras más perfectas que se querrían tener.

§ 10.

En tiempo de los últimos Valois, la literatura va á encontrar otros temas de inspiración. En estos días críticos, Francia, dividida entre el partido católico y el hugonote; partida en tantas facciones enemigas como familias había en armas unas contra otras, no sabe ya dónde fijarse. Flotando al capricho de sus irresoluciones, se la ve sucesivamente quemar y sostener á los herejes, sonreir á las audacias del librepensador y avivar el fuego de las persecuciones, maldecir de Italia y tomarle las maneras amorosas de sus poetas, al propio tiempo que ha adoptado como escuela la licencia de sus costumbres. Luego el furor de las guerras civiles, el estampido de los arcabuzazos, las orgías de la corte y las escenas violentas de la Liga, comunican á la literatura su carácter sombrío y sangriento. Montluc escribe sus *Memorias*, que el Bearnés llamará «la Biblia de los soldados», y d'Aubigné sus *Trágicas*, esta obra feroz, en que el tono de la cólera no se apacigua un solo instante.

Poco á poco este huracán se calma y pasa. El viejo espíritu galo se serena. El movimiento del Renacimiento produce un segundo y no menos rico florecimiento. Montaigne, acompañado de sus amigos Charron y la Boétie, acaba de aparecer. Libre de ambición, deseoso ante todo de reposo é independencia, no tratando más que de pertenecerse y tomarse él mismo como asunto y argumento, Montaigne anotará diariamente el trabajo de un alma ansiosa de conocerse, y con ello compondrá el famoso libro de los *Ensayos*. No ne-

cesitará hacer más; quedará el maravilloso prosista, de aire vivo y poético, de estilo rapidísimo, de imaginación fecunda, rica en términos originales y expresiones coloridas,—fuente pródiga en que todos vendrán enseguida á beber, sin agotarla nunca.

CAPÍTULO XV

En la aurora del gran período clásico.—Momentos todavía turbulentos.—Los procedimientos del italianismo y del españolismo.—Infatuación general de las literaturas.—Conceptismo, culteranismo y preciosismo.—La revancha del buen sentido y del buen gusto.—El siglo XVII francés, en su cumbre.—En Inglaterra.—Estado de las costumbres sociales, al salir de los días sombríos del puritanismo.—La revancha entera del placer, bajo la restauración de los Estuardos; un movimiento extraordinario de vena cómica. — Dónde ha quedado la cultura italiana.—En España, en Holanda, en Alemania.—Después de la guerra de treinta años: cuadro de una profunda angustia moral.—El siglo «alemán-francés».—Casi todas las naciones europeas concuerdan en acusar una afición sistemática semejante á la imitación.

§ 1.

En 1598, la paz de Vervins había señalado el término de las grandes luchas españolas y francesas, comenzadas con Francisco I. A fines del mismo año, Felipe II, el siniestro verdugo, ya no existía. Ultimo representante del pasado, habíase llevado á la tumba aquel frenesí de intolerancia mortal que cubrió de sangre y ruinas los santuarios de la ortodoxia. Europa entró en una fase de apaciguamiento general, durante la cual se reconcentró.

El fogoso siglo XVI había hecho pasar hasta la literatura religiosa de los compatriotas de Calvino y de Teodoro de Bèze la fiebre de discordias, la aspereza de doctrinas, que caracteriza su historia. Con el dulce Francisco de Sales, suce-

diendo á los rudos teólogos de la Reforma, comienza á apuntar la aurora de una era de conciliación. Las almas van á apagar su sed en fuentes más tranquilas. El arca santa ha reaparecido sobre las ondas tranquilas.

El espíritu de devoción había casi desertado de la compañía de las gentes del mundo. Se le relegaba al fondo de los claustros; parecía demasiado salvaje en sus maneras y no era ya propio de la corte. Francisco de Sales trató de volverle á ella por un camino enteramente bordeado de rosas (1). Lo que Montaigne había intentado tan felizmente para hacer atractivas la moral y la filosofía, hasta entonces mantenidas prisioneras en el recinto espinoso de las escuelas, el amable prelado lo quiso y supo realizar para las prácticas religiosas, reconciliándolas con la cortesía. Y su tono dulce se había comunicado á los espiritualistas de alrededor. Libre de las supremas convulsiones de la Liga, reanimada por los tranquilizadores efectos de la pacificación política y religiosa, Francia vislumbra todavía ante sí, como en los comienzos de la edad anterior, un desarrollo tranquilo y espacios llenos de luz. Guez de Balzac en la prosa, á la que supo, uno de los primeros, dar número y armonía; Corneille, en el teatro, después Rotrou; Malherbe, después Regnier, en la poesía lírica, inauguraron el gran movimiento intelectual que debía llegar á su madurez en tiempo de Luis XIV.

Se ha comparado la irrupción de las letras griegas y

---

(1) Su obra principal, la *Introducción á la vida devota* (1608), cien veces traducida ó reeditada, fué primero escrita sin intención de publicidad, únicamente para servir de guía espiritual á las personas que viven en el gran mundo, y en particular á Mme. de Chantal. El grave y severo Bossuet, el tierno Fénelon, el varonil Bourdaloue, el impetuoso José de Maistre, han celebrado el incomparable candor, el tacto perfecto, la penetración profunda de los misterios de la vida interior, el carácter eminentemente práctico con aires de admirable sencillez, en una palabra, los dones luminosos del gran obispo de Ginebra.

latinas en el campo del siglo XVI francés, el siglo anterior, á una corriente tumultuosa arrastrando algunos tesoros confusamente mezclados entre el fragor y el cieno de sus aguas desbordadas. Sin pararse á recoger estas briznas de oro, el rudo obrero Malherbe se encargó de contener el destrozo. Puso diques, y el río, comprimiendo sus últimas rebeliones, volvió por fuerza á su lecho.

A decir verdad, la nueva edad no alcanzó, no podía lograr de primera intención, el grado de perfección que fué privilegio de la gran escuela clásica. Sus principios tenían algo del ardor y la exuberancia de la época apenas desaparecida. Además, las letras en general, quedaban sujetas al yugo de la imitación italiana y española; participaban, sin reconocerles como defectos, de todos los procedimientos del italianismo y del españolismo.

Fué, en efecto, la moda reinante durante la primera mitad del siglo XVII, y esta moda se venía inoculando en la mayor parte de las literaturas. Marini, que vino á Francia en el reinado de Luis XIII é inficionó la sociedad con sus juegos de palabras, con sus perífrasis adornadas, con sus agudezas, con su facundia inagotable, había llevado hasta los últimos excesos el ejemplo de un gran talento, separado de la naturalidad y del buen sentido. Mucho menos afanoso de conmover que de ser admirado, indiferente á las cuestiones de sentimiento, de razón y de verosimilitud, pero locamente enamorado de las imágenes brillantes, de los contrastes de palabras singulares, de los enlaces nuevos de ideas, de los efectos inesperados, hizo brotar de todas las facetas de sus versos el fuego de los *concetti* (1). Su éxito fué inmediato, extraordinario.

---

(1) Leed, si para ello tenéis valor, los *sonetti* y las *canzoni* de los marinistas, descubriréis allí cómo hablan *de un alma que llora en un corazón; de un corazón que se aloja en los ojos para en ellos ver la belleza, y que huyendo del amor, se coloca de este modo delante de la flecha; de ojos bastante imprudentes para llevar á un corazón á un combate, en el que sólo puede encontrar la muerte; de ciertos ojos también que son negros ó más bien es-*

Lope de Vega no creía exagerar diciendo que el Tasso (1), no había sido más que «la aurora del sol de Marini».

Por su sorprendente destreza de artista y su gran fecundidad de recursos, se le tenía en todas partes por un prodigio. En París, cuando visitaba una morada noble, la puerta se abría ante él tanto como si hubiera habido que recibir al gran Condé. María de Médicis, cuyas bellezas físicas alabó con minuciosa amabilidad, no dudaba que fuera el primer poeta del mundo, y se lo atestiguaba por consideraciones públicas extraordinarias. Si hablaba ó solamente consentía dejarse ver, las gentes de más ingenio volvían á las sombras en presencia de este sol. Dió el tono, el modelo. Se impuso tanto, que contagió toda la literatura europea.

En España, Góngora, Montalván, Gracián, Ledesma, desplegaron el mismo intento preconcebido de poner cada término, por decirlo así, fuera de su lugar y de su significación verdadera.

Hombre de imaginación viva y dotado de un talento creador, Luis de Góngora había venido á las letras en tiempos poco favorables. Un despotismo sombrío encerraba entonces los espíritus en el dominio estrecho de las palabras y de las frases sin ideas. Comenzó con poesías de una forma á la vez sencilla y noble, elevada, majestuosa, sin énfasis (2).

No ganó con ellas sino el título de capellán Real y una mediana reputación. El afán de distinguirse le arrojó bruscamente fuera de este camino demasiado llano; y tan-

---

tán vestidos de negro, porque llevan luto por los que habían asesinado, etc. Los besos son sucesivamente *una trompeta, una medicina, un combate, una ofensa;* la boca es *una dulce guerrera, una prisión agradable, un coral mordedor.*

(1) Este ilustre precursor se había dejado á su vez atraer al gusto de los adornos peligrosos y de los rasgos afectados. En la *Guerre poétique*, de Caillières, se ve cómo Torcuato Tasso «hizo cargar varios carros de *concetti* de diversas clases.»

(2) Ejemplo su canción heróica *A la armada que Felipe II envió contra Inglaterra.*

to, que del primer salto pasó toda la delantera tomada, en el camino del culteranismo, por su predecesor D. Luis de Sotomayor. Inventó un nuevo estilo, casi un nuevo lenguaje, erizado, recargado de metáforas monstruosas y de transposiciones forzadas (1). Góngora y su discípulo Montalván pudieron regocijarse. Su sistema hizo fortuna. Se vió desarrollarse, dilatarse hasta lo absurdo esta fraseología rara, trabajada en extremo, historiada con colores y adornos de toda especie, que se llamó el *estilo culto ó culterano* (2).

Había entonces una especie de porfía entre los poetas de las dos naciones italiana y española,—sin perjuicio de la portuguesa (3), que reclamaba como suyo el *estilo culto*,—había, decimos, una especie de porfía entre ellos por quién encajaría en la medida de un verso más cosas desemejantes, por quién haría la antítesis más imprevista ó el rasgo más enigmático. Las *agudezas* eran más refinadas que los *conceptos*. De una y otra parte el efecto era el único punto de mira, y para lograrle no se tenía más que un medio, el insustituible

(1) Como ejemplo de su lenguaje metafórico, no recordaremos más que un rasgo. En una de sus canciones da al río de Madrid el título de *Duque de los arroyos* y *Vizconde de los ríos*.

Manzanares, Manzanares,
vos que en todo el aguatismo
sois Duque de los Arroyos
y Vizconde de los Ríos.

No se atrevió á llamar Grande de España á este riachuelo pobre, que tanto alteran los calores del estío. De suerte que un español, al pasarle un día en seco, y viendo cuán poco necesario era el soberbio puente que Felipe II había mandado hacer sobre él, decía en son de burla: *Es menester vender el puente para comprar el agua.*

(2) Lope de Vega le llamaba burlonamente el *culto diablesco.*

(3) Véase en la gran *Historia de la literatura portuguesa*, de Teófilo Braga, el trabajo acerca de los «Culteranos», enteramente consagrado á los adeptos del estilo *precioso*, según la moda española.

medio, tan querido de los gongorinos como de los marinistas: lo inesperado, lo sorprendente. Se olvidaba hablar al alma, interesar el pensamiento; ¡pero qué triunfo si cada versículo podía ser un tema de admiración para el lector! Toda la cultura europea, hemos dicho, sufrió casi al mismo tiempo esta impresión del mal gusto aceptado como lo último, como la suprema elegancia y lo más perfecto del espíritu. El *conceptismo* en Italia, el *eufuismo* de Lily en Inglaterra, el *culteranismo* en España, el *amaneramiento* pedantesco de Hoffmanswaldau y de Lohenstein en Alemania, el *preciosismo* en Francia, parecían haber hecho una alianza ofensiva contra la sencilla razón y la naturalidad. Una admiración universal había saludado, en la grave Inglaterra, la aparición del *Eufues*, el verdadero manual, el ejemplar típico, el modelo amable y corruptor del género. La prosa inglesa, tal como la ha usado Ascham y Wilson, no era más que monotonía y pesadez. Se acoge y lee con extraordinario favor esta solemne y preciosa novela, que venía á añadir á aquélla un elemento tan apropósito que no se conocía el de elegancia sutil, de adorno y de armonía. «Nuestra nación, refiere Eduardo Blount, le debe haber aprendido un nuevo inglés. Todas nuestras damas fueron sus discípulas. Una belleza en la corte que no sabía hablar el eufuismo, era tan poco mirada como la que hoy no sabe hablar francés». Decir las cosas *finamente* era casi la única ambición de esta literatura alambicada, contemporánea del hotel de Rambouillet, donde la poesía callejera tenía sus familiares entradas. La afectación había ganado hasta la forma de las cartas íntimas, en que tan frecuentemente todo el espíritu del mundo se deja distanciar por los encantos de lo natural. Era entonces el atractivo de las inteligencias más delicadas esparcir la flor de su talento en la correspondencia privada. La preocupación era sobresalir en el género ajustando el giro de las cartas más insignificantes á la extravagancia del momento. El estilo epistolar, que no debía en modo alguno, propiamente hablando, ser un estilo, se había «empreciosado», como las con-

versaciones y como las menores gracias de la musa. Las menudas gracias que se sembraban en los tocadores renacían en galanterías sin fin, verificadas con un cuidado extremo para no ser muchas veces más que ridiculeces. Las agudezas parecían el colmo del arte; y se las multiplicaba, buenas ó malas, hasta hacer de ellas lo más vulgar del mundo. Finalmente, tan lejos fueron las cosas, que el buen sentido reclamó sus derechos. Pronunció la última palabra, como siempre (1).

Los *pensieri* italianos y los culteranos españoles, que habían sido los propangadistas de esta manía de lo pulido y lo sútil, hubieron de cambiar de estilo, al notar que no interesaban ya los suspiros de sus falsos amores (2). La exageración del refinamiento, cuya acción indirecta sobre las costumbres había podido no ser inútil, en su tiempo, para endulzar su rudeza y plegarlas al adiestramiento mundano, había obtenido el favor de una cosa nueva. Su encanto pasó, tanto como las modas venidas del otro lado de los Pirineos, que hacían, en un tiempo, que no se viera en París más que «franceses españolizados», los ojos del público se acostumbraron á distinguir justamente el oropel del oro fino. Se buscaron placeres menos equívocos, en maneras de decir y de escribir menos perfiladas. Enamoró, en todas partes, la hermosa sencillez, luego un cierto arte, solemne, académico, que debía ser el carácter del siglo XVII francés.

---

(1) El eufuismo, al que la musa burlona de Molière dará el golpe de muerte en Francia, donde se llama preciosismo, persistirá más en el extranjero, particularmente en la patria de *Eufués*, en Inglaterra. Domina en Cowley, en Waller, y se reconoce en ciertas señales en Milton mismo.

(2) Así en Francia, bajo el régimen del mal gusto, que hizo estragos entre la *Astrea* y la *Clelia*, Voiture y el caballero de Mère, se encuentran con el pomposo Guez de Balzac.

§ 2.

Corrigiendo los unos por los otros los influjos extraños con que se había contagiado temerariamente, la literatura no querrá ya ser pedante, ni afectada, ni enfática. Poco á poco revestirá las apariencias moderadas y contenidas, la mezcla de lo antiguo y lo moderno, de verdad y distinción, en que se reconoce primeramente las mejores obras.

El carácter social y el espíritu de conversación innatos en Francia concordaron del modo mejor con el favor de las costumbres de los salones y el gusto reinante del análisis oratorio, para terminar al mismo tiempo en esta doble expresión de la sociedad de Luis XIV: la finura acabada y la noble literatura regular.

Se estaba en la época de elegante fastuosidad espiritual, en que los cortesanos buscaban con empeño el favor de una presentación en casa de «Artenice», en que la aristocracia de la sociedad, algo mezclada de *precioso* y de *preciosas*, se reunía alrededor de Catalina de Vivonne, marquesa de Rambouillet, y de su hija Julia d'Angennes. Allí se veía juntos á Malherbe, Racan, Mmes. de Sévigné y de La Fayette, al gran Condé, Bussy-Rabutin, al cardenal de La Valette, Mlle. de Scudéry, Tallemant des Réaux, Voiture, La Rochefoucauld, Corneille, Godeau y muchos otros. No se agotaban los discreteos y conversaciones sobre las delicadezas de la lengua, ó sobre el tono de las novelas de moda, que hacían de Gomberville, de la Calprenède ó de Scudéry, los favoritos del día. Era grandemente necesario contar entonces con esta especie de academia de las gentes de buen tono, cuyas decisiones tenían un peso singular en materia de estima y de renombre. Era conveniente pasar por el hotel de Rambouillet para llegar á la celebridad, á los honores, al crédito. Lo notábamos hace un momento: las finuras de este mundo galante, enamorado de las letras, completamente dedicado á los placeres del espíritu, degeneraron en afectaciones. Pero lo hemos di-

cho también: el buen sentido venció estas afectaciones pasajeras, importadas de España y de Italia. No quedó de ellas más que los servicios hechos á la pureza de la lengua.

Bajo el doble influjo, diversamente aceptado, del hotel de Rambouillet, y de la Academia, nacida ayer (1) en casa de Conrart, consagrada por edicto del rey, hecha corporación oficial por patentes del cardenal ministro (2), se han introducido en los escritos, como en las costumbres del mundo, la medida, la delicadeza, el buen gusto, la distinción.

La lengua del siglo anterior tenía una extraordinaria inestabilidad. Era original, interesante, varia, llena de libertades felices; pero en cambio, muy indisciplinada, incierta y flotante, entregada sin medida al capricho de los escritores, variando del Norte al Mediodía, de una provincia á otra, del griego al latín, del italiano al español, tan diversa, por decirlo así, como autores había, queriendo cada uno tener sus palabras, sus idiotismos, su manera independiente. Estas oscilaciones perpetuas de formas y de ortografía debían desafiar mucho tiempo el esfuerzo de los gramáticos. La necesidad de unidad, de regularidad, se había impuesto por fin. Pacientes legisladores del lenguaje, Vaugelas á la cabeza, se dedicaron á este trabajo. Con las sucesivas depuraciones académicas, llevadas desgraciadamente, en bastantes casos, al extremo del rigor, las terminaciones siempre cambiantes han tomado formas fijas. La sintaxis se codificó. El vocabulario, restringiéndose, se consolidaba. Ya Balzac, como anunciábamos ha poco, daba á la lengua número y armonía. Los escritores de Port-Royal están prestos á continuar su

---

(1) «La Academia francesa, escribe Pellisson, no ha sido establecida por edicto del rey hasta el año 1635; pero puede decirse que su origen es cuatro ó cinco años más antiguo, y que debe de algún modo su fundación á la casualidad.»

(2) Richelieu mató á de Thou é hizo silbar el *Cid*; pero, por amor á los que en él glorificaban al autor de *Mirame*, fundó con el nombre de Academia francesa el más ilustre y el más duradero de los círculos literarios.

obra, aligerándola de pompa y énfasis, simplificándola por la enseñanza y la práctica. Insensiblemente las ideas se precisan, luego se elevan en un natural y fácil vuelo.

La filosofía, contenida en los lazos de la escuela que proscribía sistemáticamente la iniciativa individual y restringía todo su esfuerzo á la erudición metódica, la filosofía carecía de aire y de espacio. El Renacimiento había puesto en boga á Platón. Y de aquí se había partido para atacar vivamente al Escolasticismo, cuyos defectos solo, por otra parte, se quería ver; pero ningún sistema se había impuesto; las ideas evolucionaban sobre sí mismas, sin dirección. Descartes vino. Dióse él mismo alas, y dejando muy atrás las fórmulas de la tradición, partiendo de su pensamiento y de su ser propio, abrió senderos de luz á la razón cautiva. Haciendo tabla rasa de toda idea preconcebida, inició la revolución, que ha caracterizado el paso de la autoridad exterior á la libertad interior, del espíritu escolástico al espíritu moderno.

Además, adoptando como medio de expresión el idioma nacional en vez de la lengua sabia, Descartes había hecho en la filosofía lo que Lutero en Alemania y Calvino en Francia en la teología. Contribuyó poderosamente á fijar el idioma de todo un país para todos los usos del pensamiento.

La elocuencia, «este arte que dirige á todos los demás, dice Nisard; que no se contenta con agradar por la pureza del lenguaje, sino que trata de persuadir por la fuerza de la doctrina y por la abundancia de la razón», llegó á ser la ley, la necesidad universal, el ideal de las inteligencias.

Cuanto más se avanza en el siglo XVII (considerado, al menos, en los escritores superiores, siendo entonces muy medianos los de segunda fila), más parece que se penetra en una era de pleno desarrollo y de madurez. Se toca el término de la perfección intelectual: la unidad en la variedad. Por uniforme, en efecto, que parezca en su conjunto esta edad clásica, ofrece á quien la examine de cerca una rara multiplicidad de figuras. ¡Qué de matices, qué de variedades y hasta de oposiciones marcadas entre hombres como Boileau,

La Fontaine, Pascal, Fénelon, Bossuet, Bayle, Racine, Gassendi, La Bruyère, Bourdaloue y Saint-Simon,—muy particularmente Saint-Simon, el terrible retratista, cuyo doble privilegio está en haber sido la gloria más brillante de fines del siglo XVII, al mismo tiempo que uno de los representantes más señalados del XVIII!

Querría uno detenerse en semejante compañía, interrogar largamente estos nombres y estas obras, mostrar una vez más cómo en Boileau el conjunto y la armonía de facultades medianas pudieron hacer de él un hombre de primera fila; cómo La Fontaine pudo imitar tanto, y sin embargo, hacerse inimitable; mediante qué recursos geniales Molière supo unir tanta profundidad á una alegría tan viva; y aun cuando en el fondo fuera un melancólico, dar al mundo el más perfecto modelo de lo cómico; ó cómo Racine, encerrado en el marco artificial de la tragedia, llegó á hacer visibles todas las emociones del alma humana y penetrado hasta la perfección del sentimiento de la belleza, y dar á lo verdadero una forma bella é inmortal. Se querría una vez más poner en evidencia la habilidad superior de La Bruyère para marcar con un toque vivo y duradero el lado real de las costumbres que tenía á la vista; trazar un paralelo entre la naturaleza de un Virgilio y la de un Fénelon; ó caracterizar, con la ayuda de trazos claros y rápidos, las grandezas y las debilidades de Bossuet, el filósofo doctrinario, el teócrata, el hombre de Estado absolutista y el adulador de príncipes, pero que fué con Platón uno de los maestros del lenguaje humano, mostrándose rival de Corneille en lo patético, poseyendo como Saint-Simon el sentimiento de la vida y teniendo de común con Voltaire, en la defensa de causas muy diferentes, el poder del buen sentido.

Hemos apenas tocado la superficie del siglo XVII francés. Bastantes plumas elocuentes, antes de la nuestra, y mejor que podríamos hacerlo, habrán prolijamente traído á la memoria sus bellas páginas.

Francia ha obtenido la preponderancia política en Euro-

pa, gracias á la excelente dirección de su política extranjera y á la objetividad de su política interior. Domina igualmente por la superioridad de sus escritores y de sus artistas.

Bajo esta pompa monárquica y esta brillante decoración intelectual, hubo sombras y tristezas. La historia no ha olvidado las violencias, los excesos ni las desgracias que fueron su sombrío reverso: los abusos del poder y del crédito, la soberbia del dueño y el servilismo de los cortesanos, los desórdenes financieros arriba y la miseria atroz abajo, en los campos donde

El pueblo, no teniendo pan, comía hierba

los reveses de los ejércitos franceses durante la guerra de la Liga de Ausburgo, y su decadencia durante la de Sucesión de España; no ha olvidado las dragonadas, los regimientos de caballería lanzados para convertir por el hierro y por el fuego los espíritus libres del Languedoc «al candor de la fe católica.»

A pesar de todo esto, Luis XIV y su reinado han permanecido grandes. La fortuna quiso que recogiendo los frutos de la política del genio de Richelieu y de la habilidad de Mazarino, este príncipe haya dejado la Francia aumentada después de sus desastres, y que asociando en pro de su gloria la maravillosa casualidad de una aparición simultánea de genios, sus nombres hayan permanecido inseparables del suyo, aunque en verdad su ignorancia fuera extrema, y no abriera jamás un libro (1). Generaciones enteras fueron oprimidas, sufrieron y desaparecieron. Francia casi no se ha acordado más que de las satisfacciones dadas á la seguridad y al orgullo nacional, cuando la excelencia de sus escritores se afirmaba en todos los demás pueblos, cuando la preponderancia reconocida de su lengua hacía de ella el instrumento diplomático de Europa.

---

(1) ¿De qué sirve leer? decía un día al mariscal de Vivonne.

§ 3.

Las literaturas extranjeras no habían quedado inactivas, sin embargo.

Es la edad de los líricos y de los descriptivos ingleses, desde Drayton, el demasiado ingenioso autor del *Poly-Olbion*, en el cual un prosaismo llano entorpecía los más ambiciosos esfuerzos, hasta Edmundo Waller, el Malherbe de su patria, el precursor de la Escuela clásica, y hasta el universal John Dryden.

Á la vuelta del camino, la inspiración del espíritu ha cambiado de espacio. Una dirección enteramente distinta de la que aguijoneaba la marcha del viejo renacimiento inglés, cuando recientemente se dejaba penetrar hasta la médula por los influjos de un petrarquismo convencional, ha modificado la dirección de los pensamientos. La idea de la excelencia uniforme, introducida en Francia por Boileau, ha pasado el estrecho como conquistadora. Las últimas efervescencias de la anterior generación se han calmado. El simbolismo y el impresionismo, tan favorables á todos los caprichos de una fantasía sin regla, han desaparecido con los bellos frenesíes que arrebataban las imaginaciones. Los cerebros, tranquilizados, han vuelto á entrar en la escuela de una sabia y formal doctrina. Dryden ha resuelto que la poesía no tenga ya otra guía y otras leyes que las reglas de la pura antigüedad, interpretadas por Escaligero y Casaubon.

El mismo, con sus vacíos y sus imperfecciones, marcaba de un modo muy activo y sensible este momento de transición. Nacido entre dos épocas, había oscilado entre dos formas de vida y de pensamiento, no habiendo alcanzado la perfección en ninguna. Pero su obra debía producir resultados. Él instituyó la crítica y el buen estilo, y dió uno de los primeros modelos de una manera de escribir fácil, vigorosa, verdaderamente moderna.

Sin embargo, la idealidad sublime reinaba en las altas

cimas de la poesía. Milton ha concebido *El Paraíso perdido*, una obra maravillosa por la profundidad y la elocuencia del sentimiento religioso, por la elevación del estilo, que iguala al escritor inglés con Homero y con Dante, le acerca á la Biblia y le pone al mismo nivel que los grandes profetas judíos. Aun sujeto al freno del puritanismo ha sido capaz de sentir y de expresar un amor tal á lo bello! ¡Admirable excepción, que demuestra suficientemente que el espíritu humano tiene el poder de permanecer libre, á pesar de tantos sistemas preconcebidos, sobre la omnipotencia de las circunstancias!

Esta libertad, que proclamaba el genio de Milton, en sus perfectos escritos en prosa, y la elocuencia de Eliot, ha encontrado un utopista entusiasta en James Harrigton y un apóstol no menos apasionado en el infortunado Algernon Sydney.

Pero ya la institución republicana ha vivido. Acentos diferentes van á pasar al lenguaje de las letras. El *Paraíso perdido*, de Milton, ha aparecido en 1667 como una protesta de la moral ultrajada, del puritanismo vencido y perseguido. Por una rara revancha de los acontecimientos, el famoso *Hudibras* (1), de Samuel Butler, ese *Don Quijote* de las orillas del Támesis, ha aparecido de improviso el mismo año, escarneciendo, ridiculizando con un éxito inaudito á las «cabezas redondas» y á los presbiterianos, el partido político y religioso que había hecho la revolución. Los Estuardos han vuelto á subir al trono ensangrentado de sus antepasados. Carlos II ha inaugurado su reinado dando la señal de una

(1) El caballero puritano Hudibras y su escudero Ralih fueron efectivamente inspirados por los dos personajes de Cervantes. Bastante inferior al español, por la elegancia, la imaginación, la variedad, el natural cómico, Butler es curioso de estudiar como expresión de costumbres y de caracteres, como tipo sorprendente de ese *humor*, que es propio de la originalidad inglesa.

revancha general y completa del placer sobre los sombríos furores del puritanismo. ¡Qué brusca metamórfosis! Se creería uno transportado repentinamente á otro tiempo y bajo otro cielo. El lenguaje ha cambiado como las costumbres. Se vive ahora, en la corte de Inglaterra, de todas partes, lo mismo que en la corte de Francia. Los gustos, las diversiones, las modas, todo recuerda á París, Versalles ó Saint-Germain.

A la vista del segundo Estuardo, el baile, los paseos, el juego, las fiestas y ceremonias galantes, se entrelazan en un encadenamiento sin fin de diversiones y de espectáculos. Alrededor del rey y arreglándose á su ejemplo, la vida de los hombres y de las mujeres se pasaba en intrigas, publicadas y audazmente notificadas, en la escena del mundo, tanto como en los libros y en el teatro.

A este alegre monarca «escandaloso y pobre, que alquilaba su corona al año», y traficaba con su propia hermana, eran necesarios poetas tales como el conde de Rochester, que murió á los treinta y tres años del agotamiento causado por sus excesos; como Edmundo Waller, escéptico refinado, tipo perfecto de la indiferencia moral y de la versatilidad política (1). Le era preciso sobre todo la comedia descaradamente lasciva, las audacias desmesuradas de Wycherley. Durante varios años muy en favor cerca de Carlos II, pero empujado, traqueteado por la despreocupación de las cosas prácticas de la vida á través de las fases más difíciles; encerrado durante siete años en una prisión por deudas, de donde le sacaron la protección de Jacobo II y la oportunidad de una herencia, Wycherley era, en efecto, el representante más osado

(1) Primo de Cromwell, cantó las virtudes del lord Protector en un *Panegírico* que permanece célebre, y dedicó todo su esfuerzo á hacerle inocente; luego, habiendo cambiado el viento, elevó su inspiración á celebrar la tempestad que le arrebató del universo.

que pudiera anhelar la impudencia de las nuevas costumbres. Él lanza á la escena situaciones y propósitos de una brutal inmoralidad, compone con sus tipos una amalgama extraña de costumbres francesas y de temperamentos ingleses, desfigura á Molière, queriendo seguir su genio; y sin embargo, á pesar de los abusos enormes de su numen sensual, deja tras de sí vivos bosquejos, calcos inolvidablemente expresivos de los caracteres de su tiempo.

La corrupción del fanatismo puritano ha tenido por primera consecuencia devolver al teatro su libertad. Usó al principio de ella con una extrema licencia. Hubo un desbordamiento igual en la literatura y en las costumbres. ¡Qué metamórfosis repentina en estos ingleses de Carlos II, cuyos padres, ayer todavía, edificaban y fastidiaban la vista con apariencias tan tristemente austeras! Los puritanos ahora se humillan, infamados y despreciados. En toda la extensión de la Gran Bretaña hay un desencadenamiento inaudito de los apetitos de la carne y de la sangre,—refinamientos desordenados en la Corte y en la masa popular, brusca explosión de ardores brutales. Una muchedumbre ebria de licencia se aprieta en las representaciones de Drury-Lane, que son su transfiguración expresiva y viva. Esta nación tan grave, tan contenida en la apariencia de las convulsiones pasajeras de la política, parece enloquecida. Tanto como su digno porta-corona, tanto como sus felices señores, tanto como las fáciles bellezas de Whitehall, quiere ampliamente divertirse. ¡Y qué asuntos, qué cuadros podrían regocijarla mejor que la comedia en que se reflejan, espejo demasiado fiel, todos sus excesos!

Desde los extremos del reino se vió precipitarse á Londres, sin preocuparse del mal estado sanitario de la capital ni de las epidemias que la desvastaban, y apretarse ávidamente, empujarse á la entrada de los teatros, una muchedumbre compuesta de ciudadanos, de grandes señores, de soldados, de marineros y de *countrymen* acompañados de sus

mujeres, que venían á saciarse con el espectáculo de todas las libertades (1).

De una sociedad tan heterogénea, de sus gustos, de sus pasiones, exhibiéndose sin velo en su grosera franqueza, hay que darse cuenta en las comedias de Wycherley y sus continuadores Farquhar y Vanbrugh, ó de Congréve, llamado el «Beaumarchais de Inglaterra», mejor todavía que en las pinturas suavizadas del semi-francés Hamilton ó que en las minuciosas descripciones del diario de Pepys.

Hubo una admirable efusión de vena cómica en los tiempos de Carlos II y de Jacobo II. La musa del teatro no encontrará ya en Inglaterra, en época alguna, tantos talentos para recibir sus inspiraciones, ni tantos oyentes para complacerse en ellas.

Esta especie de crisis de las costumbres inglesas dramáticas y sociales se prolongó, debilitándose hasta el reinado de Guillermo. Tuvo su término bastante brusco. Duraba todavía cuando llamando á sí á todos los puritanos descontentos, el teólogo Jeremías Collier se proclamó director de la opinión moral y salió á guerrear con una violencia inaudita contra la licencia del teatro. No se cuidó de Congrève ni de Dryden mismo, y menos que nadie de Wycherley y su alegre émulo Tomás de Urfey. Los espíritus se mostraban favorables á esta reacción. Usó de ella para exagerar su honradez valerosa, hasta hacer a los escritores responsables de las desgracias de la nación y de la ruina del trono. Se le creyó. Se le escuchó. Su vigoroso escrito (2) tuvo bastante influjo para operar una revolución radical en las costumbres dramáticas. El genio británico, que por una transformación súbita de sus gentes, de sus ideas, había salido de sus límites naturales, volvió á ellos, después de algunos momentos de efer-

---

(1) A. de Grisy, *Histoire de la comédie anglaise au dix-septième siècle*, p. 11.

(2) *Short View of the immorality of the English stage*, 1698-1699.

vescencia desordenada. La comedia perdió en su viveza. En cambio, otros géneros más conformes con el temperamento nacional crecieron y progresaron. La novela ocupó insensiblemente el lugar del teatro. Al mismo tiempo usurpaba terreno á la poesía, que había llegado á ser más rara, instalando la prosa en la ficción.

La prosa, decimos, se ha desarrollado en todos los géneros. Ha producido escritores enteramente superiores ó de una originalidad muy singular, entre todos el admirable moralista Roberto Burton (1). Bacon, á principios del siglo, y Hobbes, han compuesto sus grandes obras filosóficas en latín; pero otros filósofos, otros sabios les suceden, que se dirigen á todos en la lengua común. Bacon mismo, ¿no había sido el autor de los *Ensayos*, en que, bajo la forma inglesa, sus ideas se habían adornado con los más vivos colores? No hay que representarse ya el influjo enorme que han tenido en el espíritu moderno las «ideas» de Francisco Bacon, barón de Verulamio. Devorado por ambiciones, desnudo de rectitud y de conciencia, dió para llegar á los honores, pruebas de un carácter demasiado inferior á su genio. Desde el solo punto de vista intelectual, fué un espíritu potente, un investigador y un trabajador infatigable. La filosofía fué arrancada por sus manos de las fórmulas de la Escolástica y plegada al estudio de la realidad misma. Hizo una clasificación grandiosa de los conocimientos humanos, y si no fué verdaderamente, como pretendió, inventor de un método nuevo, no puede negarse que haya contribuído mucho á hacer comprender cuán maravilloso instrumento de investigación es la inducción.

---

(1) Hombre de un carácter raro, concentrado, desigual, melancólico, con accesos de alegría ruidosa, hizo de estas contradicciones de su naturaleza mental el asunto de una obra de análisis muy singular: *Anatomy of melancholy, by Democritus junior* (1621, en 4.°). Los arranques originales están allí mezclados con muchas citas á las que sirven de unión. Sterne y Swift se han inspirado en Burton.

Bacon había iniciado el género tan particular á la literatura inglesa del ensayo en prosa. Después de un intervalo aproximado de medio siglo, se vieron surgir escritores que dieron á la forma de disertación humorística todo su valor por el brillo, ó lo imprevisto de las imágenes, el movimiento, la rapidez del pensamiento, la audacia brusca de las conclusiones. No están lejos Addison y Ricardo Steele, que elevaron el genio de la polémica.

El siglo de la reina Ana ha comenzado. Ha de ser la era clásica de la literatura inglesa, con los hábitos de dignidad, de costumbres y de elegancia que le serán propias. Desde este momento, Inglaterra se ha colocado en el primer lugar entre las naciones, por su prosperidad interior, por su influjo en Europa, por sus artes y su literatura.

§ 4.

Los tiempos habían sido mucho menos favorables á la cultura italiana.

La Italia del siglo XVII no es, en realidad, más que una nación decaída. ¿Se había agotado momentáneamente la savia de su genio por una producción demasiado activa y superabundante? Parece que se penetra ahora en una atmósfera ahogada, en que no circulan ya los olores vivificantes, inspiradores de tantas obras maestras. La lengua se altera, se enerva. Se ven volver por todos lados los madrigales, la *conceptuosidad*, las agudezas y las imágenes alambicadas. A Guarini, que había inaugurado el género culterano y amanerado, al «ilustre caballero» Marini, de que hablamos hace poco, y que rivalizó ventajosamente con los culteranos españoles en profusión de brillantes falsos (1), han sucedido torpes amplificadores. Se distinguen bien todavía los talentos dig-

---

(1) Véase Francesco de Sanctis, *Storia della Letteratura italiana*, t. II; Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II.

nos de estima; los hay que hasta merecen admiración. Chiabrera, Guidi, Filicaja, tratan de elevarse por encima del mal gusto que invade sus facultades líricas; Salvator Rosa, Boccalini, despliegan en la sátira numen é ingenio; Alejandro Tassoni encuentra en el género festivo, que fué querido de Berni, los elementos de una obra maestra. Pero estos elementos parecen muy reducidos ó dispersos, cuando se les ampara con la medianía de los autores que abundan, esterilizando los temas que sacan de la imitación francesa. Las obras vigorosas son en su mayor parte especiales; en ellas se trata de filosofía, de ciencias, y muchas veces en latín. La gloria mejor está en los Galileo, los Cassini, los Torricelli.

España, en su decadencia política, á pesar de la pesadez morbosa que reina en el palacio de sus monjes coronados, á pesar de la acción deletérea de su teocracia, á pesar de la miseria que la devora hasta los huesos (1) y la angustia general de su pueblo, ha conservado literariamente más savia y fuerza que Italia, poniendo en circulación, durante los siglos XVII y XVIII, enorme masa de asuntos y de situaciones dramáticas y novelescas.

Si es verdad que el drama es la expresión literaria más fiel del estado social, no habría nunca prueba que lo demuestre más que la España de entonces. La nación española se mostró siempre muy amante de los espectáculos. El teatro es, en el siglo XVII, su pasión soberana. Y el drama religioso es lo que busca sobre todo el espíritu y la vista de la multitud. A este pueblo crédulo, de una fe sencilla y sin doctrina, que la ciencia molesta, que la crítica irrita, que prefiere con mucho una leyenda á un razonamiento, un milagro de Nuestra Señora del Pilar ó de San Isidro á un descubrimiento, eran precisos en la escena, efectivamente, muchos «milagros». Los «autos» le presentaron tantos como quiso ver: cielos

---

(1) «El oro de América, ha escrito uno de sus historiadores, no hacía más que atravesar España para ir á enriquecer á las otras naciones.»

entreabiertos, sol de gloria y de amor alumbrando á los elegidos, sobrenaturales apariciones. Una multitud de composiciones religiosas, bastante análogas á los Misterios franceses, bajo el patronato de la Virgen auxiliadora, de los santos ó patronos bienaventurados de las diferentes ciudades, entusiasmaban la imaginación popular, feroces para el hereje, inexorables con los infieles, con los cismáticos, pero de una moral enteramente indulgente para el común de los pecadores y los criminales activos. Una intensa instrucción teológica había preparado á los autores—clérigos, sacerdotes en general,—para exaltar dramáticamente los méritos de la Iglesia, de sus defensores y de sus mártires. La materia era de una riqueza infinita. La composición no exigía unidad alguna en cuanto al plan, y sólo imponía una lógica sumaria en el desarrollo de los caracteres. Estos productores no paraban mientes en multiplicar las transformaciones escénicas, para mayor contento de un pueblo, que conservó siempre, bajo su devoción cristiana, una especie de paganismo instintivo.

Algunos, entre ellos, no limitaban á poner en escena *autos sacramentales* sus facultades creadoras. Los mejor dotados pidieron al drama humano el secreto de las emociones profundas y lo imprevisto, que sobrecogen el corazón y el espíritu; á la comedia, la variedad de las situaciones, el ingenioso enredo de las intrigas y la alegría natural, que provoca la risa.

Calderón acababa de nacer á la celebridad y ocupa el puesto dominante en el teatro. Sus obras, en que se reflejan, inconscientemente, tintes del genio oriental, abrazan todo, desde la viva intriga amorosa y caballeresca, hasta la pasión más sombría. Una de sus comedias es un idilio delicado de aspecto ligero, enteramente aéreo. Otro, por el contrario, de sus dramas será de una energía feroz, con diálogo crudo, refrenado, de efectos sorprendentes. Su espíritu observador realza con pensamiento filosófico la forma novelesca; y su talento profundo, su inspiración vigorosa, afinan, amoldan á

las bellezas cambiantes del arte las ideas y los principios tenaces que abundaron en todo tiempo en los corazones españoles. Pertenece, por la duradera impresión de estas cualidades, al presente y al porvenir.

Concurrentemente ó pocos años antes que él, con recursos desiguales, sus émulos Lope de Vega, Juan Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, Guillén de Castro, tendieron á la realización de una misma labor, hacer del teatro rudo y vacilante de Naharro y de Rueda, la individualidad literaria tan original y característica que representa el drama español. Tirso de Molina viene en primera línea después de Calderón y Lope de Vega, sino aún después del genial Alarcón, cuyo injusto destino fué no ser comprendido y admirado hasta doscientos años después de muerto. Sus dramas son extraños y desarreglados, pero vivos, espirituales y de una gran fuerza cómica, cuando la bufonería no es en ellos demasiado pesada ni baja. No comprende, por otra parte, el teatro sino para placer del oído y de la vista; no busca en él otra cosa que pretextos varios de poesía. La concepción dramática de Lope de Vega es de otro modo amplia. Se preocupa de la verdad moral y de la psicología, tanto al menos como le permitía fijarse en ello la fabulosa rapidez de sus improvisaciones. Encierra en el desorden de sus concepciones escenas admirables. Su poesía, más abundante que la de Tirso de Molina, abre al pensamiento profundidades repentinas.

La imaginación española no se concentraba enteramente en las obras teatrales. Talentos felices brillaban en otras esferas del pensamiento. El clásico narrador Antonio de Solís parecía haber tomado la pluma de manos de Mariana. Daba á la historia todo el atractivo de la novela. Los cronistas, los escritores políticos, abundaban; no eran inferiores en número más que á los casuistas. Escobar y su escuela, grandes «absolvedores» de los casos de conciencia, no tenían rivales en el modo hábil de poner de acuerdo los intereses del mundo y las exigencias del culto, ó hacer casi legítimas y defendibles, á fuerza de interpretaciones sutiles y de argucias, máximas te-

rriblemente elásticas acerca del arte de conservar apariencias de bien, haciendo el mal. Y á la par con el sofisma teológico, crecían las libertades del genio picaresco.

En el siglo último, Hurtado de Mendoza y su contemporáneo Mateo Alemán habían originado, el uno con una obra maestra de estilo humorístico, *El Lazarillo de Tormes* (1553), el otro con un relato muy festivo, que se sospecha ser un poco su autobiografía, las *Aventuras del pícaro Guzmán de Alfarache* (1599), toda una literatura especial, dedicada á la representación de los tipos populares de la Península. El género picaresco había permanecido muy en boga. Porque él sólo correspondía demasiado bien al estado social del momento, producto combinado de la exaltación del espíritu aventurero, de la hipocresía frailuna y de los hábitos de pereza que invadieran á todas las clases. Una gran miseria profunda reinaba en este país de riquezas, que había llegado á ser el del hambre. Ya no había botín que repartirse, como á la vuelta de las expediciones de América. Las fiebres de ambición venían apartando hacía tiempo del trabajo á los hidalgos y á los rasgueadores de guitarra. Había que vivir, sin embargo. Para ello las gentes se entregaban á los golpes de fortuna, á los expedientes, á los rasgos de ingenio. El favor y la intriga dominaban en todas partes. Aventureros de alto ó de bajo vuelo, hidalgos de escasa fortuna, alguaciles, bohemios, cortesanas, estudiantes, lacayos agudos y ladrones de bolsas, rufianes, bravucones de toda especie, escribanos y procuradores, ó mendigos, no vivían más que de engaños y artimañas. Tales eran las gentes y las costumbres que tenían que pintar al natural los que con ellas se codeaban á cada paso, en las grandes ciudades de España. Fué un filón precioso, inagotable, para narradores como Pérez de León, Vicente Espinel, Rojas, Guevara, Santos y Quevedo.

Hay que colocar aparte, entre ellos, el nombre del universal Quevedo.

Con su saber extraordinario y el ardor de su imaginación, es una de las glorias más singulares, en su diversidad,

de la tierra castellana. Embajador y diplomático, amigo y favorito del duque de Osuna, mezclado en todos los grandes asuntos de su tiempo, sucesivamente objeto de distinciones muy elevadas y de caídas muy crueles, había inaugurado por el brillo literario una vida llena de agitación. Y en los descansos de una existencia tan agitada encontró tiempo de concebir por escrito estudios históricos, novelas, lecciones de moral, poesías humorísticas, la mayor parte de las cuales se han perdido. Sus dotes satíricas, la viveza con que se constituyó defensor del buen sentido y de la razón contra la invasión del mal gusto, su vena burlona, su ironía fina, acerada, ardiente, permiten clasificarle en la serie de los grandes satíricos: Aristofanes, Luciano, Rabelais, Swift, Daniel Defoë.

§ 5.

No se pensaría de primera intención en Holanda en esta ojeada á vuelo de pájaro de las letras europeas. Invoca también, sin embargo, un pasado glorioso. El siglo XVII fué para la nación holandesa, como para Inglaterra y Francia, la época del más hermoso desarrollo intelectual. La república de los Países Bajos llegó al máximo de su grandeza política y moral.

Triunfante de la naturaleza y de los hombres, este pequeño pueblo de pescadores y de mercaderes, á costa de luchas seculares, había por fin conquistado su propio territorio, sujetado las corrientes, puesto diques al mar, desecado los lagos, vencido los elementos, arrojado á los invasores, salvado su independencia religiosa y nacional, llevado hasta los confines del mundo la gloria de su marina. El pabellón de Orange flotaba en Java, en Sumatra, en el Indostán, en Ceilán, en la Nueva Zelanda, en el Japón, en el Brasil, desde la Guyana al Cabo de Buena Esperanza. En la extensión de los mares, los Ruyter, Tromp, Piet-Heim, los Opdam hacían respetar los colores bátavos; y en el continente, Holanda

osaba desafiar á los ejércitos reunidos de Luis XIV y de Carlos I. En las negociaciones europeas, el nombre de su gran pensionario Juan de Witt se contaba entre los de los soberanos más orgullosos de sus coronas. Pero no era solamente una potencia de primer orden; tenía también la honra de ser el refugio de las libertades proscritas y la patria adoptiva de las ciencias. Cuando los católicos de Inglaterra, perseguidos, buscaban en Francia el derecho á vivir y pensar como patriotas, los protestantes, alejados de Francia por la intolerancia de Luis XIV y de sus consejeros, íbanse en muchedumbre á la Holanda hospitalaria, que Bayle llamó «el arca santa de los refugiados». De las prensas de Amsterdam y de Rotterdam salían una multitud de escritos, cuya aparición no hubiera sido posible en tierras de servidumbre religiosa ó política.

En el siglo anterior, la predicación de la Reforma había hecho correr mares de controversias, á las que se apropiaba más bien el uso del latín. Paralelamente, la educación clásica, organizada sobre fuertes bases por los jesuitas, preparaba estas generaciones sabias de teólogos, de filólogos, de traductores y de eruditos, de que se enorgullece con justo título la ejecutoria de los Países Bajos (1). Ahora, ingeniosos latinistas encantan á los fervientes de la antigüedad con sus imitaciones de Virgilio y de Horacio. Otros, á ejemplo del francés Jacques de Thou, escriben con palabras de Tito Livio obras de historia considerables. Grocio, Bolandos, Jansenio, obtienen ó se preparan una vasta reputación con sus escritos jurídicos y teológicos. Espinosa elabora en el silencio y la pobreza su sistema famoso de panteismo idealista (2), en

(1) Ejemplo Erasmo, los Everardi, Dusa, Justo Lipsio.

(2) Las doctrinas de Espinosa no fueron plenamente conocidas hasta después de su muerte, por la publicación de sus trabajos, la mayor parte póstumos. La *Etica*, su obra capital, expone todo el sistema de este gran razonador geométrico, precursor del materialismo moderno. El «spinozismo» no tuvo nunca muchos partidarios en Francia; no ocurrió lo mismo en

tanto que los espíritus cultos piden á la lengua sagrada de Roma modelos que seguir para llegar á la celebridad.

No contenta con haber llegado á ser, como decíamos hace un momento, por el privilegio de su estado social, el arca de salvación de la libertad europea, Holanda se gloriaba de haber servido de retiro á las musas latinas. Le agradaba admirar en el universal Grocio, verdadero fundador del derecho público moderno, la elevación de un Lucano y la profundidad de un Séneca; en Heinsio, la hermosa forma de verso que distinguió á Virgilio, ó reconocer en Heinsio el hijo, encantos del estilo de Ovidio, y en Bræckius también una feliz copia de Propercio. En las mismas esferas Flandes solicitaba la honra de ser su rival. Los *Idilios* de Guillermo Becan, por ejemplo, pasaban allí por un modelo de la ingenuidad ingeniosa que constituye el carácter del poema bucólico.

No por esto, el idioma nacional era en modo alguno sacrificado. Almas patrióticas, enteramente impregnadas del sentimiento de los antepasados, velaban por su conservación y lo preservaban de decaer (1). Vondel, Cats, Hooft, eran la honra del Parnaso holandés (2).

Uno de los principales creadores de la poesía y de la len-

Alemania, donde los fisiólogos han tomado de él su teoría de la vida universal, los historiadores su ley fatal de la historia, los filósofos el presentimiento de lo que ellos llaman la filosofía verdadera del porvenir.

(1) Anteriormente Cornhert, Van Breederode, Marnix de Sainte-Aldegonde, Pedro Dathenus, Lorenzo Spieghel, Rœmer Visscher y sus dos hijas Ana y María, habían unido sus esfuerzos á fin de reobrar contra las tendencias exclusivas de los literatos y de los humanistas del siglo XVI, y crear una tradición á la poesía holandesa.

(2) Alrededor de estos tres jefes se agrupaban honrosamente Jacob Westerbaan, Constantino Huyghens, el padre del famoso matemático, Phil. Zweerts, Juan Antonides, Lucas Rotgans, Samuel Coster, Gerardo Brandt, el excelente historiador francés Clarsen y el médico viajero Dapper.

gua nerlandesa, Vondel, había adquirido la primacía sobre todos los poetas de su país. Antes que Milton, se inspiró para una obra maestra trágica, *Lucifer*, en el tema grandioso que constituye el asunto mismo del *Paraíso perdido*, la caída de Satanás, la lucha del cielo contra el infierno. Se admiraba en Corneille Hooft menos al poeta que al historiador, por la energía, la solemnidad un poco tiesa, la concisión, la gravedad, que hacían de él el Tácito de Holanda. Por el contrario, Cats era el escritor popular por excelencia. Escritas con una sencillez ingenua, las obras de Jacobo Cats han quedado, como en otro tiempo, la segunda Biblia del pueblo holandés, el manual para todos de la vida honrada y pacífica; y cada año todavía, para honrar la memoria de Vondel, se pone de nuevo en escena el drama nacional *Gyobrecht van Almstel*, con el cual el viejo trágico inauguró el teatro de Amsterdam, en 1637.

§ 6.

Si volvemos ahora la vista á Alemania, no reconocemos allí este estado floreciente.

Las divisiones intestinas que empezaron á debilitar este país desde la segunda mitad del siglo anterior, luego las miserias inauditas de la Guerra de Treinta años, más tarde el fraccionamiento infinito de los Estados y de la autoridad, que de él resultó, antes de ser el punto de partida de una grande y dolorosa evolución social, habían producido consecuencias deplorables. Ya no hay Imperio, si no es un Imperio nominal y sin fuerza; no hay vida nacional común y conciencia patriótica. Un particularismo estrecho separaba, como otros tantos feudos rivales, los dominios de este nuevo feudalismo. No había quedado de la antigua Alemania, de sus instituciones y de su fuerza, más que «la anarquía constituída» de que habla Hegel, en que se ahogaban sentimientos, ideas, inspiraciones. El desorden estaba en todas partes, con-

fundiendo la lengua y la literatura, tanto como el estado social y político.

Ningún país de Europa, en época alguna, tuvo que sufrir una serie tan prolongada de desventuras. Estas calamidades excedieron á aquellas que antes había tenido que sufrir Germania cuando las grandes invasiones ó cuando se encarnizaron terribles epidemias de peste.

Territorios amplios se mostraban, poco antes, admirablemente cultivados; prosperaban ciudades, en que la industria y el comercio estaban en pleno desarrollo; millares de aldeas se desarrollaban al aliento y con el amor de las tradiciones nacionales. La servidumbre no se extendía por doquier como una plaga, sino que prometía, por el contrario, desaparecer. «Pasado el huracán, habrá la desolación de un caos; las plantas parásitas sofocarán lo que haya sembrado el hombre; éste disputará á las fieras su matorral, su campo, su abrigo» (1). Al salir de la Guerra de Treinta años, Alemania habrá perdido las tres cuartas partes de su población, los cuatro quintos de su fortuna. Le será necesario el esfuerzo de más de dos siglos para volver á formarse.

La Reforma, tan incompleta todavía por exclusiva que se hubiera mostrado su acción, había impreso una viva energía á las facultades de combate de la razón. A principios del siglo XVII las imprentas entregaban al público numerosos productos literarios bautizados con los nombres de relaciones, *avisos*, correos, folletos, libelos, y por desgracia también, demasiados sermones, tesis, controversias, argumentando y disputando sobre naderías. El arte era flojo en todo esto, pero de aquí resultaba una actividad real, una tendencia ya provechosa en la literatura no teológica, á esparcir en el exterior novedades é ideas. Cada cual adquiría conciencia de sus intereses particulares y de los generales. Las hojas volantes se propagaban rápidamente, produciendo un movimiento de

---

(1) Gustavo Feytag. *Tableaux du passé germanique;* la Guerra de Treinta años.

negocios desconocido hasta entonces, y que no se había podido prever. Las conciencias se conmovían, se inflamaban en favor de un personaje ó de una causa; el periodismo moderno era anticipado. Entre tantas angustias y bajo el hundimiento del crédito público, este generoso ardor desapareció. La guerra había endurecido los corazones por lo que respecta á las miserias ajenas, y en cuanto á las propias se permanecía sumergido en frío entorpecimiento. Una especie de desafecto general ganó los espíritus con respecto á causas ó asuntos que eran todavía dignos de ocuparlos; hubo en todos un apartamiento casi completo para las cuestiones vitales, cuando se agitaban del modo más ardiente las rivalidades confesionales, cuando se multiplicaban las disputas ociosas de los teólogos, ó se ofrecían casi únicamente á la Alemania destrozada, para sostenerla, consolarla, fortalecerla, las alucinaciones del pietismo, que desde las incitaciones primitivamente caritativas de Jacobo Spencer, iban deformándose hasta las peores extravagancias de un puritanismo seco y fanático.

Durante esta sombría fase de su historia, el genio de Alemania se ha oscurecido profundamente. El eclipse es absoluto, ó poco menos. Hemos entrado en el desierto del siglo XVII. «Es el triste siglo XVII, de que se queja Vilmar, el siglo alemán-francés de los *Deutschefranzosenthum*, enteramente sujeto á las modas extranjeras. ¡Extraña mescolanza de imitaciones, mezcla viciosa del gusto romano y del «espíritu galo», del anglo-sajón y del tudesco!»

Tantos soldados hollaron el suelo de Alemania, introduciendo con ellos, no sólo los usos de su país, sino las particuaridades de sus idiomas, que el habla alemana se había encontrado de pronto sumergida por una afluencia de palabras latinas, italianas, españolas y, sobre todo, francesas. «Si el francés, el celta, el romano, quisieran tomar las palabras que les corresponden, exclamaba entonces el poeta Neumark, ¿cuánto alemán restaría? ¡Y cuán desnuda y fea quedaría este ave despojada de las plumas extranjeras!» Es que verdaderamente, efecto de este desbordamiento de con-

tribuciones cosmopolitas, había quedado más pobre que enriquecido. Escritos satíricos, obras de polémica religiosa y la famosa novela de Grimmelshausen, *Simplicissimus*, muy ingeniosa imitación de los relatos picarescos de Mendoza y de Quevedo, le conservan solamente alguna vitalidad. Hombres de un vasto talento, Leibnitz, el espíritu más enciclopédico que había pasado por el mundo desde Aristóteles, y Pufendorf, el continuador de Grocio, removían las grandes cuestiones filosóficas y sociales; pero el alemán no era en modo alguno el idioma de sus libros (1); el francés y el latín recibían para hacerlos comprensibles á todos los sabios de Europa, sus ideas y sus trabajos.

En las innumerables cortes pequeñas de príncipes, duques, electores, que los tratados de Westfalia han establecido, reconocido ó impuesto, se cultiva el canto italiano, el baile, la poesía ligera, los cuentos, la tragedia, la comedia de salón; se copia hasta el furor los hábitos y la lengua francesa; pero abajo las costumbres han conservado una rudeza bien germánica; y la vida de sociedad, por su desarrollo tan tardío, deja á la nación alemana muy detrás de los otros pueblos, excepto los moscovitas.

§ 7.

Por lo demás, la mayor parte de las grandes naciones europeas, abstracción hecha de sus divergencias políticas, se hallaban siguiendo la misma línea intelectual, la imitación de Francia impuesta por la admiración que inspiraba la majestad de Luis XIV, el espectáculo de su corte y las obras maestras multiplicadas en su reinado. La paz de Nimega fué el zénit de la grandeza militar de esta monarquía. Es el apogeo de un astro. Subir más alto no era posible. El siglo había

---

(1) Notemos, sin embargo, que obras en alemán de Leibnitz, por mucho tiempo en la sombra, han sido publicadas en Berlín, en 1838 y 1840, por Guhrauer.

concebido con una profusión sin semejante todo lo que llevaba consigo su fecundidad primera. Lenta, majestuosamente, esta fecundidad declinó hacia su final. Al mismo tiempo que se derrumbaba el imperio de Carlos V, el reinado de Luis XIV, sus glorias y sus reveses, su fortuna inestable y sus obras inmortales, entraban en el pasado, en la historia.

Antes de dejar de existir, el siglo XVII había legado á su sucesor, por una especie de facultad latente y misteriosa, una misión que cumplir, un ideal que realizar. La resolución de crear una sociedad mejor, desprendiéndose, por las solas fuerzas de la razón, de la opresión de los prejuicios, flotaba oscuramente en los espíritus. El relajamiento de las reglas de la antigua jerarquía, la novela de las diferentes condiciones sociales bajo una autoridad única, la omnipotencia del rey, habían preparado de lejos y por una consecuencia indirecta las inteligencias para vislumbrar el sentimiento amplio de la igualdad de los espíritus y de las conciencias, fuera de las distinciones casuales.

No obstante, esta necesidad, ó si se quiere estas veleidades de una justificación más equitativa de las leyes de la naturaleza y del papel del hombre, que debía ser el título de honor, la expresión misma del período enciclopédico, fueron bastantes lentas en manifestarse.

CAPÍTULO XVI

Comienzos inciertos del período filosófico.—Carácter de independencia que comienza á revestir la literatura.—Los enciclopedistas franceses.—Voltaire, Juan Jacobo Rousseau, Diderot.—Comercio de ideas entre los pueblos, y particularmente entre Inglaterra y Francia.—Hegemonía literaria de esta última hasta las proximidades de 1789.

§ 1.

El siglo XVIII francés no tuvo al nacer el vigor de sus predecesores. Enfadosos reveses se habían abatido sobre su cuna. Se anunciaba al mundo inquieto y enfermizo. La sombra imponente del pasado entristecía é intimidaba al presente. Cuando la desaparición de Luis XIV hubo arrastrado el fantasma de una monarquía caduca, escapó de pronto en la embriaguez de la Regencia. Y las obras reflejaban sus costumbres; el gusto sufrió notables alteraciones; la lengua degeneró de la finura y de la distinción de otro tiempo.

Los grandes escritores de la víspera no habían dejado herederos inmediatos. Los nombres de Voltaire, de Montesquieu, de Juan Jacobo Rousseau, de Diderot, de Buffon, iban á producirse, á afirmarse. De su serenidad majestuosa las letras no habían conservado más que una especie de corrección incolora, y lo mejor de ellas mismas era un resto del pasado.

Juan Jacobo Rousseau pertenece al siglo XVII tanto como al XVIII; Boileau le designó para ser su heredero en la Academia francesa. D'Aguesseau, Rollón, Lesage, Fleury, Vertot y el extraordinario Saint-Simon, el único que con-

servaba, en el momento en que la literatura declina y se oscurece, los acentos varoniles y vigorosos de un Corneille con la violencia de un d'Aubigné, son como los supervivientes de otra edad (1). Parecen aislados entre las generaciones que se levantan.

Una nueva escuela aspira á dirigir las almas. Fontenelle, espíritu flexible, ingenioso y variado, al cual faltó siempre la naturalidad; Terrasson, La Motte, bosquejan una vaga poética, tendiendo á substituir á lo simple y á lo grande el gusto de lo raro, de lo rebuscado, de lo inesperado. Pero esta escuela no despide más que un resplandor muy pálido, y su acción es de las más restringidas.

Del pensamiento filosófico es de donde saldrá verdaderamente el despertar de las inteligencias. Los ensueños de la época naciente, hemos dicho, eran todavía inconstantes. Agitada por pasiones á la vez ardientes y confusas, mantenida por las instituciones reinantes en un orden de cosas contrario á sus íntimas aspiraciones, oscilaba sin fijeza entre las sujeciones del presente y los problemas del porvenir. Finalmente, tuvo conciencia de sus destinos. La filosofía ensayó sus fuerzas, luego se extendió á todo.

A través de las clausuras monárquicas y religiosas, humillándose siempre voluntariamente ante la doble autoridad del cristianismo y de la antigüedad, el siglo XVII había entrevisto los derechos inalienables de la razón y de la conciencia individual. «Pienso, luego existo», había afirmado Descartes. «Toda la dignidad del hombre está en el pensamiento», repitió Pascal. Espíritus superiores, profundos analizadores, se habían encargado de aplicar estas máximas á la

(1) Conviene observar que el influjo de Saint-Simon no fué sensible sobre los contemporáneos, que no podía serlo, no habiendo de publicarse sus Memorias sino mucho tiempo después de su muerte, en 1824. Las tres cuartas partes de su vida trascurrieron en el siglo XVIII. Por el giro de las ideas y la forma del lenguaje pertenece más bien al XVII.

psicología humana. El siglo XVIII, alternativamente irónico y entusiasta, extendió á la sociedad lo que el XVII había descubierto para el individuo. Proclamó que la razón, la justicia y la verdad deben no solamente hablar á la conciencia del hombre, sino existir y obrar entre los hombres. Se asignó como tarea y como fin la renovación interior de los principios de la sociedad. La verdad moral había sido explorada, escudriñada hasta sus últimas profundidades, en tiempo de los Bourdaloue y los La Bruyère. Correspondía ahora á las investigaciones de la verdad social excitar los estudios y satisfacer las ambiciones de los pensadores. Algunos aún iban á hacer más, á reunir estrechamente las dos cuestiones, moral y social, á riesgo de obtener de ellas, por un acuerdo muchas veces peligroso, más de una paradoja y más de un sofisma.

Remontando vigorosamente á la fuente de todo progreso, es decir, á la triple creencia en la perfectibilidad del hombre, en sus derechos innatos, en su justicia inmanente, calurosos teóricos se dedicaron á defender, en una forma de estilo, en ocasiones conmovedora, muchas veces declamatoria, la liberación de los espíritus. Al mismo tiempo que restablecían la dignidad del sentimiento individual, habituaron á los ánimos á desprenderse de un ideal estrecho, exclusivo y restringido á las fronteras de un solo país, de un solo pueblo; le acostumbraron á familiarizarse con las amplias concepciones de un ideal humano. La idea de humanidad dominó toda la literatura francesa, y por consiguiente, toda la literatura europea del siglo XVIII.

Esta literatura empezaba á revestir en la persona misma de los autores un carácter de independencia que no había nunca conocido. Sostenido por el engrandecimiento de un poder nacido la víspera: la opinión pública, el escritor, el pensador, se apoderó de una autoridad moral extraordinaria. Esparcía á oleadas los atrevimientos filosóficos y sociales; rigiendo, dominando en los consejos de la aristocracia, al mismo tiempo que atrayéndose así las esperanzas de los pueblos.

Pero un hombre está allí, Voltaire, que en su devoradora

universalidad, encarna en sí las innumerables tendencias agresivas y escépticas de la época. Razona, discute, justamente ó no, con pasión, violencia, burla ó verdad, de todos los asuntos que pueden poner en movimiento el afán de saber de la inteligencia. Arrastra en pos de él un ejército de innovadores. Todas las formas del pensamiento se recobran una á una; y en todas partes, en la física, la metafísica, la moral, la lógica, la historia, penetra el espíritu de examen, llegando á ser forzosamente también el espíritu de negación y de ruina.

Al contrario de los hombres de ciencia de los siglos XVI y XVII, que le habían abierto el camino, pero que al resolver, á pesar de la Iglesia, los grandes problemas que ésta pretendía cerrados al hombre de un modo irrevocable, no habían tenido más que un influjo indirecto sobre la teología, los nuevos filósofos minaron audazmente los principios considerados como la base misma intelectual de las creencias.

§ 2.

Á decir la verdad de las cosas, sería preciso que todos los espíritus no estuvieran ocupados más que de estas cuestiones graves. Si el siglo se mostraba razonador, se le veía, en cuanto á las costumbres, mundano, disipado, galante en extremo. La novela, la comedia, el cuento frívolo, la linda bagatela en verso y en prosa, no descansaban al servicio de los espíritus ociosos. El influjo femenino guiaba, gobernaba los salones (1) y la sociedad. Disponía del favor y del éxito.

---

(1) Las reuniones literarias, los centros del ingenio que presidían Mmes. de Lambert, du Deffand, Geoffrin, Lespinasse y d'Houdetot, eran verdaderos seminarios de académicos. Mme. de Prie tuvo bastante poder para hacer una reina de Francia, y Mme. de Tencin para hacer nombrar cardenales y embajadores.

¿Cómo hubiera permitido que la imaginación del día no hiciera sacrificios á las gracias ligeras, en que triunfa su ascendiente? La complacencia de ciertos autores carecía de límites en jugar ingeniosamente con el sentimiento. Marivaux no tenía rival en el análisis, llevado todo lo lejos posible, de las delicadezas del corazón. Su tema favorito, el estudio de la mujer y de sus curiosidades, le hacía descubrir, entre finuras excesivas y pláticas demasiado alambicadas, matices desconocidos de la coquetería y del amor, de que todas se maravillaban. El tierno abate Prevost encontraba el secreto de agradar á sus contemporáneas, sin establecer grandes innovaciones en el modo, pero lo bastante, sin embargo, para formar un género aparte de novelas agradables y conmovedoras. En cuanto á Crebillón hijo, el primero en fecha de los *novelistas corruptores*, se sabe que hizo por mucho tiempo la delicia de la juventud de ambos sexos con sus *Extravíos*. La sensibilidad sobre todo, sin perjuicio del placer, estaba muy á la moda. Se vertieron muchas lágrimas en la literatura imaginativa de esta época, fácil y voluptuosa. Pero de este modo es como se pasaba muy naturalmente de la efusión sentimental á las consideraciones de razón, de la distracción mundana á la idea de utilidad, de la observación psicológica á la social. La novela misma se había hecho filosófica. La historia, más todavía. En realidad, el filosofismo lo invadió y cubrió todo.

Cuando la propaganda enciclopédica y la acción volteriana habían tomado á cargo remover las conciencias ahogadas bajo el régimen del alegre placer, el pensamiento estaba lejos de ser libre. Tantas obras mutiladas por la censura, ó si venían de fuera, detenidas, suprimidas en la frontera,... la violación del secreto de la correspondencia erigida en razón de Estado,... el teatro entregado al poder de un gentilhombre de cámara,... eran pruebas suficientes de la falta de libertad. Así se vivía, se sufrían tales sujeciones, cuando se entabló la lucha de las ideas contra los abusos de la tradición.

Prodigiosamente se extendió el influjo de un Voltaire, de un Diderot, de un Juan Jacobo Rousseau.

Por sus buenas cualidades, como por sus defectos, su numen, su movilidad, su infatigable curiosidad, su universal inteligencia, sus seducciones, sus contradicciones, por su luminoso buen sentido, imponiendo á su alrededor la evidencia como la autoridad suprema, por la seducción misma de sus errores, jamás hubo otro mejor dotado que Voltaire para dominar su siglo.

Nadie podía tampoco adaptarse mejor á las pasiones agitadoras de este mismo período histórico que Diderot. Sabio é inspirado crítico, narrador, novelista, dramaturgo, el «pantófilo» Diderot es sobre todo un gran sembrador de ideas. Principal artífice de la *Enciclopedia*, es el centro de una escuela, el jefe reconocido de una literatura, el foco radiante de una inmensa actividad intelectual.

Voltaire y Diderot inflamaron los espíritus. J-J. Rousseau apasionaba las almas, y su influjo es á la vez el más profundo y el más lejano; dura todavía porque ha renovado el sentimiento de la naturaleza (1). J-J. Rousseau es el más memorable ejemplo de lo que puede, feliz ó perturbadora, la influencia moral de un solo hombre (2). Sorprendió y encan-

---

(1) Es preciso realzar también en este lugar y marcar en primera línea el ascendiente de Buffon, á quien sigue perteneciendo la gloria imperecedera de haber enseñado á sus contemporáneos la grandeza y la inmensidad de la naturaleza, y cuya huella profunda se encuentra, tanto como el influjo de Rousseau, en el estilo de Chateaubriand y de Lamartine.

(2) El influjo de Rousseau se ha hecho sentir en una multitud de escritores y de pensadores, franceses ó extranjeros, entre los que reconoceremos: Senancour, Chateaubriand, Mme. de Staël, Juan Pablo Richter, Karamzine, Wieland, Alfieri (como autor del libro de *La Tiranía*), Benjamín Constant, Lamennais, Jorge Sand, Michelet, Jorge Elliot, que exclamaba un día en un acceso de reconocimiento: «Rousseau es quien ha vivificado mi alma» y León Tolstoï. Por superior que le haya sido por el carácter el gran escritor ruso, se reconoce

tó á toda la segunda mitad del siglo XVIII. Ha seducido á nuestro tiempo por sus defectos tanto como por sus buenas cualidades. En nuestra literatura ha hecho brotar formas nuevas; á nuestras costumbres y en nuestras leyes ha hecho encarnar ideas de justicia y de igualdad. ¡Feliz si hubiera siempre evitado la paradoja sistemática, y si en la misma página no fuera preciso muchas veces admirarle, compadecerle y combatirle!

Las teorías liberales de estos tres grandes espíritus y de un Montesquieu, elaboradas en su origen primero entre los ingleses por los escritos de Bacon, de Newton y de Locke, de nuevo tomadas por ellos, popularizadas en Francia por su pluma, no se detendrán ya antes de haber dado la vuelta á Europa. Estas ideas de apariencias á veces divergentes, pero que rige una especie de inspiración común, irradian en todos sentidos; se propagan con una celeridad que previene todos los obstáculos; ganan terreno sin descanso con una fuerza de expansión que tiene algo de prodigiosa. Siguiendo los pasos de Voltaire y de Montesquieu, la libertad de examen, de comprobación, de discusión y de crítica, imponiéndose en la vida política, en las instituciones y en las leyes, ha entrado para no salir más en los hábitos y en las necesidades de la sociedad moderna. Y el idealismo sensible, que se ha apoderado simultáneamente de los corazones y de las fantasías, añade también sus atractivos á la verdad de las teorías. Los filósofos á lo Juan Jacobo, los adeptos del iluminismo alemán, los filadelfos ingleses y americanos, como los lógicos de la idea pura, dan todo al intelectualismo, al sentido metafísico de la justicia. El pensamiento francés ha llegado á ser el pensamiento del siglo.

Francia no ha ejercido en ningún período de su historia,

---

en Tolstoï notables afinidades con Rousseau. «El tiempo de Rousseau, de los Enciclopedistas, ha declarado Tolstoï, á quien apasionó siempre el siglo XVIII, he aquí el tiempo hermoso de la literatura francesa.»

desde la Edad Media, una autoridad comparable á la que le estuvo reservada entre los años 1750 y 1789.

§ 3.

En Alemania el ascendiente de que gozaba la lengua de Voltaire y de Rousseau era demasiado general para que no se abriera paso rápidamente. Ya en 1750, el francés que visitaba Berlín ó Postdam, podía creerse en París ó en Versalles. Aun cuando enteramente entusiasta del poder de su país, Federico II había concebido una especie de repugnancia contra la literatura alemana. «Se ha visto,—dice en son de queja Schiller,—se ha visto la poesía desdeñada por el más grande de los hijos de la patria, por Federico, alejarse del trono poderoso, que no la protegía.» No concebía interesarse más que por los libros venidos de París. Al restablecer la Sociedad real de Berlín, bajo la presidencia de Maupertuis, exigió que las memorias, en vez de ser compuestas en latín, según los reglamentos redactados en otro tiempo por Leibnitz, lo fueran en el idioma de Descartes, y formó en su capital una academia enteramente francesa.

Alemania entera se extremecía con la lectura de la *Nueva Eloisa* y del *Emilio*. Gracias á Rousseau, el sentimentalismo que reina en estos escritos había dado el tono á toda la sociedad culta y ganado el corazón de todas las mujeres alemanas. El romanticismo germánico se contagiará fuertemente de él.

En Rusia, Catalina II, que no olvidaba sus orígenes alemanes, no había podido quedar extraña á esta nueva corriente de opinión. Tomó á su cargo introducir entre los moscovitas una civilización á la cual pertenecía por su educación primera. Colocada entre dos elementos opuestos, que se disputaban en una literatura apenas salida de la infancia la dirección de los espíritus: el *occidentalismo*, lleno de celo por asimilarse los elementos extraños de la civilización, y el *eslavofilismo*, vagamente preocupado ya en la elaboración del

yo nacional, favorecía tan pronto á una como á otra; pero para dejar correr principalmente sus preferencias hacia sus panegiristas de Francia y de Alemania. Así ocurrió al menos, tanto que no percibió como una amenaza de incendio la propaganda de las ideas liberales que venían de fuera, porque el final de su reinado, es sabido, no debía parecerse gran cosa á los comienzos.

Sin sacrificar nada, por otra parte, de su autocracia en la realización de sus deseos imperiales, se la vió sostener la correspondencia más activa con los enciclopedistas, ensalzar su noble independencia, consagrar con sus elogios la soberanía intelectual de Voltaire, colmar á Diderot de sus beneficios, recomendar á los poetas de San Petersburgo la imitación de las obras francesas, predicar con el ejemplo, descansar de los cuidados del gobierno con los recreos del pensamiento, hilvanar ella misma comedias y tratados de educación. Las mujeres de la corte imitaban á su soberana, adornaban de ciencia su imaginación y se preciaban de alentar lindamente la actividad espiritual. Una de ellas, la princesa Daschkoff, amiga de Catalina, se honraba de tener oficina de ingenio á la francesa, y presidía las sesiones de la Academia (1).

En San Petersburgo el genio falta para fecundar este campo de imitaciones. El fondo es pobre. Se vive de prestado. El sentimiento no tiene mucha fuerza ni calor (2). Hubo

(1) Bajo la dirección de la princesa Daschkoff, fué compuesto el primer Diccionario ruso (1789-94, 6 vol.), y es indudable que ella tuvo en esta redacción una parte preponderante. (Véanse sus *Memorias*, escritas en inglés por Mistress Bradford, según el manuscrito que había ella dejado, y traducidas al francés por Alfredo des Essarts (París, 1859, 4 vol. en 18.°)

(2) Debemos notar, sin embargo, que desde entonces, temperamentos originales empezaban á revelarse. Von Vizine, cuyos modelos fueron el danés Holberg y el inglés Dryden, desplegaba en la comedia una vena áspera y franca para fustigar las frívolas y ridículas vanidades de las últimas clases de la nobleza. El lírico Petrof ponía fuego y audacia para celebrar los triunfos del favorito Gregori Orlof. El fabulista Kryloff iba á

16

más retórica que lirismo, por ejemplo, en un Derjavine, el cantor oficial de la «Semíramis del Norte.» Cuando trataba de llegar á ser el Racine de Rusia, Sumarokoff no aventajaba gran cosa el vuelo de un Campistron. Se hacía un abuso extremado de los versos cortos, de fárrago mitológico, madrigales extraños. Pero las fuerzas se ensayaban. Y era todavía un movimiento este esfuerzo de ciertos espíritus para medirse en su terreno con los maestros extranjeros; era todavia una voz este eco lejano del pensamiento ajeno en que pasaban por momentos, como al través de las sátiras de Sumarokov, notas más personales y más fuertes—el acento del terruño.

§ 4.

Inglaterra no se ha sometido tan fácilmente—lejos de ello,—á la hegemonía francesa, sobre todo desde que al período lírico de Prior y de Pope, ha sucedido el período fecundo de William Temple, Samuel Johnson, Daniel Defoé, Goldsmith, Swift y Fielding, Smollet y Sterne, todos prosistas de primer orden, mezclando los unos con mucha delicadeza el saber y la razón, los otros asociando con tanto éxito como diversidad la imaginación á la pintura de las costumbres reales, y todos creando tipos inolvidables. Inglaterra, decimos, ha dejado venir á ella las modas del país de Francia, ha reconocido de buen tono hablar su lengua, traducido, imitado á algunos de sus poetas; y en el «incomparable Diccionario de Pedro Bayle», precursor de Voltaire, la mayor parte de los

---

marcar con el sello de su raza el apólogo de La Fontaine. Karamzine, poeta, crítico, novelista—antes de unir su nombre á grandes obras históricas,—se preparaba á tomar la dirección de las letras. Discípulo apasionado de Rousseau, habiendo tomado de la escuela francesa el género de emoción y de sensibilidad que conmovía los corazones y los espíritus, se mostró á su tiempo enteramente designado para servir de intermediario entre los clásicos y los románticos.

escépticos ingleses no cesan de buscar y encontrar sus armas; pero un abismo separa á los escritores de las dos naciones. Inglaterra no ha sentido más que en la superficie la impresión de las artes clásicas. Adaptaciones pasajeras no la han impedido mantener su originalidad propia. Y además, se alaba, no sin motivo ni razones, de haber proporcionado la ayuda más conveniente al desarrollo de la filosofía francesa. ¿No dió Voltaire por alimento á su genio los escritos de Locke, de Pope, de Newton, el deismo de Bolingbroke, de Collins, de Woolston, de Toland, de Chesterfield, de Tindal y de Chable? Diderot traduce á Shaftesbury y se entusiasma con Richardson. A su vez no cesa de proclamar como sus consejeros ó sus maestros el autor de *Grandisson* ó el dramaturgo Lillo, Sterne ó Moore, Fielding ó Addison. Aún puede decirse que el gusto británico reinó entonces exageradamente en las regiones secundarias del arte y de la moda; y yendo aún más lejos, notar que si se pasara revista á la literatura francesa, desde Voltaire hasta nuestros días, siguiendo de cerca los cambios intelectuales que se operan de una orilla á otra, á cada paso se encontraría la marca inglesa (1). Sin embargo, el estudio de los escritores del otro lado del canal de la Mancha en el París del siglo XVIII, ha sido más bien obra de emancipación que trabajo de asimilación. Se percibe que procede sobre todo de un sentimiento, cuya fuerza iba en aumento de día en día; el deseo de naturalizar en Francia las instituciones y la libertad inglesas. Las ideas venidas de Londres ó de Oxford, han vuelto á pasar muy

---

(1) En el siglo XVIII, *Las cartas inglesas*, *Zaire*, *el Espíritu de las leyes;* en el XIX, *Mazzepa*, el teatro de Víctor Hugo, la *Oda á Byron*, el *Ultimo Canto de Childe Harold,* los *Cuentos de España*, *Namuna*, los *Yámbicos* de Barbier, nos dicen cuánto se ha penetrado Francia, en sus obras más francesas, de la inspiración inglesa. Véase James Darmesteter, *Etudes de littérature anglaise*; Leslie Stephen, *English thouht in the 18th Century.* Londres, segunda edición, 1881; Joseph Texte, *Etudes de littérature européenne*, 1898.

pronto el estrecho, adornadas, engrandecidas, transformadas. Montesquieu da vida á estas ideas, que ha recibido, por decirlo así, en el estado de fórmulas metafísicas, y recuerda, en cada línea, la naturaleza moral del hombre en medio de las abstracciones del espíritu. Voltaire inflama la fría incredulidad de los pensadores británicos. Así las dos corrientes se cruzan, alternan en un cambio continuo. Nunca Inglaterra ha mirado ni imitado más á Francia, ni Francia á Inglaterra. ¡Extraño destino respectivo de estos dos grandes pueblos, que no han cesado de odiarse y buscarse! A la vez enemigos y allegados, fueron colocados á la vista para atraerse y huirse sucesivamente, y para influir sin descanso el uno en el otro por vía de cambio ó de reacción! (1)

Aun cuando la literatura inglesa hubiera proporcionado una larga serie de poetas independientes, de dramaturgos, de historiadores, de filósofos, de ensayistas incomparables, que fueron objeto de la admiración europea, no pudo—más que las otras,—librarse de la importación de las ideas que llevaban el sello francés. «París es el centro de Europa», escribía el gran Edmundo Burke, el Cicerón inglés.

---

(1) Es que, efectivamente, el uno y el otro siempre han gravitado alrededor de las mismas preocupaciones esenciales del pensamiento. «La marcha de sus progresos, observa Buckle, en su admirable *Historia de la civilización inglesa,* es tan idéntica como la relación entre Montaigne y Descartes, es exactamente la misma que la que existe entre Hooker y Chillingworth, teniendo en cuenta la diferencia de opinión.

Cada uno de los escritores que hace un momento mencionábamos merecería fijar largamente la atención y el estudio. Al menos trataremos, al correr de la pluma, algunos rasgos de sus fisonomías tan diversas, empezando por el caballero Temple. En él hallamos un espíritu brillante, un diplomático hábil, un estadista, un filósofo alimentado en las doctrinas fáciles del epicureismo, y sobre todo un literato tan ingenioso como sabio. Crítico, moralista, novelista y poeta, Johnson nos presenta una figura menos amable. Sin embargo, ejerció una especie de dictadura sobre las letras de su tiempo, y á pesar de sus hábitos de rudeza é irregularidad, su exterior poco amable, su humor

§ 5.

Obligados á medias, ó por su plena voluntad, todos los países ceden á la corriente. Se dice que los españoles, los portugueses, los venecianos, hacen profesión de desdeñar á los demás pueblos y odiar á los franceses. No son los menos curiosos, sin embargo, para recoger hasta los más menudos ecos de este París que Grimm llama «el café de Europa». Se observa que los suizos, cuya gran época literaria ha sido el siglo XVIII, oponen una resistencia manifiesta á la dominación de la filosofía francesa, resistencia idealista y cristiana.

---

desapacible, que ocultaban, por otra parte, una naturaleza delicada y generosa, estuvo de moda en la alta sociedad de su tiempo. Su estilo amanerado, artificial, repleto de latinismos, no alcanzaba una especie de desenvoltura sino cuando reproducía con agrado, como en sus *Lives of the poets*, el tono de sus conversaciones familiares.

Padre del periodismo y verdadero creador de la ficción en Inglaterra, maestro de los novelistas Richardson y Fielding, tanto como de los ensayistas Steele y Addison, Defoe ha escrito cerca de doscientas diez obras, que una sola, popular en el mundo entero, ha hecho olvidar. ¿No es superfluo decir que la *Vida y Aventuras de Robinson Crusoe* no cesarán nunca de entusiasmar el corazón de a juventud?

Poeta encantador, crítico de gusto fino y delicado, autor de comedias llenas de naturalidad y de una alegría de buena ley, moralista amable, aunque severo, Oliverio Goldsmith, cuya vida desordenada no fué siempre la imagen de su literatura idealista, es uno de los escritores más originales de su patria.

El genio inglés no tiene representante más atractivo y odioso á la vez, que Jonatham Swift. Se debe sufrir su dominación sin amarle. Sus versos son de un gusto singular y casi inimitable, y su prosa personifica con una fuerza que no es posible definir las cualidades violentas de la raza sajona. La sensibilidad aguda, «el espíritu positivo y el orgullo», dice Taine, le han forjado un estilo único, de una vehemencia terrible, de una sangre fría abrumadora, templada con desprecio, odio y verdad». Posee *humor* en el más alto grado, y este estilo, en

Pero si el Oberland bernés se gloría de poseer un sabio y un pensador tal como Alberto de Haller; si Zurich cuenta en el número de sus hijos á un educador como Pestalozzi; si Schaffouse recoge el fruto de las luces y de los altos méritos del admirable Juan de Müller,—el más antiguo de los historiadores modernos;—si la Helvecia germánica cita también entre los suyos á un Bodmer, á un Sulzer, á un Lavater, Ginebra no puede desconocer que ha proporcionado á las letras de la nación vecina su más maravilloso instrumento de expansión europea, al darles á Juan Jacobo Rousseau. España está en pleno desfallecimiento moral; no ve otro reme-

---

que gesticula con tanta frecuencia lo grotesco doloroso, tiene perfección clásica.

Byron ha llamado á Fielding «el Homero en prosa de la naturaleza humana». Era, entre los ingleses, la primera obra de imaginación fundada en la imitación fiel de la naturaleza.

Smollet tenía, entre sus dotes privilegiadas, una dichosa flexibilidad de talento, que le permitía adaptar su estilo á casi todos los géneros. Historiador más animado que imparcial, más seductor que sólido, autor dramático de más inventiva que experiencia, poeta más apasionado que sensible, crítico más ardiente que justo (véase el hermoso estudio de Taine, en su *Historia de la literatura inglesa*, y el estudio de Walter Scott), encontró en la forma novelesca la mejor aplicación de sus facultades diversas: la oportunidad y la viveza de espíritu, un sentido pronto á percibir el lado ridículo, la abundancia de una alegría tan inagotable como los recursos de su imaginación, mucho discernimiento y finura...

Se ha dicho todo acerca de los méritos del autor de *Tristram Shandy* y del *Viaje Sentimental*, acerca de la finura de sus observaciones, sobre su conocimiento del corazón humano y los recursos de su imaginación, sobre los contrastes de este espíritu más ingenioso que eminente, sucesivamente afectado y verdadero, delicado y grosero, plagiario y original, sensual y sensible, cayendo en la trivialidad y de pronto, por transiciones sublimes, viniendo á recordar al lector su parentesco con Shakespeare. Laurence Sterne, á pesar de los yerros de su existencia privada y los errores morales de sus libros, ha quedado en primera línea de los escritores de Inglaterra.

dio á su debilidad que seguir el ejemplo de Meléndez Valdés y de Fernández de Moratín, afrancesando su literatura.

Italia, gobernada por príncipes medio franceses, no trata de escapar á las consecuencias de esta propaganda intelectual. No faltan en ella los talentos, sin embargo. Por el contrario, abundan, y en los géneros más varios. Son: Parini, entregando á la mofa de los hombres las extravagancias de la sociedad; Meli, que recuerda á Teócrito por el encanto de sus bucólicas; Varano, el poeta dantesco, ó Forteguerra, el continuador de Ariosto. En el teatro, el melodrama y la ópera no son únicos en atraer los favores del público. Metastasio, á quien la dulzura de sus versos ha hecho apellidar el Racine de Italia, combina á medida del deseo, para el placer de los sentidos, los efectos de la música y de la fantasía teatral. Carlos Gozzi, naturaleza original y creadora, ha reavivado, mediante invenciones inesperadas, la comedia languideciente. Y su rival Goldoni, le aventaja todavía en inspiración y en fecundidad.

Italia, decimos, no por eso se muestra menos hospitalaria al influjo de los autores franceses, ya se haga sentir más bien en los escritores políticos (Beccaria, Filangieri), enteramente impregnados del filosofismo reinante, ya afecte particularmente á los poetas inclinados á cultivar la forma didáctica (Betti, Zampieri, Spolverini) ó los campos agotados de la oda anacreóntica, de la égloga y del idilio (Zappi, Cotta, Baretti, Fantoni, y sobre ellos, Frugoni). Condillac ha llegado á ser el preceptor del príncipe de Parma, y toda la filosofía ha entrado con él ó sin él en la nación italiana.

«Lo debo todo, dice Beccaria, á los libros franceses. D'Alembert, Diderot, Helvecio, Buffon, hombres ilustres, y que no es posible oir pronunciar sin conmoverse, vuestras obras inmortales son mi lectura constante, el objeto de mis ocupaciones durante los días y de mis meditaciones durante las noches.»

Los rebeldes de Córcega piden un código al autor del *Contrato social*. Polonia reclama de Juan Jacobo Rousseau

una Constitución, en tanto alcanza el mismo honor á Mably, el historiador filósofo y el razonador utopista, por parte del Congreso americano, en 1783.

En Holanda, donde el flamenco no existe ya sino en el estado de dialecto provincial, donde la lengua neerlandesa no sirve casi más que para traducir ó copiar, la imitación francesa lo ha invadido todo. Parece que la poesía autóctona habría de encontrar por sí en las profundidades del suelo, de la raza, de la patria, enfrente de una naturaleza tan singular y en las lejanías de la historia, los elementos más adecuados para trasportar las imaginaciones. La vista de esa balsa desmesurada de fango y de arena, que se llama Holanda, y que á fuerza de gigantescos trabajos, de diques y de desecamientos, ha llegado á ser una de las tierras más fértiles del mundo; el aspecto de sus costas cortadas y deprimidas de modo tan extraño (1), del mar en continua irrupción, de sus costas marítimas, de sus innumerables canales, cruzándose en todos sentidos; luego la leyenda tradicional, el recuerdo de las guerras heróicas y de las fabulosas expediciones marítimas: ¿no eran asuntos bastantes para alimentar la inspiración local? Algunos pensaban en ello. Sin elevar su ambición á estos temas grandiosos, elegiacos y bucólicos, se complacían en describir, con un esfuerzo tranquilo y moderado, los encantos risueños ó melancólicos de las corrientes, de los lagos, de los ríos, de las flores, de la patria y de sus riberas. Se les llamará los riberistas de Holanda (2). Merecerán que algún día se les compare á los laquistas de Inglaterra. No importa, la tendencia común no estaba en esto. Sólo se tiene estimación vaga por la naturaleza del estilo

(1) Véanse las interesantes descripciones del viajero italiano Edmundo De Amicis.—Traducción castellana de H. Giner de los Ríos y J. Muñiz Carro.—Madrid, 1883.

(2) Bruyn, Van der Kodde, Smits, Backer.

y la riqueza de imaginación del cultivador Hubert Poot, por la energía del patriota Bellamy, ó por las cualidades humorísticas de Langendijk y el ardor de espíritu de Nomz, dos desgraciados poetas esperados en el hospital. Los autores se anuncian muy numerosos. Casi todos sufren el influjo reinante ó rivalizan en calcar su teatro sobre las piezas dramáticas más en boga de los reinados de Luis XIV y de Luis XV (1).

Dinamarca, bajo Cristián VII y Federico VI, se pone de acuerdo con el tono general, haciendo cooperar en esta labor los progresos recientemente realizados en su lengua y en su literatura, gracias al influjo renovador del noruego Ludwig Holberg, el universal Holberg, apellidado el Voltaire del Norte.

Suecia, que en el curso de esta época ha producido verdaderos escritores, como Olao Dalin, un filósofo como Swedenborg, un sabio como Linneo (2), poetas ó autores dramáticos como Gyllenborg, Oxenstiern, Kellgrenn, Lidner y Hallmann, ha apelado igualmente á los influjos extraños para ensanchar el círculo de su radiación. Se ha dirigido preferentemente al foco de luz en que se concentraban las miradas de toda Europa. La imitación de las costumbres y del espíritu francés realiza un progreso considerable y no hace más que acentuarse en el período que trascurre desde la muerte de Carlos VII hasta la hora lejana en que la escuela romántica, viniendo á oponer el influjo germánico al francés, por su mayor conformidad con las costumbres de los pueblos del Norte, prepare el camino para la liberación definitiva del espíritu escandinavo.

---

(1) A fines del siglo XVIII se dibujará una corriente opuesta. El gusto público abandonará la imitación francesa. Volviéndose á los autores ingleses ó alemanes, se acercará más á los orígenes y el carácter propio de Holanda. V. *L'Histoire de la littérature neerlandaise*, de H. C. Muller. Utrecht, 1902.

(2) Las obras de Swedenborg y de Linneo están en latín.

Un influjo tal, y tan universal, no podía depender únicamente del mérito de algunos escritores superiores. Procede principalmente de que respondía con un acuerdo completo al estado momentáneo de los ánimos. París había fijado las ideas flotantes de Europa.

CAPÍTULO XVII

La revolución realizada en los espíritus trae en Francia la revolución en el estado social.—Diez años de tormentas.—Período de tiempo correspondiente en Inglaterra y en Alemania.—La dirección de las conciencias toca en suerte á la patria de Gœthe - Admirable aparición repentina del pensamiento alemán.—Poetas y filósofos.—Después de este inmenso esfuerzo vienen las horas de cansancio y desaliento. —La melancolía de *Werther*, el *Weltschmerz*, ó mal del siglo.

§ 1.

Como hemos indicado anteriormente, las inteligencias que guiaron el siglo XVIII fijaron su principal esfuerzo en hacer de él en muchos puntos el reverso del XVII. Había éste sostenido, legitimado, los principios de la monarquía absoluta, defendido la unidad religiosa, impuesto la disciplina hasta en las letras y las artes, en donde libertad parece, sin embargo, sinónimo de originalidad. La nueva generación, en cuanto había podido dar señal de existencia, se había lanzado en demanda de ideas generales.

Había desarraigado las creencias y puesto en su lugar las ideas. Todas las condiciones del espíritu se ensayaron á la vez. De aquí el enciclopedismo en Francia y el movimiento conocido en Alemania con el nombre de «Aufklærung», uno de cuyos más brillantes representantes ha sido Wieland, el Voltaire germánico, y que opuso la filosofía á la fe (1), hasta el momento en que fué combatido por Herder.

---

(1) Primeramente pietista y teósofo, persuadido, al comienzo de su carrera, de que el misticismo era el medio más seguro

Por ambas partes se había seguido el impulso impreso en Inglaterra por las doctrinas de Locke, de Shaftesbury (1) y de los librepensadores de los tiempos de Guillermo III y la reina Ana.

En Francia, fueron llevadas hasta el fin por el temperamento revolucionario y agresivo de los escritores. Al mismo tiempo se agravaron en el orden social con un secreto instinto de destrucción. Sucesivamente las grandes agitaciones sociales, el generoso amor al derecho, el sentimiento de un más equitativo reparto de los bienes entre los hombres, las tendencias puramente especulativas y filosóficas, llegaron, á fuerza de declamación y de énfasis, á revestir el carácter de absoluto doctrinarismo. Se sentía la proximidad de honda crisis inaudita, que trastornaría, en un día, los cimientos del edificio tantas veces secular. También el eco de los grandes sucesos exteriores, tales como la liberación de las colonias americanas, había aún de precipitar su explosión. Porque hacían manifestarse á la vez el modo como se podía obrar á fin de romper cadenas ya demasiado pesadas, ó los medios que convenía poner en práctica para oponer á los males de la sociedad recursos políticos susceptibles de remediarlos.

Siempre una gran revolución está hecha en los espíritus antes de realizarse en las leyes y en el estado social. Beaumarchais y Fígaro acababan de pasar por la escena, muy hábiles en el arte terrible de excitar las pasiones divirtiéndolas. Las mujeres también, cuya imaginación ardiente com-

---

de llegar á la felicidad, Wieland había pasado enseguida á una especie de vago platonismo; más tarde llegó á ser un epicúreo, un racionalista, y finalmente, un perfecto escéptico. No se apartó ya, al menos en prosa, del carácter de frialdad irónica, que había reemplazado en él á los ardores, á los entusiasmos de antaño.

(1) Amigo de Locke y su grande admirador, el conde de Shaftesbury se había apartado de este filósofo en la cuestión del innatismo de las ideas. En realidad, hacía de un escepticismo amable el fondo todo de su teoría.

prende todas las ilusiones, se apasionaban con la idea de una revolución que pensaban daría una fuerza inmensa á las facultades del alma y del corazón. Las teorías políticas, saliendo de su terreno habitual, eran entregadas á la conversación de los salones; en ellos se hacía torneo de generoso ardor; en estos círculos elegantes, los últimos espíritus cultos venían á excitarse en dar ó en recibir la conmoción de un entusiasmo eléctrico, siempre temible en una nación con exceso inflamable. Consciente ó no, el republicanismo ganaba terreno de día en día. Se cobró odio al monarquismo por demostración, en tanto esta conversión se manifestaba por la violencia de los actos y la realidad brutal de los hechos. Finalmente, la borrasca se desencadenó. Cuando hubo pasado, llevándose el trono y las instituciones, ya no quedaba nada del ayer.

Excepto un brillante despertar de la elocuencia tribunicia (Mirabeau, Vergniaud, Barnave, Cazalès, Malouet, Maury, Sieyès); salvo algunos últimos intérpretes de la alta poesía: Ducis, María José de Chénier, y sobre todos, el genio revelador de Andrés Chénier, rival de los antiguos y precursor de los románticos, las letras francesas están en pleno decrecimiento durante los diez años de convulsiones revolucionarias. El conde José de Maistre, ese «profeta del pasado», como le llamó Ballanche, ponía los cimientos de su reputación con las vehementes *Consideraciones sobre Francia*; Lacretelle y Rœderer levantaban su voz en pro de la reforma general de las costumbres; el ginebrino Mallet-Dupan, por la energía brusca de su estilo, revelaba ser un heredero de Tácito (1); pero eran todavía poco leídos, poco conocidos de la mayoría. La multitud no tenía para alimentar su pen-

(1) El principal mérito del historiador literario helvético, Pedro Andrés Sayous, es haber descubierto á Mallet-Dupan (1850), viril inteligencia y escritor original. Sayous, sin embargo, no había entrevisto más que una parte de sus obras; el resto permanecía encerrado en los archivos de Lisboa, y sobre

samiento, para formar su espíritu, más que una multitud de periódicos (1), sin ingenio, que legalizaban, en nombre de la libertad, el homicidio y el asesinato, y obras sin delicadeza, dramas violentos en que el furor reemplazaba á la inspiración, novelas, cuentos de una desvergonzada inmoralidad. Cuando las últimas voces elocuentes de la Revolución se hubieron extinguido, hubo un eclipse completo.

§ 2.

Necesitamos ahora dirigir nuestra atención á Inglaterra ó á Alemania, si queremos volver á encontrar en alguna parte señales de fuerza y grandeza en las obras del espíritu.

Excesivas agitaciones políticas perturban Inglaterra, á fines del siglo XVIII, para que el culto pacífico de la literatura no ceda á las preocupaciones de la guerra y de los acontecimientos públicos.

En estos tiempos de tempestades ó de sediciones, está entregada por entero, ó poco menos, á la política. No se escriben casi más que artículos de periódicos ó libelos; ¡pero qué libelos, cuando son las famosas *Cartas de Junius*, en que, bajo el misterio del anónimo, se denuncia uno de los más temibles polemistas que haya existido nunca! (2)

---

todo, de Viena. En 1884, Andrés Nichel dió á conocer la correspondencia dirigida por Mallet á la corte de Viena, de 1794 á 1798. Un biznieto de Mallet du Pan, establecido en Inglaterra, le ha consagrado una prolija biografía. (Véase *Mallet du Pan and the French Revolution*, by Bernard Mallet, Londres, 1902.)

(1) La sola relación de los periódicos publicados durante el período revolucionario, forma un grueso volúmen en 8.°

(2) Las *Cartas de Junius*, publicadas en Londres en el *Public Advertiser*, de 1769 á 1772, fueron sucesivamente atribuídas á Sackville, Burke, Hamilton, Littleton, Ch. Lloyd, Rich. Glover, Horn Tooke, Cook, Boyd, etc. El secreto del autor ha sido bien guardado, y por mucho tiempo todavía queda abierto el campo de las conjeturas. La opinión más fundada las atribuye á sir Ph. Francis.

Aun cuando todavía aparezcan cuentistas distinguidos (1), aun cuando en el teatro Sheridan, gran hombre de Estado, gran orador, se haya revelado, como por juego, el mejor autor cómico de su país (2), y sea preciso además conservar un lugar excepcional al dilettantismo espiritual, lleno de malicia y de elegancia, de un Horacio Walpole (3), la pura imaginación decae El papel principal pertenece á la historia y á la elocuencia. Los poetas han desaparecido. Pero el siglo ha recobrado en actividad práctica lo que ha perdido en armonioso idealismo.

Después de Hume, Gibbon y Robertson atestiguan su vasto saber histórico.

En una esfera cercana, el mundo de la filosofía, enlazado con las cuestiones de moral práctica, particularmente

---

(1) «Una mujer, Miss Burney (autora de *Evelina*) se ha establecido entonces en la novela como en una fortaleza, que ocupa en nombre de su sexo, y donde hace las reparaciones de comodidad y de buen tono reclamadas por una hermosa situación.» (L. Etienne, *La Critique en Angleterre*.)

Hacemos á este propósito una interesante observación. De 1789 á 1814, entre una veintena de novelistas de algún renombre, habrá catorce mujeres, y tres de ellas, dejarán una reputación europea: Ana Radcliffe, Miss Edgeworth y Miss Austèn, las dos primeras sobre todo.

(2) Fué increíble privilegio de este hombre extraordinario, que pudiera alcanzar el primer puesto en cualquier profesión en cuanto la abordaba. «Todo cuanto Sheridan haya hecho ó querido hacer, ha dicho Byron, ha sido siempre lo mejor en su clase. Ha escrito la mejor comedia, la *Escuela de la Calumnia* (*The School for Scandal*, 1777); la mejor ópera, la *Dueña* (1775); la mejor farsa, la *Crítica ó la Repetición de una tragedia* (1779); la mejor epístola, el *Monólogo sobre Garrick*. Y para coronarlo todo, ha pronunciado el famoso discurso sobre Warren Hastings, la mejor arenga que se haya compuesto ú oído nunca en este país »

(3) Las *Cartas* de Horacio Walpole (edición de Cunningham. Londres, 1857-59) constituyen, en la literatura inglesa, una obra tan duradera como en la francesa las correspondencias de Mme. de Sévigné y de Voltaire.

caras al espíritu poco metafísico de los ingleses, Tomás Reid, el fundador, después de Hutcheson, de la escuela escocesa, Adam Smith, el verdadero creador de la ciencia económica, Fergusson, Price, Wollaston y Jeremías Bentham (1), cuyo primer libro (1776), proclamando que las leyes y las instituciones no se justifican sino por la *utilidad*, fué como una explosión enmedio de una sociedad fundada en el monopolio y el privilegio,—todos estos grandes razonadores continúan llenando su época de disertaciones acerca de la regla que fija los deberes ó de la facultad que los descubre.

En el Parlamento, en la tribuna, dominan por el poder de la palabra los hombres que ejercieron el más directo influjo en la opinión pública, en aquellos días de pasiones desenfrenadas, en que estos asuntos eran llevados á la orden del día: la guerra de Independencia, la Revolución francesa, el enorme proceso de Warren Hastings.

El encarnizamiento de los partidos ha llegado al colmo. Todos, los de la más alta como los de la última clase social, pretenden intervenir con su opinión ó con sus actos en los asuntos del Estado. En todos los momentos surgen demostraciones simpáticas ú hostiles alrededor de los que exalta ó rebaja el sentimiento popular. Uno hoy es aclamado hasta el delirio: es William Pitt, sobre el cual los municipios hacen llover cajas de oro. Otro mañana será acosado, silbado, con tanta furia y frenesí: es Granville, á quien se espera, al salir de la Cámara, para acompañarle con silbidos estridentes y gritos, ó lord Bute, cuyos emblemas se queman, los emblemas despreciados: una bota y una chupa.

Las pasiones, decimos, han llegado al último grado. Como si no fueran suficientes las excitaciones locales para enardecerlas, se añaden influencias extranjeras, que activan

(1) Véanse acerca de los pensadores y los oradores de esta época los admirables *Ensayos* de Macaulay (*Critical and historical Essays*, nueva edición, 1852, 3 vol. en 8.º)

más el fuego. Los jóvenes entusiasmos republicanos, que fermentan en Francia entre los años 1789 y 1792, en la aurora de un nuevo mundo, en aquel momento único de fiebre y de ilusión, en que «era una bendición vivir» ó «ser joven era el cielo mismo» (1), han batido las costas de Inglaterra y refluído hasta el corazón de sus Asambleas. Menos hubiera sido necesario para imprimir á la elocuencia un impulso y una fuerza que casi no había conocido desde la ruina de la literatura antigua, más que en los ecos de otra voz poderosa, la de Mirabeau.

Al lado de estos maestros del lenguaje: Fox, Sheridan, Burke, se revelan inventores. Hutton, Prietsley, Cavendish, Hunter, crean ciencias que no existían, por decirlo así, antes de ellos.

§ 3.

Deberíamos citar todavía... Pero Alemania nos atrae, porque allí es donde verdaderamente está, en este momento, la dirección europea de las inteligencias. Allí reina, después de varios años de producción excepcional.

Conviene que volvamos algunos pasos atrás, á fin de poder seguir en todo su desarrollo el vuelo soberbio del genio germánico durante la segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del XIX.

Con las victorias de Federico se habían reavivado en Alemania, como un signo de resurrección, los ardores del patriotismo, un patriotismo celoso, en verdad, que desgarraba las entrañas de la patria, esforzándose por arrojar del Imperio lo que había representado hasta entonces la cabeza y el movimiento, es decir, Austria. Este engrandecimiento político no podía menos de servir para aumentar también el

---

(1) Bliss was it in that dawn to be alive,
But to be young was very heavey.
(Wordsworth, *French Revolution.*)

vuelo de las ideas. El ruido de los tambores del rey victorioso despertó á las masas germánicas. Apenas las conocía, por lo demás, en sus palacios de Potsdam y de Berlín; no pensaba gran cosa en cortejarlas, enteramente ocupado como estaba en hacer cantar su gloria en el idioma de Voltaire. No por eso fué menos Rosbach para los líricos alemanes la fuente de Hipocrenes. La unidad nacional, rota golpe tras golpe por la acción separatista de la Reforma y por el tratado de Westfalia, buscaba en vano, entre los trescientos ó cuatrocientos principados de la confederación, el punto central sobre que rehacerse. Súbitamente Prusia, saliendo de la sombra con la rapidez de un meteoro, había atraído hacia sí, gracias á la energía de su príncipe, todas las miradas y todas las esperanzas. Era una novedad inesperada, un hermoso tema de inspiración. La escuela de Halle ó de Hallberstadt se apoderó de él; se dedicó á mantener el entusiasmo y recibió casi enseguida el nombre de escuela prusiana.

Por otra parte, la victoria decisiva de Bodmer y de sus discípulos sobre Gottsched y los partidarios del clasicismo tradicional, había, ya hacía años, preparado el camino á los grandes escritores de fines del siglo. A pesar de la indiferencia de Federico II—que tarde se lamentará de ella, como de un error,—Klopstock había adquirido un influjo considerable de iniciador, y lugar, con Goethe, Schiller y Herder, entre los más ilustres promovedores de la obra de renovación.

En 1748 había aparecido la famosa *Mesiada*. Al tiempo mismo en que el pensamiento francés reinaba en Berlín como dominaba en Viena la poesía y la música italiana, Klopstock inauguró, con Winckelmann y Lessing (1), una era estética enteramente nueva. A los escritores franceses del siglo XVII, acusados de haber ocultado la naturaleza bajo la máscara de lo convencional, á Corneille y á Racine fue-

(1) La *Historia del arte en la antigüedad* de Winckelmann, apareció en Dresde en 1764, y el *Laoconte* de Lessing en 1766.

ron opuestos Shakespeare y Sofocles, es decir, la Inglaterra del siglo XVI, y la antigüedad griega, admirada, comprendida, sentida directamente, sin que fuera preciso pasar por la mediación de los clásicos del reinado de Luis XIV. Los hechos servirán de preludio á que sus doctrinas y las de Herder vayan á decidir de la liberación de la literatura alemana. El puro ideal artístico no había lucido todavía á los ojos de los modernos de otro modo que en las obras de los creadores; gracias á Winckelmann todos pudieron penetrar en el reino de lo bello. Lessing, casi al mismo tiempo, fundaba la independencia razonada de las artes. Estético, filósofo y poeta, iniciador genial, Herder confirmó magistralmente, con sus principios y con su ejemplo, la acción reformadora de Lessing. Discípulo de Kant y de Hamann, había aprendido de sus dos maestros á estudiar la historia de la humanidad en su esencia primitiva, la historia de los pueblos, de la naturaleza, de la poesía. Estaba acostumbrado, sobre todo, á considerar muy pronto esta última facultad como la lengua madre del espíritu humano. Ya en sus primeros escritos supo trazar la historia de la oda entre los antiguos, para condenar en su nombre las pálidas imitaciones que habían hecho sus contemporáneos, sin exceptuar los talentos extraviados de Klopstock y de Wieland. La poesía bíblica primero, luego las epopeyas nacionales, más tarde los cantos populares, salidos de las entrañas de la tierra, por decirlo así, esto es lo que recomendaba al estudio, como la vida misma de los pueblos, el reflejo exacto de la naturaleza. Teórico ó creador, Herder iba á ejercer un influjo soberano, á despecho de algunas prevenciones y de algunas injusticias, sobre el movimiento literario de su época. Sus lecciones repetidas, su admiración por Shakespeare, inspiraron evidentemente *Goetz de Berlichingen*. El dará impulso á la literatura nacional. Finalmente, el beneficio de sus amplias miras, pasando las fronteras de su país, contribuirá mucho á hacer que se acepte, por el mundo moderno, el principio fundamental de que es preciso unir á la historia del hom-

bre (1), de sus costumbres, de sus pasiones y de sus leyes, los cambios de su elocuencia, de su poesía y de sus artes. Winckelmann, Lessing y Herder, han hecho de la literatura alemana lo que va á seguir siendo en manos de un Goethe y de un Schiller: una mezcla particular de arte puro y de reflexión filosófica. Lo mismo que en los días más gloriosos del Renacimiento, en Italia, todo brilla á la vez, todas las corrientes poéticas brotan juntas del suelo alemán.

Por una reunión de circunstancias maravillosas, el genio de Alemania, flexible y profundo, ha encontrado también la edad de las síntesis filosóficas y de la crítica general. Muy pronto vendrá Hegel, lleno de confianza en su doctrina, que abraza el encadenamiento universal de las cosas y de las ciencias; Hegel, que presentará esta doctrina al mundo como la filosofía absoluta, aventajando á todas las demás filosofías, á todas las religiones, á todas las artes, dando, en fin, la clave del universo. Esta metafísica grandiosa y flotante podrá desplegarse al lado de la «simpatía» radiante de Gœthe. Los horizontes se ensanchan magníficamente, para provecho moral de la Europa entera.

Todo esto ocurría en Alemania, con una independencia casi completa de los hechos exteriores. Mientras que el suelo germánico se extremecía al paso de los ejércitos de Napoleón; que Viena y Berlín sufrían temblando la ley del vencedor, Weimar, la capital de un Estado muy secundario, Weimar, iluminada por el fuego del genio, aparecía como el centro radiante de una vida ideal. En tanto que los tronos volaban en pedazos, y se exasperaba la llama guerrera de los Tirteos de Alemania: Arndt, Kœrner y Schenkerdorf, Gœthe, dominando las pasiones nacionales y los pasajeros rencores del patriotismo, se mantenía en las altas y serenas regiones del pensamiento, en que no penetra el odio de pue-

---

(1) *Ideen zur Philosophie der Geschichte de Menscheit*. Riga, 1784-91, 4 vol.

blo á pueblo, en que sólo nos fijamos en los grandes intereses de la ciencia y del arte (1).

Herder podía elevar más la idea de la humanidad y de sus destinos morales; Schiller aventajarle por su mayor aliento dramático y por la profundidad del sentimiento; Hegel rodearse de una gloria superior en el cielo de la filosofía: Gœthe, como poeta y como hombre, era más completo que todos ellos, y en esto los dominaba.

No cesó Alemania, á través del estrépito de las batallas, de desarrollar su admirable evolución literaria y filosófica. Sucesivamente sacó de su seno todas las ideas de nuestra edad crítica. ¿Qué se ha hecho desde entonces sino resucitarlas y volverlas á presentar con diversas formas? (2). En adelante, la experiencia y la idea, la fe y el razonamiento, la teoría y la prueba, las entidades intelectuales y las realidades físicas, en una palabra, la historia del género humano y la del mundo orgánico, no querrán ya marchar sino estrechamente unidas al descubrimiento de la verdad. Estudiar todos los fenómenos, no ya en la idea que los representa, sino en sí mismos, en la intimidad de su existencia; buscar el sentimiento religioso más allá de los dogmas, la belleza poética más allá de los mitos, conocer á fondo la historia para no tener más que leer en ella *naturalmente* leyes que han venido á ser visibles y palpables; penetrar en la obra de la creación, aspirar su alma y su vida; hallar de nuevo por

---

(1) Véase Alfred Mézières, *Gœthe, sa vie, ses œuvres*, 2 vol.

(2) Taine, Carlyle, de Sanctis, los tres críticos dominantes del siglo XIX, lo han manifestado en Francia, en Inglaterra y en Italia. Taine confiesa que ha pasado todo un año leyendo á Hegel, y que fueron estas las más vivas impresiones de su vida; Carlyle declara que el principal trabajo del cerebro moderno debe consistir en volver á pensar las ideas de la gran metafísica alemana, que se reducen, en el fondo, á una sola: la evolución. Finalmente, de Sanctis afirma que todas las raíces de la inteligencia moderna penetran en la filosofía de Hegel.

la contemplación de sus fuerzas ocultas el secreto perdido de esas misteriosas armonías, cuyas huellas perseguían al mismo tiempo la filosofía y la arqueología en los monumentos antiguos, era el programa grandioso que la pensadora Alemania había prescrito á sus trabajos. Este final de siglo que había anunciado, preparado, el genio universal de Leibnitz, y los comienzos del XIX fueron incomparables, á través de la historia intelectual de la patria de Gœthe, de Herder y de Beethoven. De igual modo que Federico Wolf había regenerado la filología lanzando al mundo sabio sus famosos *Prolegómenos* (1), y Kant determinado la más considerable evolución filosófica realizada desde Descartes y Bacon, poniendo en la base de toda investigación de la verdad la crítica del espíritu humano, único instrumento de esta investigación, así Alejandro de Humboldt inauguraba un vasto movimiento científico; su hermano Guillermo daba leyes á la lingüística; Savigny abría horizontes enteramente nuevos á la jurisprudencia; Niebuhr, armado de una inmensa erudición, llevaba una fuerza desconocida á la historia, y poderosos genios creadores, cuyos nombres están en la memoria de todos, se imponían como los dioses de la música y de la poesía. ¿Qué tiene de sorprendente que Alemania, la patria alemana, pareciera á sus hijos la representación evidente del Espíritu universal, de la Idea absoluta? Nunca fué intelectualmente tan grande.

Pero los pensadores finalmente quisieron ir tan lejos; se sumergieron con una fuerza tal en las regiones abstractas para volver á descender á profundidades á que no había llegado la razón humana hacía mil ochocientos años, que no

(1) Ejerciéndose á la vez por los libros y por la enseñanza, el influjo de Wolf ha sido inmenso. Se encuentran señales de él en los trabajos posteriores de Bœkh, de Ottfried Müller, de Welcher, de Grote, de Guigniaut, de Fauriel y de Egger, en sus enemigos tanto como en sus partidarios. Su hipótesis «antihomérica» pudo parecer discutible; pero su erudición no lo era en modo alguno.

habiendo podido percibir lo imperceptible, volvieron de todas sus investigaciones aturdidos del vértigo y llenos de cansancio. Entonces apareció «la enfermedad del siglo», la inquietud de *Werther* (1) y de *Fausto,* semejante á la que agitó á los hombres, en el siglo I de nuestra era, el *tædium vitæ* de Tácito, llegando á ser en el IV la αθυμια de Juan Crisóstomo (2), ó la que, con el nombre de *acedia,* turbó las almas místicas, en el fondo de los monasterios del siglo XII. Era reconocida por los mismos signos: la ociosidad febril, la agitación en el vacío, el descontento del presente, el vago deseo de una belleza superior y de una felicidad ideal, la dolorosa aspiración á lo infinito. La literatura universal se impregnó de ella, y ninguna filosofía, ninguna poesía en Europa—tan rápido fué el contagio,—escapó á la tristeza de la duda.

Esta duda amarga, incurable, había reemplazado en todos los corazones á las poderosas creencias, á las nobles pasiones, á los grandes entusiasmos. Nadie tenía fe ya en ninguno de los móviles de la vida. La poesía de lord Byron resonó en este vacío inmenso, brillante, sombrío y violento, en medio de las ruinas amontonadas por las guerras y las revoluciones, una poesía tal, desesperada, convenía á esta época de universal devastasión.

Fué uno de los caracteres de la literatura naciente del siglo XIX, á la que Chateaubriand había servido de poderoso iniciador, por encima de los estériles bosquejos del período

---

(1) Nicolás, el crítico apasionado de Gœthe, de Herder y de Wieland, y el precursor de la escuela de transición que debía figurar en el siglo siguiente, entre el clasicismo anticuado y las exageraciones del romanticismo, trató de rehacer, sobre bases menos agitadas, la novela de Werther, cuyo efecto fué tan prodigioso que «puso triste» á Europa entera.

(2) La homilía dirigida por San Juan Crisóstomo al joven Stagiro, que entrado en un claustro para calmar su espíritu, no encuentra la paz en parte alguna, podría convenir también al Werther de Gœthe.

imperial en Francia. Se vió casi á la vez revelarse al mundo: en el René de Chateaubriand, sembrando en la sociedad sus tristezas tempestuosas; en el Manfredo y el Lara, de Byron, en el Oberman de Senancour, vaga resultante de los tipos mezclados de Werther y de René, y en las famosas *Cartas de Jacobo Ortis* por Ugo Foscolo, compuesto extraordinario de verdad y de extravagancia, de retórica declamatoria y de elocuencia sincera, cuya resonancia fué europea.

Los poetas del siglo precedente habían caído en la insulsez haciendo á la naturaleza excesivamente amable y dulzona; sus sucesores, por el contrario, no encontraron ya colores bastante sombríos para pintarla y ponerla de acuerdo perfecto con la negrura de los sentimientos. La escuela de los «Werther» asoció toda la creación á sus dolores verdaderos ó ficticios. Sobreexcitados por impresiones contrarias, que volvían siempre al mismo pensamiento de desencanto, sus efusiones ofrecieron, como el alma de José Delorme, un inconcebible caos en que monstruosas fantasías, frescas reminiscencias, grandes pensamientos abortados, impulsos piadosos después de las blasfemias, se movían y agitaban confusamente sobre un fondo de desesperación (1).

El romanticismo había nacido. Iba á hacer su camino muy de prisa, en Francia, pero para mostrarse bien diferente de como se le había visto en el punto de partida. La palabra y la idea venían de Alemania. A fines del siglo XVIII y principios del XIX, Tieck y los dos hermanos Schlegel se habían puesto al frente de un movimiento de retroceso hacia el arte y la poesía de la Edad Media, que tenía su origen en el *romance* (composición en lengua vulgar). Se llamó, pues, «romanticismo» á esta manifestación nueva, algún tanto opuesta al movimiento de expansión impreso por Gœthe, Schiller, Wieland y Lessing. Mme. de Staël lo había revelado en Francia, y Chateaubriand le había impreso su carác-

(1) Véase el prólogo de *Joseph Delorme*, de Sainte-Beuve.

ter inicial, que consistió en renovar el gusto y el sentimiento de un arte autóctono en el país greco-latino, en que desde el reinado de Carlos VIII había dominado casi exclusivamente el arte antiguo. El nombre quedó, con un sentido más diverso, menos exactamente definido, según que por él predominaron más ó menos, sucesivamente, uno ú otro de los influjos que presidieron en sus orígenes: el individualismo lírico de un J.-J. Rousseau, progenitor común de Byron, de Gœthe, de Schiller, de Lamartine y de Víctor Hugo; la renovación inesperada de la idea mística; el retorno á las fuentes nacionales (1), ó la difusión de las literaturas extranjeras.

(1) Léase el prólogo de *Jean Sbogar*, de Nodier; en él se ve lo que entendían hacia 1820 los hombres que figuraban al frente del movimiento por la palabra «romanticismo».

CAPÍTULO XVIII

Punto de partida del movimiento romántico, cuyos efectos se extenderán sobre Europa entera.—Perspectivas más amplias se ofrecen en todas las direcciones del pensamiento.—Renovación general de los estudios.—Del lado de la pura imaginación.—La gran poesía romántica.—Sus transformaciones y sus diferentes expresiones en Francia, en Inglaterra, en Italia, en España, en Rusia, en Polonia y en los países escandinavos.

§ 1.

En verdad, el romanticismo francés se retardó una generación con respecto al alemán, que á continuación de sus grandes iniciadores había visto formarse el grupo tan original de Arnim, de Immermann, de Tieck, Brentano, Chamisso, Novalis (1), y con tan hermosos alientos vivificado los principales elementos de inspiración de esta escuela: el entusiasmo, la curiosidad ardiente por lo pintoresco, el amor desmesurado á lo extraño ó la sensibilidad profunda.

Las tormentas de la Revolución y las matanzas organizadas del Imperio habían sido obstáculo formidable para la

(1) ¡Lástima que no podamos detenernos algunos instantes, al menos, con uno de ellos, el conmovedor Novalis! Cuantos se le acercaban, ha referido Schleiermacher, no podían menos de admirar la doble perfección física y moral de «este joven divino», para quien el mundo entero era un amplio poema. ¡Ay! la muerte le esperaba á la vuelta del camino, por donde avanzaba lleno de esperanza. No ha dejado más que admirables bosquejos, episodios novelescos, cantos espirituales, pensamientos y fragmentos.

aproximación de los espíritus. Las condiciones del tiempo no permitían casi á los ánimos replegarse en sí ni oir en el silencio del pensamiento las llamadas de la vocación artística. No había para ello, ni descanso bastante, ni bastante libertad. Francia, en medio de su embriaguez de victorias y de conquistas, trataba vanamente de hallar de nuevo en las letras el brillo de sus triunfos pasados.

Estamos en el principio del siglo. Apenas su aurora ha comenzado á apuntar, nebulosa y oscura. Todavía resentida de las crisis revolucionarias, la literatura, exangüe, agotada, querría recobrar sus fuerzas; los alientos y los cuidados oficiales no llegan á infundirle una sangre nueva. De las grandes obras venidas del extranjero, como el *Fausto* de Gœthe (1), y que hay esfuerzos tímidos para hacer conocer en Francia, no existe más que ignorante incomprensión. Las ideas amortiguadas se consumen en la esterilidad general. La tragedia y la oda no son más que formas sin vida; ningún canto heroico en esta edad de héroes, sino pálidas adulaciones al poder é insípidas cantatas ó frías traducciones (2). La comedia se arrastra en la vulgaridad; ya no se le reconoce derecho á pintar con verdad las costumbres y los hombres (3). La prosa se calla ó se deforma, bajo la amenaza perpetua del quemadero. La tribuna repite sólo los ecos de la voz del

---

(1) En 1808, Mme. de Staël hacía representar en su presencia, estando Schlegel delante, algunas escenas del *Fausto* en el teatro de sociedad de Coppet. En Francia, los redactores del *Journal des Débats* no tan solo alardeaban, sino desdeñaban esta obra, tipo perfecto de «la poesía frenética».

(2) En tanto que Baour-Lormian corregía su traducción de la *Jerusalén libertada*, del Tasso, y terminaba la tragedia *Omasis*, Millevoye traducía en verso, simultáneamente, la *Iliada* de Homero, las *Odas* de Anacreonte y las *Bucólicas* de Virgilio.

(3) Recordemos, al paso, el nombre de un precursor de Scribe, Picard, cuyas comedias son el diario en acción de la época, la memoria burlesca de las costumbres ó de las extravagancias del día.

dueño, y la prensa entera está reducida al silencio ó á la lisonja interminable. Con su sombría aversión por todo lo que huele á libertad, por todo lo que respira atrevimiento, ¿cómo podría ser Napoleón el promovedor de una gran era intelectual? ¡A más de esto, los momentos son malos para dedicarse á la profesión de las letras! Cuando se desencadenan, de un extremo á otro de Europa, los furores de la guerra, toda la atención está en las músicas guerreras, todos los ruidos son sofocados por el sonido de las armas, todos los impulsos del alma se precipitan en dirección de los que combaten y mueren. Educados en los colegios militares, al redoble de los tambores, los jóvenes saben de antemano que están designados para las vastas hecatombes. Pero si algunos escapan á aquellas levas mortíferas, en que perecieron confusamente tantos gérmenes preciosos, ¿irán á pedir al ingrato ejercicio de la pluma, á más de las satisfacciones ideales, la seguridad pacífica de las cosas de la realidad? Ilusión demasiado quimérica. Espíritus superiores, tales como Chateaubriand y Mme. de Staël, han tomado, es verdad, la dirección del movimiento de este siglo; pero su estado de fortuna, su rango nobiliario, su personalidad excepcional ó su libre residencia en el extranjero, les garantizaba una independencia relativa. En cuanto á los demás, era preciso optar entre estas tres condiciones ineludibles: ó quemar al ídolo del día un incienso vulgar, ó suspender voluntariamente la aplicación de sus pensamientos (1) hasta la llegada de tiempos mejores, ó resignarse á ser el instrumento dócil de las medidas de represión, y trabajar contra las letras en nombre de la literatura. «Hay momentos, ha dicho Chateaubriand, en que

---

(1) «Todo se inclinaba ante Napoleón, todo, excepto seis poetas, excepto seis pensadores, únicos que quedaban de pie en el universo arrodillado: Ducis, Delille, Mme. de Staël, Benjamín Constant, Chateaubriand, Lemercier.» (Víctor Hugo, *Discours de réception á l'Académie française.*) Y todavía Benjamín Constant...?

no debe usarse del desprecio sino con mesura, á causa de gran número de los que lo merecen». D'Avrigny, Esménard, Lacretelle, Lemontey, fueron de estos esclavos de la necesidad; en los registros de las aduanas intelectuales se consignaron bastantes firmas, que bajo un nuevo régimen se inscribirán en primera línea entre los defensores del liberalismo. A falta de recursos más honrosos, se tenía en cuenta los decretos de la censura, aquella censura vejatoria y puerilmente meticulosa, que no se contentaba con suprimir los periódicos ó enmascararlos, dándoles materia para sus artículos, sino que viendo alusiones en todas partes, mutilaba casi tanto los libros antiguos como los nuevos, corregía á Racine, cortaba á Corneille y ponía á Molière en entredicho. El primer Imperio fué, sí, la peor de las épocas, no sólo para la literatura de imaginación, sino para toda especie de estudios (1).

Finalmente, la caída de este despotismo abrumador, la vuelta de la familia de los Borbones y de una aristocracia que siempre había patrocinado, honrado, cultivado las letras, luego los influjos europeos, la grande afluencia de las fuentes extranjeras á la corriente nacional, contribuyeron á reanimar las imaginaciones aletargadas.

§ 2.

Después de los años sangrientos, en que Francia había consumido su energía, sus recursos, su fuerza entera de ac-

(1) A despecho de la multitud de gramáticas que se publicaban entonces, á falta de otros libros, ¿dónde estaba la ciencia misma del lenguaje? «La filología, que es la base de toda buena literatura, decía Dacier en su memoria á Napoleón I, la filología en que se basa la certidumbre de la historia, no encuentra ya casi nadie que la cultive».

Tan sólo la contemplación física del universo pudo hacer concebir entonces obras grandes, como la *Mecánica celeste* de Laplace y la *Mecánica analítica* de Lagrange.

tividad en luchas intestinas ó en los campos de batalla, renacían por fin las esperanzas fecundas de la paz. El mundo respiró, ya libre. Jamás pareció época alguna favorecer de un modo más feliz la renovación del pensamiento; nunca comunión más íntima semejó fundir con el sentimiento público las aspiraciones de las inteligencias superiores. El clasicismo y sus producciones anticuadas habían terminado su época. Era llegado el momento de poner en práctica la frase dirigida ya, en el siglo XVII, por Teófilo de Viau á sus contemporáneos: «Hay que escribir á la moderna.» A otros hombres, á aspiraciones diferentes, debían responder otro lenguaje y pensamientos nuevos.

Por todas partes se descubrieron perspectivas más amplias. En filosofía, en política, en historia, en literatura, en el teatro, en cada forma y bajo cada impresión, se manifestaba la necesidad y se anunciaban los presagios de un espléndido florecimiento. La restauración completa del método y de la materia histórica merecería por sí sola ser expuesta en el cuadro de un largo capítulo. En Inglaterra, Henry Hallam, cuya obra sintética trazó un surco de luz en la extensión hasta entonces inexplorada de la literatura general de Europa; luego, en Francia, Chateaubriand, venía dando la señal de la renovación de la historia; y el renacimiento de este género importante dió la vuelta á Europa entera. Este florecimiento, cuyo punto de partida había sido la investigación general abierta sobre la Edad Media, se prolongó, por repercusiones sucesivas, en Inglaterra con Lingard y Macaulay, en Alemania con Ranke, en Italia con Cantú, en España con Lafuente, en las literaturas rusa y escandinava con Karamzine, Geiier y Allen, en Francia con Agustín Thierry, Guizot y su abundante escuela. Cada pueblo quería reconstituir sus anales. La víspera todavía el papel del narrador consistía en amontonar hechos sobre hechos, en llenar volúmenes con guerras, tratados de paz, genealogías, casamientos. En adelante, se irá bastante más allá de estos estrechos límites. Habrá de hacerse justamente la pin-

tura de las costumbres y el relato de las acciones; llegará á ser obligatorio asignar á cada uno de los siglos pasados su verdadero lugar, su significación moral y su colorido propio.

La historia del espíritu se aprovechó grandemente de esta renovación de los estudios. En los siglos XVII y XVIII la crítica se había mostrado las más de las veces insuficiente y superficial, porque pretendía subordinar á reglas invariables la inspiración de los autores. Era entonces toda admiración clásica, gusto tradicional y buena retórica. El lado evolutivo de las ideas, el valor pintoresco del medio, el color local y la individualidad de las literaturas, le escapaban casi por entero. El período de la crítica histórica, inaugurado en Alemania en el siglo anterior, abierto en Francia por Mme. de Staël y Benjamín Constant, en Inglaterra por Hallem, se determinó hacia 1830. Hombres tales como Villemain, Sainte-Beuve, le dieron una fuerza, una extensión y un brillo inesperados. Poco antes todavía, cuando los alemanes se alababan de tener á Lessing y á Winckelmann, Francia creía poseer en La Harpe el primer crítico del mundo. Había, durante mucho tiempo, ignorado, desconocido ó disfrazado á Shakespeare. Los retóricos de la vieja escuela clásica hubieran fijado gustosos los límites del pensamiento humano en sus linderos fronterizos. El pasado se iluminó de pronto con una viva luz; el polvo de los siglos pareció reanimarse; se aprendió á distinguir por fin otros pueblos y otros horizontes.

§ 3.

De 1820 á 1840, en tanto que Augusto Comte, abriendo camino á la escuela inglesa de Heriberto Spencer, trazaba con una mano, ya muy firme, los lineamientos de la sociología (1), y procedía á la clasificación de las épocas; que, en las ciencias naturales, se daba á conocer el descubrimiento del

---

(1) Un crítico francés autorizado llama á Augusto Comte el mayor excitador intelectual de su época.

hombre prehistórico (1), ó la filosofía de la historia del napolitano Juan Bautista Vico, revelada por Michelet en 1827 (2), inclinaba á tantos espíritus serios hacia el desarrollo de las fases sociales y las elevadas síntesis de la humanidad: conocimientos enteramente nuevos, en fin, brotaron de los campos infinitos del saber. En Alemania, Francisco Bopp, acababa de crear la filología comparada. Al mismo tiempo y por el mismo hecho, había transformado los estudios, regenerado la lingüística, modificado profundamente la etnografía y la historia é iluminado con una claridad inesperada el pasado de la humanidad. Casi enseguida se anunciaron maravillosas reconstituciones de lenguas y literaturas perdidas. Los trabajos de la erudición adquirieron un valor histórico y filosófico que no se hubiera sospechado. El Occidente se puso á interrogar, con un ardor extraordinario, los idiomas y los símbolos religiosos del Oriente (3).

---

(1) El estudio de la prehistoria data realmente de los descubrimientos de Boucher de Perthes (1836).

(2) Los *Principii di una scienza nuova d'intorno alla commune natura delle nazioni*, publicados en Nápoles en 1725, habían quedado en la oscuridad. La traducción de Michelet los hizo famosos, universales. El sabio jurista italiano supo trazar en ellos el método de la escuela histórica moderna, á la vez pintoresca y filosófica, cuya doble ambición es revestir cada época con el color que le corresponde, y someter su desenvolvimiento á la idea constante de la mejora, á las condiciones del progreso. Vico se había anticipado un siglo á las teorías alemanas de Federico Wolf y de Niebuhr, viendo en ciertos personajes de la antigüedad, tales como Homero, Hércules ó Rómulo, seres colectivos ó simplemente alegóricos. Y en este pensador, algunas veces raro y paradógico, Augusto Comte ha encontrado la base de su filosofía positiva.

(3) Véase la introducción de Miguel Breal á la edición francesa (1866) de la *Grammaire comparée des langues sanscrite, zende, grecque, latine, lithuanienne, slave ancienne, gothique et allemande*, de Francisco Bopp (Berlín, 1833-49. París, 1867-72, 4 vol. en 8.°.)

Desde el día en que fué hallada por el genio adivinador de un Champollion la clave de los geroglíficos, hubo documentos innumerables que explicaron los usos, las costumbres y las ideas del Egipto. La India, enigmática y majestuosa, atrajo las miradas más rápidamente aún que la tierra de los Faraones. Los espíritus cultos experimentaron una especie de ofuscación, cuando detrás de la Acrópolis y la montaña de Sión; detrás de Grecia y la Judea, patria intelectual ó religiosa de las naciones modernas; detrás de las pirámides egipcias entregadas á la explicación histórica, vieron culminar la pagoda india, llena de misterio y de poesía. Para restablecer en sus bases y resellar los restos de los monumentos de la India antigua, para ordenar las piedras tumulares de esta civilización, ya tan vieja cuando tuvo contacto con el ejército de Alejandro, se desplegó en Francia, en Alemania, en Inglaterra, una actividad febril de reconstitución. Pareció verse renacer en Europa el entusiasmo que transportaba á los eruditos del Renacimiento, cuando verdaderamente pensaban resucitar á Grecia y Roma. La filología moderna renovaba con la literatura brahmánica las experiencias que creía haber agotado casi con la antigüedad clásica, pero para ampliar singularmente sus conclusiones. Bajo la dirección de Bopp y de los sabios que pisaron sus huellas (1), podía seguirse, por decirlo así, palabra por palabra la historia de las lenguas de esta familia. Pero no era bastante establecer el estrecho parentesco del sanscrito y del griego; se quiso mostrar también, en los dos pueblos hermanos, los arios y los helenos, la identidad de las concepciones y de los hábitos intelectuales. A lo maravilloso figurado de las canciones heróicas de la India antigua, fué opuesto lo maravi-

(1) Fué uno de ellos Eugenio Burnouf (1833-34, en 8.°), autor de los *Comentarios sobre el Yaçna*, filólogo de genio, restaurador de civilizaciones antiguas y de lenguas, cuyo nombre apenas era conocido antes de él, el zendo y el palí; admirable historiador de movimientos religiosos, cuyo sentido no había hasta entonces conocido la crítica.

lloso ontológico de la epopeya griega, y de aquí resultaron semejanzas sorprendentes.

Con igual calor se trabajaba en el campo de la pura arqueología clásica, emancipada de la gramática, accesible ya á la expresión de todas las formas de la vida material é intelectual de los antiguos. De creación casi reciente, la epigrafía obtenía una multitud de trazos luminosos acerca de la organización del mundo antiguo, contando lo que no dicen los libros: la vida diaria de las clases populares, los trajes, las costumbres, las ceremonias, las creencias de la multitud, al mismo tiempo que consagraba ó rectificaba el valor de los testimonios históricos. Ningún esfuerzo era costoso para reconstituir una palabra á una inscripción, un fragmento de una estatua, una fecha de un monumento. Al mismo tiempo la historia del arte llegaba á ser una verdadera ciencia, por la substitución del estudio de las obras individuales y de las biografías de artistas, el más fecundo de la evolución de los estilos.

Los grandes eruditos del siglo XVI y algunos también del XVII y del XVIII leían inmensamente; vivían en una comunión perfecta con los griegos y los romanos; poseían á fondo las lenguas clásicas, y en la discusión del pormenor de las palabras—aparte la etimología—sólo cabía admirar su sagacidad. Sin embargo, la admirable perseverancia de sus investigaciones no conducían casi más que á resultados superficiales. Cualquiera que fuera la intensidad de su labor, no pasaban de ciertas consideraciones de exactitud en los hechos ó de ideal en las obras de arte y de sentimiento, y la preocupación verdadera de los orígenes, de las causas, de los medios, les faltaba casi siempre. Ignorantes de la historia de varios grandes pueblos, no teniendo, por consiguiente, noción alguna del grado de expansión de su civilización y careciendo de los mil recursos de comparación de que proceden los puntos de vista generales, los principios más ciertos, las apreciaciones más seguras é imparciales, no preveían, no podían hacerse cargo, en historia como en literatura, sino de

un aspecto de las cosas. Los eruditos modernos, de la escuela de Wolf, Bœckh y Otfrido Müller en Alemania, de Letronne en Francia, ampliaron más tarde de modo singular la concepción misma de la filología. Aplicando todas las formas de la erudición á la historia política, á la arqueología monumental, al estudio de las lenguas, á la ciencia de los mitos y de las religiones, el método del espíritu crítico que había entrevisto el genio tan comprensivo de Leibnitz y que Alemania tuvo el honor de usar la primera, estaban llamados á renovar en todos los puntos el conocimiento de las ideas y de los hechos. En los períodos anteriores como en la antigüedad, se identificaba la filología con los estudios puramente gramaticales, se la limitaba á la exégesis de los textos arcaicos (1); en adelante trata nada menos que de comprender el espíritu antiguo, griego ú oriental, todo íntegro en sus desarrollos filosóficos, literarios, artísticos, en sus obras de fe, de razón, de sentimiento y de imaginación (2). Aliándose con la mitología comparada, aspiraba por fin á dar la teoría definitiva de la idea religiosa, tomada desde el momento de su formación primitiva, y por decirlo así, inconsciente.

Las teologías, quebrantadas en sus bases, habían experimentado una especie de espanto al ver surgir estos hechos

---

(1) Véase Renan, *Mélanges d'histoire et de voyages*, Histoire de la philologie classique dans l'antiquité.

(2) Tal es el camino que le abrió más tarde Max Müller, en una definición célebre. Progresos más recientes, así como quería un día escribir á nosotros mismos M. Salomón Reinach, habrán consistido principalmente en poner en evidencia que la religión, distinta de la mitología, debe estudiarse con preferencia en los pueblos atrasados, que nos ofrecen el equivalente de los griegos y de los hebreos mucho tiempo antes de la redacción de la *Iliada* y de la *Biblia*. Estas investigaciones, seguidas primeramente en Inglaterra, están llamadas á adquirir un gran desarrollo en el siglo xx; ejercerán sin duda un influjo bienhechor sobre las sociedades, revelando el origen enteramente humano y social de bastantes ilusiones de orden teológico que la plena luz de la ciencia no ha disipado todavía.

considerables del orden antiguo, iluminando de pronto con un resplandor tan profundo la génesis de las cosmogonías. Hasta entonces las mitologías permanecieron siempre obscuras, inexplicadas en sus principios. No tenían enlaces reales con las condiciones sociales que habían determinado su concepción. El conocimiento de los Vedas y del panteón indio cambió todos los puntos de vista. Las mitologías arias aparecieron en un grupo tan homogéneo como los idiomas del mismo tronco. Las formaciones primitivas no se ocultaron ya bajo impenetrables misterios. Nada tenían ya de ilógico ni arbitrario en sus «revelaciones» sucesivas. Admiraron las numerosas analogías que fué permitido poner de relieve entre los sistemas de las religiones más opuestas, entre el panteismo ario y el monoteismo bíblico (1), entre el rey de los dioses, el héroe del rayo y de la tempestad, el autor y conservador de toda vida, Indra y Jehovah, el Dios único. Pero estos estudios proyectaban sobre todo la claridad más viva sobre los orígenes y las vicisitudes de las viejas creencias naturalistas (2), que en un pasado en

(1) En nuestros días, se han comparado sin anacronismos los himnos de Vicvamitra, de Renu, su hijo, de Pragatha ó de Vamadeva, los cánticos de Moisés, de David y de los otros hijos de Israel, celebrando igualmente, y por imágenes semejantes, la grandeza de su Dios y la fuerza de su brazo.

(2) En Francia, es Benjamín Constant quien, revelando en su libro *De la Religión* (1824-31, 5 vol. en 8.°), los primeros síntomas del nuevo método histórico de la interpretación de los mitos, como ya lo había vislumbrado Volney en el siglo XVIII, ha abierto á su país las vías de la crítica religiosa, en que han entrado con éxito: Fauriel, J.-J. Ampère, Guignaut, Quinet, Schérer, Renan, Maury, Joubert, Baudry, Bréal, etc.

Véase Max Müller. *A history of ancient sanskrit litterature;* Lassen, *Indisch. Alterthumsk*, t. 1.°; Adalberto Kuhn, *Die Urgeschichte der indogermanischen Völker*, en la *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung*, t. IV; Alfredo Maury, *Croyances et Légendes de l'antiquité*, 2.ª edición, 1863; Barth, *Des Religions de l'Inde*, en la *Encyclopedie des sciences religieuses*, 1879, etcétera.

extremo remoto, habían sido comunes á todas las ramas de la familia indo-europea. La filología se encontró desde este momento dentro de las cuestiones más ardientes de la polémica religiosa; con sus descubrimientos, que sólo databan de la víspera, con su método riguroso que se aplicaba á los primeros tiempos del cristianismo, lo mismo que á las leyendas de Grecia y de la India, habían cambiado los términos de las controversias filosóficas.

§ 4.

Pero nos hemos dejado llevar un poco lejos y adelantado demasiado en nuestro plan. Nos es preciso retroceder ahora algunos pasos y volver al tema de la verdadera expansión de la época romántica.

Del lado principalmente de la imaginación pura, á las esferas ilimitadas de la poesía, volvía los ojos una juventud apasionada, ávida de lanzarse en ella, por otra parte, á la investigación de lo desconocido. Chateaubriand, hemos dicho, acababa de trasformar el arte poético y la imaginación de Francia, y su influjo se había extendido á Europa entera. Acababa de traer nuevamente el sentimiento de la libertad á las letras. Casi en un día surgieron en Francia brillantes soberanías. Alfredo de Vigny había sido el precursor. A la voz de *Eloa*, toda una generación de espíritus jóvenes despertaba en realidad á una poesía mejor sentida y más sincera que la del siglo XVIII. Se oyó vibrar la lira de Lamartine. Una vasta aclamación saludó como brillante sorpresa las primeras *Meditaciones*, que traían al mundo acentos hasta entonces desconocidos. No hubo flores bastantes para coronar á este príncipe de la elegía, á este poeta verdaderamente inspirado, que sin otro trabajo que repetir los latidos de su corazón, podía expresar con acordes tan melodiosos todos los sentimientos tristes y dulces encerrados en la naturaleza humana. Casi al mismo tiempo hubo de aparecer en el horizonte el sol de Víctor Hugo, poderoso, extraño, perturbador, chocante y

prodigioso. Había lanzado al mundo el prólogo revolucionario de *Cromwell*; el drama sustituído á la tragedia, el hombre al personaje, la composición dramática libre para ir de lo heróico á lo positivo, y el estilo de tener todos los aspectos épicos, líricos, serios ó burlescos; este manifiesto vino, pues, á ser la biblia de los emancipados (1). Durante cerca de setenta años, Víctor Hugo seguirá siendo el soberano intelectual de su época; amontonará poemas sobre poemas, dramas sobre dramas, novelas y más novelas; y todo lo que corresponde al pasado, al presente y al porvenir, á lo finito y á lo infinito, pasará por su vasto cerebro en perpetuo movimiento y ebullición. Finalmente, en el momento en que el genio de Lamartine perdía su frescura primera, en que el de Víctor Hugo iba exagerándose y amplificándose en una nota exasperada, había aparecido Musset muy joven, acusando el mal de su época ó entreteniendo con hermosos sonidos sus horas de insurrección caprichosa contra la prudencia y la razón.

Detrás de Víctor Hugo, Lamartine y Musset subieron en multitud los entusiasmos y los deseos. Una gran fe palpitaba en el corazón de la juventud. Ardientes é inflamados los espíritus al contacto de sus mutuos ardores, hubo una explosión instantánea. Fué posible entonces asistir al raro espectáculo de un grupo compacto de innovadores batallando y viviendo por la única preocupación de las bellezas del arte (2), por las solas alegrías de la creación, por el contento

(1) Sin embargo, bueno es recordar que el romanticismo francés, que se impuso por el prólogo de *Cromwell* (1827), fué precedido de otro romanticismo, que tuvo por manifiesto el libro de Stendhal: *Racine et Shakespeare* (1822).

(2) «Eran los buenos tiempos. ¡Cómo se amaba, cómo se odiaba, cómo se mantenía uno firme entonces! Se disputaba hasta morderse; se aplaudía con delirio; se desgarraban, se levantaban altares. Muy pronto, del drama representado la multitud iba á los escritores, que regulan y sostienen la opinión, y era también una fiesta feliz el día que seguía á estas victorias tan vivamente controvertidas, ver á la multitud abalanzándose al

de sentir y expresar los transportes de la imaginación lírica. ¿Qué podrán contra ellos Baour-Lormian, Viennet y los discípulos retrasados de los viejos géneros? Un poco más de paciencia y algunos impulsos vigorosos, y el teatro y el libro pertenecerán á los discípulos de Shakespeare, de Calderón y del autor de *Hernani*. Una pléyade de artistas privilegiados recogerán todo el provecho de las labores de una generación loca.

El romanticismo había empezado por proclamar el liberalismo en el arte. Sus novelistas y sus poetas libertaron también los sentimientos y los corazones. Los siglos precedentes habían dicho al hombre: «Tienes derecho á razonar libremente». El siglo XIX añadió: «Tienes derecho á amar libremente.» Nunca el amor fué tan ardiente ni tan elocuentemente cantado. «El romanticismo sentimental había dado al alma humana un horizonte ilimitado para que en él extendiera sus alas y hundiera su vuelo» (1).

Esta especie de restauración de los espíritus y de las inteligencias había sido semejante é instantánea en los demás países, en que las condiciones fueron casi las mismas, y en todas partes análogamente propicias. Aún mal respuestos de la tempestad revolucionaria, quebrantados hasta lo más profundo de su organismo por las consecuencias de estas convulsiones, los pueblos no aspiraban más que al reposo, al recogimiento en la paz. Necesitaban tiempo para reconocerse, para volver á entrar en posesión de sus fuerzas y de sus recursos, antes de emprender, al salir de los conflictos sangrientos, las grandes luchas sociales é industriales. Fueron veinticinco años de tregua, la tregua de la poesía y del sentimiento. Epoca inolvidable, en que Europa parecía no res-

---

folletín del crítico, presta á romperle en mil pedazos, por poco que su juicio no fuera de la opinión del lector. ¡Hermosos días de combates poéticos, horas encantadoras, no se os verá más!» (Julio Janin, *Journal des Debats*, 6 de Julio de 1863.)

(1) Henry Bérenger, *L'Ame d'un siècle.*

pirar más que el ideal, la pasión, la armonía. Se observa en todas partes esta emulación generosa, en Alemania como en Francia, en Inglaterra como en Italia, en España como en los países eslavos y escandinavos.

§ 5.

Aun cuando el romanticismo hubiera sido preparado desde larga fecha en Francia por escritores tales como Juan Jacobo Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, corresponde á Alemania, como hemos tenido que observar en páginas anteriores, haberle encontrado la fórmula y marcado el impulso. Desde el año 1797, Augusto Guillermo de Schlegel, al fundar, con Luis Tieck, el *Athenæum*, de inolvidable memoria, había preparado el programa del romanticismo, desde aquel momento modificado y ampliado por el cosmopolitismo literario de Gœthe. Con una capacidad de trabajo casi ilimitada, poeta, traductor, crítico, orientalista y filósofo, ejerció un influjo enorme en la dirección del pensamiento nacional y extranjero. Magnífico intérprete de Calderón y de Shakespeare, había descubierto á los mismos ingleses efectos no sospechados en su poeta favorito; y reconocidos le habían éstos apellidado «el ultra-shakespeariano». Por sus admirables traducciones, que contribuyeron, se ha dicho con acierto, juntamente con las de Voss, á hacer de las grandes obras de todos los tiempos y de todos los países otros tantos monumentos de la lengua alemana, por la penetración de su genio, inconstante y apresurado, por la abundancia de ideas iniciadoras, que sembró en todas partes, como otras tantas huellas luminosas, fué un maravilloso renovador. Habría mucho que decir acerca de la actividad espiritual que representan, al lado del suyo, los nombres de: Federico Schlegel, su hermano, cuya riqueza de pensamientos y amplitud de espíritu en los mundos diferentes de la imaginación y de la ciencia, no fueron menos maravillosos; de Juan Pablo Richter, llamado «el Único», porque, en efecto, nunca naturaleza

sinceramente poética asoció de modo más admirable, en un caos de cosas diferentes, todos los colores y todos los tonos; de Chamisso (1), y del extraño cuentista Hoffmann (2).

Habría que realzar, por el contrario, ya el influjo particularista de la escuela suaba de Ludwig Uhland, que muy pronto salida de la escuela romántica, sabría desprenderse de lo que ésta tuvo de exagerada y soñadora; ya el retoño de la escuela llamada «la Joven Alemania» (3), que más tarde, bajo lo inspiración de Bœrne, de Enrique Heine, de Laube, de Freiligrath, de Jorge Herwegh (4), llenará diez y ocho años tumultuosos (1830-1848) llevando hacia otros fines que el arte y el sentimiento estético la dirección de las inteligencias, multiplicando, en todas las formas, las tentativas de educación social y política.

Aparte caminaba, en las proximidades de 1830, el grupo austriaco de Grün y de Lenau, y los más hermosos cantos

---

(1) Con el dualismo de su naturaleza, que explicaban los contrastes de su origen francés y de su educación alemana, conservando en el fondo de sí mismo, como por nacimiento, los gérmenes de un espíritu claro y fácil, alternativamente irónico y entusiasta, y mezclando, consiguientemente, el amor á lo fantástico, las disposiciones soñadoras, la investigación sentimental y profunda, que son las características del genio germánico, Chamisso de Boncourt es una de las figuras más difíciles de sorprender y de describir de la literatura moderna.

(2) Todo lo que la realidad más terrenal puede soportar en contrastes con las alucinaciones raras ó terribles de lo sobrenatural, se halla reunido, confundido, en los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann, cuyo éxito fué inmenso.

(3) Una forma particular de estilo gozaba en ella de gran favor: la forma ligera, caprichosa, tomada por Bœrne de Juan-Pablo, y que Enrique Heine había afinado todavía con su vena y su alegría.

(4) Implacable enemigo de la monarquía y del cesarismo, Jorge Herwegh se hizo ciudadano suizo. Sus *Poesías á un vivo* (1841-1844) produjeron gran impresión en el cenáculo de la Joven Alemania. Parecía que el fiero caballero de Hütten hubiera reaparecido en los versos irritados de Herwegh.

íricos nacían en el alma agitada de este último, el tierno y melancólico Nicolás Lenau. La pasión, la sensibilidad nerviosa y entusiasta, los caprichosos movimientos de una naturaleza escéptica y, por tanto, ébria de ideál, las tormentas de una conciencia traqueteada entre las tristezas de la duda y la necesidad de creer, que persistía en ella, hacían de sus días una continua agitación. Pero los gemidos de su corazón herido, las emociones y las tempestades que trastornaron su razón, hasta precipitarla en los abismos de la locura, se expresaban con un encanto de melancolía muy penetrante; y su recuerdo no se perdió ya.

Así es como tantas páginas brillantes fueron añadidas, sucesivamente, á la historia literaria de Alemania.

§ 6.

El romanticismo inglés no aparece de una vez, irresistible, violento. Había tenido la marcha más lenta y los designios más mesurados en sus comienzos, en el momento en que William Cooper, afectado por el oropel y la fraseología vacía del siglo XVIII, que terminaba, levantaba la voz contra una vana retórica y lanzaba el grito de protesta, ya arrojado por Gœthe y Wieland. Hubo dos fases muy diferentes, la que precedió á 1812, cuando las audacias de Wordsworth y de Coleridge se limitaban casi á rechazar ciertos convencionalismos de estilo artificiales y gastados, cuando los novelistas, muy respetuosos de las conveniencias y de la sana moralidad, se guardaban en sus tentativas de pasar los límites de una ambición puramente artística; y, por el contrario, los momentos tumultuosos, las crisis de tempestad moral, que desencadenó el advenimiento de Byron, cuyo ascendiente, disputado en Inglaterra, se extendió por el continente como un frenesí de arte apasionador y contagioso. A través de las tormentas de una existencia de las más agitadas, Byron tuvo la gloria de determinar el fuerte impulso, cuyos efectos habían repercutido de un modo tan intenso en el extranjero. Las

aficiones de Byron eran clásicas; su temperamento fué romántico. Entre las obras más violentas y las más regulares, su juicio vacilaba. Él celebró a Pope. Él defendió la regla de las unidades en la tragedia, la frase simétrica, el estilo cadencioso. La armonía constante del verso, la perfección del estilo, sus cualidades superiores, no le abandonaron nunca. Sin embargo, la vehemencia de sus sentimientos le había arrastrado inmediatamente muy allá del otro lado de las barreras clásicas. Se anunció con el grito potente de Harold; y á través de las críticas inquietas, por encima de las reputaciones envidiosas, su nombre resonaba en toda Europa. Por un momento todas las naciones literarias fueron byronianas.

En la misma línea del horizonte había aparecido la estrella de Walter Scott, el bardo popular en su tiempo, que llegó á ser el pintor incomparable de las costumbres del pasado. El autor de los *Puritanos* no fué sólo para Francia, tanto como para Inglaterra, el iniciador de la novela moderna; fué también uno de los renovadores de la historia. Antes de él, no era ésta dramática ni pintoresca: él dió á los franceses Agustín Thierry, y De Barante, el gusto del colorido, la pasión de la vida. Su influjo se extendió con diversos títulos sobre Manzoni en Italia, Fouqué en Alemania, mucho más tarde sobre Fernán Caballero en España, en pleno siglo XIX en Francia, sobre Alfredo de Vigny, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Mérimée, Balzac y su descendencia.

Todo el romanticismo inglés, en su doble manifestación, tuvo un poder mágico para provocar la excitación de los espíritus. Admirable fenómeno, porque hizo aparecer antes de inspirar á Byron y á Shelley, los acentos de Wordsworth, de Coleridge, de Soutley, y suscitó imaginaciones maravillosas!

Cada uno de estos admirables poetas merecería detenernos largo tiempo: Wordsworth, por su esquisita sencillez, coloreando con un reflejo de ideal las realidades más cercanas á nosotros; Coleridge, por la fuerza de su lirismo y la elevación

de su ensueño filosófico (1); Southey, por el admirable fantasear de su imaginación siempre suspensa en el aire. Byron, por la fuerza y el esplendor desordenado de su temperamento poético; y Shelley, por la amplitud y la flexibilidad de su genio. En medio de una existencia atormentada de modo increible, y que terminó de un modo tan trágico (2) (¡tenía veintinueve años!) el deslumbrador Shelley había creado una de las poesías más inspiradas que existieran jamás, cambiante como el mar, tan pronto lejana y fugitiva, como personal y romántica cual la del cantor de *Childe Harold*... se le hicieron funerales á la antigua; su cuerpo, devuelto por el mar, fué quemado en una hoguera, su corazón transportado á Roma y colocado en la tumba con esta inscripción: *Cor cordium*; y desapareció dejando, dice Gabriel Sarrazin, el recuerdo de una figura luminosa y legendaria.

§ 7.

Italia nos llama ahora, y proclama que en estos días de universal sobreexcitación artística, que fueron, podría decirse, los días de trompa y clarines de la humanidad, no empleó menos ardor que las demás naciones para ensalzar el culto de la pasión, del sentimiento, de la idea. Un soplo ardiente

---

(1) Establecido en Keswick, en medio de los lagos de Escocia, en la proximidad de Southey y de Wordsworth, Coleridge formó con ellos la escuela de los *lakistas*, esta escuela sentimental que tuvo tanto éxito en Inglaterra, porque unía al amor á la naturaleza el delicado análisis de los sentimientos. Escribió sus *Poemas de amor*, sus *Poemas de meditación*; *Odas*, de una grandeza á veces sublime; *Baladas líricas*, novelas, dramas. El hábito del opio, que había contraído, alteró su salud, hasta hacer temer por su razón. Vibrante en todas las emociones y capaz de comprender todos los sistemas, Coleridge tenía travesuras geniales, abriéndose paso por repentinas y espléndidas aspiraciones; pero este genio ha quedado fragmentario é incompleto.

(2) En 1822, Shelley se ahogó en la bahía de Spezzia.

de patriotismo anima su poesía, desde los preludios del siglo XIX. Ugo Foscolo, que citábamos hace un momento, Giusti, Leopardi, han hecho oir acentos llenos de emoción y de fuerza para evocar el despertar próximo de la nación. La concisión de los versos de Leopardi y su enérgica sobriedad, recuerdan el vigor de la antigua musa latina. Es un moderno por la nota dolorosa de sus cantos, más irremediable é inexorable que el pesimismo especulativo de Schopenhauer. ¡Admirable carrera! Filólogo á los diez y seis años (1), filósofo á los veinte, poeta á los veinticinco, destinado á morir muy joven en plena celebridad, ya Leopardi había recogido los laureles de una doble gloria cuando otros apenas empiezan á vivir. Su precocidad fué extraordinaria. ¡Ay, muy pronto también había tenido que pagar estos favores excepcionales de la naturaleza, estos dones maravillosos del espíritu, con terribles desgracias físicas, con el suplicio sin descanso de dos enfermedades mortales, agravadas todavía con las penas secretas de un alma irritable y desilusionada! De aquí proceden en el autor de *Il Parini*, en el gran lírico de los *Ricordanze*, las quejas contra el destino humano y contra su tiempo, el afán continuo de su alma de no buscar inspiración más que en las fuentes amargas del espíritu—el dolor hallado en todas partes, en el presente y en el pasado, en la naturaleza y en el hombre,—la melancolía razonada ó cantada, según que la expresaba como filósofo ó como poeta, las constantes llamadas á la muerte, que han impregnado de una acritud sistemática la inefable dulzura de sus elegías (2).

---

(1) No era más que un adolescente y sus trabajos filológicos le habían hecho conocer de los sabios de Italia y de Alemania. El filólogo sueco Akerblad había saludado con admiración su arribo á la ciencia.

(2) Véase la biografía del poeta y la edición definitiva de sus obras, en prosa y verso, publicadas en Florencia en 1845, por Antonio Ranieri, el Pílades de Leopardi; véase también la hermosa traducción en verso de Augusto Lacaussade.

Otros elegidos de las musas: Vittorelli, Ricciardi y el célebre Silvio Pellico, que debe su reputación á sus desgracias tanto como á sus obras, concurren con brillo á la labor de la regeneración soñada, estimulan á la patria con sus elogios, con sus consejos ó con sus reminiscencias dolorosas, y noblemente exaltan la esperanza común que les domina: la de que se restaure la nación por las letras. Finalmente, Manzoni se ha puesto al frente del movimiento romántico. No había esperado á la aparición de la nueva pléyade francesa para declararse apóstol de un renacimiento literario. Antes que Víctor Hugo hubiera lanzado el célebre prólogo de *Cromwell*, Manzoni dirigía al crítico del *Liceo* (1) una carta en francés sobre las unidades del tiempo y de lugar, en que se dibujaban sus proyectos de reforma teatral. Llegó á ser el jefe de los *coloristas* italianos, que sedujo ante todo por el brillo del estilo en la imagen y el color.

Bajo el cielo de Italia, los talentos afluyen, animados de un celo igual, á reanimar los recuerdos y las esperanzas patrióticas, á preparar con los filósofos y los hombre de acción la era cercana del *Risorgimento*.

§ 8.

Un entusiasmo más exuberante todavía transporta á los poetas españoles. Se creería que una sangre nueva se había infiltrado en las venas del genio castellano. Byron, Walter Scott, Víctor Hugo, Lamartine, son leídos en todas partes. Jóvenes entusiastas se afanan por seguir sus huellas. Ventura de la Vega, Bretón de los Herreros, Quintana, están al frente de los innovadores del arte; impulsando hacia adelante, de otro lado, las grandes transformaciones políticas y sociales que se realizan en el seno de su patria.

Las tendencias menos absolutistas de los últimos años

(1) Chauvet.

del reinado de Fernando VII, las esperanzas que hizo nacer la alianza ya presentida de Cristina y del partido constitucional, y las promesas de un porvenir mejor que se alzan alrededor de la cuna de la princesa Isabel, llenaron los corazones de alegría. Y esta impresión se desborda en todas las formas del pensamiento.

En vano amigos del pasado, Lista, Hermosilla, Martínez de la Rosa, se esfuerzan para oponer un dique al torrente que arrastra las imaginaciones. Se les deja protestar, sin oirlos, contra lo que ellos llaman un falso afán de emancipación ó un gusto desenfrenado de licencia. Se pierden en discusiones teóricas, en tanto que los versos de los nuevos poetas contiúan excitando ardores generosos; y estos versos son ávidamente buscados por una población ébria de esperanza y de alegría; y se repiten al aire libre, en los cafés, en los salones. Cada incidente político viene á ser el tema de una creación literaria. Las profundas modificaciones del estado social que prosiguen durante la primera guerra civil de siete años y durante la primera regencia de Espartero, son un estímulo permanente para la actividad de los escritores. Otros modos de ver y de pensar se han abierto paso en la tradicional España. Otros hombres, otros caracteres, otros tipos han aparecido. Se inspiran en ellos para expresar sucesivamente los pesares ó las aspiraciones, las últimas principalmente, que agitaban el alma de la nación española, frente á esta evolución repentina y considerable de sus destinos.

Un ardor continuo inflama la inspiración de los románticos de Extremadura y de Andalucía. La vida de algunos, como la del gran lírico Espronceda, y del mordaz libelista José de Larra, no es más que una lucha de todos los momentos en favor de las ideas de liberalismo, de liberación moral é intelectual. Porque fué, sí, carácter propio del romanticismo español, haber traducido con el grande ímpetu de la pasión ardiente que impulsaba entonces al país de Calderón á librarse violentamente de los lazos del absolutismo y de una religiosidad tiránica. Espronceda, Angel de Saave-

dra, el duque de Rivas, Quintana, conquistaron una gloria europea, en tanto llegaba Zorrilla.

Más tardiamente, Portugal, muy diferente—mucho más de lo que se puede suponer—de la nación vecina y rival, por los orígenes y por el temperamento, había recobrado la posesión de sus facultades de inventiva literaria. El reino lusitano, aún no se había repuesto de las crisis múltiples, interiores y exteriores, que fueron la suerte particular en la historia de un Estado huérfano de poder y continuamente amenazado. Consecuencia forzosa de ello resultó la extinción de sus fuerzas físicas y morales. Una especie de resplandor pálido se extendía sobre esta sociedad ligera y espiritual, pero desprovista de aliento, en la que nada hay menos raro que ver suceder á algunos momentos de viva animación y petulancia, largos días de postración. La facultad poética vagaba sin aliento por los caminos de un país en que cantar y versificar es una facultad corriente. Las mismas églogas eternas habíanse olvidado. Los brillantes horizontes parecían cerrados, cuando surgió Almeida Garrett, seguido de su romántico cortejo.

Se vió que aún había bajo el suelo seco raíces profundas.

Las primeras tentativas del romanticismo en busca de su camino, fueron señaladas en toda Europa por un movimiento de retroceso á la tradición nacional de la Edad Media. Esta disposición común de los pueblos para apoyarse en el suelo de la patria y en él recobrar nuevas fuerzas, flotaba en la atmósfera de Portugal, tanto más enamorado de su gloria pasada, cuanto que no esperaba verla volver. Garrett comprendió de una vez de qué elementos tendría que servirse para sintetizar en obras vivas el deseo secular de su raza. Nacido de una familia de las Azores, cuyos antepasados procedían de Irlanda, llevaba en sí el doble atavismo que mezcla, en el alma portuguesa, á la pasión vehemente del Mediodía y del Oriente, la melancolía y el idealismo bretón. Tenía, además, el conocimiento profundo del pasado de su patria. Encontró en la vieja leyenda del *romanceiro* la expre-

sión de los colores de la época y del lugar, que son la vida misma de una nación, y la cristalizó en obras de una perfección rara (1). Garrett ejerció un influjo considerable, no sólo en sus discípulos directos, tales como el historiador y poeta Herculano, más tarde en los ultra-románticos, que perdieron por la pompa y el énfasis lo mejor de sus imitaciones, sino hasta en sus últimos adictos de las escuelas del siglo XIX agonizante (2), las escuelas corimbria y simbólica (3).

§ 9.

Despierta una de las últimas á la vida del espíritu, Rusia que desplegaba á su vez un exceso de ardor, como para llenar en pocos días el vacío dejado por un sueño secular entre los lentos comienzos de los tiempos de barbarie y los tanteos de su idioma literario moderno, entre las viejas rapsodias heróicas, por encima de las cuales surgió la famosa *Narración de la banda de Igor* (4), y la producción original y fecunda que debe asegurar la vitalidad de esta lengua armoniosa y sonora.

---

(1) L. de Carné.—Véase la *Historia de la literatura portuguesa*, obra monumental de Teófilo Braga.

(2) En los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, un verdadero renacimiento garrettiano se revela, particularmente en el teatro, en Julio Brandaô, Julio Danta, D. João da Camara, etc.

(3) La poesía portuguesa contemporánea, sobre la que no tendremos ocasión de volver, está en efecto representada, de un lado, por los últimos sentimentalistas del romanticismo, y de otro por los que tendrán que desprenderse de él para inspirarse en la naturaleza, en la ciencia ó en síntesis filosóficas. A la segunda de estas dos familias rivales pertenecen: João de Deus, Teophilo Braga, Anthero de Quental, João Penha, Gomes Leal y el filósofo versificador Teixeira Bastos.

(4) Véase la sabia edición de *La Igorliev*, por el Dr. A. Boltz en la *Hellas*. V. 3, Leiden, 1892.

Es la tercera edad de la literatura rusa (1), edad de misticismo y de romanticismo. Sus primeros años se señalaron por una explosión de sentimentalismo místico. Al día siguiente de la Revolución, Catalina, aterrada por los progresos del iluminismo, que se infiltraba bajo la cubierta de las asociaciones masónicas, había tratado de detener con medidas de rigor el desarrollo de una tendencia en que sus aficiones autoritarias creían, si no presentir una amenaza, al menos descubrir una especie de emancipación peligrosa del pensamiento. Las disposiciones de espíritu de su segundo sucesor Alejandro I habían hecho vanas estas tentativas de represión. Las ideas pietistas de Novikof, alentadas por el imperial corresponsal de Mme. de Krudener, participadas por el ministro liberal Speransky, habían subido á la superficie. La preocupación supersticiosa se apoderaba luego de la sociedad más escogida. Hubo un contagio de ensueño metafísico. «No había favor más que para las sociedades bíblicas, los martinistas, los de la cruz rosada, los swedenborgianos» (2). La irrupción del romanticismo determinó una nueva y más fructífera evolución; pero la crisis se había sentido con demasiada viveza para no dejar huella alguna de su paso; y así, dejó en los espíritus un matiz particular de melancolía, cuya vaga transmisión se habrá de reconocer hasta en los grandes escritores: Dostoiewski, Gleb Ouspensky, Tolstoï, Saltgkov y sus discípulos de la última generación.

---

(1) La historia intelectual de Rusia puede reducirse, en sus cuatro épocas de duración muy desigual, á algunos hechos generales: después de las tinieblas de la barbarie, la infiltración del cristianismo bizantino y la preponderancia casi exclusiva del elemento religioso; la aproximación brusca hacia Europa y las ideas occidentales; el período de imitación y de pseudoclasicismo, que duró hasta el comienzo del siglo XIX; luego las tentativas de liberación de los románticos, y finalmente, la evolución social del último momento, bajo la enseña del realismo popular.

(2) Melchior de Voguë, *Le roman russe*, p. 31.

El iniciador del romanticismo ruso se llamó Joukovski. El director de coro y el maestro fué Pouckhine. El uno, mediante imitaciones numerosas de Schiller, de Goethe, de Uhland, de Novalis, había insinuado la doctrina moderna. El otro, por una toma de posesión brillante, hizo de ella su bien, su patrimonio. Joukovski había escrito á la manera germánica sobre temas eslavos, cuando su discípulo, todavía en el colegio, comenzaba tan solo á darse cuenta de sus impresiones nacientes. Pouckhine no fué la aurora, sino el sol levante, y sus émulos Dalvig, Baratinski, Yazikoff, le reconocieron como maestro en cuanto apareció. Así como á los primeros calores de la primavera, ha dicho Voguë, las praderas se adornan de flores, el país ruso se había cubierto de poetas al soplo vivificador del entusiasmo. Se movían alrededor de su joven maestro como una nube brillante. La aparición de su primer poema, *Rousban y Ludmila,* había sido un verdadero efecto de teatro por lo imprevisto de la obra y por su resonancia. El byronismo de que fué Lermontoff, con su imaginación fuerte y sombría, uno de los más fogosos partidarios, inflamó de pronto á la juventud escéptica y desocupada. Se apiñaba tras los pasos de los que la arrastraban, ebria de arte, de pasión y de armonía. Con el tiempo, sin embargo, se calmó su ardor. Estas hermosas llamaradas líricas se aquietaron. Los cerebros sobreexcitados se tranquilizaron. La prosa recobró la primacía. Walter Scott destronó á Byron. Pouckhine mismo, llegado á la madurez de su genio, había adoptado el género novelesco, suscitando, en esta forma de relato, una pléyade de escritores, tales como Zagoskine, Dahl, Veltman, Polevoï, Marlinski. Se mostró más personal todavía, cuando abriendo el camino al realismo moderno, y descubriéndose el primero en comprender, en el país de la servidumbre, el alma del pueblo, reveló á Rusia la *terra incognita,* es decir, la vida tal como se debía sufrir en el imperio de los zares, todavía más dolorosa que en otra parte, la vida con sus escasas alegrías y sus sufrimientos, sus faltas y sus vacíos.

Paralelamente, en Polonia, y obedeciendo á inspiraciones bien opuestas, tres poetas geniales, Mickiewicz, Julio Slowacki y Segismundo Krasinski, expresaban en admirables versos la amargura de las glorias desaparecidas, el sentimiento doloroso de las heridas de la patria. Embriagada por sus cantos, Polonia se sublevó en 1830, y al recuerdo de sus himnos brillantes estallará la terrible insurrección de 1863. Nunca se admirarán bastante obras como el *Libro de los peregrinos* de Mickiewicz, doloroso éxodo de los proscritos polacos; como el soberbio poema *Conrado Wallenrod*, en que el amor al país es exaltado hasta el furor, en que el odio al tirano llega á su paroxismo; y sobre todo como el drama fantástico «Los antepasados», los *Dziady*, que eleva una inspiración sobrenatural.

§ 10.

Las naciones escandinavas no habían quedado fuera de esta gran regeneración intelectual.

No fué un eco de las agitaciones exteriores, sino una lucha apasionada, ardiente, aquella á que se dió rienda suelta, en Suecia, entre el pasado y el presente, disputándose la dirección del porvenir, entre los clásicos, los «fosforitos» y los góticos, hasta que Geiier, el fundador del *Iduna*, Tegner y Ling, vinieran á arrancar su patria de la dominación nueva de Gœthe y de Klopstock, heredera del influjo francés, para volverla al culto de sus divinidades nacionales. Así, el célebre danés Œhlenschlæger, apellidado en su tiempo «el príncipe de los poetas escandinavos», trató de crear de nuevo los colores vivos y la alta y pura originalidad de la gesta antigua de los *Eddas*. «Los daneses, dice C. Hauch, eran semejantes al hombre que, habiendo bebido un licor encantado, hubiera olvidado los cantos de su juventud. Œhlenschlæger rompió el encanto y encontró nuevamente á los viejos héroes escandinavos.» No se limitó á esto su representación y su labor. Deseoso de expresar también los sentimientos que no

cambian con la sucesión de los hombres, interrogó profundamente las alegrías y los dolores del ser íntimo, fuente siempre corriente del lirismo. Y una pléyade de discípulos le habían seguido, sostenidos por el amor innato del espíritu escandinavo á lo fantástico, al ensueño, y—podríamos añadir—á la vaguedad de la metafísica. La poesía y la filosofía (1) compartieron el favor de las inteligencias.

En Noruega, y en la época que va desde la muerte de Byron á la de Gœthe, todo lo que hay de espontáneo y verdaderamente individual en el carácter de esta nación acababa de surgir á la vida. Una generación había crecido, desde los inolvidables años de 1811 y 1814, que dió á Noruega su libertad política y su autonomía (2). Largo tiempo olvidado, bajo su manto de hielos y de brumas, el Norland anunció que quería por fin ocupar su lugar en el concierto de las naciones europeas (3). La víspera aún, Noruega no tenía poetas, historiadores, sabios ni dramaturgos. Su patrimonio literario se reducía casi á los *Sagas* de los días de epopeya, cuando sus aventureros feroces iban á través de los mares aterrorizando á Europa, y llevando hasta Trondhjem los despojos de los pueblos latinos y germanos. La disciplina despótica del puritanismo, las duras condiciones de una existencia tan rígida, tan áspera como el clima, la abrumadora tristeza de una naturaleza grandiosa en algunos de sus aspectos y bien limitada, sin embargo, en sus horizontes ce-

---

(1) Hegel estaba muy en boga en Copenhague, aun cuando hubiera encontrado allí un adversario decidido en Kjerkegaard, que con Grundtwig, había agitado fuertemente el espíritu controversista de estas poblaciones creyentes.

(2) Véase *La Norvège*, obra oficial publicada bajo la dirección de MM. Sten Konow y Karl Fischer, con motivo de la Exposición universal de París. Kristianía, Imprenta central, 1900, 1 vol. en 4.°

(3) «El viejo león noruego, dócil como un perro de lanas, se había comido durante siglos su ración moviendo la cola.» (Welhaven, *El Alba de Noruega*.)

rrados; finalmente, las dificultades de una larga dependencia política, haciéndola feudo, sucesivamente, como una humilde provincia, de los destinos de Dinamarca y de los de Suecia: todos estos obstáculos se alzaron como otras tantas murallas contra el desarrollo intelectual de este pequeño pueblo, muy capaz de sentimientos profundos y de pasiones fuertes. Finalmente, bajo el doble impulso del berguenés Johann Sebastian Welhaven—un romántico, como el inglés Tennyson, de perfección clásica—y de Henrick Wergeland, la musa noruega se despertó, palpitó. Tenía demasiada frescura y joven intrepidez para dejarse llevar del universal dolor byroniano, demasiada exuberancia también para elevarse y cernerse en el cielo sin nubes en que resplandeció la serenidad olímpica del gran panteista alemán. Las poderosas emociones del lirismo, natural emanación del alma y del corazón, le dieron alas. Una corriente de hermosas visiones llenó la obra del luminoso Wergeland, cuya brillante personalidad cubría, por decirlo así, con su sombra el resto de la literatura noruega.

CAPÍTULO XIX

El romanticismo ha agotado hasta el fin todos los recursos de la imaginación y de la fantasía.—Reacción del sentido positivo.—Otras condiciones de vida social, política y moral.—En tiempos del segundo Imperio.—Advenimiento del realismo.—Las formas con que se cubre en las principales literaturas europeas.—El naturalismo en Francia: imitación de sus procedimientos en el extranjero.—Aparición de nuevas escuelas.

§ 1.

Así el romanticismo sentimental avivaba con su llama los cerebros de Europa entera.

Sin embargo, las bellezas puras de la estética, la fiebre del sentimiento, la fuerza de elocuencia, el gusto que se desbordaba de agitación, de vida en el arte, que eran sus señales, no exigían un acuerdo indefinido con el carácter de una edad que, de día en día, se iba haciendo esencialmente positiva y científica.

Síntomas patentes anunciaban el irresistible acceso á la obra de arte de las modernas tendencias sociales, con todo lo que pudieran encerrar bueno ó malo, mejor ó peor. Una impaciencia creciente pugnaba por conocer en su verdadera luz, por someter á la observación directa las pasiones instintivas, los apetitos y los móviles, dignos ó indignos, que guían al ser humano.

Arrastrados por jefes tales como Víctor Hugo y el autor de *Enrique III*, los románticos franceses habían llegado á romper fórmulas estrechas, renovado los marcos, ensancha-

do los horizontes, tenido el honor de libertar el arte y el pensamiento. En la efervescencia de su triunfo, no se libraron del vértigo que se apodera casi siempre de los victoriosos.

Saliéndose grandemente del programa de los comienzos, á medida que se desarrollaba su aliento, y extendiendo á todos los tiempos su ambicioso deseo, al buscar la emoción en todos los asuntos y bajo todas las formas, y pretender comprenderlo todo y todo reflejarlo, sin preocupación ni cuidado de las reglas y de las tradiciones, no vieron ya inconveniente en proclamar, para todos, el derecho á la independencia absoluta y á la fantasía ilimitada.

«Queremos, exclamaban, marchar con nuestra fuerzas y nuestra libertad, en nuestro ensueño y en nuestra poesía; no escucharemos otra voz que la que canta en nosotros; no seremos de ningún siglo ni de ninguna escuela. El arte nada tiene de común con la masa de los hombres, no más que con la filosofía, con la política ó con la moral. El arte es el arte, y no otra cosa.»

De cernerse siempre, las alas del espíritu, como las del ave, se cansan. Estos vuelos constantes fuera de lo real, tienen por efecto inevitable hacer perder la clara visión de la tierra, de los seres y de las necesidades que la habitan.

Así se vió muy pronto.

Surgieron críticas contra los abusos de la más hermosa y también de la más peligrosa de las facultades, la imaginación. El público se cansó de estas exaltaciones mentales y pidió que se le presentaran imágenes menos ilusorias de la humanidad.

En los autores mismos, el sentido positivo había reaccionado contra los ardores de 1820 á 1830. Cuando, con el triunfo cada día más pronunciado de las ideas burguesas, la fortuna llegaba á ser la *ultima ratio mundi*, las recompensas inciertas de la gloria parecieron á su vez insuficientes. En manos de los grandes productores, como Alejandro Dumas, Eugenio Sue, el comercio de los pensamientos se aprestaba á

revestir las apariencias de una verdadera industria. El dinero tendía á hacerse el nervio y el dios de la literatura, como era ya el rey de la sociedad.

Con ello perdieron las concepciones en su franqueza y espontaneidad. La poesía, poco antes enteramente palpitante de lirismo, se recubrió de una expresión fría y plástica. Las severas lecciones del destino humano y sus tragedias, se rebajaron hasta no ser más que escenas de sainete. Y los progresos del periodismo, especulando con las ideas como con los valores de la Bolsa, y la difusión de un género recién nacido, de esencia inferior y de ejecución casi siempre mediocre, la novela de folletín, no eran cosa adecuada para levantar el sentimiento de las nobles letras.

El sacrificio siempre más acusado de una estética sincera á los cálculos del oficio, pronosticaba una fase bien próxima, en que casi todas las formas del arte, contaminadas con el influjo de las costumbres, reducirían su ambición á mecer la blandura de los espíritus, á halagar y excitar los sentidos extenuados; en que los escritores, en general, no tendrían otras miras reales, que obtener, á su vez, una amplia medida de los goces sociales; que conquistar á cualquier precio el dinero y el éxito (1).

¡Móviles funestos para un número demasiado grande! Ellos precipitarán á la contienda de las letras tantas imaginaciones desviadas y producirán los tristes embarazos de que fueron testigo los últimos años del reinado de Luis Felipe y los comienzos del segundo Imperio.

§ 2.

No había muerto, sin duda, á despecho del mercantilismo creciente, la literatura propiamente dicha. Lejos de ello, hasta puede decirse que todas las glorias de consideración del siglo se hallaron reunidas en un período de la historia

(1) Véase Federico Loliée, *Nos Gens de lettres,* 1889, en 18.

que se hubiera creído exclusivamente entregado á los apetitos materiales.

Estamos en Francia, decimos, y en el reinado de Luis Felipe. En tanto que Chateaubriand, al declinar de sus días, dicta las *Memorias de ultratumba,* que Lamennais envejecido lanza contra Roma las *Palabras de un creyente,* que Beranger canta con débil voz sus últimos estribillos, Lamartine se recoge en su serenidad cristiana para verter las *Harmonías* al desplome de sus sueños; Víctor Hugo dispersa, al agrado de sus inspiraciones, las melancólicas *Hojas de Otoño,* que son como una parada de recogimiento en su tumultuosa carrera; Michelet prosigue sus evocaciones del pasado y hace entrar en la historia, con la vida, la fiebre militante y la pasión, en tanto que narradores menos líricos, por no decir menos novelescos, Guizot, Thiers, Tocqueville, equilibran, en provecho de la verdad, su influjo brillante y peligroso; Teófilo Gautier continúa desarrollando, en la calma de una producción fácil, sus hermosas facultades plásticas; Jorge Sand asocia á sus trabajos campestres, á sus relatos de amor, las quimeras por su arte vivificadas del saint-simonismo naciente; Balzac, el prodigioso Balzac, empieza con mano apresurada la *Comedia humana* y esculpe de modo imborrable los rasgos de la sociedad moderna, y Dumas lanza las novelas y los dramas al vuelo. Instintivamente ejecuta éste en el teatro, aun cuando su imaginación deforme la verdad, un trabajo análogo al de Stendhal, de Balzac y de Flaubert en la novela, de Sainte-Beuve y de Taine en la crítica, de Agustín Thierry, de Fustel de Coulanges y de Michelet en la historia: hace entrar en él psicología viva. Finalmente, al lado de las letras, de la filosofía, de la historia, todas las ciencias han acentuado su movimiento de conquista en los secretos de la naturaleza y de la vida.

A pesar de la aminoración notable de los móviles superiores en el fondo de las conciencias, la época contemporánea á la monarquía de Julio en Francia es, pues, una era todavía propicia para las cosas del espíritu. Si tiene poca reso-

nancia por los actos de su política exterior, se muestra honrosamente plena, por la abundancia y por la variedad de las manifestaciones artísticas.

§ 3.

Sea lo que quiera, y por las razones que hemos expuesto hace un momento, el idealismo, ó más bien el ardor del sentimiento lírico, ha descendido mucho en las imaginaciones.

Balzac, el gran novelista precursor, ha denunciado el advenimiento de un mundo enteramente renovado. Es evidente que el tono de los escritos va á cambiar y á aproximarse cada vez más á la realidad de las existencias, de las profesiones, de las instituciones mismas, y diría yo también á veces á la verdad de la naturaleza, que los románticos habían puesto en el número de los maestros desdeñados.

Hubo, sin embargo, en Francia, con repercusiones sensibles en las agitaciones europeas del momento, como una última explosión de romanticismo, pero social y humanitario, un romanticismo político. Ocurrió esto en el intervalo de los años 1848 á 1852. Las preocupaciones políticas ocupaban el lugar de todas las ideas. El público no tenía ojos ni oídos más que para las tesis sociales. Los movimientos parlamentarios ó los ecos de la calle absorbían su atención entera. Los teatros holgaban. La librería se decía arruinada. En cambio, una magnífica carrera parecía haberse abierto á los *virtuosi* de la palabra. Las palabras tenían entonces una extraña virtud. Un fervor crédulo animaba á los que las lanzaban desde lo alto á la multitud y á los que las recogían con oído ansioso. Se creía en la abnegación de los elegidos del pueblo, en la solidaridad de las conciencias, en la fraternidad universal. Un entusiasmo real avivaba las imaginaciones en favor de los hechos realizados: el derrumbamiento de un trono, la destrucción de una oligarquía sin grandeza, la conquista del sufragio universal y la proclamación, con la República, de todos los derechos del ciudadano.

Las frases retumbantes, que se escapaban de los labios de un Lamartine, arrebataban ó trasportaban sucesivamente á las asambleas. El instinto, el sentimiento, la emoción: no había necesidad de otra dialéctica para hacer pasar á los espíritus las vivificadoras impresiones de la alta elocuencia.

De lirismo también se hinchan los períodos de un Ledru-Rollin, de un Miguel de Bourges ó de un Madier de Montjau. El arte de convertir en imágenes las realidades del presente ó el sueño, la utopia del porvenir, no los apasiona menos que los temas de sus discursos. Esta propensión á la pompa, á la amplificación, á la exageración de los epítetos, se ha extendido ya y es, por decirlo así, familiar á todos.

Los días de la segunda República fueron cortos, pero muy llenos de movimiento y de manifestaciones verbales. La fiebre de reconstitución política excitaba entusiasmos iguales á los que habían provocado, en tiempos de la Restauración, el ardor de los sentimientos y el culto de la poesía. De igual modo también que en el siglo XVIII, las altas aspiraciones, el generoso amor al derecho, el sueño de un igual reparto de los bienes entre los hombres (1), las tendencias puramente especulativas y filosóficas, ponían á los espíritus fuera de tino. Exaltados por tantas ideas nuevas, publicistas, oradores ó escritores, gobernantes y gobernados, no podían menos de imprimir á las teorías sociales las formas y el tono de un sentimentalismo desbordado.

Pero los discursos más vehementes no suspenden la marcha del *fatum* histórico.

En medio de tantas agitaciones estériles, Luis Napoleón

(1) Entonces estaban en gran favor para la estimación ó la discusión las fantasías falansterianas de Fourier, los desbordamientos humanitarios de Pedro Leroux, este Jerónimo Cardan del siglo XIX, las manías igualitarias de Cabet, continuador en demencia de las ideas comunistas de Mably, Morelly, Condorcet, Babeuf, Sylvain Marechal, y los sofismas de su gran contradictor Proudhon.

se ha visto llevar por las ilusiones del pueblo, y bajo la fe de mentirosas promesas, á la presidencia de la República, que no es más que el preludio de la declaración del Imperio. Ha cogido las riendas del gobierno con la firme resolución de no dejarlas ya sino el día en que le fueran arrancadas á viva fuerza. El país ha vuelto á entrar en posesión de un bienestar tranquilo y en las apariencias, al menos, de una organización regular. La actividad renaciente de los negocios da prendas ciertas de prosperidad material. Es la edad de oro del crédito, la luna de miel de la especulación, el tiempo feliz de los Pereire, Haussmann, Morny, Mirès. El tono de las letras se conforma con las tendencias del nuevo régimen. Agradaba al Imperio, entraba en sus designios de afirmación, de estabilidad, que la nación, incesantemente apartada de los nobles pesares ó de las fiebres reivindicadoras, se olvidara á sí misma en el seno del placer y de la frivolidad. Venus y Pluto triunfaron. Los teatros nunca habían estado tan florecientes. Y la literatura ligera propagaba sus frutos con una rara fecundidad.

¿Cómo la poesía, sometida al contacto de estos influjos, no había seguido siendo más que una manifestación desinteresada de las perturbaciones del alma, un libre juego de la fantasía en las esferas etéreas? Los espectáculos circundantes reducirán á los escritores á consideraciones menos ideales. Se contentarán con hacer profesión de divertir.

Sin contradicción, el arte verdadero, al impulso de inteligencias elevadas, vigorosas, como no faltan entonces, no pediría más que desarrollarse, que remontar el vuelo; pero en continuo roce con los apetitos subalternos de una época materialista, es harto preciso que estas inteligencias vuelvan á descender al nivel de sus contemporáneos para serles accesibles. Soldados de fortuna, aventureros políticos, millonarios ávidos de placer, que cifran todo su cuidado en las variaciones de la renta y el hábil empleo del dinero; mujeres á la moda, periodistas mercenarios, son los que dan el tono y dirigen el gusto público. La literatura forzosamente había de

reflejar esta sociedad, como el agua de un pantano refleja la caña que crece en sus orillas (1).

Por el espíritu de ironía ha comenzado el ataque á los entusiasmos anticuados. La carcajada de la opereta, la agudeza de la parodia de Meilhac y de Halévy entregando á la burla universal todas las viejas creencias, y la vibración de los estribillos rimados por la vena loca de Offenbach, han llevado lejos los ecos de una verdad burlona, en tanto que, en otro lugar de la escena, las comedias sociales de Emilio Augier ó de Teodoro Barrière y las defensas dialogadas de Alejandro Dumas hijo, introduciendo atrevidamente en el teatro las cuestiones de moral íntima, preparaban las inteligencias para las confesiones del naturalismo.

Reducidos los seres y las condiciones á proporciones simples y puramente humanas, los literatos de la novela no vacilaron en confrontarlos con los ejemplos obtenidos de la observación enteramente desnuda.

Para describir hay que observar. Para observar con acierto y precisión, es preciso apartarse de la propia persona, pasar de la contemplación egoísta á la de una vida más general y compleja, y por consiguiente, hacer otro y distinto el objeto de sus estudios.

El arte ambicionó ser la expresión fiel de la sociedad. Víctor Hugo mismo, en una carta públicamente dirigida al realista (2) Champfleury y anterior en dos años á la publicación de *Los Miserables*, había declarado: «La literatura del siglo XIX no tendrá más que un nombre: se llamará la literatura democrática.»

Con Emilio Augier y Dumas hijo, el drama y la come-

---

(1) Véase en la *Revue politique et littéraire* del 26 de Julio y 2 de Agosto de 1873, los estudios de un crítico alemán, Kreyssig, sobre esta marcha del espíritu francés.

(2) A fines del siglo XVIII, Restif de la Bretonne, había hablado de los realistas del día. Pero sólo en 1848 fué cuando, según Champfleury, la palabra *realismo* pasó definitivamente á formar parte del diccionario.

dra, decíamos hace poco, se habían dirigido al campo de la observación directa, para no apartarse de él sino momentáneamente y volver como á su esfera propia. Se juzgó su esfuerzo incompleto y tímido.

La novela se prometió ser la forma más apasionada de investigación social. Adquirió un desarrollo extraordinario. Casi á la vez el realismo se extendió por la mayor parte de la Europa intelectual, violento y patológico en Francia, muy local y conservando el perfume del suelo natal en tierra española, mezclado con aspiraciones elevadas en las descripciones de los grandes escritores ingleses, americanos, eslavos y escandinavos.

§ 4.

De las idealidades vagas á la penetración entera de las costumbres,—buenas y malas,—de este estudio al de la sociedad, la transición se había realizado necesariamente bajo la presión de los hechos y de un modo casi simultáneo en la mayor parte de las literaturas.

Se había visto de pronto, en 1850, un simple libro, emanado de un sentimiento de cristianismo filantrópico y salido del corazón de una americana, Harriett Beecher Stowe (1), levantar á ambos mundos contra la esclavitud. Para provocar esa protesta universal de las conciencias, esa especie de «removimiento social» de los hombres, como habría dicho Sydney Webb, bastó que dejara hallar, en el fondo de los espíritus, la verdad triste de sus pinturas, coloreadas de esperanza y avivadas por la emoción. Por el mismo tiempo, en Inglaterra, la obra individual de Dickens comenzada desde 1838, continuaba mezclándose íntimamente á la historia general y á la psicología de una gran nación.

La novela rusa aún no había hecho pasar sobre el mundo su aliento humanitario. La personificación de las tenden-

(1) La Cabaña de Tom.

cias de la sociedad real que reemplaza á las visiones de una sociedad convencional se dibujaba apenas, en Francia, bajo la pluma ilusionista de Jorge Sand, guiada por la mano de Pedro Leroux. De Inglaterra salió el movimiento de espíritu revelador de la literatura social.

Entre 1830 y 1860 iba agravándose y prolongándose una crisis económica intensa, que había tenido por efectos: la caída del antiguo orden social y el antagonismo de clases.

El desarrollo de la industria, que venía dando origen á la preponderancia financiera de la alta burguesía, tuvo por consecuencia la extremada miseria de la población obrera. Las informaciones parlamentarias dieron por resultado crueles enseñanzas sobre estos abusos, sobre estas escandalosas desigualdades. A las agitaciones opuestas que se produjeron, al levantamiento carlista, á las huelgas sangrientas de 1842, que Disraeli, jefe del joven torismo y uno de los inventores del socialismo feudal, ha pintado en un cuadro tan sorprendente en su exacta frialdad, respondieron las evocaciones populares de Carlos Dickens.

El autor de *Oliverio Twist* y de *Pickwick*, enteramente penetrado de los rencores del proletariado urbano contra el egoismo de la aristocracia rica, y contra la sequedad y la dureza de corazón de la burguesía de los patronos, empezó, en forma imaginativa, la exposición de una nueva filosofía social.

Paralelamente, Carlota Bronte, una de las tres hijas de un pobre clérigo de Lorkshire, con su espontaneidad enteramente íntima y genial, sus hermanas Ana y Emilia, con su sensibilidad agitada, Isabel Gaskell, con su áspera religión del sentido moral y su eficaz propaganda, y el gran Jorge Elliot, tan superior á Jorge Sand por la verdad de los caracteres, ponían de relieve en forma muy conmovedora, las tristezas de la sociedad en general y de la vida de fábrica en particular: paros y huelgas, agotamiento de los niños, degradación de las mujeres, odio sublevado de los hombres y todas las

angustias de la población manufacturera (1). Relato, descripción, reflexión, diálogo, todo servía en los escritos de Jorge Elliot para la pintura de los movimientos del alma, para el estudio de la conciencia humana, sin que la minucia de la observación psicológica perjudicara, aminorándolo, al rigor realista de los cuadros.

Durante una serie de días inolvidables (2), hubo una admirable aceleración de vitalidad en la literatura novelesca, y aún se podría añadir, en casi todos los géneros. Porque por una conjunción muy notable, se encontró que el talento del poeta Alfredo Tennyson, «el más clásico de los románticos ingleses», ese talento de una continuidad tan prolongada y sostenida, llegó al completo florecimiento de su forma hacia 1842; que Isabel y Roberto Browning, alcanzaron de 1844 á 1846 la reputación que ambicionaban, la una desde 1825, cuando se llamaba Isabel Barret, el otro desde 1833; y que la parte central de la obra de Carlyle pertenece á las proximidades de 1845, cuando el Carlyle disolvente, el Carlyle ensayista, conferenciante y arrancador de la vestidura social (3), acababa de ceder el puesto al gran artífice constructor de individualidades históricas.

Volviendo á Dickens. La novela á través de la plenitud y la abundancia de las obras, no cesaba de ser entre sus manos un maravilloso instrumento de análisis experimental. Su influencia se hacía de las más considerables y de las más profundas que ningún escritor haya ejercido nunca, no sólo en su país natal, sino en Francia (4), en los Estados Unidos, en

---

(1) Con esta explosión de la sensibilidad inglesa se enlazan las obras de estilo brillante de Carlos Kingsley, uno de los jefes del socialismo cristiano, el creador del ideal y revolucionario *Alton Locke.*

(2) Particularmente de 1847 á 1850. Desde los soberbios años de 1818 á 1822 no había recuerdo de un período tan fecundo en grandes obras.

(3) Edmundo Gosse, *Litterature anglaise.*

(4) En el momento de la mayor popularidad de Dickens,

todas partes. No había más que una voz en el mundo para admirar el dibujo saliente de los caracteres, la delicadeza de las observaciones psicológicas, la vivacidad de los retratos, y tantas buenas cualidades reunidas en su estilo hasta el más alto grado de intensidad. Dickens, con su vena sucesivamente sentimental y caricaturesca, parecía pródigo de sus dones. En ocasiones se le encontraba prolijo, pero nunca vulgar. Lo inesperado brotaba de su pluma, al mismo tiempo que los más admirables atrevimientos humorísticos. Era facultad natural de los escritores ingleses el dar pleno relieve al conocimiento del detalle preciso y de los sentimientos reales. Este sentido agudo de la naturaleza y de la vida, se veía nuevamente en Thackeray, el cual esculpió sus figuras con claridad de contornos tal y tan poderosa, que han quedado inolvidables; y en Anthony Trollope, superior aún á Thackeray por la extensión de la observación psicológica, y casi igual á Balzac por el conocimiento ó la intuición general de los caracteres humanos. Estos maestros artistas de la forma novelesca difieren entre sí en carácter y personalidad; se encuentran, se reconocen unos y otros en esta facultad eminentemente inglesa: el perfecto conocimiento del pormenor y el sentido de lo real.

§ 5.

Es asimismo el rasgo más expresivo de los vigorosos cuadros que trazaba la mano de los modernos renovadores de la literatura eslava.

---

hacia 1855, este influjo intelectual inglés se había hecho muy sensible, en Francia, por la crítica y la traducción de las obras. Emilio Montégut, Filareto Chasles y Taine publicaban sus estudios profundos. Empezaban á llamar la atención las obras maestras de Jorge Elliot; y en la misma época, la traducción de Clemencio Royer hacía conocer el *Origen de las especies* de Darwin (1858), cuya acción científica y moral, diferentemente aceptada, estaba llamada de todos modos á trastornar profundamente el pensamiento del siglo XIX.

Su acción, su influjo, habían señalado uno de los más grandes movimientos de ideas de la historia intelectual del siglo XIX.

El romanticismo había vivido, habiendo realizado, al menos, una obra generosa y preparado los frutos del porvenir al proclamar la libertad individual del escritor. Un creador de almas, Gogol, cuyas primeras novelas coincidieron con los últimos versos de Lermontoff, indicó matices de pensamientos y una estética hasta entonces ignorados en Rusia, en tanto que Bielinski formulaba las reglas de una crítica renovadora y demostraba que el arte debe ser la expresión fiel de la vida. La literatura empezaba á descender de las esferas nebulosas para identificarse con la realidad. Iba á perder cada vez más en su carácter personalista y aristocrático para hacerse colectiva y popular, independiente y nacional. La política de absorción del zar Nicolás, conquistador y legislador de otra edad, anacronismo vivo que resumía en sí las antiguas y temibles figuras de la autocracia, pesó mucho sobre esta tendencia francamente indígena. ¿Qué quería, en efecto, el imperioso moscovita? Una civilización tomada de nuevo en los orígenes, menos europea que asiática, y que derivara del solo é íntimo desarrollo de su pueblo. Los ensueños políticos se derrumbaron al mismo tiempo que las murallas de Sebastopol. Vió romperse entre sus manos la espada con que esperaba hacer un contrapeso á la democracia invasora del Occidente. Pero, bajo su cetro de hierro, el genio eslavo, rechazado á su propio hogar, reducido por fuerza al examen de las miserias de una inmensa servidumbre, concentrado en el estudio inquieto de sus destinos, preparaba en silencio su próximo y magnífico despertar. La aplicación de las ideas sabias y progresivas de Speransky, en tiempo de Alejandro II, la gran medida de la emancipación de los aldeanos, las reformas de 1861, que devolvieron la personalidad á veinte millones de hombres, al constituir otra sociedad, crearon costumbres, hábitos, necesidades y sentimientos nuevos. Las ideas preparatorias de Bielinski iban á

realizarse. Se acercaban los tiempos en que la instrucción sería abundante, en que se dibujaría por fin la fisonomía intelectual de la nación, en que los artistas y los escritores imprimirían en todas sus obras el sello del espíritu ruso. Por primera vez la literatura moscovita, en vez de ser su dócil reflejo, se anticipó al movimiento de los pueblos latinos ó germánicos, practicando en la más amplia medida y bajo la dirección de escritores sin par, la forma de arte que parecía corresponder mejor al estado social de la Europa moderna: el realismo. El programa de la escuela llamada *natural* estaba trazado de antemano. Tuvo por objeto y por fin el estudio del pueblo, que imponía á la vez la necesidad del detalle original, el ascendiente de las teorías de Hegel en el seno de las universidades, las exigencias morales de la época, la repercusión de las agitaciones socialistas, y el favor creciente del principio de las nacionalidades. A partir de este momento, la humilde familia de los autores eslavos llegó á ser numerosa y fuerte, ilustrada, guiada por talentos superiores: Tourgueneff, Gontcharoff, Pisemski, Herzen, Dostoiewski, el poeta nihilista Nekrassoff y el universal Tolstoï. Los unos se dedicaban á demostrar la incapacidad de la generación educada bajo el influjo de las ideas de 1840, en presencia de condiciones sociales y morales transformadas; otros daban los últimos golpes á la vieja sociedad en ruinas, haciendo resaltar sus vicios, sus extravagancias y sus causas de debilidad; otros, en fin, gastaban tesoros de imaginación y de observación simplemente para pintar los sufrimientos persistentes de la vida popular. Un alma enteramente nueva, profunda, extraña, intensa, se revelaba á Europa, bien pronto divulgada por las traducciones y por la admiración sorprendida de la crítica.

Y del Norte también, de los fríos países de Noruega, iban á venir los escritores que debían traer al mundo, á través de miras excesivas y paradógicas, la representación más completa de la existencia moderna. Bien pronto se oiría la voz

de Ibsen y de Bjœrnson (1); el escéptico y doloroso Ibsen, que pensará encontrar en las tinieblas de la duda nuevas leyes de conciencia, capaces de llevar á concepciones mejores del hombre y de la sociedad; y el optimista Bjœrnson, menos original, menos revolucionario y más cercano á la verdad, que se esforzará por establecer el acuerdo entre el misticismo impotente y la ciencia, entre las aspiraciones irresistibles de las almas á lo sobrenatural, y las aplicaciones positivas de las teorías contemporáneas.

§ 6.

En Francia, decíamos hace poco, Balzac había impreso un impulso soberbio á las obras de análisis humano y social. No hubo novelista alguno, después que pasó, que no quisiera seguirle, pertenecer á su escuela, y que no haya sufrido más ó menos su influjo.

Como ocurre casi siempre, la imitación excedió al modelo. So pretexto de extender á todo los beneficios de la imitación, no dejando inexplorado nada de lo que se mueve, desea, se apasiona, vegeta ó se arrastra en las diferentes etapas de la vida, no se llegó sino muy lógicamente al abuso de notas extremas.

El año 1857 había visto aparecer la novela, tipo del realismo impersonal, que describe y analiza con toda crudeza: la famosa *Madame Bovary*. Algunos meses más tarde, Ernesto Feydeau, con una rara concepción de psicología morbosa, daba un nuevo golpe á la psicología idealista de Jorge Sand, siempre activa, y al genio deliciosamente ilusorio de Octavio Feuillet.

Á continuación de Flaubert se anunciaron los Goncourt y sus exageraciones descriptivas. Se estaba ya lejos del dulce

---

(1) Otros dos grandes noruegos habrá que señalar muy pronto: Jonas Lie y Vette Vjnsli, compañeros de universidad de Ibsen y de Bjœrnson.

realismo de Champfleury, más lejos aún de la ironía delicada de Charles de Bernard. Necesitaba la pintura de costumbres, temas y tonos de otra clase de consistencia. Después de los Goncourt, apasionados por lo moderno hasta la inquietud enfermiza, más tarde y concurrentemente en la misma línea, se reveló, con su morosidad natural y sus prejuicios, el autor de *Teresa Raquín* y de *L'Assommoir*. Las ideas positivistas se arraigaban cada vez más en el espíritu de los escritores. Para la generación que siguió la guerra de 1870, no podía tratarse más que de prosperidad industrial y de moral científica. Por los tiempos en que pasaba bajo el cielo brumoso de Inglaterra la deslumbradora poesía de los Browning, idealizando, depurando también todo lo que había conocido de grande, de generoso, la primera mitad del siglo XIX: esto es, su gran fe en el porvenir humano, sus ideales liberales, su sentimiento poderoso de la naturaleza; hacia ese mismo tiempo, Emilio Zola se hizo el heraldo en Francia de una nueva fórmula, con el nombre de *naturalismo*. Multiplicando para la justificación teórica de su obra los programas, las manifestaciones, las profesiones de fe, se intituló jefe de escuela. En su tranquila creencia en las fuerzas de la naturaleza, aplicó cualidades de poder y excepcional vigor á representar como fenómenos patológicos que salen de la clínica del novelista, como de la de los Cabanis y los Broussais, los impulsos violentos de los seres sociales y los desórdenes de las sensaciones.

§ 7.

Era la resultante indirecta de un gran influjo filosófico, que ejercía al mismo tiempo su acción por todas partes en el mundo del espíritu. Uno de los más grandes obreros del pensamiento, Carlos Darwin, entregó á controversias ardientes en 1859, el libro famoso del *Origen de las especies*. En Inglaterra, en Alemania, en Francia, la obra de Darwin, con su resonancia enorme, acababa de sustituir la «ciencia mate-

mática», por la «ciencia biológica» como tipo de la ciencia misma. La idea fundamental del sistema transformista, la de la vida evolucionando por la selección natural, venía á extender sus efectos bastante más allá de las zonas reservadas. El arte y la literatura la habían reivindicado. Acometió solícito á las inteligencias un afán natural de interrogar y aclarar los problemas de la vida individual tanto como la social. La razón y la experiencia pretendieron á su vez ocupar el lugar del sentimiento. Más hipótesis idealistas, más adornos engañadores sobre el tema de la ilusión. La novela debía ser una consecuencia de la evolución científica del siglo, debía obtener de su papel documental su razón de sêr y su moral, y continuar y completar la fisiología, sustituir al estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, por el del hombre natural sometido á las leyes físico-químicas; debía ser, en una palabra, la literatura de esta edad científica, lo mismo que la literatura clásica había correspondido á una edad de escolástica y de teología.

Así ocurrió, pues. Se llevó la doctrina todo lo lejos posible. Se conoció á fondo la novela experimental.

Entonces creció y adquirió pleno desarrollo un género de medicación novelesca, en que la rica colección de las enfermedades nerviosas hacía multiplicar el documento. El estudio de las sensaciones aplicado á la historia de las costumbres, el examen minucioso de las condiciones de salud física y de su influjo sobre las condiciones de salud moral; fué este un admirable pretexto para no prescindir de ningún detalle de las aberraciones que desorganizan una porción notable de la mísera humanidad.

Se ignoraba todavía que existiera otra especie de realismo, en que la descripción de un espectáculo no se separa en modo alguno del juicio que ocasiona, ni del derecho á obtener de él una lección, una enseñanza; y que Dostoiewski y Tolstoï acababen de escribir obras capitales en esta manera nueva y fuerte. No se mostraba atención más que al exterior de la vida y á las cosas mejor que á los seres. Los

ojos permanecían cerrados para lo que no era la inmediata realidad. Y con frecuencia, ¡qué realidad en los libros de los Goncourt, de Zola, de Guy de Maupassant mismo,—antes de que este maestro observador se hubiera separado del grueso del grupo, así como Alfonso Daudet (1), para adherirse á la psicología pasional (2),—y en sus imitadores locales ó extranjeros, parisienses ó belgas, alemanes ó escandinavos! . . .

El influjo francés, en efecto, no fué extraño al capricho momentáneo que lanzó á Alemania en las vías del naturalismo en filosofía, en el teatro, bajo las exterioridades de la novela y de la poesía. No detallaremos lo que pudieron imaginar y pintar, en el país de Schopenhauer y de Nietzsche, los plagiarios «jóvenes-alemanes»: Karl Bleibtreu, Heiz Tovote, Bahr (3); y Hauptmann, en sus comienzos, cuando se dejó alistar en el grupo de los «modernistas», pero para mostrar á lo menos que sabía *ver* la realidad y que poseía la facultad de presentarla poéticamente. Se leía esto en Alemania, mientras que en Inglaterra el talento fecundo de Anthony Trollope (4),—al declinar de sus días—continuaba estableciendo el enlace entre el naturalismo más exacto y más claro de sus predecesores y el realismo más vigoroso y libre de un Carlos Reade.

No haremos más que pasar de largo sobre el caso de epidemia intelectual que se ha llamado el *verismo* italiano, y que por una singular contradicción de la naturaleza y de la

(1) El autor de *Safo*, no menos afanoso de conocer la vida, tuvo el privilegio de unir al realismo pintoresco mucha alma y sensibilidad.

(2) Verdadero historiador del sentimiento, en su pesimismo tranquilo, Guy de Maupassant no tuvo otro afán mayor que denunciar á los hombres la gran burla del amor, en la sociedad moderna.

(3) Véase Max Nordau, *Degeneración*, t. II, el Realismo; Bettelheim, *Deutschen und Franzosen*. Viena, 1895.

(4) Muerto en 1882.

moda propagó bajo un cielo de luz, en un pueblo dichoso de vivir y de amar, el pesimismo sistemático y el erotismo morboso (1).

En cuanto á las literaturas del Norte, se habían mostrado demasiado expansivas, con excesivo y repentino apresuramiento en dar á la vez sus flores y sus frutos, para no haber sufrido la tentación también de ensayar la novela y el drama experimental.

En Dinamarca, en particular, al impulso del crítico positivista Jorge Brandés, discípulo de Taine y de Stuart Mill, se había atacado con rudeza, durante algunos años, al romanticismo y sus últimos fieles. En el rincón del país en que soñaba hacía poco el dulce Andersen, Jacobsen, con su *María Grubbe,* regaló á sus compatriotas de Copenhague la pareja de la Bovary francesa. Luego, Holger, Drachman, Peder Nansen, al mismo tiempo que el sueco Strindberg en un libro de un extraordinario cinismo *(El hijo de la sirvienta),* han llevado al extremo, para asombro de su generación, los procedimientos naturalistas.

La prueba fué corta y en un campo limitado. Volvieron muy pronto los escandinavos de esta crisis de radicalismo á la representación velada de misterio de la vida local ó del eterno sentimiento; mientras que, poco á poco, bajo la influencia anglo-alemana, nuevamente despierta, la noción de la vida artística interior, la *interioridad* aparecía necesaria y fecunda, y se infiltraba á través de la novela psicológica de todos los países.

---

(1) Compárese también el influjo pasajero ejercido en las letras portuguesas por las elucubraciones demasiado concienzudas de novelistas naturalistas, tales como Abel Bottelho, etc.

CAPÍTULO XX

Extremo fraccionamiento de los grupos literarios.—El neo-helenismo en Francia y en el extranjero.—Neo-cristianismo y parodias místicas.—Los simbolistas.—Carácter indiferente y cosmopolita de la literatura en general. —Sus expresiones más recientes en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Italia, en España.—Nuevos focos de cultura.—En la aurora del siglo xx.

§ 1.

En Francia misma, bajo este doble influjo: pesimismo y misticismo mezclados y con profundas desemejanzas de método, de estilo, de gusto, se inscribía al margen del determinismo novelesco, tiránico y pasado de moda, una fórmula sentimental diversa y refinada, mezcla de afectación y de artificio, pero penetrante, escrutadora, apta para conocer los «estados de espíritu» más recientes. En un marco enteramente adornado, como en Paul Bourget, ese pintor del amor, de *dilettantismo* elegante y de mundanalidad voluptuosa, se expusieron ideas directamente salidas por el conducto de Taine ó de Renan, de Schopenhauer y de los psicólogos ingleses. El «zolismo» con la grosería superficial y la insuficiencia ideológica de sus pinturas, no conservaba su significación, no se imponía á la atención continua del público, sino por la fuerza productora de su jefe, cuyas novelas se seguían de año en año, como otras tantas contribuciones sociológicas

á la historia contemporánea de las costumbres (1), y que ayudaban mucho á pasar por tales, á pesar del color romántico de sus cuadros, la indisputable fuerza del escritor y su sombría emocionabilidad.

Estos «trozos de vida», como se decía también en las proximidades del año 1882, detallados con preferencia en la imitación exclusivamente objetiva de los ambientes bajos y de las cosas vulgares, no eran de un sabor ni de una diversidad propia para satisfacer todos los apetitos.

Hacía bastantes años que la minoría, una fuerte minoría, buscaba en otros cuadros los goces del sustento espiritual.

Remontando hasta Stendhal, no comprendido por sus contemporáneos, pedía al autor de la *Cartuja de Parma* las curiosidades minuciosas y finamente matizadas de la imaginación psicológica, unidas al principio de acción y de voluntad; á su discípulo Mérimée, el modelo de esa sencillez ideal, que es el esfuerzo del arte más consumado; á Baudelaire, la sombría poesía de un alma atormentada y el gusto perverso de lo raro; á Sainte-Beuve, la perfecta lucidez crítica; á Taine, la verdadera teoría de los medios y de la herencia, parodiados por los naturalistas; á Renan, la ciencia unida á la imaginación, el penetrante análisis del alma, la riqueza deslumbrante de las ideas, la flexibilidad incomparable de la inteligencia y del estilo; á Paul de Saint-Victor, el brillo pictórico de la frase; á Barbey d'Aurévilly, el ardor novelesco y el dilettantismo elegante; y del otro lado de las fronteras, á los prerafaelistas (2) ingleses, poetas ó pintores, el sentimiento muy sutil de la belleza pura; ó á Wagner, cuyo influjo co-

(1) Zola, al fin de su carrera, debía modificar sensiblemente sus tendencias, y después de haber sido el autor sin ilusiones de l'*Assommoir* y de la *Terre,* lanzarse al pleno ensueño social con los desenvolvimientos del *Travail* (1901).

(2) Los prerafaelistas Rossetti, Holman Hunt, Burne Jones, Watts, William Morris, Crane, por la nobleza de su carácter, el idealismo de sus convicciones, su amor á la leyenda y la alegoría, han tomado de nuevo con los poetas, con Swinburne,

menzaba á hacerse europeo, la impresión compleja de las dependencias mutuas de todas las artes.

Por otra parte, el exceso de un modernismo demasiado fielmente calcado en la existencia, y que reforzaba todavía el influjo de las artes realistas é impresionistas (1), había provocado, tanto en Francia como fuera, un movimiento muy especial de retroceso al pasado. En el momento mismo en que se veía toda una generación de autores, novelistas ó dramaturgos, tratar encarnizadamente de sorprender trozos de verdad tan parecidos en todo cuanto fuese posible á la realidad ambiente, fué lícito asistir, por una oposición curiosa, á una especie de renacimiento general de las fábulas griegas y latinas.

Ya, á principios del siglo XIX, los ingleses Leigh Hunt y John Keats habían tomado la mitología muy en serio, *in earnest*, como ha dicho Swinburne. Los alemanes también produjeron toda una serie pagana, desde Wieland hasta Hœldœrlin, pasando por Heinse, Gœthe, Schiller, Heine y otros muchos.

De nuevo reproducida con mucho pormenor, con ayuda de la pluma, del pincel, del bronce, del mármol, la vida antigua había vuelto á estar en boga (2). Sin hablar de los es-

---

Meredith, Tennyson, Browning, las tradiciones de Coleridge, de Shelley, de Keats, de los laquistas, y creado un arte directamente opuesto á las artes realistas. (Véase Mauclair, *le Symbolisme en France*; Edouard Rod, *Études sur le dix-neuvième siècle*, etc.)

(1) La pintura de Monet y la literatura de Zola provenían de la misma concepción de la vida. Además, los impresionistas, cuyo primer cuidado fué, como en Claudio Monet, expresar la atmósfera y sus exactas coloraciones, habían tratado de introducir, y muchas veces con éxito, en el estetismo académico la representación de escenas, de tipos populares, sorprendidos en la verdad inmediata del gesto ó de la actitud.

(2) Después de la *Venus* de Cabanel y la *Ninfa* de Baudry, que en tiempo del segundo Imperio, habían marcado la reaparición del desnudo en la pintura, tras larga proscripción, las

píritus curiosos é investigadores que se dedicaban á reconstruir trozo por trozo la historia de las obras, de las instituciones y de la forma del lenguaje, tres grupos de «artistas» se esforzaban en esta especie de resurrección. Eran los últimos discípulos de la escuela homérica y sofocliana, los simples dilettantes de la reminiscencia mitológica, y los puros, los fervientes partidarios del neo-paganismo.

Los unos por inclinación natural, por entusiasmo reflexivo, por hábito de educación ó por el deseo sincero de dar á su inteligencia más rectitud, extensión, sagacidad, fuerza y elevación, se dedicaban con preferencia al cultivo de las obras maestras de la literatura profana; porque en ellas reconocían el acuerdo más perfecto de toda belleza y de toda armonía.

Los otros, ya por disgusto hacia la vulgaridad de las escenas de su tiempo, ya por capricho y libre fantasía, volvían, con la esperanza de rejuvenecerlas, á las inmortales ficciones que tantas insulsas alabanzas y el abuso prolongado de una imitación torpe, parecían haber puesto fuera de moda para siempre. Con la imaginación y la vista cansadas, hartas de los cuadros demasiado semejantes de la fealdad humana, se iban á buscar el olvido en las alegorías luminosas de la Grecia. Tornaban á los eternos modelos (1). Trabajando, esculpiendo la forma con tanto amor que pudiera llegar á ser entre sus manos la copa triunfante de la idea, hacían estrofas plásticas para llenarlas con el vino de su corazón (2). Continuaban, en una palabra, la gran poesía tradicional, volvían á tomar una á una las alegorías voluptuosas de la Grecia; levantaban en el fondo de su alma, como en un templo doméstico, el culto de la belleza sensible y palpable, ó cantaban en honor

---

diosas volvieron en tropel, descubriendo en Exposiciones sus bellezas plásticas ante el público, espectador y juez, como el pastor Paris en el monte Ida.

(1) Los progresos de la ciencia nueva de los mitos, la ciencia de los Adalberto Kühn y los Max Müller, favorecían en exremo esta tendencia.

(2) Marc Legrand, *l'Ame antique*, 1.

de Citerea odas ligeras con la lira de Anacreonte. A intervalos cedían á inspiraciones más altas; así el maestro de los parnasianos (1), Leconte de Lisle, en sus calcos soberbios hacía renacer, en algún modo, la poesía religiosa de Píndaro.

Los últimos, en fin, los del tercer grupo, no se contentaban con ser adeptos del paganismo del arte; se presentaban como paganos completos, paganos por los sentimientos tanto cuanto por la imaginación; por el razonamiento filosófico, tanto como por el gusto literario. Se habían formado un cuerpo de doctrina y procedían teológicamente. A más del amor á la belleza física, además de la inteligencia más ó menos profunda de los símbolos de la mitología, como los sintieron Andrés Chenier, Goethe, Manzoni, Vigny, Laprade, se honraban teniendo la piedad de los antiguos para con sus dioses. No se contentaban con proclamar la supremacía en todo tiempo reconocida á la Grecia clásica en la esfera de lo bello. Cuando trataban de fundir el pensamiento moderno con las fábulas mitológicas, perseguían una ambición distinta á la de helenizar como artistas y como poetas; trataban manifiestamente, á ejemplo de Swinburne (2), de rehabilitar el vie-

(1) Bajo el epíteto común de parnasianos, que les aplicara burlescamente Barbey d'Aurévilly, se habían agrupado, después de 1860, numerosos poetas, bastante diferentes entre sí por naturaleza é ingenio, pero que reunían el amor sincero al arte y la belleza en la forma: Leconte de Lisle, Sully-Prudhomme, Andrés Lefèvre, Augusto Lacaussade, Soulary, Carlos Coran, Catulo Mendes, León Dierx, Jorge Lafenestre, León Valade, Alberto Mérat, Andrés Lemoyne, Andrés Theuriet, Javier de Ricard, Alberto Glatigny, Manuel des Essarts.

(2) Fuera de sus primeros dramas y de sus composiciones últimas de tendencias sociales, Swinburne hizo gran ruído con sus *Poems and Ballads* (1865-1878, trad. franc. de G. Mourey, 1891). La crítica se escandalizó aún con estas renovaciones exaltadas de las fábulas griegas. Swinburne ha parafraseado las pasiones antiguas, llevando á ellas la exageración y el pesimismo de su siglo, y aun puede añadirse de su propia naturaleza. Triste, ardiente, cruel, tal es su paganismo, harto dife-

jo politeismo;—y no el politeismo de la decadencia, cuyas últimas supersticiones persisten todavía en ciertas aldeas atrasadas de Grecia; no la mitología galante, muchas veces pueril y fastidiosa, que han agotado, por el uso de varios siglos, los poetas eróticos de todas las naciones, sino las verdaderas doctrinas de la Grecia primitiva, el gran simbolisme de la naturaleza, de donde las razas arias, iniciadoras de nuestra civilización, sacaron anteriormente sus ideas y sus símbolos.

§ 2.

Al lado de los *neo-paganos* profesaban ó soñaban los *neo-cristianos*, cercanos á aquéllos por una igual aversión contra las formas de literatura dominantes, es decir, contra la obscenidad triste, la afición á las monografías sin color, el odio á la «escritura artista»; y separados, especializados por el carácter de su teoría acerca del valor «moralizador» de las creencias religiosas,—las *ideas* sobreviviendo á los *dogmas* (1).

Algunos llegaron mucho más allá de esta especie de «renanismo práctico». Poetas ó novelistas dieron licencia á su imaginación para ampliar con toda comodidad los temas ilimitados de la aspiración psíquica.

Había transcurrido bastante tiempo desde que en Alemania hombres como Gœrres, Zacarías Werner, Novalis, Oscar de Redwitz, venían ensayando, para mecer el cansancio de su espíritu, el neo-catolicismo lírico. Su tentativa, aplicada ahora á otros géneros, renovada por talentos inferiores, de entre los que debían destacarse, sin embargo, los nombres de Villiers de l'Isle-Adam, el casi genial autor de la

---

rente en esto del arte helénico, en que se respira la felicidad, el placer tranquilo y la ternura.

(1) Véanse las obras de Melchior de Voguë, Paul Desjardins, Eduardo Rod y l'*Aristocratie intellectuelle* (1895) de Enrique Berenger.

Era futura y de *Tribulat Bonhomet*, de Huysmans—el Huysmans de la segunda manera,—y de Mæterlinck, apareció en los países de lengua francesa, en Francia y en Bélgica, una novedad. Pocas veces se vió cumplirse por más admirables discordancias la exactitud del adagio que declara que los extremos se tocan,—si es que no se engendran. Al encuentro de un realismo crudo, celoso de los derechos exclusivos de la ciencia (1), de la verdad concreta, del «documento humano», había tomado forma, bajo el influjo indirecto de los libros eslavos ó escandinavos, cuyas traducciones empezaban á esparcirse, una especie de misticismo exaltado y enfermizo. Tuvo también sus taumaturgos, y aun asimismo sus teósofos. Escribían, disertaban, los «iluminados» de una nueva especie, sinceros ó no, que pretendían retrotraer á los últimos límites de lo sobrenatural el poder de las facultades humanas, y lo afirmaban de tal suerte, que llegaron á hacerlo creer. Durante una serie prolongada de años se desató un verdadero delirio de imaginaciones místicas, que fué con el diluvio de las elucubraciones feministas, uno de los apasionamientos más señalados de fines del siglo XIX. Las ciencias físicas habían realizado lo imposible en la tierra, en los aires y en las aguas; se esperó lo inesperado de las ciencias psíquicas, proseguidas á través de los dominios vaporosos del más allá, y fueron entregadas á las más audaces tentativas de adivinación. No se escribieron nunca tantas páginas acerca de la terapéutica (2) del alma. Una literatura internacional muy nutrida, periódicos de gran circulación, asociaciones frecuentadas, propagaron por todos los rincones del mundo, en Francia, más en Inglaterra, en-

---

(1) La ciencia de un Claudio Bernard plegándose á las necesidades de la ficción novelesca.

(2) «Ha sido descubierto en el mundo exterior un cierto número de fuerzas imprevistas ó maravillosas, que dominadas, han transformado y transformarán más todavía la tierra: de igual modo, el mundo interior, la profundidad de las almas, son explorados y van á ser explotados en provecho de todos.» (Jules Bois.)

tre los americanos, los alemanes y los rusos, las febriles interrogaciones de las ciencias llamadas «ocultas».

§ 3.

En tanto que cerebros nebulosos se alimentaban con estas visiones vacías, poetas no menos libres de su tiempo se esforzaban por interponer entre ellos y el mundo un prisma de ensueño ó se esmeraban por buscar, en formas métricas raras y complicadas, «nuevas emociones». Sometidos en la vaguedad de sus aspiraciones á toda clase de influjos más ó menos indefinidos, y que flotaban en la superficie del tiempo: el influjo wagneriano, el de los prerafaelistas ingleses, la acción refleja del impresionismo, la corriente filosófica venida de Alemania, luego de Escandinavia y de Ibsen, se dedicaron confusamente al descubrimiento de un arte ideológico en que se fundieran, para variar sus medios de expresión, los tonos y los matices de la pintura, de la música y de las letras. Y les llamó «decadentes». Ellos se calificaron más noblemente de «simbolistas».

Eligieron por su maestro en el pasado á Baudelaire, y por jefes en el presente á Estéfano Mallarmé, quien por un singular privilegio, conoció la celebridad *por no haber escrito* la obra que de él se esperaba, la obra que debía infaliblemente construir sobre una base de estética combinada de Hegel y de Wagner, y al inconsciente Verlaine, que no pudiendo guiarse él, debió admirarse mucho de que se le encargara de dirigir al prójimo (1). Al principio del período simbolista, pre-

(1) Paul Verlaine fué, por otra parte, muy superior á sus pretendidos discípulos. El rimador de las *Fiestas galantes*, de *Felicidad*, de la *Prudencia*, de *Paralelamente*, se complacía en rarezas sistemáticas que se han alabado demasiado. En cambio, ha creado ritmos nuevos, obtenido efectos felices de armonía en sus evocaciones, de Heine y del *lied* germánico, y hecho brotar de su inspiración confusa relámpagos de belleza. Su lenguaje es á la vez flexible y vigoroso.

dominó el influjo de Beaudelaire. Uno de los primeros (1), el autor de las *Flores del mal,* había concebido el impresionismo en literatura. Según él, los sentidos debían obrar sobre el entendimiento, no el entendimiento sobre los sentidos; y el particularismo de su razonamiento le llevaba á percibir la intuición secreta de ciertas relaciones entre las cosas, imperceptibles para otros. La idea de conjunto se producía en él por una serie de sensaciones asociadas. En el nombre de un único objeto encontraba elementos bastantes para evocar ideas numerosas y diversas, como simples efectos de sonoridad, de color, de semejanzas ó de figuras. Por una fácil deducción, sus discípulos improvisados llegaron de esto á decirse que el sonido de una palabra, repercutiendo en los sentidos, era susceptible de ocasionar una sensación especial, que obrando á su vez sobre el espíritu, debía hacer nacer el pensamiento. Se adivina, se sabe hasta dónde pudieron ser llevados el uso y el abuso de un sistema semejante. La concepción personal y directora no existía ya. El pensamiento no tenía que gobernar la imaginación, sino recibir dócilmente las impresiones que le comunicaran tales aspectos, tales sonoridades, con un sentido distinto; un valor convencional y determinado de antemano. No estando obligado á proceder más que por analogías, sin consideración ni trabas de reglas gramaticales, de sintáxis, de leyes de composición, todos quedaron en libertad de invertir á su agrado el orden de los miembros de la frase, por el placer de presentar las sensaciones como se ofrecen, de cabo á rabo ó yuxtapuestas de modo extrambótico; los poetas finalmente de mejor inten-

(1) Así como Beaudelaire y antes que él, antes que Gautier y Sainte-Beuve, autor de los *Rayos amarillos*, el célebre cuentista alemán Hoffmann, había tratado de anotar en poesía las sensaciones raras y heterogéneas. El perfume del clavel rojo le hacía oir, decía, el sonido del cuerno. Acerca del estado de sensibilidad enfermiza de un Baudelaire ó de un Verlaine, léase la curiosa *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing.

ción, se esforzaron cuanto quisieron en las tinieblas y el galimatías, en el seno del vacío y de lo abstracto.

Los simbolistas, desde el principio muy encantados del sentimentalismo metafísico y de expresión lírica de los poetas ingleses Shelley, Keats y Swinburne, habían entrevisto un arte libre, abundante, lleno de percepciones, de analogías lejanas. Tuvieron amplias ambiciones; no dejaron más que aspiraciones y migajas de ideas. Entre estos espíritus muy diferentes, hubo solamente un momento muy corto de unión efectiva en dos orientaciones concertadas en la vaguedad. La separación se hizo para no volver á unirse; los unos continuaban entrelazando ritmos; otros muchos emigraron á la prosa sencilla y corriente. Habían quedado de su esfuerzo tentativas curiosas, el ensayo de realización de la oda multiforme ambicionada por Teodoro de Banville, efectos de arte plástico delicados y refinados, é interesantes reformas métricas, que conducían como última esperanza á la instauración del verso libre (1).

§ 4.

Por lo demás, estas diversas corrientes, en sus ramificaciones menudas y caprichosas, no habían afectado sensiblemente la marcha ni el carácter de la literatura general. En cuanto á la opinión crítica, los refinamientos extremos de las últimas escuelas poéticas no habían presentado más importancia que la que tuvieron, en el siglo XVI, las tentativas del tenebroso Mauricio Scève y los excesos de ciertos «imitado-

(1) Acerca del uso del verso libre, que fué «el instrumento armonioso de toda una generación», véanse las *Figures et caractères* de Henri de Régnier, 1901; y acerca del conjunto de esta evolución poética, el *Mouvement littéraire contemporain* de Georges Pellisier (Hachette, en 12.°). Véase *les Symbolistes* de Gustavo Kahn (1902), *la Poésie nouvelle* de Andrés Beaunier (1903), etc.

res de Ronsard». Y para la masa de los lectores superficiales habían quedado como letra muerta.

Vivas polémicas entabladas entre los diversos cenáculos acerca de las cuestiones palpitantes, tales como el papel del acento tónico, el ritmo interior ó exterior, la legitimidad del verso de diez y siete sílabas ó los vicios y las virtudes de la *e* muda, fueron cosas porque la tranquilidad pública no se turbó ni agitó un solo momento. Excesivamente ligero era su peso en la balanza, que hacían oscilar los intereses generales del mundo. Porque este mundo, sin que parecieran darse cuenta de ello ciertos soñadores, seguía marchando. Las condiciones de su política se metamorfoseaban con una celeridad sorprendente. Los principios económicos en que vivieron series de generaciones, sufrían, á simple vista, transformaciones profundas. Al mismo tiempo que se aceleraban la descomposición y la disgregación de los más antiguos tronos de Europa, imperios nuevos salían de la obscuridad y crecían sobre las ruinas de instituciones muertas, ó en las tierras no cultivadas todavía de los continentes lejanos... (1). Sólo vagamente se distinguía, en la sombra de estos grandes sucesos, las minúsculas agitaciones de los grupos y sub-grupos de estetas; no se percibían sino como rumor indistinto los sonidos de voces emanadas de todas estas capillas poéticas. La atención de los pueblos tenía en otra parte, decimos, y más á su alcance, distintas preocupaciones, otros asuntos que la ocuparan. Ardientes competencias políticas, debates ruidosos en la prensa, rivalidades internacionales en todos los mercados del comercio y de la industria, prodigiosa expansión colonizadora, incesantes triunfos de las ciencias físicas y naturales, que cambiaban las condiciones de la existencia social, irrupción conquistadora del feminismo, qué sé yo qué más... Con esto se la entretenía á diario. Y para descanso, no tenía más que elegir de entre la muchedumbre de las produccio-

(1) Estéfano Lauzanne.

nes que se le ofrecían por todas partes con el gusto despreocupado y cosmopolita de este final de época.

No habían faltado, desde hace un cuarto de siglo, escuelas y banderas opuestas. Después de los parnasianos y los naturalistas, aparecieron los decadentes y los simbolistas, luego los neo-cristianos, ó decadentes del cristianismo, para quienes el misticismo no fué casi más que una forma del sensualismo; los teóricos del ideal mago, «los ocultistas»; los ibsenianos verdaderos y falsos; y enseguida aquellos que pensando, no sin razón, que las imaginaciones se habían envuelto bastante en las brumas escandinavas, han demostrado teóricamente que ya sería tiempo de volver á las sanas tradiciones de la claridad francesa. Tantos movimientos y evoluciones no llegaron á conciliarse en punto alguno, de modo que imprimieran al gusto público una dirección claramente determinada. Y el mismo hecho de descentralización intelectual se observaba paralelamente en otros países, en Italia, en Alemania, por ejemplo, donde habría costado grandes esfuerzos reconocer entre la confusión de los libros y de los autores, una teoría generadora de estas tendencias colaterales, una filiación marcada de los temperamentos ó de los talentos, una agrupación capaz de imponer el predominio de una estética.

Pocas veces se conoció período más incoherente y confuso (1): á más de la anarquía común en las artes y en las letras, cada escritor, cada artista, parecía entregado á una especie de anarquía interior. En realidad, cada cual iba donde le llevaba su inclinación, su ideal personal, ó la simple curiosidad; los unos terminando una carrera, la mitad ó las tres cuartas partes recorrida, sin dejar de seguir la dichosa

(1) En 1899, un crítico alemán, el doctor Teobaldo Ziegler, escribió un enorme volumen para llegar á hacer constar la plena confusión intelectual de la Alemania «fin de siglo» (*Die geistigen und socialen Strœmungen des Neunzehnten Jahrhunderts*, 714 pág. en 8.° m.)

estela; otros revelándose al azar de su temperamento, sin cuidarse para nada de la tradición.

Queremos ver trabajando á algunos de muy antigua reputación, ó celebridades de ayer?

Estamos en Francia, hacia 1900. Discípulo fiel de la gran escuela sentimental en que se anunciaron sus comienzos en las proximidades de 1860, Andrés Theuriet persevera en su admiración enternecida, y que siempre habla al alma, de las fiestas de la naturaleza; Julio Claretie lleva á su abundante imaginación mil asuntos; François Coppée parece, en sus versos de otoño, obedecer, como á pesar suyo, á la inspiración popular alemana; Federico Mistral, después de haber dado —hace ya medio siglo,—en una obra genial la ilusión de una nueva lengua y de una nueva poesía, agrupa á su alrededor los últimos esfuerzos del movimiento literario y filológico que determinó el renacimiento de la antigua lengua de los trovadores; José María de Heredia, ayer parnasiano, en otro tiempo romántico, no se pregunta si ha permanecido «en el movimiento» cuando á largos intervalos su mano se detiene en cincelar en verso alguna joya minuciosa y perfecta; Sully-Proudhomme, ha trazado prematuramente en prosa rigurosa las líneas de su «testamento poético» (1), como si juzgara terminada su grande obra de idealidad metafísica. Pintor delicado de las lejanas sensaciones exóticas, Pedro Loti continúa evocando emociones nuevas en sus bellos libros nómadas; Anatolio France no ha abandonado esa feliz mezcla de dotes naturales y cosas aprendidas, de erudición elegante y de amable fantasía, que le han servido para pasar por uno de los escritores más perfectos de su época; Julio Lemaître interrumpe la doble serie de sus delicados análisis dramáticos y críticos para dispersar los recursos de un talento muy desligado, á través de los días interminables, de las querellas políticas. En la misma línea, Mauricio Barrès, el stendhaliano de los primeros tiempos, lanza, entre las pasiones y las fie-

(1) 1901.

bres del momento, libros de observación poco clemente y de rudo testimonio. Los académicos Sorel, Brunetière y Faguet aplican á la historia de los hechos ó de las obras una ciencia extensa, muy provista de razones y de ideas, al mismo tiempo que una gran firmeza de doctrina. Los psicólogos de la familia de Paul Bourget deslizan en el fondo de los espíritus sus sondas más sutiles. Finalmente, en tanto se acusan tentativas de novela lírica con Paul Adam, de novela científica con los Rosny, novelistas hábiles en contornear la curva del deseo femenino, Marcel Prévost, Paul Margueritte, Julio Bois se empeñan en buscar un modo nuevo de amar, que sería el sueño de la Eva transformada, el sueño quizás de la humanidad de mañana.

En el teatro, Edmundo Rostand ha levantado de nuevo, con un éxito inaudito, la cimera romántica, desdeñosamente barrida por los parnasianos. Vigorosos espíritus, llegados después de Enrique Becque, como Pablo Hervieu, F. de Curel, Mæterlink (1), Luciano Descaves, O. Mirbeau, investigan con una gran penetración lo íntimo del drama humano y social y dejan vislumbrar el advenimiento de la tragedia moderna. Cuando la mayor parte de los saineteros recogen todavía, explotando el mecanismo dramático de Scribe y de Sardou, los ingresos más seguros, otros más austeros ó que se dicen tales, se dedican, en la escena clásica ó en el Teatro Antoine, á hacer dialogar dramáticamente estados concretos de la conciencia.

Por otra parte, se imita, se traduce, se plagia á veces á los grandes escritores extranjeros. Hay quien se afana en parecer

---

(1) El Mæterlink de la segunda encarnación, el autor de *Monna Vanna* (1902), muy diferente del dramaturgo nebuloso, del ocultista, del «cosmogónico», del «poeta de lo invisible», que en él se mostraba cuando ya Octavio de Mirbeau se complacía en llamarle el «Shakespeare belga».

Acerca de todos estos escritores de fines del siglo XIX y principios del XX, véanse las recopilaciones críticas de Enrique Bordeaux y de Adolfo Brisson.

profundo como un noruego, tal otro experimenta una satisfacción particular en parecer sentimental como un ruso, y *tolstoíza* (1) lo mejor que sabe. Menos afanosa de un programa, de una manera, la gran mayoría de los autores se contentan con distraer, con el mayor provecho, á la generación que pasa. Y corre por encima de todo esto indiferente el amplio caudal de una lujuria de decadencia.

§ 5.

Hemos trazado con una solicitud especial las líneas de la literatura francesa, desde el principio al fin del siglo XIX: la esterilidad pomposa del Imperio, el magnífico florecimiento de la poesía en tiempos de la Restauración, la abundancia y la variedad de las manifestaciones artísticas desde 1830 á 1850, luego los triunfos del realismo, en un tiempo en que la aplicación á todo de la habilidad y de la industria habían despoetizado la naturaleza y la vida, en que el fin exclusivo de la existencia parecía no ser más que gozar; y la reacción pasajera del arte ibseniano.

Réstanos ahora tan sólo (2) notar, en último lugar, la decadencia de la expansión de las letras francesas en el extranjero; la disminución notable de la curiosidad en Europa y en América, por tantas novelas cargadas con el peso muerto de las eternas descripciones de París y de la vida parisién; el oscurecimiento en el interior del sentido poético; la de-

---

(1) No se cuenta el número de los que fueron á remolque del polaco Sienkiewicz, del inglés Kipling, del italiano d'Annunzio, ó del alemán Sudermann.

(2) «Si el uso arbitrario que corta el tiempo en centurias no hubiera prevalecido sobre la razón y la verdad, los historiadores hubieran puesto un límite cronológico después de la muerte de Victor Hugo, de Renan, de Taine y de Pasteur. En este momento la obra intelectual del siglo XIX (francés) estaba terminada.» (Gastón Deschamps, *Le Temps* del 22 de Diciembre de 1900.)

preciación media de los talentos, el decaimiento general de las obras; y señalar, en cambio, como reverso de esta anemia, de los géneros fantásticos, el esfuerzo inmenso que se ha manifestado hace algunos años, entre la juventud estudiosa, en dirección á las ciencias de observación y de resurrección.

§ 6.

Pero en estos tiempos de extrema saturación intelectual, ¿qué grupo colectivo, fuera eslavo ó escandinavo, es decir, el favorito del momento, qué grupo literario se podría alabar de mantener el privilegio de un ascendiente marcado?

Las literaturas nacionales que se reunen en tantos puntos de intersección en el gran camino de la verdad universal, se han fijado, como por un supremo esfuerzo de concentración en el desarrollo de sus cualidades propias, cada una en el sentido de sus tradiciones ó de sus ensueños, quieren vivir por sí y para sí mismas, dejando siempre que los resultados se desborden enseguida por el mundo.

Así es como Inglaterra, que recientemente encarnaba en Gladstone el ideal de la justicia y de la libertad, ha querido hacer ahora á Rudyard Kipling, su bardo nacional—especie de periodista «sublimado»—una inmensa popularidad, por haber exaltado con una exageración inaudita el sentimiento de orgullo y de fe en la raza, que ha llegado á ser, con el nombre de imperialismo, el sentimiento público de la Gran Bretaña. ¿No ha sido, no es la trompeta sonora de la expansión anglo-sajona que se derrama sobre el mundo? En oposición con su émulo William Watson, el maestro de la crítica literaria poética, haciendo hincapié en estrechar las tradiciones, la herencia de gloria, el elemento conservador, ¿no ha traído consigo, para caracterizar una época, un elemento muy distinto de pureza y de vitalidad? Con el autor del *Rey de los saltimbanquis*, la poesía ha dejado de ser inglesa, se ha hecho británica. Obedeciendo á inspiraciones diver-

sas, Stevenson, Rudyard Kipling, Ridder Haggard, han hecho pasar al alma de la multitud la conmoción «imperial» y sobreexcitado con sus obras el ardor popular de dominación,—la dominación exclusiva del temperamento y de la raza de Albión. Más generosamente, Inglaterra habrá enriquecido el intelectualismo universal proporcionándole, aparte de una multitud de novelistas, sus admirables filósofos, cuyas obras, en todas partes traducidas, han llegado á ser de estudio corriente (1); sus historiadores, sus críticos, sus sabios; uno de sus poetas estéticos: William Morris, el escritor delicioso de los *Cuentos de ninguna parte*, el iniciador, en Inglaterra, del renacimiento de las artes decorativas, uno de los hombres más admirables que se hayan señalado nunca por la diversidad de su genio (2); y el enciclopedista Ruskin, el héroe espiritual, el educador de almas (3), con respecto al cual la admiración de sus compatriotas ha crecido hasta tomar las proporciones de un culto.

---

(1) Sus inventores de doctrinas (Alejandro Bain, Stuart Mill, Herbert Spencer), pertenecen ya al pasado por la fecha de sus trabajos.

(2) Escritor original, William Morris fué al mismo tiempo un dibujante, un comerciante, un industrial, un inventor de varias cosas En Oxford Street se podían comprar tapices, papeles pintados, muebles, tapicerías, lozas imaginadas ó fabricadas por Morris, que fué, además, un orador ardiente de reuniones públicas.

Añadamos, que si la poesía debió en comparación decrecer al pasar del laureado Tennyson á su heredero directo Alfredo Austin, no dejó un momento de brillar en el país de las brumas. (Véase William Archer, *Poets of the younger Generation*, Londres, John Lane, 1902, estudios sobre Arturo Symons, Stephen, Phillips, W. B. Heats, John Davidson, Bliss Cannan, Ricardo Hovey, etc.)

(3) Gracias á la riqueza de su pensamiento, á la elocuencia y al brillo de su estilo, unidos á una actitud sincera en su papel de estético moralista, el influjo de Ruskin sobre el espíritu de sus lectores habrá sido análogo al que Carlyle, Roberto Browning y Emerson ejercieron sobre aquellos á quienes «enseñaban.»

Poco antes, si hubiera habido que designar la verdadera patria de la novela, el suelo en que este género de literatura, capaz de absorber las cualidades de todos los demás, ha arraigado más profundamente, no se habría dudado en nombrar á Inglaterra, el país natal de Fielding, de Walter Scott, de Dickens, de Thackeray, de Jorge Elliot, y todavía hoy de Meredith, el analista profundo y complejo, que ha hecho pasar á su obra todos los problemas de la época.

Ahora, en presencia de los numerosos y pequeños volúmenes que salidos de Boston,—la morada favorita de Longfellow, de Emerson, de Wendell Holmes, de Wittier, de Agassiz y de Lowell—aparecen casi al mismo tiempo en Londres y en Edimburgo, puede afirmarse, declara un excelente juez (1), que la novela, que languidecía en Inglaterra bajo una aparente profusión, ha emigrado á los Estados Unidos para renacer allí con nuevas cualidades, tomadas de la observación de usos y de caracteres diferentes, en el temperamento de una raza que posee aún las frescas y robustas dotes de la juventud. Por otra parte, si agradaba á los americanos remontar el curso del siglo XIX, desde las epopeyas indianas de Fenimore Cooper, que nos parecen, en este momento, tan lejanas; desde las finas descripciones de W. Irving, las fantasías extraordinarias de Edgar Poe, las obras de un gran alcance político y moral de Mistress Beecher Stowe y de Mistress Cumming, ó bien desde las escenas humorísticas y muy vivas de Haliburton, hasta las finas sátiras y picantes fisiologías de William Holmes (tan diferentes de las parodias caricaturescas de un Marc Twain), ó los admirables análisis de Hawthorne, ó todavía los pintorescos cuadros de la vida californiana de Bret Harte y de la vida criolla de Jorge Cable; ó aun á las indescriptibles fantasías de Walt Whitman, el ser más desconcertante quizás que nunca haya escrito en prosa y en verso: les bastaría recordar tantos nombres y obras encerrados en un espacio de tiempo tan corto, para reivindicar

(1) Th. Bentzon.

con perfecto derecho un puesto muy amplio ante el sol de las letras. Y en el umbral de la nueva centena, William Dean Howels, Henry James, Bishop, Aldrich, Fawcett (1), completarían cuanto pudiera desearse la gloriosa serie: porque son los autores de las mejores novelas escritas en inglés á fines del siglo XIX y principios del XX. Inglaterra es la primera en atestiguarlo. Lo afirma en sus periódicos y en sus revistas. Y la confesión es tanto más notable, cuanto que Inglaterra misma posee, concurrentemente, novelistas de gran valor, tales como G. Meredith, el creador sutil de los espíritus femeninos, y Thomas Hardy, ese analista á la vez tan romántico y tan moderno.

Tales son, en todo, la abundancia y la rapidez de expansión de la «sociedad nueva», de los Estados Unidos, el pueblo enérgico y desbordante, cuyos progresos gigantescos en todas las esferas de la actividad humana son uno de los fenómenos más extraordinarios de los tiempos modernos. La ambición de un pueblo tal, orgulloso de haber pasado en cien años por todas las etapas de las civilizaciones más antiguas, no conoce límites. Lo mismo que ha conquistado en el mundo el primer puesto financiero, industrial y comercial, así como ha logrado en la esfera de las ciencias aplicadas una superioridad triunfante, aspira con la misma intensidad apresurada y tenaz á atribuirse las supremacías intelectuales,—más difíciles de obtener y de conservar (2).

§ 7.

Que el culto de la idea, el sentimiento puro, hayan disminuído en la Alemania actual bajo el peso de ambiciones más positivas, es un hecho que no cabe poner en duda.

---

(1) Podemos añadir á ellos la valiente sud-africana, el enérgico sostén de las poblaciones oprimidas, Oliva Schreiner.

(2) Las grandes casas editoriales de New-York y de Boston (Harper, Lippincott, Appleton, *Century Scribner)* lanzan al mercado de libros cifras formidables de volúmenes, de que surgen reputaciones repentinas y efímeras.

La antigua Alemania, dividida y débil, se dedicaba con un fervor casi puro á perseguir las altas miras de educación moral y de perfeccionamiento humano. Llegada al *summum* de su fuerza, ha dirigido al mantenimiento y al aumento de su hegemonía política el fin preferido de sus esfuerzos. En su período de desunión y de tanteos, había sido la incomparable creadora de pensamientos, de ensueños, de filosofía, de poesía; y en la plenitud de su madurez pudo poner en actividad una lengua, una historia, una literatura gloriosas. Al día siguiente de su unificación por las armas conquistadoras, el ideal de antaño se le presentó de pronto frío y utópico. Ya casi no pensó en exaltar, sino por reminiscencia, la belleza absoluta y las grandezas morales de otro tiempo; pero ¡cuánto más exaltó la fuerza, los intereses del momento, la supremacía de un militarismo desenfrenado que agota á Europa entera! Luego, desprendiéndose de este pesado militarismo, como se había apartado de las meditaciones metafísicas, se la vió lanzarse atrevida con todas sus fuerzas á la lucha industrial y comercial. Todavía la absorbe y dedica lo mejor de su vitalidad, como para hacer la mayor aplicación práctica posible de las palabras de un ministro de Estado austriaco, que decía hace poco: «El siglo XVI y el XVII han tenido por eje la religión; el XVIII, la libertad; el XIX, la lucha de razas; el XX tendrá la lucha comercial é industrial.» Al menos no ha dejado disminuir el valor y la cantidad del saber. Ha habido pérdida del influjo filosófico (1), en el interior como en el exterior, decadencia de la poesía á pesar de algunas excepciones brillantes (2), decaimiento de la producción dramática original, subordinación casi absoluta de las

---

(1) De los dos maestros alemanes que representan, hacia 1900, los dos polos opuestos del pensamiento, el uno, el positivista Wundt, ha seguido á los razonadores ingleses, y el otro, Deussen, ha tomado su misticismo de las fuentes budistas.

(2) Se citaría, entre otros, en el activo de la poesía alemana el nombre de Gottfried Keller,—muerto hace ya un cuarto de siglo—si Suiza no le reclamara como uno de sus hijos.

escenas del Imperio al ascendiente de las composiciones dramáticas francesas; y en parte un grupo escogido de novelistas, todavía hábiles para hacer evolucionar caracteres dentro de una acción viva y pintoresca, obscurecimiento de la vena creadora en la mente de los escritores. Sin embargo, el trabajo intelectual de Alemania, que aun al día siguiente de la guerra de 1870, antes de que se pensara en informarse de Inglaterra y de Rusia, había ejercido un influjo tan real en el curso de las ideas francesas, no habrá dejado de representar un grande y precioso esfuerzo. Se ha producido allí lo que se llamaría un cambio de orientación. El impulso dado á las ciencias ha reemplazado á la posición eminente que tenían, hace medio siglo, la metafísica y la filosofía. Impulsada por esta necesidad insaciable de absorción y de asimilación en que corre el riesgo de anegarse, dentro de la corriente de la instrucción general, la elevación aislada de las inteligencias individuales, su gran ambición, la última fuerza de este país por excelencia de los estudios intensos, ha sido la cultura universal. Jamás el espíritu alemán, recargado con una aglomeración heterogénea de elementos escandinavos, franceses, ingleses, rusos, y, finalmente, locales, habrá estado menos conforme con el ideal germánico de un Wagner. Corrientes extranjeras penetran en él por todos lados (1). Hay deseo ávido, una curiosidad ilimitada de conocer, de poseer bajo otra forma, de adaptar á su manera propia todo

(1) Traducidas del francés, del italiano, del español, de las lenguas escandinavas, del griego moderno, aun del montenegrino y del japonés, piezas teatrales de todas procedencias se veían representadas á la vez, en un corto espacio de tiempo, en los escenarios alemanes. Los autores franceses, V. Sardou, Hervieu, Donnay, Henri Lavedan, Capus, Porto-Riche, Emilio Fabre, Brieux, siguen estando allí en gran boga. Al principiar el siglo actual se notaba entre los nombres de los autores extranjeros más leídos en Alemania, los de Sienkiewiez, Tolstoï, Zola, Gorki, el sueco Gustavo de Gejerstam, Gabriel d'Annunzio, Marcelo Prévost, Mirbeau.

lo que toma carácter de vida espiritual en Europa, en los Estados Unidos, en el Extremo Oriente. El intelectualismo alemán contemporáneo se inclina á una especie de universalismo, muy semejante á las aspiraciones indefinidas del siglo XVIII francés. De aquí se ha originado, al menos, un desarrollo de cultura considerable. El método científico alemán ha conservado su autoridad, diría casi su hegemonía europea (1). La admirable organización de la enseñanza superior, en el país de Bopp, ha mantenido la antigua supremacía, que ponen en peligro las emulaciones tan serias de las Universidades de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos. En el fondo de las escuelas ha redoblado su ardor la afición á las lenguas vivas y la instrucción práctica. Finalmente, en todas las ramas de la ciencia: ciencias naturales, físicas, historia, geografía, derecho, lingüística, filosofía, se encuentran aún, á cada paso, una obra, una autoridad alemana. Es la fuente pródiga en que se proveen todas las investigaciones.

De la Alemania contemporánea nos han venido: la enseñanza renovadora de los estudios antiguos por las escuelas de Boeckh y de Mommsen, el materialismo científico de Büchner, el evolucionismo sistemático de Hæckel, el pesimismo de Schopenhauer, la moral de Nietzsche, el filosofismo de Dühring, la exégesis de Strauss y de Bauer, la dramaturgia de Sudermann y de Hauptmann, sin olvidar la revolución estética de Wagner.

§ 8.

Italia ha dejado palidecer su aureola artística, desde que sobrecogida de pronto por una especie de vértigo megalómano, se ha apartado en gran parte de las preocupaciones puramente intelectuales para precipitarse en las rivalidades de

(1) Véase el artículo-programa del primer número de una revista publicada en Julio de 1902, en Colonia: *Die Kultur*.

preponderancia exterior y en la lucha de las ideas sociales. Estas agitaciones febriles no impidieron la aparición de algunos talentos vigorosos. La imaginación y los géneros que anima con su aliento esta inmortal facultad, han encontrado nuevamente en ella algunos momentos brillantes. La poesía ha recogido los últimos acentos de la voz debilitada, pero todavía enérgica, de Guiseppe Carducci. La novela, que desde Boccacio hasta Manzoni casi únicamente supo revestirse siempre de una sola forma: la de la simple narración sin estudio profundo de los sentimientos, ya individuales, ya humanos, ha adquirido una importancia y una diversidad que jamás había conocido en manos de Fogazzaro, de Gabriel d'Annunzio, de Matilde Serao. En el teatro, los autores pensaron por un momento haber descubierto en la corriente del naturalismo mil recursos para la renovación de su arte. En ellos se inspiró Guiseppe Giacosa en sus *Amores dolorosos* (1888), y su obra sucediendo al puro romanticismo de Paolo Ferrari, había producido gran resonancia. Las *Moglie ideali* de Mario Praga (1890), los *Disonesti* de Girolamo Rovetta, procedían todos de la misma fuente; y por esto se pudo creer en un renacimiento de la escena italiana. Por desgracia no se tardó en percibir que estas pinturas realistas de la vida social, transportadas bruscamente á la escena, ni tenían valor estético, ni podían ejercer un influjo duradero. En cambio, se levantaba como una estrella radiante en el firmamento del arte, el genio feliz de este artista complejo, caprichoso y variable, que se llama d'Annunzio.

La Italia contemporánea, decimos, se ufana de haber llevado al concurso de las glorias internacionales las obras de Fogazzaro y de Gabriel d'Annunzio. España recuerda los nombres viejos de Pedro Antonio de Alarcón, de Campoamor, de Núñez de Arce, de Pereda, de Palacio Valdés; proclama los de Echegaray, Guimerá, Pérez Galdós, Benavente (1). Sin

(1) Sería posible, de pasada, señalar la tentativa poética de Balart, que sin romper con el clasicismo, había introducido en la poesía una nota nueva.

embargo, no se reconoce ya en sus venas empobrecidas, los alientos, los ardores de su evolución reciente. En una atmósfera asfixiante se explaya el vuelo entorpecido de las ideas. El alma nacional sólo vibra, sólo se conmueve superficialmente. Algunos síntomas característicos se indican más que se acusan en las obras mezcladas de fantasía, tales como la persistencia del naturalismo—otros dicen erotismo,—la renovación del problema religioso y clerical y el advenimiento de la novela política. Salvo algunos raros relámpagos, que surcan con resplandores fugaces la bruma del horizonte, suave y lánguido aparece á la vista del extranjero el período que va de 1885 á los primeros años del nuevo siglo. Velos fúnebres se han extendido sobre la desgraciada nación, repentinamente desmembrada de su imperio colonial en los dos Océanos, y en el interior abrumada de impuestos, reducida á un estado de debilidad que recuerda los días peores de la época de Carlos IV. La doble preponderancia del clericalismo y del militarismo pesan sobre ella y la abruman. ¿Seguirá siendo siempre la vieja nación ibera, la España medioeval y picaresca, gótica y fanática del pasado, cuyas costumbres feudales son un anacronismo en el umbral del siglo XX? Pero nada hay inmutable. La revolución de las ideas la habrá de extremecer también, como ha penetrado á la fuerza en las capas profundas de la autocrática Rusia. ¿No era ayer, en 1901, cuando la representación de *Electra* en Madrid daba la señal tumultuosa de un movimiento de reacción fuertemente pronunciado contra la vieja tiranía monástica? Además, es evidente que el alma española, todavía cargada de intolerancia (1), se ha hecho más humana, más accesible á

---

(1) ¿No eran los instintos crueles de la raza los que se despertaban en el alma cristiana de un Cánovas, cuando martirizaba friamente á los anarquistas de Barcelona y dirigía los suplicios de que la fortaleza de Montjuich fué sangriento teatro? ¿Y los mismos sentimientos «cristianos» impedían al general Polavieja hacer fusilar á los filipinos prisioneros, ó al general

las ideas de piedad, de solidaridad, de progreso, por el esfuerzo y la acción, y que el aliento del norte la ha visitado. Al leer algunos de los últimos dramas de Galdós, ¡cuán lejos se siente uno de los españoles de antaño! Creeríamos hallarnos en presencia de un drama de origen escandinavo, más bien que ante la obra de uno de los sucesores de Lope de Vega.

§ 9.

¡Adónde no ha llegado esta repercusión del ibsenismo en el mundo latino, germano ó eslavo! Con sus abusos de alegoría, la tendencia del maestro noruego á la interpretación siempre extraña de hechos muy naturales, sus contradicciones, sus paradojas, su adoración contrita de la mujer, digna compañera del culto idolátrico en que Ricardo Wagner vertió este ibsenismo y cuya huella notábamos hasta en España, habrá extendido por la literatura europea bastantes rarezas y propagado una especie de epidemia intelectual, análoga á la manía de afectación con que se infatuaron los últimos años del siglo XVI y los primeros años del XVII. Todo hace pensar, sin embargo, que los dramas de Enrique Ibsen, cuando hayan sido suficientemente ilustrados á la luz de una crítica sana y juiciosa, dejarán tras de sí un cierto número de figuras, excelentes símbolos de nuestro modernismo, y que Nora, Solness (el admirable constructor Solness), Hedda Gabler, Oswald, Brand y Stockman aparecerán, en el porvenir, como alegorías admirables del individualismo inquieto, del deseo de libertad sin límites, de las crisis de misticismo y de las neurosis morales que hayan laborado las imaginaciones de nuestro tiempo.

Del Norte ha salido la señal de la renovación del arte dramático, que ha venido á ser la presentación en escena

---

Weyler organizar, en Cuba, sus horribles campos de concentración, que provocaron la indignación del mundo entero?

enteramente moderna de la vida interior, á la que se echará mañana en cara, sin duda, la falta de acción, de movimiento, de teatralidad. Además, muchos poemas ó novelas contemporáneas reflejan la ansiedad melancólica, tan frecuente en los poetas suecos y noruegos (1). En el momento en que escribimos, fuera de Ibsen, de Bjœrnson, de Ola Hansson, de Strindberg mismo, la Escandinavia ha entrado en un período de florecimiento de que ha habido pocos ejemplos en la historia de las letras.

§ 10.

Pero, ¿cómo decirlo todo, cómo resumirlo?

Habría que insistir más (porque no hemos más que iniciado el pormenor) acerca de la extraordinaria expansión del genio eslavo, repentinamente reavivado en las fuentes primitivas; acerca del influjo del tolstoismo, que habrá sido, como el darwinismo en otras esferas intelectuales, uno de los factores más poderosos de la imaginación moderna; sobre la acción innovadora proseguida en el teatro por los continuadores ó los émulos del gran Ostrowski y de Alejo Poteickhine; y muy particularmente en las reservas infinitas que guarda á los novelistas, á los observadores de mañana, el estudio del malestar profundo de la Rusia actual, con sus necesidades de emancipación, con sus aspiraciones al derecho y la libertad, sus agitaciones latentes, ó que estallan, avanzadas de los bruscos conflictos, y las ásperas luchas que allí producirán fatalmente las consecuencias de un enorme cambio social de

(1) Tan sensible igualmente, se podría añadir, en otros escritores del Norte, que han entrado hace poco en la gran reputación europea, ó que merecerían entrar en ella: de los eslavos Máximo Gorki, que ha introducido en la literatura toda una especie social de desclasificados; la novelista polaca Elisa Orzeszko, representando el altruismo, elevado á su más alto grado de poder expansivo; ó la admirable poetisa su compatriota María Konopnizka.

las personas y que precipitarán las consecuenciasde una larga y terrible guerra en Asia.

¡Qué digo: espíritus valerosos, almas llenas de piedad, no han esperado este mañana para dedicarse á un estudio tal y tan penetrante!

Desde este momento un programa claro dirige el esfuerzo de los novelistas llegados para continuar el gran movimiento de ideas, originado en el acta de abolición de la servidumbre. Han formado su credo resuelto, tranquilizador, generoso, con los principios preconizados durante medio siglo próximamente por los críticos Tchernichusky, Dobrolioubov, Pissurev y Michaïlevsky, cuya regla más ó menos rigurosa fué sustituir á la noción del *arte por el arte*, la del *arte para la vida.*

Algunos, entre los intelectuales de las últimas generaciones, han quedado fuera del movimiento general del espíritu ruso, ya se fijen como Merejkowsky, en la evocación pintoresca de los cuadros de la antigüedad pagana y del Renacimiento, ó se complazcan como Minsky, buscando una versificación original, ó reivindiquen como Belmont, una parte de la herencia de Shelley, como Ivanov, las dotes de un neo-helenista ingenioso y delicado.

Estos caminan apartados del grueso del grupo. Su estética es extraña á la obra de educación nacional, tal como se glorían de comprenderla y servirla hombres como Tchékhov, Verassaiev, Tchirkov, Gorki, Korolenko, y con títulos particulares, el inquietante Andréiev.

Las observaciones de estos últimos discípulos de «la escuela natural» se han aproximado también todo lo íntimamente posible á los medios de tristeza y de verdad, en que trascurren los días de sus colegas en humanidad los más desdeñados hasta entonces, del análisis sentimental: obreros de fabrica, humildes funcionarios y campesinos, todos estos séres débiles, la mayoría de los cuales no sospechará jamás la existencia de la felicidad. Han creado una literatura bastante desconocida antes de ellos y de su maestro Tolstoï: *la*

literatura del mujik; y descendiendo todavía más hondo, á lo más bajo posible, han añadido, como Gorki,—que no advertía grandemente que un francés le hubiese precedido en este camino—(1): *la literatura de los vagabundos,* casta extraña, heterogénea, de seres libres, indeterminados como la naturaleza, y lanzados fuera de los caminos comunes, por falta de haber podido encontrar una aplicación á las fuerzas y á los medios de obrar, que quizás tenían dentro de ellos mismos.

En esta nueva producción de la novela democrática y documental, se podría seguir paso á paso, con sus cambios inevitables, la marcha del pensamiento en un gran pueblo, todavía mal libertado de la antigua servidumbre, y que se interroga ansiosamente, busca en sí sus recursos, sus reservas de ensueño y de acción, y anda á tientas en la elección de los medios que deben ponerse en práctica para hacer que sean útiles y sirvan en la mejora de la vida.

Imágenes ondulantes y faltas de precisión flotan como vapores por encima de las negras realidades que constituyen el fondo de los cuadros. Nuestro pensamiento, enamorado de la claridad, se lastima ante enigmas agudos y singulares, ó se estrella con casos de conciencia raros, con tormentas de espíritu, angustias de imaginación, torturas psicológicas, molestias de alma, tan desconcertantes como estériles. Esta indecisión mística, que corresponde al estado de fluctuación de la sociedad eslava, evolucionando con lentitud hacia destinos que se presienten más bien que se perciben, no es, en verdad, sino una especie de bruma transparente, á través de la cual claramente se dibujan (á despecho de las trabas de la censura, opresora de todas las formas de la libertad de escribir) las condiciones de vida llena de inquietud y de miseria,

(1) En 1866, Jules Vallés, un perpetuo sublevado de la bohemia y del socialismo, había escrito con su pluma acerba y brutal, en un estilo caliente, colorido, punzante, el extraño libro de los *Refractarios.*

las tristezas pasadas y presentes anidando en el fondo de las *isbas* (1), las esperanzas y las aspiraciones de la masa, la enorme masa de los hombres sencillos é ignorantes.

Menos conmovedor y profundamente humano, pero espontáneo, vivo también, el pensamiento tchéque, á su vez, solicitaría el estudio del historiador moderno. Éste tendría que describir el despertar singular y muy característico de Bohemia, recobrando, gracias al talento de sus escritores de toda especie, la plena independencia de su lengua y el espíritu nacional.

Oprimida en los siglos XVII y XVIII por la Contra-reforma católica, se la había visto, en la primera mitad del XIX, reanudar abiertamente con Juan Kollar, Ladislao Celakowsky, Wenzel Hanka y el sabio Safarik, la serie de sus libres tradiciones. Después de 1848, el romanticismo retrasado de José Aric, de Neruda, de Viteslav Halek, promovedores del segundo renacimiento tchéque, manifestaba que la gloria de Byron, de Pouckine y de Mickiewicz había repercutido en ecos sonoros en las orillas del Vlatava. No se debía ya retroceder.

La lengua de Juan Huss y de Palacky había roto los últimos lazos en que la estrechaba la dominación austro-alemana. Praga había vuelto á ser el centro de una actividad espiritual muy intensa, muy autónoma. Escritores nacionales de un temperamento épico, como el universal Zeyer y el fecundo, el incansable Jaroslav Vrchlicky, y de una naturaleza esencialmente eslava, como Svatopluk Cech, parecían á sus compatriotas comparables á las más hermosas inteligencias del Occidente, del mismo modo que para ellos una novelista tal como Carolina Svietla (Mme. Musakova) era enteramente digna de ser llamada la Jorge Sand de Bohemia (2).

---

(1) Véase Gorki, *Dans la steppe*, en 18.°, 1902, y Andreiev, *Le Gouffre*, en 18.°, 1903, traducciones de Serge Persky.

(2) Entre los nombres más recientes de las letras tcheques,

En estas tierras sumergidas del panslavismo esperando extender por todas partes, como un diluvio, su imperio y su preponderancia, los serbios y los búlgaros verían con malos ojos que se pasara á su lado sin darse cuenta de la multiplicación de los establecimientos científicos, de los periódicos y de las escuelas. Belgrado, Sofía, Filipópolis eran, hace tres cuartos de siglo, aldeas bárbaras. Hoy se las considera como focos de instrucción. Allí donde hace poco no se hallaban más que jergas dispersas, sin cohesión ni enlace histórico, ha revivido en Belgrado, en Zara, en Cettigne, un idioma robusto, que recuerda, con legítimo orgullo, los tesoros de su poesía popular, sin cesar mantenida y renovada, hace muchos siglos, por una constante fidelidad á las costumbres, á las leyendas, á las creencias del país. Una lengua común reconstituída se ha impuesto á todas las provincias yugo-eslavas, la cual no sólo ha llegado á ser, gracias á la independencia de Serbia y de Montenegro, una de las lenguas políticas de la Europa oriental, sino también el órgano floreciente de una renovación de literatura, digna de sumarse á los cantos admirables de los rapsodas de Serbia (1).

---

señalaremos también al autor de las *Antorchas del pasado*, Simacek; un nuevo Walter Scott tcheque y continuador hábil de la manera de escribir de Havsla, Aloys Jirasek; un psicólogo ingenioso, Kronbauer; el novelista crítico y polemista Vaclav Hladik, enamorado sobre todo de la bella literatura cosmopolita, etc.

(1) El serbo-croata tiene una historia literaria. Existen documentos, que se remontan más allá del siglo XIII, y hoy todavía tiene su movimiento propio, cuyos dos centros principales son Belgrado y Zagreb (Agram). Fuera de la poesía popular propiamente dicha, continua mezcla de exaltación aventurera y de creencia ingenua, de heroismo siempre en acción y de idealidad soñadora, la literatura ilirico-serbia conoció hermosos días del siglo XV al XVII, cuando Ragusa, en Dalmacia, se gloriaba de poseer al tierno Derjiti, al austero Mavro-Veltranitj, luego á Juan Gundulitz y Palmatitj. En el siglo XVIII, Goethe llamaba á Milutinowitch su heredero oriental. Y la gran exaltación liberal que se produjo hacia 1830, en todos los

No parecería menos curioso seguir los esfuerzos de los griegos ilustrados, dedicándose á reanudar la cadena de la más antigua y gloriosa de las tradiciones. Porque, desde el momento en que se sintieron renacer al aire vivo de la libertad, no han faltado los griegos á su destino. Las luchas á que se han entregado entre sí, ya para atacar, ya para defender la lengua popular, han servido para su progreso y perfección. ¡Qué orgullo tan justo para muchos de ellos, poetas, críticos, novelistas ó publicistas de talento, haber de reproducir tratando de cosas modernas el idioma de un Tucídides ó de un Jenofonte!

Y cuando hubiéramos resumido todos estos esfuerzos, nada habríamos dicho todavía de la viva recrudescencia del alma húngara en el siglo XIX, en que los nombres ya lejanos de Vœrœsmarty y de Petœfi reviven en la ilustración de los Cziki, de los Doczy, de los Eötvös y del universal Jokai. No habríamos puesto en término de comparación con la enorme afluencia del trabajo europeo y americano las contribuciones inesperadas del espíritu asiático, del japonés principalmente. El Japón es el país del mundo en que se publica el mayor número de libros (1). ¿Qué digo? Su joven literatu-

---

países eslavos del Centro y del Sur, dió un impulso muy marcado al movimiento intelectual. Desde la iniciativa feliz de Gaï y de Vouk Stephanowitch, los croatas han adoptado el serbio como idioma oficial. Demeter el dramaturgo, cuya musa se ha comparado á la de Puckhine; Lublotitj, conocido por sus baladas originales; Ostrajinski, un escritor que ha llegado á ser clásico en vida; Sima Milotinovitch, Subbotitch, Zmaj-Jovan-Jovanovitch, otros todavía más recientes han contribuido grandemente á afirmar enseguida el triunfo de esta lengua, que ha dado finalmente á la nación serbia su unidad filológica y literaria.

(1) La actividad de las casas editoriales en el Japón es prodigiosa. Un solo ejemplo. Se ha empezado á publicar, en 1903, en casa del editor Schuppan Karska, de Tokío, á razón de *diez volúmenes al mes*, una enciclopedia budista, que ha de comprender 360 volúmenes y 72.000 páginas!

ra pasa sus fronteras, y camina ambiciosamente por el viejo mundo. Penetra hasta Europa. ¿No existen hoy traducciones francesas, alemanas, italianas, que asimilan á nuestros gustos, á nuestra curiosidad, las producciones más singulares de un Riutei Tanehiko, el Alejandro Dumas del Nipón? (1).

---

(1) La pretensión de no olvidar nada nos llevaría en verdad demasiado lejos... No podemos hacer más que señalar como curiosidades exóticas: el interés que va unido á la vitalidad indestructible de la poesía armenia (siglo IX al XX desde Gregorio de Narek á Tchobanian), manteniéndose tenaz, invencible, á pesar de las angustias innumerables de una raza desgraciada, perpetuamente oprimida por todos sus dominadores (véase la publicación en francés, de algunos poetas armenios, trad. de Archag-Tchobanian, introd. de G. Mourey, 1903); mencionar el despertar imprevisto de la fantasía árabe, en las orillas del Nilo,—y simplemente llamar la atención sobre el movimiento intelectual neo-turco, que empezando con el sabio universal é inoculador ingenioso Ahmed-Midhat, que se hacía llamar el Voltaire otomano, con su discípulo fiel Nachjé y el poeta Kemal-Bey, para llegar al muy compuesto escritor Halid Zía, se cerraría con ciertas escuelas de decadentismo orientales, bastante singulares y dignas de considerar en sus ensayos de asimilación musulmana del espíritu parisién.

Si por falta de lugar, si por temor á que el exceso de detalles no viniera á introducir alguna confusión en las líneas generales de un cuadro ya demasiado recargado, no hubiéramos tenido que dejar aparte los desenvolvimientos llenos de abundancia de las jóvenes literaturas sud-americanas, nos habría parecido interesante estudiar cómo el mejicano Gutiérrez Nájera, y Lugones, y Darío, soportarían la comparación con los mejores poetas vivos de Francia, de Italia y de Alemania; ó hasta qué punto sería posible comparar, en cuanto á la originalidad y complejidad de su genio, al infortunado cubano José Martí con el inglés Carlyle.

Y habría tenido un placer particular nuestro espíritu en notar la superabundancia de producción de la Venezuela literaria,—patria de Andrés Bello—como de la República Argentina, en que el progreso de la cultura nacional se acusa de día en día, al mismo tiempo que la influyen profundamente, por otra

§ 11.

Casi no hay año en que no se revelen, de algún modo, zonas intelectuales apenas conocidas, en que no salgan de la sombra rincones de literatura ignorados, como para responder desde todas partes al espectáculo de tantas naciones nuevas que bruscamente han brotado de la tierra, ya en Europa, ya en América. Y todas estas ideas se entrecruzan, se entremezclan, para formar una especie de espíritu internacional esparcido por el mundo.

Así como observábamos hace un momento las diferentes literaturas, replegándose en su pasado, cada una según sus fuerzas y sus cualidades nativas, habrán tratado sinceramente de poner á salvo su integridad fundamental y levantar un dique contra la corriente del cosmopolitismo que las arrastra. Sin embargo, se tocan y se penetran sin cesar. Sea la que quiera la resistencia que aporten, por obstinadamente que expongan el proteccionismo patriótico al libre-cambio internacionalista, que las invade por todas partes, no se libran, no pue-

---

parte, los alientos venidos del otro lado de los mares, de las costas de Francia.

Finalmente, á las renovaciones más recientes de las musas portuguesas habríamos debido añadir el contingente considerable de las obras brasileñas. Hubiéramos tenido que trazar el desarrollo de las tres generaciones (1830 á 1860, de 1860 á 1875, y de este último año al 1900 próximamente) que han contribuído al brillo de la Atenas brasileña, San Luis de Marañón; es decir, señalar en cuanto á la primera, al poeta Gonçalves Dias, al historiador Antonio Henriques Real, el publicista Juan Francisco Lisboa y al Virgilio brasileño Otero Méndez; en la segunda á Almeida Braga, el dramaturgo Joaquín Serra, el novelista Sabas de Costa, y los líricos Franco de Sá y Días Carneiro; y en la tercera, el maestro de la escuela naturalista sud-americana Azevedo, luego Celso Magalhaes, Hugo Leal, Teófilo Dias, Raimundo Correa, etc.

den escapar á los mil contactos de una civilización en perpetuo movimiento.

En varias ocasiones hemos asistido al espectáculo de las artes encadenadas y sometidas al ascendiente de esta triple autoridad: Tolstoï imponiendo su moral y sus concepciones geniales á la novela de toda lengua, de toda expresión; Ibsen dictando á los teatros extranjeros, como á los de Escandinavia, la imperiosa necesidad de hacer intervenir en la acción del género trágico moderno los movimientos de la conciencia individual; Wagner hipnotizando con su escritura sinfónica al universo musical. Estos pertenecen ya al pasado. Más próximos á las nuevas generaciones ¿no se ha visto al italiano d'Annunzio, al inglés Kipling, á la sudafricana Oliva Schreiner, al triunfante polaco Sienkiewicz (1) y al no menos dichoso francés Edmundo Rostand, recibir en el curso de los mismos años el homenaje universal de las letras? Leed, finalmente, el alemán Sudermann. Muy penetrado de germanismo ha revelado verdaderamente el alma de la Alemania moderna. Y, sin embargo, sus caracteres tienen una expresión humana tan general, que se reconocen en todos los países, y no se asombrarían de hablar otra lengua.

Es la literatura europea, que agregándose los progresos rápidos del continente americano, se encamina hacia la literatura humana y universal. Corren ideas comunes, circulan á través de las naciones, difusas é incoercibles, bajo la diversidad de los aspectos que les dan las modificaciones de los temperamentos ó de los climas. El individualismo se denominará indiferentemente, en Alemania ó en otra parte, la doctrina de Nietzche ó la doctrina de Ibsen. En Italia d'Annunzio le llamará *el verdadero sentido del ser*. Para el

---

(1) Se explica el éxito desmesurado de Sienkiewicz por el modo hábil como el autor de *¿Quo vadis?* ha comprendido la novela histórica, fijándose menos en la realidad de los hechos que en la pintura del medio social, material é intelectual, como lo han hecho Walter Scott en Inglaterra, Alejando Dumas en Francia y Wilibaldo Alexis en Alemania.

sueco inspirado Ellen Key, será el camino elegido que conduce al estado mejor, en que la humanidad ha de ser más fecunda, más grande, más feliz. Aquí ó allá, siempre es la misma impresión interna de una energía superior, de una voluntad perseverante, en que se revela, elevada á su más alto poder, la exaltación individual (1). Paralelamente, el humanitarismo y el redentorismo de Tolstoï penetran con su influjo los espíritus más positivos del Norte y del Mediodía. La consigna ayer era la ciencia absoluta, sin atenuación de ideal. Hoy, la nota dominante de las obras, es la simpatía apasionada; los corazones fríos se han ablandado, fundido en sentimientos de piedad, de humanidad (2), de solidaridad universal. Y á través de estas amplias corrientes de inspiración novelesca ó dramática, viajan por el mundo, en los libros y en los periódicos, cuestiones de orden internacional, sin cesar tratadas como el socialismo nacido de Marx, de Lassalle, de Henry George, el anarquismo salido de Bakounine y de Stirner, el feminismo procedente de todas partes, las guerras coloniales, la emigración, el desarme, la fiebre del oro.

En rigor, podría desde ahora reconocerse en su síntesis enorme los caracteres colectivos de esta «Welt Literatur», cualquiera que sean la cambiante movilidad de las formas y la masa prodigiosa de los escritos. El amplio desarrollo de las ciencias histórica y crítica, la contribución considerable

(1) Notemos, por reminiscencia, que esta exaltación del individualismo no es más que una vuelta—con un sentido moral mejor definido—á las aspiraciones del siglo XVI, cuando el humanismo del gran Renacimiento italiano tendía á cultivar la planta humana, de tal suerte que alcanzara el máximo de su fuerza y de su belleza, y llevaba hasta el paroxismo, bajo el nombre de *virtú*, el «egotismo» estético.

(2) La literatura democrática vence casi en todas partes á la aristocrática; en Inglaterra misma, donde al impulso de un rival de Balzac, el autor de *Tragic comedians*, la novela ha sufrido una trasformación completa abordando las cuestiones sociales, que había hasta entonces evitado con una cierta prudencia.

del elemento científico en la obra de arte, el enrarecimiento de la poesía verdadera, abrumada por la omnipotencia de la novela, en Francia, en Inglaterra, en América, en los países eslavos y escandinavos, en todas partes la ampliación de los instintos egotistas y su fusión gradual en sentimientos de generosidad y de altruismo; el predominio, en la escena y en el libro, de estos resortes de acción y de emoción sobre los intereses pasajeros de la persona ó del momento; la tendencia muy acusada del drama y de la novela á preocuparse principalmente de los problemas sociales, á «socializar» la literatura; la universal inquietud moral impresa por las ideas de reacción de los americanos David Thoreau, Henry Georges, del inglés Ruskin, del alemán Nietzsche, de los eslavos Tolstoï y Gorki, y sentida en presencia de una civilización extrema, con sus consecuencias ilimitadas (1): he aquí otros tantos signos, otros tantos síntomas generales, que podrían notarse mañana, como las características menos confusas de este mundo presente, arrastrado en la órbita vertiginosa de la cultura moderna.

---

(1) Ya este grito contra la civilización y sus efectos en el mundo había sido lanzado por un escritor inglés, Carlos Hall, en una obra publicada hacia 1805 y reimpresa en 1849. (Véase en la revista holandesa *Gids,* Nov. de 1902, un artículo de H. P. G. Quack.)

CONCLUSIÓN

I.—La primera idea que se desprende de la historia prodigiosamente recargada de las literaturas.—Inestabilidad de las obras y de los nombres.—Lo que no muere.—Los resultados más evidentes del trabajo de todos.

II.—Caracteres comunes á los grandes movimientos intelectuales.—Unidad de fisonomía de las épocas literarias.

III.—Inspiraciones generales, fondos de ideas primeras y colectivas en que se ha aprovisionado en todos los tiempos el espíritu humano.

IV.—La contribución de cada pueblo ó la corriente universal, sin que de ella resulte, en parte alguna, primacía absoluta.

V á VII.—Acerca de este derecho de preeminencia, que se disputan entre sí las distintas civilizaciones, antiguas ó modernas.—No podría ser, para ninguna, un privilegio permanente y exclusivo.—Grandeza y decadencia de las literaturas sucesivamente predominantes.—Méritos respectivos de unas y otras: sus ventajas y sus imperfecciones relativas.—La imaginación oriental; su prestigio y sus flaquezas.—El genio griego y sus vacíos. — El espíritu francés. — El espíritu italiano, español.—El pensamiento alemán.—Las facultades anglo-sajonas.—El temperamento literario de los eslavos.

VIII á IX.—Dependencias mutuas de las literaturas, sus continuos cambios y las imitaciones recíprocas.

X á XI.—Distintas en orígenes y caracteres; se las verá fusionarse más y más en el seno de la unidad.—La obra actual de compresión y concentración.—Sobre el porvenir de las lenguas y de las literaturas.

I

La estadística de las obras.—Lo que queda del trabajo de todos.

Al término de una exploración tan laboriosamente proseguida á través del mundo del pensamiento, en todas las

edades y bajo todas las latitudes, una impresión nos queda melancólica que nos sobrecoje.

Al ver sucediéndose sin tregua ni fin tantas obras un momento llamadas imperecederas, y muy pronto desvanecidas, ¡cuán ilusoria aparece la reputación literaria! ¡Qué de autores! ¡cuántos libros cayendo unos sobre otros en los abismos del pasado! El que quisiera hacerse historiador de los naufragios literarios tendría que calcular la más larga y menos fácil de todas las labores.

Demasiado diversa es la fortuna de las obras. Las unas, después de haber tenido comienzos penosos y obscuros, se elevan insensiblemente con el curso de los siglos y toman posesión del porvenir: las creaciones de Dante, de Milton, de Camoens, de Cervantes, constituían la honra de su tiempo, que las despreció. Las otras, que de un solo impulso han conquistado la boga y los aplausos, pasan sin ruido, y nada quedaría de ellas si estudiosos investigadores no vinieran á recoger enseguida esas cenizas de fugitiva gloria, dándoles una segunda apariencia de vida. La historia literaria está llena de consideraciones tristes acerca del destino de los libros perdidos, desconocidos, olvidados. Salomón había escrito tres mil parábolas y quinientos cánticos; compuso, según se dice, tratados de todas las plantas y de todos los animales; y él mismo se lamentaba de que se hicieran obras sin fin. Las suyas se han perdido, como las de los egipcios, los sirios y otros orientales. ¡Cuántos restos ilustres cubrieron el suelo de la antigüedad! (1). Querilo de Samos, al comienzo de sus *Poemas pérsicos*, quejábase del inconveniente de llegar tarde. ¿Se nos recuerda al heraclio Paniasis, á quien se colocaba en

(1) «Sæpe summa ingenia in occulto latent», exclamaba Plauto, hace dos mil años.

La biblioteca de los Ptolomeos contenía 700.000 volúmenes, que fueron destruídos por César, cuando la toma de Alejandría. La de Pérgamo, compuesta de 200.000 volúmenes todos diferentes, ofrecidos por Antonio á Cleopatra, desapareció al mismo tiempo que el Serapeion, en el reinado de Teodosio.

primera línea á continuación de Homero; á Filetas de Cos, que Teócrito estimaba sin igual, ó á aquel Euforion, del que tanto aprecio hacía Virgilio? Desde Andrónico hasta la llegada de Horacio, entre los romanos, no se dejaba de citar, de gloriar, con Plauto y Terencio, á un Pacuvio por su saber, á un Accio por su fuerza, á un Afranio por su genio cómico, á un Cecilio por su abundancia y su vigor; no se conocían otros poetas, no se aprendía más que en la escuela de ellos. ¿Dónde están, entre los latinos también: Saleyo Basso, Terenciano Mauro, Segundo Materno, Romano, Pasieno y el inmaculado Lucio Vario, cuya musa alabó su siglo? Casi nada se ha conservado de Varron, que ha escrito sobre casi todo. Y en el segundo período imperial, ¡cuántos Petronios y Marciales de baja estofa son ignorados de nosotros, en comparación con los dos epicúreos de este nombre que sobreviven!

Pero vamos más lejos. Franqueemos las distancias, si queremos ahorrarnos las prolijidades de una enumeración fastidiosa. Estamos en el siglo XV. Erasmo domina y reina sobre las inteligencias. Los contemporáneos le han investido de una realeza, por decirlo así, universal. Hoy más de la mitad de su labor ha perecido sin esperanza de resurrección. El interés de sus polémicas se ha enfriado todo cuanto era posible. Sus tesis acerca de la enseñanza han sido aventajadas hace mucho, y las más literarias de sus páginas, cuyo sentido es necesario ir á buscar en el vocabulario de una lengua muerta hace bastantes siglos, no son reclamadas en ninguna patria de nuestra Europa moderna. Charron, á quien se llamaba un hombre divino; Bodín, á quien se igualaba á los sabios de la antigüedad, han bajado igualmente de la altura de su gloria. ¿A qué memoria habla todavía el nombre de Madelent, el excelente poeta latino, «nuestro único Horacio?» (exclamaba Naudé). ¿A qué lectura se refieren las elegancias latinas del gran humanista escocés Jorge Buchanan, que se veía comparado á los Salustio y los Virgilio? En Francia, entre los espíritus cultos del siglo de oro, Boisrobert y el caba-

llero de Méré pasaban por importantes distribuidores de renombre. ¿Quién conoce ahora los versos del uno y la jovialidad del otro? ¿Ó cuántos lectores encontrarían todavía D'Ablancour y Patru, y el gran Arnault mismo? La posteridad no turba casi las cenizas de estos muertos ilustres, poetas y razonadores, que encantaron los ocios del hermoso período filosófico: Gentil Bernard, Colardeau, Boufflers, D'Argens, D'Holbach, La Motte Houdard; y más próximos á nosotros, Chênedollé, Fontanes, Arnault, Duclos, D'Alembert, Marmontel, se han ido donde se pierde todo lo que no es la grandeza y el genio. Prévost había escrito más que Voltaire; es menos leído que Lesage. Los libreros pedían á todo el que venía, entre los novelistas, Prévost, como en otro tiempo reclamaban Saint Evremond. Sus invenciones no serían ya ni bastante atractivas, ni bastante nuevas para nosotros. Sin la fortuna extraordinaria de un corto episodio de la historia del corazón, *Manon Lescaut*, no quedaría de Prévost más que su nombre. Alejandro Dumas ha firmado cerca de seiscientos volúmenes. A pesar de tanto ingenio, de númen y de hermosa imaginación sembrados al viento, el olvido ha cubierto casi enteramente, como bajo un enorme montón de arena, esta pirámide de libros. ¡Qué ocurriría, si fuera necesario resucitar, en la necrología de las letras, después de los nombres consagrados, tantas y tantas pequeñas reputaciones arrancadas por charlatanismo ó por sorpresa! Muchos escritores, en sus comienzos, estuvieron tentados, al producir sus obras, á creerlas inmortales. Antes que nadie, al volver á leerlas, advirtieron que ni ellos mismos las recordaban ya.

⁂

En el momento actual, el mayor obstáculo para la clasificación de los nombres, de las obras y de las ideas, es la superabundancia inaudita y siempre en aumento de la producción. Nunca aparecieron condiciones menos favorables para el justo reparto de los talentos en el mundo. La crítica, con

demasiada frecuencia rebajada en las hojas diarias al rango de un simple anuncio, ha perdido lo mejor de su autoridad. Y el público, en general, no sabiendo ya á quién escuchar en la multitud de los que le solicitan á la vez, se deja ganar por la indiferencia. Por otra parte, la competencia de los periódicos da al libro golpes sensibles. Ocurre ahora en Francia lo mismo que en Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos: la revista se ha hecho rival feliz de la novela y del libro de versos (1). Pertenece en todas partes el triunfo á las prensas rotativas, á las composiciones rápidas, á las tiradas baratas; y para las tres cuartas partes de los hombres, el periódico, con sus informaciones prontas y su literatura apropiada, parece una lectura suficiente.

Sin embargo, es preciso que el número de las obras disminuya en el mercado de la librería internacional. La ola sube siempre, tan pesada, tan recargada. . . Ya no se puede hojear todos los libros: apenas es posible contarlos. El movimiento no se contiene ni se disminuye por eso. Y cada cual hace su labor, hoy como ayer: el poeta rima, el novelista cuenta, el filósofo se agota para hacer penetrar en las conciencias rebeldes á esta enseñanza las teorías de lo bello, del bien, de lo verdadero, del ideal; el filólogo se abisma en el estudio de las lenguas, de los mitos y de las religiones; el crítico, con el espíritu desolado por no ejercer más que un ministerio ingrato, analiza, juzga, enumera, anuncia; el historiador acumula las monografías; el periodista trabaja en montón los *se dice*, las opiniones del momento; y sin interrupción también, todos los trabajos van á sumergirse en esas catacumbas literarias que se llaman bibliotecas públicas.

Surgen autores por todas partes. Pululan, de un extremo á otro del mundo, los hombres de letras y las producciones

---

(1) Solamente en Inglaterra, observé que en 1902 el número de los diarios llegaba á la cifra de 2.457, y el de las revistas á 2.486, de las que 503 son exclusivamente religiosas. En 1846 casi no había más de 200 revistas.

literarias. Sólo el Japón publica hasta veinticinco mil volúmenes al año. Alemania no queda muy por bajo del Nipón, en cuanto al valor numérico; é Inglaterra y Francia vienen en segundo lugar; Holanda, Dinamarca, Noruega y Suiza pasan al tercero, Polonia y Suecia al cuarto, Italia al quinto, y después Rusia. Se presentarían en este respecto, consultando las estadísticas, totales propios para aterrar la imaginación (1).

El pasado nos revela ejemplos numerosos y curiosos de incontinencia literaria. Los seis mil tratados de Didimo, las seiscientas tragicomedias de Alejandro Hardy, las mil ochocientas composiciones dramáticas en verso de Lope de Vega, las innumerables compilaciones de un Belleforest, cuyo exceso de facilidad gestatoria incitaba á decir que tenía un molde de hacer libros, la intemperancia de pluma de un Kotzebue, de un Krazewski, de un Gleich, de un Restif de la Bretonne ó de una Mme. de Genlis, y de muchos otros, están en la memoria de todos los literatos. Un novelista mediocre del siglo XIX, el marqués de Foudras, estaba atacado de una fecundidad tal, que en el espacio de un año hizo aparecer hasta treinta volúmenes. En cambio, en los tiempos clásicos, muchos escritores se gloriaban de su sobriedad. ¡Dichosa época, la del siglo XVII, en que el talento descansaba, en que con toda comodidad podía vivir con sus pensamientos, «pulir y hacer relucir sus palabras!» El estudio ocupaba y llenaba la juventud de un La Bruyère; y no tenía demasiada madurez de edad para hacer y para perfeccionar una sola obra, que por justa recompensa, le aseguraba inmortal renombre. Tal genio, griego ó latino, no ha dejado más que un folleto, que flota todavía sobre el abismo de los tiempos.

(1) Se estima que en el mundo entero aparecen próximamente 75.000 libros nuevos al año. Sobre ciertas bases aproximadas se ha calculado que la circulación universal de las obras existentes representaría un total de más de tres mil millones de volúmenes; estableciendo que cada libro nuevo tiene una edición media de 1.000 ejemplares, este total aterrador se encontraría, pues, aumentado al año en 75 millones.

Pero hoy, que la función de autor se ha transformado en un verdadero oficio, que ha de dar á un hombre para vivir y comer, la facilidad de producción ha llegado á ser un accidente de los más comunes. Desde Balzac, Dumas, Eugenio Sue, sin hablar de un Ponson du Terrail, los trabajos sólo de los novelistas franceses, puestos unos sobre otros, compondrían una pirámide de maravillosa altura (1). Los *libretistas* modernos producen un año con otro la materia de dos volúmenes, algunos, más. Apenas han visto secarse la tinta de la última página de un libro, cuando empiezan otro, sin tomarse siempre el cuidado de renovarse. Proveen á ello con una especie de regularidad burocrática.

Añadid á esto los mil y mil volúmenes y opúsculos que hacen nacer corrientemente la actualidad política ó social, la necesidad de ocupar la atención ó el puro *snobismo* de una multitud de autores sin lectores, que impulsan á la profesión, el azar de las circunstancias, de las relaciones ó del parentesco, en algunas ocasiones la dificultad de escoger una vocación, ó más raras veces alientos sinceros y aptitudes verdaderas..., y tendréis cen todo ello una vaga idea de este desmenuzamiento.

¿Á qué tantas páginas impresas?

***

En verdad, el mundo intelectual se embaraza terriblemente. Los archivos del pasado se niegan á almacenar la multitud de hojas volantes que quisieron ser monumentos. El cerebro humano, que se encarga de recoger sus recuerdos confusos, no ha crecido en proporción de este aumento indefinido. La historia ha de ser prematura. Su tarea se hace más

---

(1) De los contemporáneos, vendrían á aumentar la lista, entre otros, el novelista húngaro Jokai, cuya obra escrita tiene las proporciones de una montaña, el valiente autor tcheque Vrchlicky, y el no menos vigoroso productor belga Camilo Lemonnier.

pesada cada día; no tiene el tiempo ni el espacio necesarios para decir ó para conservar todo. Va con rápida carrera á los hechos más salientes, á los nombres más grandes, á las síntesis más breves; divide, corta, limpia y deja caer tras de sí un desmenuzamiento enorme.

Sin embargo, como ya hemos dicho, nada se aniquila en absoluto de la labor de todos, aun cuando esta labor no hubiera de condensarse en suma sino en la expresión más reducida de un hecho ó de una idea. De ella resulta, por lo menos, la huella de una corriente intelectual, el síntoma de un influjo, el detalle concreto de un esfuerzo más marcado, ó algún elemento de comparación, ó algún dato de conjunto, cuya serie y encadenamiento formarán la materia histórica. Si tantas reputaciones de por vida se desvanecen, si tantos pensamientos aislados se pierden, hasta no parecer ya perceptibles en la afluencia de los pensamientos circundantes, no ocurre lo mismo con el trabajo continuo, cuya expresión cambiante y sintética han ayudado á componer de siglo en siglo.

Cada artífice de las letras, al añadir un eco, por débil que sea, á las mil voces confusas, que partidas de mil puntos opuestos, vienen á entremezclarse en un murmullo indistinto, cada uno de ellos, digo, concurre por su parte á establecer el punto medio de una época, á precisar el giro de ideas y sentimientos en boga, el sello distintivo, la fórmula, en una palabra, en que la reconocerán los ojos del porvenir.

II

De los hechos generales.—Unidad de fisonomía de las épocas literarias.

Algunos de estos hechos generales son los que vamos á esforzarnos en poner de relieve, antes de concluir.

Toda época literaria tiene su unidad de fisonomía. «En ciertos momentos, nos dice Taine, aparece una forma de espíritu original, que produce una filosofía, una literatura, un

arte, una ciencia, y que habiendo renovado el pensamiento del hombre, renueva lenta, infaliblemente, todas sus creaciones.» Cuando este arte ha dado todas sus obras—añade—esta filosofía todas sus teorías, esta ciencia todos sus descubrimientos, se detienen; y otra forma de espíritu predomina.

O éstas son corrientes pasajeras, series de imitaciones sistemáticas, que se ve imperar allí temporalmente, de modo exclusivo y por efecto de una moda establecida. Así es como en Francia el siglo XVII se nos presenta en masa con su poética completamente renovada de los griegos y complicada con doble manía de españolismo y de italianismo. En el XVIII todo se impregna de la filosofía nueva. El poeta, el autor dramático, tanto como el historiador, el gramático ó el retórico, todos se adornan con la etiqueta en uso (1): parece que todos los libros estén fundidos, pasados por el mismo molde.

A cualquier tiempo que nos refiramos, sea á la serie de síntesis místicas que se llama época alejandrina y cristiana, ya á la serie de floraciones mitológicas que se encuentran en los orígenes de la India, de Grecia ó de Germania, ora al período de creaciones espontáneas que se llama el Renacimiento, bien al de clasificación oratoria que se denomina época

(1) De igual modo, para descender de lo general á lo particular, es una ley de todos los tiempos que cuando poetas inmortales ó de un prestigio efímero han sido la admiración ó «la ilusión» de su tiempo, dejan en la imaginación pública tintes con que queda coloreada. Cada época tiene su poema ó su novela, de que se obtienen numerosas «reproducciones», como ocurrió en el siglo XVI con la *Arcadia* de Guarini, la *Diana* de Montemayor, la *Astrea* de d'Urfé, como ha ocurrido en el XVII con la *Clelia* de Mlle. de Scudéry, en el XVIII con la *Nueva Eloisa* de Rousseau ó con la *Clarisa Harlowe* de Richardson, y al volver de la época con el *Werther* de Goethe, con que se encaprichó la Europa entera; luego en el XIX, con la *Borary* de Gustavo Flaubert, y quizás en el XX, con el *¿Quo vadis?* de Sienkiewicz, que fomentó la producción de toda una literatura de novelas históricas.

clásica ó á los momentos de inmensa sobreexcitación intelectual que siguieron al advenimiento del romanticismo, lo que primeramente se observa es la orientación de una cierta concepción dominadora, cuyas variantes reflejan la historia de las obras y de los hombres.

Por ejemplo, en la Edad Media, la innumerable sucesión de canciones de gesta, de trovas, de cantos que con formas casi idénticas pulularon en Francia, en Italia, en España, en Alemania, en Inglaterra, ha confirmado la unidad profunda de las naciones occidentales.

Durante el Renacimiento se asiste á la aparición de aquel genio artístico y poético, nacido en Italia, llevado á España, y con diferentes caracteres, trasplantado á Inglaterra y á Francia, que aseguró la independencia del pensamiento y reconstituyó los principios de la ciencia. Con Malherbe y Dryden, es el espíritu oratorio y clásico del siglo XVII, sobre el que se ingertará la filosofía del XVIII. Se detendrá al cabo de doscientos años, habiendo dado todos sus frutos, civilizado á Europa, y por una repercursión bien imprevista, provocado la Revolución francesa. De igual modo, el genio filosófico alemán, que se ha manifestado á fines del siglo XVIII, ha arrastrado los ánimos á una fase general de renovación, creando una metafísica, una teología, una literatura, una lingüística nuevas, reavivando todas las fuentes del pensamiento moderno, y prosiguiendo hasta en las ciencias su evolución fecunda. Finalmente, en nuestros días se habrá visto al complejo siglo XIX flotar del clasicismo al romanticismo, de los románticos á los parnasianos y á los «plásticos», de los amantes del arte por el arte, á los discípulos violentos del realismo y del impresionismo, del culto de los antiguos, á la glorificación de los jefes de escuela más recientes, de los griegos á los alemanes y de los alemanes á los escandinavos.

Procedentes de tantos orígenes diversos, estas produccciones colectivas se funden y se abrevian todavía en puntos esenciales, en que convergen todos los modos de vida del espíritu y del corazón. Conjuntos de hechos y agrupaciones de

ideas resultan de aquí, que constituyen la herencia común de la humanidad; y los elementos psicológicos con que se enlazan no tienen, como las causas generales de las operaciones de la inteligencia, distinción de lugares ni de fechas.

Así, de igual modo que dos sustancias entran en la constitución del hombre, el alma y la materia, la inteligencia y el cuerpo, hay igualmente dos literaturas, dos historias, dos filosofías: la historia, la filosofía, la literatura, según la realidad material; la historia, la filosofía, la literatura, según el espíritu ó la imaginación pura.

Toda época literaria tiene también sus dos grandes escuelas: ésta, manifiestamente idealista; aquélla, más entusiasta de los sentidos y de la naturaleza; y las vemos oscilando á través de los siglos en su predominio respectivo, reproduciéndose con una regularidad casi infalible, y equilibrándose mucho menos por las cualidades de contraste de las obras que por las oscilaciones perpetuas del gusto y de las opiniones (1).

Se ha representado de un modo muy justo el movimiento total de las civilizaciones como efecto de una fuerza permanente, que en cada momento, sin cambiar de naturaleza, varía su labor, modifica las circunstancias en que obra, pero vuelve siempre á su principio. Parecerá muy alejado de los pueblos modernos tal pueblo antiguo, que á ellos se acerque, por el contrario, del modo más inmediato. Con su enorme antigüedad detrás del amontonamiento de las dinastías, de la masa superpuesta de las religiones y de las lenguas, la India y el Egipto dejarían suponer, en comparación á nuestras ideas y á nuestro mundo, caos de discordancias. Se ha penetrado en ellas, sin embargo, hasta sus últimas profundi-

(1) Ocurre con estas evoluciones lo que con las históricas. Consistiendo el procedimiento dialéctico de la humanidad en oponer sin cesar á la idea reinante una idea nueva, basta analizar lógicamente un influjo de momento dominante, para obtener de él casi seguramente el principio que, por su antítesis, volverá á tomar posesión del porvenir.

dades, y en bastantes respectos, se ha hallado ser muy íntima la armonía entre este más allá de la antigüedad y nosotros mismos. Las edades históricas á que nos han permitido remontar las resurrecciones de la filología, nos han atestiguado, de un extremo á otro de los tiempos, el sentido de un pasado fraternal. Diferían poco de las edades nuevas, en cuanto á las grandes cosas morales: el sentimiento del hogar, los afectos del corazón, las ideas primordiales del trabajo, del derecho, de la justicia.

Hay pensamientos y demostraciones que parecen surgir tan naturalmente de la esfera de los hechos, que son comunes á todas las épocas. Antes de Fenelón, Cicerón se había servido de los testimonios de la naturaleza para obtener afirmaciones filosóficas,—que han quedado tan especiosas y justas hoy como entonces; y antes que Cicorón, Aristóteles había hecho uso de los mismos argumentos plausibles fundados en la maravillosa armonía de las leyes del universo . . . Y la historia de las letras es un hormiguero de temas de aproximaciones análogas . . . Por ejemplo, ¿qué autor pudo nunca pensar, sentir, escribir, fuera de estas ideas fundamentales de toda historia ó de toda poesía: el amor, la guerra y la muerte?

III

Las grandes aspiraciones permanentes y colectivas.

El mismo carácter de universalidad afecta á un cierto número de ideas, de sentimientos que se encuentran en toda pintura de costumbres, poesía, novela, historia, sin distinción de fechas ni de orígenes. Citaría, por ejemplo, la perpetua oposición de lo ideal y de lo real; la facultad de protesta interior de las inteligencias en lucha con las desemejanzas del destino; la necesidad de cambio que de ella resulta; la busca irónica ó inquieta de un estado de cosas mejor, y el deseo ansioso de reobrar contra las injusticias de la suerte ó las imperfecciones de una sociedad.

Sería tan arbitrario querer hacer de estas inspiraciones

permanentes privilegio exclusivo de tal ó cual zona de territorio, como falto de razón pretender atribuir cada brisa del cielo á un país especial, impidiéndola soplar en otra parte, ó imaginar que puede restringirse á las fronteras de un solo pueblo la propiedad celosa de los escritores geniales, que pertenecen realmente al mundo entero. Se ha dicho cien veces que un Esquilo, un Shakespeare, un Cervantes, un Gœthe, para no hablar más que de ellos, son los compatriotas de todos los hombres. A la luz que han proyectado en el tiempo y el espacio, las separaciones establecidas entre los diversos marcos del pensamiento se desvanecen.

La naturaleza cosmopolita del genio, reuniendo en una semejante emoción la inmensa familia terrenal, nunca ha sido mejor comprendida que en nuestros días. Es que, en efecto, una comprensión menos amplia, menos humana, estaría en contradicción flagrante con el espíritu de una época en que las civilizaciones tienden sin cesar más y más á compenetrarse. Se ha impreso profundamente en las inteligencias. Se aplicará siempre con mayor amplitud, no sólo á una selección de hombres cuya gloria haya desbordado sobre el mundo, sino á colectividades de poetas (1) ó de artistas, cuyas obras y cuyos corazones, á despecho de los azares del nacimiento, haya henchido un mismo aliento.

Hemos reconocido que tantos pueblos antiguos ó modernos, *a priori* juzgados muy desemejantes, tienen entre sí íntimas afinidades espirituales; que han experimentado y expresado las mismas pasiones, como han sentido la misma sed de ideal y de infinito. Es una verdad literaria que ha pasado á ser axioma, desde el tiempo en que se la repite: no hay en la naturaleza más que un corto número de situaciones dramáticas y hechos novelescos; las ideas generales so-

(1) «Como el mar, la poesía dice cada vez lo que tiene que decir; luego vuelve á empezar, con su majestad tranquila, y con esta variedad inagotable, que no pertenece más que á la unidad.» (Víctor Hugo.)

bre que laboran, como sobre un fondo común, las naciones antiguas y modernas, podrían enumerarse en un corto capítulo, y el trabajo de la imaginación humana se reanuda incesantemente, á imitación de la vida de que es imagen.

Sólo es infinita, perpetuamente mudable, la variedad de las formas, porque responde á la diversidad prodigiosa de los caracteres y de los talentos.

En este sentido puede decirse que cada zona terrestre habrá tenido su cultivo y su vegetación particular, tanto en la producción artística como en la de la naturaleza.

Pero, entre estas fracciones de la humanidad pensante, ¿á cuál asignar el premio del concurso? ¿A cuál reconocer sobre las demás, cuando todas lo pretenden, esta preeminencia indisputable, hasta entonces objeto de un eterno proceso? Cuestión peligrosa es ésta, y que bien vale ser examinada.

IV

Cómo contribuye cada pueblo á la corriente universal, sin que de ello resulte, para ninguno, primacía absoluta.

Siendo el amor propio el fondo del ser humano, no pierde sus derechos sobre el número de los individuos reunidos. Su imperio se impone á las vastas asociaciones tanto como á cada unidad de persona ó de familia, de una ciudad, de una provincia á otra; se aumenta, se generaliza en una forma arbitraria, y llega á ser amor propio de campanario, de nacionalidad, de patria.

Todo pueblo tiene su parte, que le dispone á atribuirse cualidades que niega á sus vecinos. Cada ciudad, cada trozo del globo terrestre, tiene su orgullo particular; cada ciudadano recibe en su persona, como reflejada, una parte del orgullo general. Ocurre con las naciones como con los individuos de que se componen: ninguna de ellas cede á sus competidoras en orgullo patriótico ni en el calor con que ensalza las razones de una supremacía dudosa.

Durante la Edad Media y el Renacimiento, la altivez

británica se ostentaba con tanta dureza como hoy el sentimiento de su invariable é indómita nacionalidad. Sin vacilación, los ingleses de entonces se intitulaban los príncipes de la especie humana y tenían la mayor lástima á las gentes de ultramar, á los papistas, á los siervos, á todas esas criaturas inferiores que no tenían, como ellos, la propiedad de sus cuerpos ni el gobierno de sus municipios. Orgullosos de su origen real, los escoceses se tenían, por otra parte, por los más sútiles dialécticos del mundo (1). Los franceses se reservaban como títulos inalienables la urbanidad de las costumbres y la primacía literaria. Los alemanes se jactaban de haber alcanzado la entraña de las ciencias ocultas. El solo pensamiento de su nobleza bastaba para la felicidad de Venecia. «¿Hubo jamás una nación más vana que la nación sienesa?—exclama el Dante en el capítulo XXIX del *Infierno*.—No, ni aun la francesa.» Los romanos dormitaban con un contento soberbio sobre los laureles de sus antepasados; y la Grecia atrofiada se refería á la gloria un poco anticuada de sus grandes hombres para llamarse perpetuamente la madre de las letras. Italia todavía no hubiera abdicado en favor de nadie el cetro de la elocuencia, de que se pretendía investida, desde los fastos de Cicerón y de Hortensio; continuaba tratando de bárbaros á los demás países de Europa. Los judíos esperaban su Mesías con la misma inquebrantable confianza que en los tiempos de su profeta Daniel; los turcos, «los únicos verdaderos creyentes», lanzaban altaneramente su desprecio sobre la turba de la cristiandad; y en el Extremo Oriente, los chinos continuaban no queriendo conocer nada del resto de los mortales. Tenían, dícese, cartas geográficas, en que el Celeste Imperio estaba representado en el Centro, como un inmenso continente, y alrededor las otras partes de la tierra flotaban en líneas indecisas, á imitación de esas regiones dudosas, que el buril europeo, en otro tiempo, proyectaba

(1) Se debe á los escoceses la filosofía experimental y la economía política.

vagamente sobre la costa africana ó en el fondo de la bahía de Baffin.

El temperamento de los hombres no ha cambiado casi, aun cuando, por la fuerza de las cosas, puntos de vista mucho más amplios hayan debido abrirse paso en los espíritus acerca del valor respectivo de las civilizaciones, y los prejuicios de barreras tiendan finalmente á desaparecer. El francés ha conservado una cierta natural propensión á la admiración personal. Poco es preciso para que tenga, hoy como ayer, el ingenio por una cualidad exclusivamente francesa y no haga todavía de París, con sus ilusiones de otro tiempo, la Ciudad de la Luz, la ciudad única, el ojo del mundo, el santuario del progreso, el foco de donde parten todas las radiaciones y todas las transfiguraciones, como si no se pensara de modo tan natural en Londres, en Roma, en Berlín, en Viena ó en Stockolmo. El italiano no cree hablar nunca bastante, ni en tonos suficientemente diversos, del «espíritu nacional»; y aun cuando trate asuntos extraños, de viva voz ó con la pluma, se puede estar cierto de que es, en último término, para concluir con la glorificación del punto de vista patriótico y del genio de la raza. El alemán, embriagado con los postreros triunfos de sus armas, no cesa de exaltar la grandeza y la fidelidad germánicas. El inglés... Pero dejemos de hablar de esto. Se llenarían demasiadas páginas con rasgos olvidados por Zimmermann acerca del orgullo de las naciones.

Constituye una enojosa limitación de espíritu amar una ciencia, un arte, un pueblo para odiar ó rebajar á los demás, ó es una singular ilusión pretender hacer del país en que uno ha visto la luz el centro mismo del mundo. En realidad, no más que los meteoros son estrellas fijas, la supremacía moral de un pueblo podría ser hereditaria. Cada ciclo de civilización ha tenido un momento de radiación más ó menos luminoso y más ó menos duradero. Atenas en tiempo de Pericles, Roma en el de Augusto, han gozado de un brillo incomparable. Bagdad, bajo la dominación de los Abasidas

fué, por decirlo así, la metrópoli de las ciencias. En los días del gran Renacimiento, una expansión maravillosa, toda paz y progreso, había asegurado á Italia una especie de dictadura intelectual. Triunfaba en las letras, las ciencias y las artes. Su preponderancia se extendía con igual dominio á la industria, á la hacienda, á la diplomacia y al gobierno espiritual de los pueblos. Desde Inglaterra hasta Moscovia, desde Flandes á Egipto, su ascendiente cobraba tributo en todas las comarcas. Nada había conocido Italia que se aproximara á un influjo tal y tan general, desde la caída del Imperio romano. Por otra parte, los ingleses han tenido su gran siglo (la época de Isabel), que no cede al de Pericles ni al de Augusto, ó de León X, ó de Luis XIV, en cuanto á la fecundidad y la variedad de las obras, la fuerza y la espontaneidad de los talentos. Desde fines del siglo XVIII hasta 1820 próximamente, Alemania ha tenido el principado intelectual con Gœthe y Schiller, Herder y Fichte. Y en varias ocasiones la inteligencia francesa ha ejercido la supremacía en Europa, en los siglos XII, XIII, XVII y XVIII, sin hablar de la fase deslumbradora por que atravesó durante la Restauración.

¿Dónde, pues, hacerse con la imagen más completa y más pura del espíritu humano? ¿Será en la Grecia antigua, en esa raza activa, de una imaginación atrevida y poética, apta para todo, para los trabajos de la paz como para los de la guerra, para la filosofía como para las artes, y que marchó durante diez siglos á la cabeza de la civilización? ¿Ó en los mejores tiempos de la cultura francesa, cuando ésta subordinaba, por una admirable regla, todas las facultades del alma al imperio de la razón? ¿La pediremos más bien á Inglaterra, cuya literatura ofrece una floración tal de cinco siglos consecutivos, una tan larga y magnífica serie de pensadores, de filósofos, de historiadores, de dramaturgos, de novelistas? La España de los Cervantes y los Calderón, Alemania también, con la florescencia súbita y prodigiosa de su genio, ¿no tendrían asimismo títulos serios que presentar en este vasto concurso? . . . Pero estas mismas rivalidades

prueban suficientemente que no hay en parte alguna ejemplo de superioridad absoluta y definitiva.

Discutir la preeminencia de los antiguos ó de los modernos, sería encender de nuevo querellas demasiado viejas y perderse, á imitación de los Perrault y los Lamotte, en una vana polémica. Asimismo habría alguna temeridad en escoger tal ó cual de las grandes naciones de Europa para concederle autoritariamente el cetro literario, habiendo tenido cada una, como hemos observado, su turno de influjo decisivo, asistiendo á cada una derecho á inscribir en el cuadro sus nombres gloriosos y sus épocas brillantes. A lo sumo se podría hacer constar que si hay un pueblo que haya gozado fuera de sus fronteras de una acción continua, parece ser que deba principalmente, al menos en el pasado, el pueblo francés, y que habría probabilidad de obtener la primacía por la duración, la frecuencia y la extensión de sus conquistas (1).

---

(1) A título de justificación histórica, vamos á resumir á grandes rasgos los efectos y los cambios de esta fuerza de expansión internacional.

Toda la poesía épica, en la Edad Media, excepto entre los eslavos, salió de los bosquejos de epopeyas francesas. Muratori nos ha referido que en el siglo XIII se cantaban comunmente en las plazas de las ciudades italianas las gestas de Rolando y de Oliverio. Cien veces plumas eruditas han seguido las emigraciones de los romances carlovingios en España, en Inglaterra, en los Países Bajos, entre los escandinavos, mostrándolos en todas partes bien acogidos y muy imitados. A Francia había correspondido, en efecto, durante la porción más considerable de esta edad intermedia, la dirección espiritual del resto de Europa. La lengua de sus trovadores del Norte y del Mediodía se fué extendiendo tan lejos como el renombre de sus armas. En los tiempos de las conquistas normandas y de las Cruzadas, se la veía reinar en todas partes donde flotaban sus banderas. Ciertas gracias precoces y la fuerza de expansión de una adolescencia vigorosa se veían unidas felizmente á las ventajas obtenidas por la política, las alianzas, las victorias, el comercio, las misiones, para aumentar su difusión y asegurar su preeminencia. Gervais de Tilbury, un viejo escritor del otro

Salvo testimonios de esta clase, basados directamente en hechos, nos estrellaríamos ante dificultades casi insuperables, si quisiéramos determinar con entera seguridad á qué indivi-

---

lado del canal de la Mancha, refiere que antes de la invasión de los normandos, desde el reinado de Eduardo III, llamado el Confesor, los sajones enviaban sus hijos á Francia para aprender el oficio de las armas y deshacerse de la barbarie de su lengua materna.

Siguiendo las huellas de los varones que marchaban, á la voz de Pedro el Ermitaño, de San Bernardo, de Foulques de Neuilly, á combatir y morir por el rescate de un sepulcro vacío, la *lengua d'oil* se había desbordado en Oriente, en Jerusalén, en Constantinopla y en Grecia, tanto, que según la expresión de un cronista de entonces, á fines del siglo XII se la oía en Morea y en «el ducado de Atenas» tan fácilmente como en París. Ya, desde hacía más de cien años, Guillermo la hubo impuesto, como la expresión de sus propias leyes, á Inglaterra sometida, de donde había pasado á Escocia. En la misma época, otro invasor igualmente salido de la Neustria, Roberto Guiscardo, se establecía en la Apulia, la Calabria y Sicilia; subió al trono de Lusitania, en 1094, con el primer conde portugués, Enrique de Borgoña; un doble camino la condujo á España: Navarra, dada, así como Pamplona, en 1234, á Teobaldo IV, conde de Champaña, y Cataluña, que antes de unirse al reino de Aragón, en 1258, no había cesado, desde Ludovico Pío, de depender de los reyes de Francia. En el siglo XIV, servía todavía para la redacción de los diplomas. Alemania tampoco pudo librarse de su ascendiente; se la debía conocer y comprender allí, en sus comienzos ya, cuando un concilio de Maguncia, el de 847, la introdujo en las cátedras sagradas, y en otro concilio, celebrado en Mousson en 995, y compuesto de los prelados del reino de Germania, Aimon, obispo de Verdun, pronunció el discurso inaugural en francés. En tiempos posteriores, numerosas traducciones ó imitaciones de las canciones de gesta y de los poemas de la Tabla redonda se introdujeron en el país alemán. Pedro III, rey de Aragón, y Federico II, rey de Sicilia, armados contra Francia y la Santa Sede, cantaron sus hazañas en versos provenzales. De un extremo al otro de la península italiana, los trovadores y los poetas occitanios eran tan celebrados en las provincias que habían seguido siendo libres como en el reino de Nápoles, gobernado por los sucesores de

dualidad colectiva pertenecen, en último término, la mayoría de los rasgos esenciales de la civilización.

Una reserva igual se impone en el terreno filológico, en

Roberto Guiscardo, y á fines del siglo XIII, por Carlos de Anjou. Francisco de Asis, *il glorioso poverello di Cristo,* entonaba á lo largo de los caminos cánticos en francés. La Toscana estaba llena de italianos que rimaban en la *lengua d'oc* para encantar á los señores y á las damas. Dante fué un discípulo de los provenzales, tanto como un Federico de Hansen ó un Walther de Vogelweide... Para que esta superioridad fuera atribuída á la lengua francesa con un tal y tan general asentimiento en las naciones extranjeras, era preciso que tuviera verdaderamente títulos, que no poseían todavía el inglés, el español ó el italiano. Gervais de Tilbury, Bruneto Latino, entre otros, lo han atestiguado de modo auténtico.

Con el Renacimiento y la Pléyade se han extendido de Francia á Europa los ritmos variados que sirvieron de modelo á los poetas de España, de Italia y de Inglaterra. Conocida es la contagiosa admiración que provocaron las obras maestras del gran siglo clásico. En tiempos del rey Voltaire, los enciclopedistas heredaron la soberanía de los poetas. El reconocimiento del género humano saludaba á los polemistas, historiadores, filósofos, que desde París propagaban á través del mundo las ideas de emancipación moral, de tolerancia y de piedad. La consecuencia de la expansión francesa se señaló fuertemente entonces en varias producciones célebres de Inglaterra y de Italia. Fué lo bastante pronta, lo bastante activa para producir este fenómeno digno de estudio: á saber, las ideas de una nacionalidad, obrando sobre las instituciones de los otros Estados antes que en las suyas propias, y el genio especulativo de sus escritores, engrandeciendo la elocuencia de los pueblos libres, antes de que en ella existiera asamblea nacional.

El uso de la lengua de Voltaire, introducido en Polonia por el rey Estanislao-Augusto Poniatowski, se había propagado de tal modo en todas las clases de la sociedad polaca, que no hablaba, leía ni escribía más que en francés. Por todas partes los libros franceses ocuparon el lugar de los libros polacos, que yacían abandonados en los estantes de las bibliotecas. A fines del siglo XVIII, otra literatura del Norte, la literatura sueca, llegó á hacerse de tal modo francesa, que le

que las pretensiones de los pueblos no son menos decididas. Interrogad á un francés. No será más que entusiasmo, exaltación convencida sobre los privilegios de esa lengua sin igual, la de Montaigne, Pascal, Molière, Voltaire, que ha expresado tantas cosas encantadoras ó profundas, que por encima de todo es la esencia de la naturalidad, de la bondad,

---

fué preciso pasar por Alemania para volver á su ser. Finalmente, en los comienzos del romanticismo, los hombres más ilustres de Alemania y de Inglaterra, Goërres, Müller, Lachmann, Walter Scott, Southey, renovaron en la fuente céltica y francesa su genio nacional.

Cabría multiplicar estos ejemplos del influjo extraordinario que ha ejercido Francia sobre las civilizaciones extranjeras hasta los tiempos más cercanos á nosotros.

Sin embargo, para quedar en lo justo en materia semejante, es preciso decir también que de igual modo que ha dado mucho, mucho ha recibido, y unas veces cedió al azar de sus entusiasmos, para seguir las huellas de sus vecinos; otras, mejor inspirada, se apropió con ventaja elementos fecundos. En el tiempo en que idolatraba á Ronsard, se entregaba ciegamente al estudio pedantesco de los antiguos; con tanta pasión se arrojó enseguida en el gusto de la Italia decaída, luego de España, que descendía asimismo la pendiente. La primera mitad del siglo XVII ha recibido la chispa del país de los *romanceros*. De Scarron á Corneille no se encontraría quizás un solo escritor francés que no tenga algo de la llama española. El énfasis castellano y el falso espíritu culto de la escuela de Góngora han halagado á toda una generación de autores. Además, la Roma clásica había impuesto á los poetas de Luis XIV el código literario de Horacio y la emulación de Lucano. Los autores dramáticos de los siglos XVII y XVIII han cortado ampliamente en las telas de los asuntos antiguos, y ajustado á sus obras maestras las formas griegas ó latinas. En tiempos de Voltaire, Francia ha llegado á ser algún tanto inglesa, aunque permaneciendo bastante dueña de este influjo para hacerlo repercutir á través de Europa. Al mismo tiempo que ejercía un ascendiente muy considerable en el exterior, tomaba bastantes cosas del extranjero, y no desarrollaba su valor ó su fuerza más que repitiéndolas. Durante la Revolución, ciencias, artes, costumbres, instituciones, estaban vestidas á la griega. A prin-

de la risa, y verdaderamente ejerció en el mundo el apostolado del buen humor y de la humanidad. ¿Un alemán? No tendría más que colocar en línea de batalla los regimientos de sus palabras compuestas; estará seguro inmediatamente de que posee lo más completo, lo más sólido y lo más elástico del sentimiento y del pensamiento. ¿Un ruso? Os certificará que entre los políglotas de San Petersburgo y de Moscou, nadie duda que haya idioma europeo rico cual el de los eslavos, con su maravillosa concisión, que no excluye la claridad, la variedad ni la fuerza. Escuchad en qué tono hablaba ya de ello Miguel Lomonossoff á sus compatriotas del siglo XVIII, no habiendo conocido, sin embargo, ni á un Turgueneff, ni á un Tolstoï: «Carlos V, Emperador de Romanos, declaraba, tenía costumbre de decir que es preciso servirse del español con Dios, del francés con sus amigos, del alemán con sus enemigos, del italiano con las mujeres. Pero si hubiera conocido la lengua rusa, habría ciertamente añadido que cabe hablarla con todos. Porque habría encontrado en ella la majestad del español, la viveza del francés, la fuerza del alemán, la delicadeza del italiano, y además, la riqueza y la concisión del griego y del latín».

En verdad, el espíritu humano está en todas partes. No es dote exclusivo ni del Norte ni del Mediodía. Se encuentra hasta en las *jergas*, que no han podido llegar á ser lenguas y en que se pueden obtener perlas. El inglés tiene su sencillez gramatical, su brevedad precisa, aunque un poco seca en ciertos respectos, por no decir demasiado pobre de

---

cipios del siglo XIX, lánguida, anémica, habiendo agotado la vena de un pasado glorioso, y para lo sucesivo esterilizado las fuentes de la inspiración nacional, perecía por falta de sustancia: las fuentes extranjeras le fueron abiertas á tiempo. Se colocó en la escuela del romanticismo inglés y alemán; en ella tomó una vida nueva. Finalmente, de un extremo al otro del último siglo, ¿no ha tenido sucesivamente sus períodos de imitación bien marcada del espíritu alemán, inglés, ruso y escandinavo?

formas; el alemán tiene su profusión infinita de términos, su extraordinaria facilidad de creación de palabras, que le recompensa, con creces, de su inestabilidad, de su exceso de incisos, de inversiones, de circunloquios de toda especie, que entorpecen su marcha (1); el italiano tiene su dulzura musical cuando no degenera en una blandura lánguida, sin carácter, y el español sus tintes calientes, en armonía sonora, cuando esta sonoridad no se exagera hasta parecer una música de palabras vana y vacía.

La lengua francesa no dispone de la inagotable vena de las lenguas eslavas y germánicas. Sin embargo, las notas de que dispone son aptas para dar todos los sonidos. Ya se desarrolle en una frase amplia, llena de abundancia y de brillo, ya se reconcentre y se lance en rasgos cortos y rápidos, posee cualidades universalmente reconocidas de flexibilidad y de lucidez. Instrumento de propaganda ó de sociabilidad, se presta maravillosamente á los movimientos de la conversación. Va como la palabra, despierta, comunicativa. Su tendencia no está en acusar el relieve de los tipos individuales aislándolos; se le censuraría más bien incluirlos con exceso en una concentración absorbente. No separa, une, por la comunicación clara y pronta de la idea.

Demasiado verbosa, excesivamente recargada con sus riquezas, la lengua alemana carece en absoluto de los giros fáciles y de la concisión elegante de su rival. Flota alrededor del pensamiento en pliegues espesos é indecisos. En cambio, es más capaz de abstraer, más capaz también, en materia filosófica, de revestir las idealidades puras de esa envolvente de expresiones fluidas, vaporosas, que permiten distinguir sus

(1) Digamos de pasada que, en opinión de los pueblos germánicos, se ha exagerado mucho, en el exterior, las rudezas de su idioma, que una dicción ligera sabe afinar en los lugares y entre personas en que se conversa puramente. Sabido es que se modula muy bien á los ritmos de la música y de la poesía, y reviste entonces, en el modo como se expresa, una especie de armonía real.

menores delicadezas y las sutilezas últimas. Por las buenas cualidades y los defectos de su idioma (1), tan fácil para disgregar, tan propio, en sus afinidades múltiples, para contraer las uniones más diversas, los alemanes son los mejores traductores del mundo (2). Finalmente, si en la prosa la precisión y la claridad del francés faltan á su lengua, ésta obtiene una admirable aplicación, en poesía, de la prodigalidad casi incomparable de sus recursos.

V

La imaginación oriental y el genio griego.

Para juzgar íntegramente los méritos respectivos de las literaturas, la condición primordial sería hacer completa abstracción de los influjos de educación primera, de lenguaje y de nacionalidad. Estudiándolas en sus caracteres propios, en sus elementos generadores, en la relación de cualidades y de defectos que constituye su carácter de raza, su tradición típica, en sus tendencias dominadoras y persistentes y conforme á los resultados de conjunto que presentan, separadamente, es como seguramente han dado materia para la historia internacional de las ideas. Practicando este método de investigación concienzuda y desinteresada, se llegaría á determinar, de un modo bastante exacto, la proporción aportada, el justo tributo de cada pueblo á la obra común y universal. Pero la tarea es con exceso completa y peligro-

---

(1) «El alemán, con su forma ondulante, su poder de crear palabras por aglutinación, la lentitud de su frase circular, dió al pensamiento moderno un instrumento extensible, elástico y cómodo, aunque un poco inconsistente.» (Gabriel Hanotaux.)

(2) Ellos han poseído las primeras versiones de Homero y de Shakespeare. No se ignora que sus traslaciones de las poesías y de las formas orientales, son obras maestras; y que sus escritores de primera fila, Gœthe, Schiller, Herder, los Tieck, los Schlegel, no han desdeñado los trabajos de la traducción.

sa para que nos aventuremos á asumir toda la responsabilidad de ella. Nos limitaremos á bosquejar una sumaria noción del espíritu de las principales literaturas, antiguas y modernas (1).

Si inauguramos este examen comparativo con una simple ojeada sobre las producciones del Oriente, en general, notamos inmediatamente que los pueblos de esta parte del mundo han manifestado por la poesía una inclinación más espontánea que las naciones occidentales. A más de las facilidades que les ofrecían algunos de los idiomas del Asia por su armonía, su abundancia, la multiplicidad de los sinónimos, fueron á ello llevados instintivamente por todas las excitaciones de la espléndida naturaleza, en que daban rienda suelta á sus ensueños y sus pasiones. En estos países de luz, basta que las descripciones sean fieles para que parezcan de una extrema riqueza. Pero bajo la acción de una temperatura casi en todas partes abrumadora, la imaginación está pronta á enervarse; pierde las cualidades de vigor, de firme enlace y de encadenamiento riguroso en las ideas, que constituyen el honor de las grandes literaturas europeas. Aparte algunos fragmentos de epopeyas y algunos cantos heróicos, casi nunca se despliega entre los persas y los indios la energía de que las obras del Norte y del Occidente están continuamente impresas. Allí se descubre, al menos, llevadas á un grado poco común, la delicadeza, la ternura, las sutiles facultades del alma.

---

(1) Tenemos empeño en advertir que no tratamos de hacer ninguna especie de afirmación absoluta en este orden de comparaciones, todas relativas, siendo el análisis etnográfico, en el fondo, bastante quimérico en las cuestiones de psicología intelectual. Como no hay raza pura, como nada hay más mezclado, por ejemplo, que la que se llama «raza latina»,—francesa, italiana, española ó portuguesa,—es preciso admitir simplemente que el espíritu de cada pueblo es un convenio, un ideal elaborado por el conjunto de las generaciones, de donde se ha desprendido poco á poco su civilización íntegra.

Grecia antigua ocupa el primer lugar en nuestras admiraciones tradicionales. Ha dado pleno desarrollo á las ideas más altas, á los principios más fecundos, que hayan constituído el patrimonio de la inteligencia. Ella señaló el advenimiento de la razón y de la libertad. Sobre las bases de esta razón reducida á los fines naturales y sociales de los ciudadanos, construyó la moral y la eterna verdad. La ciencia, es decir, la verdadera filosofía, nació en la patria de Aristóteles y de Platón. Y aunque muy limitado en el cuadro de sus invenciones, el arte griego no ha cansado el entusiasmo de sus imitadores.

Tales son los títulos magníficos de la Hélada y la deuda inmensa (1) que el mundo moderno ha contraído con esta fracción, la más pura, la más completa del viejo mundo.

La aureola de la gloria antigua iluminará siempre con un resplandor prestigioso los preludios de la civilización europea. Nada hay que no sea muy legítimo, si deslumbra todavía nuestras imaginaciones. Sin embargo, hay que precaverse de admirar su brillo hasta cegarse. Idealmente el número de los sentimientos, de los temas de inspiración ó de emoción con que se alimentaban las inteligencias, en los tiempos clásicos, eran bien reducidos en comparación de los nuestros. El teatro antiguo parece no haber sido más que un prolongado gemido de las almas contra la fatalidad que pesaba, implacable, sobre el destino de los hombres; el teatro moderno entremezclado, choca, pone en lucha todas las pasiones, todos los caracteres, todas las formas de la vida; los recursos del pensamiento se han aumentado prodigiosamente con la diversidad de los pueblos y el acceso siempre creciente de las muchedumbres ó los goces del espíritu. Socialmente, las nuevas edades no son más que progreso sobre las antiguas.

(1) «Atenas no ha tenido una gloria, ni aun un placer, que no haya sido para el porvenir un beneficio, y que no nos quede como una herencia inmortal.» (Ernest Havet, *Le Christianisme et ses origines*, t. I, p. 59.)

¡En cuánto la suerte de las naciones modernas no es preferible á la de estos pueblos heróicos, en que una inmortal tradición de arte y poesía no ha dejado ver más que las grandezas á series de generaciones ilusionadas! Basta recordar, para convencerse de ello, la imperfección de su moral pública, la injusticia de sus leyes, que consagraron la esclavitud, las partes bárbaras de sus costumbres, las locuras impúdicas y á veces crueles de su culto, y su ignorancia relativamente profunda de tantas ciencias físicas, industriales, teóricas ó prácticas que hoy florecen desde los extremos de Europa á los de América, centuplicando las fuerzas individuales, repartiendo por todas partes el bienestar y la seguridad, coronando los beneficios que aseguran al hombre una moralidad más dulce, gobiernos más ilustrados é instituciones más saludables.

VI

Características intelectuales de los principales pueblos, y los temperamentos nacionales.

La raza francesa está, por encima de todo, enamorada de su hermoso lenguaje; hace mucho tiempo que Julio César notaba que los galos tienen afición á guerrear y á bien decir. Este pueblo es, entre todos, el pueblo retórico y prosista; la elocuencia escrita tiene la suprema dirección de su literatura. Conforme con el asentimiento de los mejores jueces, Francia es el país en que la prosa parece haber alcanzado el grado de brillantez más vivo y sostenido, ya á causa de ciertas aptitudes nativas más marcadas de razón, de lógica, de claridad, ya por una costumbre más cara para los escritores, más sistemática aún, de buscar hasta en las formas más corrientes del lenguaje, fuera del valor del fondo, las brillanteces del estilo propiamente dicho. Inglaterra, Alemania, Italia, España, se enorgullecen con poetas iguales ó superiores. No ofrecen junto un grupo escogido tan numeroso de prosistas de primer orden. La patria de Shakespeare reivindicará á Francisco Bacon, Addison, Swift, Macaulay, y al armonioso

Newman (1); la del Dante podrá citar el nombre de Maquiavelo; España dirá el de Cervantes; Alemania tiene á Lessing, Schiller, Gœthe, y eminentes filósofos contemporáneos, de forma clásica, tales como Fichte y Jacobi. Francia, como observaba Víctor Cousin, enumeraría sin esfuerzo al menos veinte prosistas geniales: Froissart, Rabelais, Montaigne, Descartes, Pascal, Molière, La Rochefoucauld, Retz, La Bruyère, Malebranche, Bossuet, Fénelon, Bourdaloue, Sévigné, Saint-Simon, Montesquieu, Voltaire, J.-J. Rousseau, Buffon, Chateaubriand, sin hablar de tantos otros que estarían en primera línea, en cualquier otra parte: Commines, Amyot, Calvino, Francisco de Sales, Guez de Balzac, Arnauld, Nicole, Fléchier, Massillon, Fleury, Mme. de Maintenon, Saint-Evremond, Fontenelle, Vauvenargues, Diderot, Lesage, Lamennais, Agustín Thierry, Jorge Sand, Merimée, Renan. Dejo aparte el lenguaje técnico, individual, de Balzac y de sus descendientes, de Flaubert y de los Goucourt: esos infatigables curiosos de la civilización moderna, esos enfermos de la pasión del estilo complicado, sabio, lleno de matices y de cosas rebuscadas, tienen sus análogos entre los novelistas rusos de la misma escuela; los Dostoiewski y los Tolstoï. Son maestros y no modelos. Si no por la armonía perfecta, al menos por la abundancia y la variedad, la prosa clásica francesa no tiene igual más que la prosa griega de los mejores días de la antigüedad, de Herodoto á Demóstenes.

Uno de los caracteres más marcados también de la lengua y de la literatura francesa es la facultad de expansión, la fuerza radiante. El espíritu de proselitismo las distingue entre todas. ¡Cuántas ideas salidas de las orillas del Sena habrán dado la vuelta al mundo! A más del brillo y la facundia, el pueblo francés se enorgullece de poseer de modo excelente los dones de sociabilidad y de comunicación penetrante. A decir la verdad, este encanto comunicativo, quizás

(1) El cardenal Newman, el príncipe de las letras religiosas en su patria, ha sido apellidado el Fénelon inglés.

se ha ensalzado demasiado. Viciados por sus precedentes históricos y artísticos, orgullosos de haber seducido ó dominado á Europa, en el tiempo en que gozaban de todas sus ventajas de poder y de gracia, los franceses han mostrado á veces una complacencia excesiva en apoyarse en su gloria para honrarse con ella en el presente, como con una realeza inatacable. Su ascendiente prolongado sobre el resto de Europa no es por eso menos indisputable.

Faltan, generalmente, al espíritu francés ciertas cualidades de lo pintoresco y de originalidad, sensibles principalmente en las literaturas del Norte. Por ejemplo, aun cuando haya parecido celoso, en varias ocasiones, de vencer en invenciones raras á la intemperancia tudesca y á la excentricidad británica, las vivas imaginaciones de lo fantástico no le son familiares. Imitaciones extranjeras, laboriosamente extravagantes, en que el capricho se busca con esfuerzo, en que toda realidad desaparece en una inverosimilitud muchas veces sin encanto y sin poesía, no nos han casi representado sino su imagen muy imperfecta.

El gusto, hemos dicho, es una facultad esencialmente francesa. En cambio, conviene notar, con Dollfus, que el gusto no es una facultad creadora. Así la fuente de la inspiración ha corrido con mayor abundancia para otros pueblos que para Francia. Habiendo principalmente buscado y encontrado en el mundo real la aplicación de su espontaneidad, no viene casi más que en segundo lugar en los géneros puramente idealistas; en música, después de Alemania ó de Italia; en pintura, á pesar del brillo indisputablemente superior de sus escuelas modernas, después de los grandes maestros del Renacimiento; después de Alemania también en las altas miras filosóficas; y si el siglo XIX no hubiera producido á Víctor Hugo, después de Inglaterra en las efusiones líricas.

Finalmente, si el espíritu francés se ha dejado distanciar en las artes por Italia, lo mismo le ocurrió, desde el punto de vista de las instituciones políticas, por Inglaterra; en las

ciencias históricas y críticas por Alemania. Quizás, en diversos respectos, otros países le fueron de momento superiores. Su fuerza ó su virtud innegable está en haber sido por excelencia desbordante y contagiosa. Su influjo exterior se acusa en cada momento de su pasado. A más de esto, las diferentes épocas de su desenvolvimiento han atestiguado recursos excepcionales de flexibilidad y progreso. Finalmente, nadie pone en duda que haya proporcionado los mejores modelos de esta forma de literatura perfecta: el lenguaje de la razón, adornado con elocuencia y con arte.

El equilibrio de todas las grandes facultades humanas, que es tan admirable en los escritores geniales del siglo XVII, se rompe casi á cada momento en las literaturas extranjeras. Tienen éstas otros atractivos y méritos diferentes.

***

Violentamente separadas por su antagonismo político, Francia y Alemania se completan la una á la otra, de buen ó de mal grado, por la importancia y la generalidad de su obra civilizadora.

Los alemanes, con la disposición que tuvieron constantemente para ofrecer una acogida liberal á las ideas, á los influjos extranjeros, jamás han ignorado nada de lo que se ha realizado importante entre sus vecinos, en el doble respecto social é intelectual. Tienen, en efecto, por naturaleza, muy acentuado el sentido internacional. La idea de patria arraiga grandemente en sus entrañas; pero llenos del deseo de aumentar su propia substancia con todo lo que les parece útil y bueno de recoger en otros, adoptan sin esfuerzo las concepciones de los demás pueblos; hacen de ellas su estudio, su placer y su provecho. Es su pasión traducir y asimilarse todo.

Los franceses, por el contrario, se han mostrado mucho más lentos en hacer justicia á los méritos intelectuales de sus rivales, y especialmente en lo que concierne á las lenguas y á las escuelas germánicas. Antes de que Mme. de Stael hu-

biera prestado á sus compatriotas el servicio inestimable de revelarles Alemania en la fase más brillante de su poderoso y súbito desenvolvimiento, se hallaban críticos que pusieron seriamente en duda si un hombre de ingenio podía hablar alemán. Una injusticia tan superficial como burda hacía considerar á esta raza de pensadores como los «mozos de cuerda de la literatura», porque entre ellos se encuentra la cantidad más considerable de trabajos críticos y eruditos. ¿No era nada, sin embargo, su perseverancia incansable, sus investigaciones de las nociones exactas, sin otro fin de realización, muchas veces, que el amor desinteresado á la verdad, y su poder muy desarrollado de combinación, sus conocimientos profundos?

La crítica histórica y científica, como la han entendido los Wolf, los Niebuhr y los Mommsen, ha sido la gloria, y durante largo tiempo, casi el monopolio de Alemania. Como demostraba Ernesto Renan, es preciso confesar que, aparte ilustres excepciones, el gran modo de entender la ciencia en sus relaciones con la filosofía, la estética y la religión, no es precisamente producto del espíritu francés; que la filosofía no ha sido con demasiada frecuencia en Francia más que una especie de escolástica abstracta, que se aisla del conocimiento de los hechos y de la historia; la erudición, un pasatiempo para los ociosos; la religión, un dogma aceptado según la fe de la Iglesia y de que la conciencia individual no tiene que ocuparse. La unidad de la vida superior del hombre, el valor religioso de la necesidad que le impulsa á escudriñar el secreto de las cosas, han sido, en general, mucho mejor comprendidos, con bastante más frecuencia ahondados, en Alemania que en Francia. Alemania, decimos, no es sólo el suelo clásico de la historia de todos los géneros; es el terreno por excelencia de la abstracción filosófica. Se ha podido decir de ella, antes de que el frenesí de las grandezas militares no hubiera comprimido sus impulsos idealistas, que era la India en Europa, vasta, vaga, flotante y fecunda como su dios, el Proteo del panteismo.

Es verdad que ciertos autores alemanes del siglo XIX, entre otros Luis Knappe, deseosos de establecer que el sentimiento de lo real no es más extraño que la abstracción pura al espíritu de su país, han querido disputarle el título de pueblo filósofo. Pero este ensayo de reacción contra el idealismo excesivo de su genio, no podría hacer vacilar el juicio, motivado por superabundantes pruebas, si se reflexiona, que Alemania sola ha producido quizás, en un espacio de tiempo muy corto, tantas concepciones metafísicas y teológicas, como todos los pueblos reunidos. A tantos nombres: Leibnitz, Kant, Fichte, Schelling, Hégel, Jacobi, Fries, Herbart, Solger, Max Stirner, Feuerbach, Schopenhauer, Krieg y cien otros, tantos sistemas. Si es verdad que el sistema de Descartes sirvió de base primera á la filosofía de Leibnitz, ¡con qué largueza este nuevo Aristóteles no devolvió, centuplicándolo, lo que había recibido! Resume en sí la ciencia completa del siglo XVII, y las semillas fecundas que se escaparon de su mano han fertilizado las ramas más diversas del saber, nutriendo y alentando progresivamente todos los conocimientos. La sola obra de Kant, tan abstracta de razonamiento y de estilo, ha dado margen á tres ó cuatro mil comentarios. Y la de Schelling, ó de Hégel, ó de Schopenhauer, agitó con su aliento el espíritu de todos los pensadores. Verdaderamente, Alemania ha producido y consumido una cantidad prodigiosa de ideas. Sus descubridores de lo infinito han penetrado en el fondo de las cuestiones más abstrusas y cernídose en las alturas más vertiginosas. Infatigables constructores de pensamientos, no hay cima alguna, la más velada de nubes, que no hayan intentado alcanzar ó pasar. Luego el rasgo fundamental de la nación alemana ha sido el espíritu de especulación y de meditación. Así se ha afirmado, al menos, hasta el día en que el despertar de los instintos bélicos la ha impulsado á buscar fuera de estos tranquilos é impalpables dominios, compensaciones menos inmateriales á las tristezas y desencantos de su historia.

Es indiscutible que los sabios alemanes, considerados

en conjunto, son los hombres más instruídos y más reflexivos de Europa. En ellos son casi inseparables la sagacidad filosófica y la extensión de los conocimientos. Mantienen el primer rango en la ciencia de los signos del espíritu humano. La patria de Bopp, de Humboldt, de Lassen, de los hermanos Grimm, los fundadores de la filosofía comparada, y de Federico Diez, el maestro de los estudios románicos, ha sido, por excelencia, el seminario del orientalismo. Se ha hecho esta curiosa observación: que si se colocara de un lado á todos los orientalistas de la Alemania moderna, y de otro á todos los del resto de Europa, añadiendo á ellos los de la India inglesa y los Estados Unidos, todavía del lado de Alemania estarían las grandes masas. A decir verdad, Francia contemporánea no se ha dejado adelantar por Alemania en el movimiento de investigación oriental que ha agitado particularmente á la Europa sabia. Sus misioneros visitaron, en primer término, el Celeste Imperio. Los primeros ejemplares conocidos de los libros de Zoroastro fueron obtenidos por Anquetil-Duperron, con peligro de su vida. En el primer tercio del siglo XIX, el estudio de las lenguas semíticas tenía su centro en París con Silvestre de Sacy y Quatremère, en tanto que Abel do Rémusat organizaba verdaderamente el núcleo de los estudios comparados de filología turca por sus investigaciones sobre las lenguas tártaras, ó que, con sus trabajos sobre el budismo, daba la clave de un vasto mundo diferente del resto del universo. Champollion y Burnouf han sido más que sabios, filólogos de genio, reveladores. De Francia han salido los descubrimientos decisivos que han constituído el orientalismo moderno (1). Las grandes civili-

(1) El desarrollo considerable que ha tomado el orientalismo en Alemania ha quitado á Francia su superioridad del primer momento; pero hay una rama enteramente nueva de estos estudios, ha observado James Darmesteter, de que ésta habrá sido iniciadora: la epigrafía semítica. El mismo erudito hace observar además, que fué un francés, el farmacéutico Arnaud,

zaciones antiguas de Persia, de la India, del Egipto, de la Asiria, luego del Cambodge (1), han comenzado á ser explicadas al mundo por franceses; y si es verdad que la patria de Kalidasa fué descubierta por el inglés Jones (2) y Colebrooke, no lo es menos que en la obra de restauración es el francés Burnouf el que ha dejado la impresión más profunda. Alemania no vence, pues, en absoluto, en la esfera de la ciencia oriental, por la importancia de las revelaciones, sino por el número de los trabajos, la perseverancia de las investigaciones, la paciencia y la solidez de los análisis. Con su amor al trabajo, unido á una comprensión muy sana de la necesidad de especializar los estudios para profundizarlos más, sus sabios son los descubridores por excelencia de la filología (3). Confrontadores infatigables de manuscritos ó de papiros, se les ve sin cesar desplegar la más valiente abnegación para llegar lenta, seguramente, en espacios bien circunscritos, á resultados poco gloriosos en apariencia, pero útiles á los demás y sugestivos, tales como la determinación de una fecha, la labor de descifrar un texto, la lectura de un ideograma asirio, la resolución de un problema epigráfico. Del nú-

---

quien descubrió en el Yémen (1843) la vasta civilización himiarita, que no había dejado más que un recuerdo legendario: la reina de Saba.

(1) En 1860, un francés, cuyo nombre es apenas conocido en Francia por algunos eruditos, y que es, sin embargo, de la raza de los Anquetil y los Mariette, descubrió en el Cambodge las ruinas de una civilización desaparecida, cuyos restos son tan grandiosos como los de Assur y el Egipto. Su nombre es Henri Mouchot. (James Darmesteter, *Etudes sur l'Orient.*)

(2) El célebre orientalista inglés William Jones, revelador de *Sacuntala*—la perla del teatro sanscrito—poeta, al mismo tiempo que sabio, dotado de una hermosa imaginación, de una curiosidad infinita, ha sido uno de los primeros en lanzar fértiles semillas al campo de los estudios asiáticos.

(3) Véase *L'histoire de la linguistique et de la philologie orientale en Allemagne,* depuis le commencement du XIX siècle, par Th. Benfey; Munich, 1869, in-8.°

mero de los descubrimientos que obtienen uno á uno entre los expedientes abiertos á su afán de saber, resulta, finalmente, la grandeza de sus servicios. Muchas veces sacrifican á la investigación del pormenor (el detalle infinito, sin el cual nuestros conocimientos son siempre superficiales ó imperfectos), las generalizaciones demasiado seductoras; y se sienten harto felices, bastante recompensados de sus esfuerzos si han hecho brotar, al menos de algún modesto filón, luces inesperadas (1), capaces de iluminar amplios conjuntos, ó de ayudar algún día á formar la síntesis definitiva. ¿Pues qué no es así, por la fusión de las obras, por la aproximación de las inteligencias, como las tareas respectivas se hacen solidarias, como los estudios dispersos se agrupan, se completan, y centralizándose llegan á la unidad?

Ninguna nación, sin embargo, ha poseído en grado tan eminente como el pueblo alemán la facultad de descubrir los conceptos generales, de reunir en una noción capital todas las partes dispersas de un asunto, de percibir claramente las causas originales de la formación de las lenguas, de las ideas, de las religiones. Por esta facultad esencialmente filosófica, aplicándose á todos los órdenes de conocimientos, los alemanes han vivificado los estudios más áridos en apariencia y más abstractos (2).

---

(1) Así se ha visto, hace algunos años, una de las más vivas é importantes discusiones de la exégesis bíblica (á propósito de un párrafo de Isaías, LIII), versar únicamente sobre el empleo de un pronombre.

(2) Inferior á Alemania por las obras de alta crítica y de severo análisis, Francia, sin embargo, vuelve á tener ventaja en los trabajos de un método exacto y sobrio, en que las cualidades del sabio y las del hombre de gusto se funden en armónica proporción. Digamos de paso que las ciencias matemáticas son también una de las mejores partes de su patrimonio. Es honra de Francia haber producido, más que ninguna otra nación, esos genios sutiles y potentes, capaces de abarcar el conjunto de las verdades que constituyen las leyes de los números y de la extensión.

Finalmente, los alemanes fueron los creadores y han quedado como los maestros de la gramática comparada. Han conservado este monopolio mucho tiempo, haciendo de cada una de las ramas que la componen otras tantas ciencias especiales enteramente organizadas, plenamente activas. En su escuela los pueblos de lengua romana y céltica han tenido que aprender la historia de sus idiomas; y cuando la filología comparada pudo pasar de las orillas del Rin para establecerse también en Francia, fué llevada por los discípulos de Bopp y de Diez. Gracias á una admirable organización de la enseñanza superior y de las universidades; gracias á las simpatías de un público extenso, bastante instruído, bastante justo para reconocer que en la vida intelectual de una nación, las ciencias históricas tienen tanto valor como las llamadas exactas, Alemania ha llegado á ser, para los estudios elevados, el primer laboratorio de Europa.

***

Emerson señala en algún sitio como uno de los rasgos característicos del espíritu inglés, el *materialismo mental*, es decir, la imposibilidad de pensar ó de razonar sin apoyarse en un hecho preciso ó en una imagen. ¡En cuánto un Wordsworth, por ejemplo, no es opuesto á un Lamartine, aquel de nuestros románticos que más se le parece! La seguridad del buen sentido es el signo en que se reconoce primeramente el genio británico, aun cuando sea enteramente lírico ó personal, aun cuando se revele enteramente inpregnado del sentimiento profundo de la naturaleza. En cambio, pecaría más bien por la falta de ideas generales y la elevación de miras, en las cuestiones teóricas. Graves historiadores han demostrado que en todo, principalmente en las ciencias políticas, la doctrina pura, la filosofía, han prosperado mucho más en el continente que en Inglaterra. La lógica y la moral—sobre todo la moral—han obtenido allí éxitos mejores. Si los pensadores británicos no se han elevado á la altura especulativa de un Platón ó de un Kant, se reconoce en ellos excelen-

tes moralistas, en cuanto al conocimiento preciso del hombre, al sentimiento exacto de los deberes, á la libre dirección de la voluntad. Han ejercido en este punto un amplio influjo en la historia de la psicología, de las doctrinas morales y sociales. En metafísica aún, su influencia estuvo lejos de permanecer infecunda. Basta recordar, para convencerse de ello, los nombres de Locke, Berkeley, David Hume.

En el respecto de la elocuencia política, del número y la continuidad de los éxitos oratorios, Inglaterra se lleva la palma. En ella, durante dos siglos, ¡cuántos nobles intérpretes han ensalzado el derecho de los pueblos y la dignidad del individuo! La majestad del Parlamento británico corre parejas con la del Pnyx de Atenas ó el Foro romano. Es el templo de la historia y de la ley, la tribuna siempre abierta de la elocuencia y de la libertad. Las causas más nobles que la palabra pública haya tenido que sostener se han debatido entre sus muros. Burke y Pitt defendieron allí la de la humanidad contra los excesos de la Revolución. La de la abolición de la esclavitud fué allí ganada por la intrépida virtud de Wilberforce. Sobre la suerte de la desgraciada Irlanda, esa conmovedora y perpetua víctima de la razón de Estado, resonaron los acentos ardientes de O'Connell, de Shiel, de Parnell y de Gladstone. Allí fué defendida victoriosamente la causa del obrero y del pobre contra la acción abrumadora de la gran propiedad, por el varonil buen sentido de Peel.

Finalmente, de un modo general y desde el punto de vista de la inspiración poética en particular, no es posible negar á los ingleses fuerza en sus pensamientos, energía en sus expresiones, fecundidad y variedad en el fondo y en el plan de sus obras.

***

El espíritu italiano se atribuye á sí mismo, como inclinación fundamental, la tendencia innata á la contemplación del mundo sensible, una predisposición que tiene por la naturaleza y el clima á una especie de sensualismo instintivo.

Posee, además, las cualidades de flexibilidad, de elasticidad, de extensión; no se le reconoce á título igual las aptitudes para la claridad, la clasificación ordenada, la lógica, que serían más bien las dotes superiores del espíritu francés. De ordinario estamos bastante tentados á creer que Italia está formada á semejanza intelectual de Francia, y recíprocamente, en razón de la vecindad de las dos naciones y de sus antiguos cambios literarios (1). En realidad, estas «naciones hermanas» no se asemejan en nada, ó casi nada. La movilidad del pensamiento italiano, su facilidad prodigiosa para moverse de uno á otro extremo sin preparación previa, desconcierta la marcha metódica del pensamiento francés. La primera tiene más recursos quizás; la segunda, por marchar con más lentitud, lo hace con mayor seguridad.

Se ha comparado el espíritu italiano á un volcán, que no tiene fuerza más que hirviente; lanzará hacia el cielo columnas de fuego, y el espectáculo será grandioso; pero que se enfríe el aliento: no quedará más que un amontonamiento caótico de azufre, de lava, de ceniza y pedruscos. El espíritu italiano lleva el aliento, el entusiasmo hasta á las obras de cálculo, de pura especulación. En frío, su vigor se pierde, y su razón se debilita; no es él sino cuando se manifiesta bajo el imperio de la pasión. Consiguientemente, se niega muchas veces á la deducción racional, y por lo tanto, le faltan entonces el orden, el encadenamiento, la precisión de las ideas. Lo cual nada tiene de absoluto, sin embargo, porque no sería posible negarle sin error ni injusticia la tendencia á la observación, á la comparación, que notábamos hace un momento, y el sentido rápido de lo útil y de lo real. El italiano, decía un filósofo moderno (2), es un positivista artista, y esto constituye la originalidad de su genio nacional.

Ni los filósofos ni los sabios faltan en Italia. Muchas ve-

(1) Véase E. Arnould, *Influence exercée par la littérature italienne sur la littérature française*, 1.ª parte, cap. IV.

(2) Alfredo Fouillée.

ces la reflexión seria, la meditación sostenida, son las cualidades menos ambicionadas por los escritores. Se ve á los más hábiles de entre ellos descuidar como de intento el conjunto por el pormenor, lo necesario por lo agradable, el plan del libro por los adornos del tema, y esforzarse sobre todo, no para conmover ó convencer, sino para esparcir sus pensamientos en fantasía y su estilo en chispas (1). El genio de Italia, en suma, arrastra y seduce; es brillante, pero superficial, como el carácter de su pueblo. Salvo sobresalientes excepciones, la naturaleza habrá escapado muchas veces á su mirada en lo que tiene de profundo; y no ha conocido lo bastante al hombre en lo que tiene de íntimo y verdadero.

***

La literatura española tiene su profunda originalidad. Sus poesías son brillantes en imágenes; respiran el heroismo y la exaltación del espíritu; tienden á la acción y á los grandes sacrificios por la religión y la patria. Esta literatura, en cambio, tiene graves defectos y grandes vacíos. Los autores, largo tiempo amedrentados por las mazmorras de la Inquisición, embarazados por las tendencias exclusivas del espíritu nacional, se han condenado ellos mismos á eternas repeticiones. Los anacronismos y la falta de color local, tan echados en cara al teatro francés del XVII, son defectos no más que veniales junto á los de los españoles. Demasiado ensalzados por Schlegel y la escuela romántica, Lope y Calderón están lejos de haber igualado á Shakespeare. El drama, al otro lado de los Pirineos, es enteramente español. Se muestra raras veces filosófico y humano. Los hábitos de la imaginación meridional rechazan en algún modo la meditación (2). Así se ha observado que España posee grandes com-

---

(1) Id., *ibid.*

(2) Asimismo en la literatura portuguesa, donde habría que señalar una emocionabilidad de temperamento tan particular, se reconoce una incapacidad filosófica casi completa.

piladores más bien que grandes historiadores, y que del lado de las ciencias, no ha conservado superioridad alguna sino en aquellas en que la imaginación de los eruditos puede todavía espaciarse; como en la arqueología y la economía política, tan propicias á la ilusión, y que por esto se acercan también á la novela. De un modo general, la razón ha padecido mucho por las preferencias concedidas al lirismo y á la fantasía. Finalmente, debe hacerse observar que el sentimiento de las bellezas naturales y de los placeres sencillos de la familia, ha faltado casi totalmente en la literatura española, hasta el advenimiento de los últimos novelistas contemporáneos (1).

***

Un sentimiento vivo de la historia correspondiendo al amor profundo de la raza, una extraordinaria flexibilidad de la imaginación para impresionarse con formas de ideas ó de sensaciones alternativamente las más fugaces ó las más intensas, un poder de receptividad casi sin límites, he aquí, ahora, los rasgos esenciales del genio eslavo. Importa añadir el carácter predominante de su mentalidad, la preocupación constante y superior de la cuestión moral. Desde el último al más grande, cada ser pensante, personaje ficticio ó tipo real, se muestra de modo semejante afanoso por el problema altruista: el papel del individuo con respecto á la humanidad. ¿Qué debe primero á los de su aldea, de su ciudad, de su raza, y más allá de su país, al resto del mundo, donde palpitan las mismas alegrías, donde vibran las mismas angustias? Publicistas, críticos, observadores atentos del alma eslava, lo han notado en diferentes ocasiones: ninguna lite-

(1) Sería impropio en este sitio amenguar lo que dice el autor de Francia, ó negar ó corregir lo que asegura de España. En todo caso, y aun pareciendo justo, siempre supondría que se incurre en ese espíritu de exaltación patriótica, que él señala, y que es inconciliable con la crítica serena. (*N. del T.*)

ratura lleva como la rusa este sello de tal tendencia soberana, al cual se reducen todas las concepciones individuales, novelescas, sociales ó políticas. Si Rusia no ha producido un gran filósofo (1), un metafísico sublime, ha revelado á la admiración universal, en las continuaciones del razonamiento y del dolor en que se complacen sus novelistas, sus dramaturgos, creadores de vida de una infinita complejidad sentimental. Los Tolstoï y los Dostoiewski, habrán impulsado profundamente y llevado todo lo lejos posible el análisis patético de las menores vibraciones de la naturaleza física y de la moral.

Podrían extenderse mucho más estas comparaciones entre las razas intelectuales, y esta especie de estudio analítico de las diferencias de espíritu y de facultades que acusan los caracteres de sus literaturas. Pero el cuadro es inmenso, el asunto difícil, y demasiado restringidas nuestras fuerzas. Hay que limitarse y terminar.

VII

Alternativas y reacciones de influjos.

Como hemos mostrado anteriormente, no hay casi nación que no haya creído tener su puesto marcado de antemano, sus aptitudes distintivas, en una palabra, su sello de origen, sin que del hecho de estas predisposiciones de raza ó de clima haya resultado para ninguna un motivo de preeminencia decidida.

Italia se alabará de poseer la vena poética y artística; á Francia parece justo atribuirse la iniciativa de las grandes teorías y la palma del buen gusto; á Inglaterra asignarse el

(1) Podría hacerse una excepción en favor del idealista contemporáneo Soloviev, que ha tenido mucho influjo y autoridad. Se había formado una concepción metafísica y moral tomada en parte de Schelling, en parte de Jacobo Bœhme, de Swedenborg, de los Padres de la Iglesia y de los neo-platónicos.

dominio del recto sentido y de las realizaciones prácticas. Alemania hará valer el don que tiene por excelencia de las investigaciones profundas, de las comparaciones ingeniosas y las sabias deducciones. Holanda, verdadera patria de los filósofos, reclamará sus títulos al imperio de la razón; bien legítimamente los compatriotas de Grocio y de Spinosa objetarán que si la naturaleza les ha negado la finura de los franceses, la penetración de los ingleses y la viveza de los italianos, les ha indemnizado ampliamente otorgándoles la razón misma, justa, previsora y equitativa, que les guía en sus actos como en sus escritos. Con justo título podrán añadir que es el país de Europa en que se observa la mayor difusión de la instrucción popular, y que enteramente fiel como ha seguido siendo á su carácter de raza, enteramente unida como se muestra á sus instituciones, á las tradiciones de su fe, á la independencia de su suelo, su espíritu generalizador se pliega mejor que otro alguno al cosmopolitismo de las ideas. El gusto inglés prevalece en Rotterdam. Amsterdam es una ciudad alemana. Y con su naturaleza flemática, el genio holandés atempera, reuniéndolas en una misma síntesis, las buenas cualidades y los defectos de las tres grandes naciones vecinas (1).

---

(1) Una observación, sin embargo. Holanda ha exportado á todas partes los resultados de su actividad científica y comercial. No ha ocurrido lo mismo con su expansión literaria, en comparación, muy reducida. A despecho de una producción muy abundante, el país de Vondel, de Bilderdijk, de Jacobo van Lennep, de Multatuli, no ha visto aclimatarse fuera los mejores frutos de la labor de sus poetas, de sus novelistas, de sus historiadores; salvo algunos raros ecos que han llegado á repetirse al otro lado de las fronteras, sus creaciones han quedado confinadas en el campo restringido de la patria. Ninguno de sus libros ha llegado á ser verdaderamente europeo. (Hablo de las obras de imaginación; porque pocos genios fueron más universales que Erasmo y Grocio, por ejemplo.) Esta especie de aislamiento, se atribuye á lo que de ingrato y dificultoso tiene el idioma, al defecto habitual de los escritores: la prolijidad,

Todo pueblo recibe en la cuna, lo mismo que todo individuo, su instinto y su genio. Todo pueblo ha manifestado el sentimiento más ó menos ambicioso de una función que cumplir, nacional é internacional. No fueron solamente los hebreos quienes se juzgaron elegidos para transformar el mundo y darle su dirección mesiánica: Grecia se consideraba la educadora de la humanidad, encargada de destilarle el jugo de las artes y de las ciencias; el Oriente glorificaba su incomparable antigüedad, origen de las razas: «Atenienses, no sois más que niños», decía á Solón un sacerdote de Sais. ¡Con cuánta más autoridad el sacerdote de Brahma podría dirigir á la Europa moderna la misma advertencia! El pueblo romano se calificó, sin reserva de examen ni de participación, *el pueblo rey*. Invadido por los bárbaros, no había todavía abdicado su soberanía, y cuando después del derrumbamiento del Imperio, hubo finalmente de abandonar su larga dominación temporal, hizo, con el establecimiento del Papado, servir el catolicismo para su dominación espiritual sobre el universo. La nación inglesa se ha adjudicado el privilegio, que quería hacer exclusivo, de conquistar los mares y colonizar las tierras lejanas. América presenta sus vastos Estados como el teatro en que debe desplegarse el florecimiento y realizarse el desarrollo de todas las libertades, en todas las direcciones de la vida especulativa y práctica. Cada día, las páginas de sus escritores, los discursos ardientes de sus hombres de Estado, excitan á sus habitantes á vivir con «intensidad» (1), porque han llegado al más alto grado de cultura y forman la

---

que les inculca, por decirlo así, el afán minucioso de lo exacto y perfecto á la naturaleza del genio natal, en que el sentimiento innato de lo positivo, el gusto preponderante de las ideas prácticas, limita necesariamente el impulso de la fantasía; y finalmente, al espíritu de secta religiosa, que ha encadenado en un círculo estrecho inteligencias capaces de moverse en un escenario más vasto.

(1) Véase *La vie intense*, por el presidente T. Roosevelt, traducción francesa de Izoulet, 1903.

nación más grande del mundo. Casi no hay americano, ha dicho un filósofo, que no tenga ante su espíritu, en forma clara ó confusa, este ideal de individualismo ilimitado y de expansión indefinida. En cuanto á Alemania, nunca ha creído más firmemente que hoy en su misión científica y política, de igual modo que creía, en tiempo de Lutero, en su misión reformadora y religiosa. Antes de que hubiera recogido la corona imperial por la ley de la espada, se atribuía la hegemonía intelectual; se coronaba en sus sabios, sus eruditos, sus filósofos. Finalmente, la Francia contemporánea, aun cuando debilitada y desmembrada, estrechada por todas partes entre competencias rivales, reivindica en primer lugar el honor de sus ideas, de su moral, de su literatura, de su arte, de la radiación cosmopolita de su influjo.

A decir verdad—y no podemos menos de repetirlo,—no hay ejemplo de ninguna dictadura absoluta y definitiva. Bastantes civilizaciones antes brillantes, ahora extinguidas, han descendido gradualmente la escala de su esplendor, ó han sido precipitadas por una brusca decadencia. Alternativamente Atenas, Roma, Alejandría, Bizancio, Bagdad, la Italia de León X, la España de Carlos V, han podido calcular su lenta desaparición de la escena del mundo (1). Esto en cuanto á las lecciones aprendidas del pasado. En cuanto al porvenir, ¿cómo predeterminar sus revueltas misteriosas? Maestras ó discípulas, soberanas ó tributarias, de tal modo han reobrado las literaturas unas sobre otras, tan confusamente han cambiado sus préstamos recíprocos y cruzado en sentidos tan diversos las corrientes de sus ideas, que llega á ser singularmente difícil pretender fijar con acierto la parte

---

(1) «¿Dónde están,—exclamaba Volney cuando, sentado sobre una columna caída, contemplaba el viajero las ruinas de Balbeck, á la luz moribunda del crepúsculo,—dónde están los lugares en que se levantó en otro tiempo Palmira; dónde están las fortalezas de Nínive, los muros de Babilonia, los palacios de Persépolis, los templos de Balbeck y de Jerusalén?»

de originalidad real que propiamente les corresponde y hacerles una cuenta exacta, del todo equitativa, en el gran libro de la historia. Sus dependencias mutuas se acusan incesantemente. Habría para llenar volúmenes con la inagotable colección de las cosas tomadas de unos autores por otros, entre las naciones, comenzando por los griegos, que tenían tan ancha la conciencia en materia de imitación (1).

VIII

Lo que se deduce de tantas imitaciones recíprocas.

Querer recoger la historia de las literaturas y notar detalladamente lo que se deben unas á otras, sería emprender una tarea interminable. Si dirigimos una rápida ojeada á las civilizaciones orientales, vemos que las fábulas indias han alimentado al mundo con una multitud de cuentos y de cantos populares continuamente trasformados en el camino (2). Y si nos remontamos más alto, si de allí extendemos la vista al dominio completo del arte, observamos que los fenicios, los heteos, los persas, han tomado casi todo del Egipto y de la Asiria. Sobre el fondo helénico han vivido todos los pueblos. El completo desarrollo intelectual de Roma en sus diversos períodos se ha realizado bajo el influjo de un principio exclusivo: la imitación de Grecia. Según las expresiones de La Motte, Fedro quiso ser el Esopo de los latinos, como

---

(1) Los plagios eran tan frecuentes entre ellos, que ciertos autores, como Aristófanes el Gramático y Filostrates de Alejandría, tomaron como ocupación seria el anotarlos.

(2) Véase la magistral introducción del sabio indianista Th. Benfey al *Pantchatantra* (5 libros de fábulas indias, Leipzig, 1859, 2 vol. en 8.º), un curioso estudio de Gaston Paris sobre los *Contes orientaux dans la littérature du moyen âge* (*Revue politique et littéraire*, 2 de Abril de 1875) y diferentes disertaciones sobre el particular de Wieber en Alemania, de Max Müller en Inglaterra, de Dozy en Holanda, de Milá y Fontanals en España, de Comparetti en Italia.

Virgilio quiso ser su Homero, Terencio el Menandro y Horacio el Píndaro. No se ha visto más que un solo género, la sátira, en que los romanos hayan sido ellos mismos sus propios modelos. En la Edad Media la canción de gesta francesa (campo común en que juglares y trovadores tomaban á porfía) bastó casi para sostener la fantasía de los europeos, desde los islandeses hasta los griegos de Constantinopla. Durante un largo espacio de tiempo, la multitud de los poetas, aun los mejores, tales como Petrarca, Cristino de Pisano, Chaucer, Clemente Marot, vivieron de las invenciones del *Roman de la Rose*, en tanto que los autores de trovas tomaban sin atormentarse, de las leyendas orientales extendidas por los árabes y los judíos. Y cuando se cita, en el Mediodía, á los trovadores, es para recordar que no trasmitieron solamente asuntos ó formas rítmicas á la poesía de España, y sobre todo de Italia, sino como antes hemos expresado, el aliento mismo. Hasta el día en que á su vez tomó la iniciativa, Italia, en efecto, no ha hecho más que vivir de las poesías provenzales y francesas, que tuvieron el don de encantar á la Europa feudal.

En la época del Renacimiento, se imitó servilmente á los antiguos. Se imaginó que ellos lo habían hecho todo y que casi no quedaba más que copiarlos. Ronsard, Baïf, Joaquín du Bellay y otros rimadores de la Pléyade, luego Bertaut y Desportes, se sometieron estrechamente á la disciplina del humanismo italiano (1). España, que proporcionó tantos asuntos á los demás pueblos de la latinidad, vió de pronto, en la época de Luis XIV, cesar su influjo literario al mismo tiempo que su influjo político. Vino á ser el copista sumiso

(1) Se ha podido distinguir á través de los sonetos amorosos de Joaquín du Bellay toda especie de textos tomados de los humanistas de Florencia, de Ferrara, de Padua, de Bolonia ó de Nápoles. Véanse las comparaciones ingeniosas de M. Henri Hauvette, en una importante obra sobre el poeta florentino Luigi Alamanni. (*Un exilé florentin á la cour de France, au seizième siècle*. 1 vol. en 8.° XIX-583 págs., 1903.)

de sus antiguos imitadores; su teatro no ofreció más que traducciones. En cuanto á la literatura inglesa, se ha podido decir que comprende dos escuelas: la una francamente anglo-sajona, muy original, toda instinto é inspiración; la otra, nacida al influjo de los maestros franceses del siglo XVIII, más trabajada, más fría, poco viva, pero prudente y de hermosa presencia, como los modelos en que se ha inspirado, anglo-francesa de algún modo. No estaríamos muy lejos de la verdad, observa Nisard, anticipando que los sucesores de Pope y de Dryden no hicieron inmediatamente más que reflejar el siglo XVIII francés, ya en su ideal del hombre según la filosofía, ya en sus utopias del hombre según la naturaleza. Finalmente, hasta en las cercanías del siglo XIX, las letras alemanas, eslavas y escandinavas se muestran enteramente llenas de falsificaciones especiosas. Los rusos, particularmente, han dejado sospechar durante largo tiempo que poseían todas las potencias del espíritu, excepto la principal, la inventiva. «Entre las grandes literaturas europeas, ha escrito Fernando Brunetière, se verifica, desde hace trescientos ó cuatrocientos años, como un perpetuo comercio de ideas: se diría que, bajo influjos diversos y sucesivamente trasladados de España ó de Italia, por ejemplo, á Francia, de Francia á Inglaterra, de Inglaterra á Francia, y más cerca todavía de nosotros, de Inglaterra á Alemania y de Alemania á Francia, se han operado las transformaciones de una misma materia ductil de algún modo, y capaz de recibir del genio propio de cada pueblo, una infinita diversidad de sellos característicos, de impresiones y de formas.»

IX

Concentración universal de las ideas.—¿Hay en esto una marcha progresiva continua?

Más ó menos distintas en orígenes y caracteres, ó más ó menos mezcladas, estas literaturas se funden definitivamente en el seno de la unidad. La Europa moderna, por no decir

también la mayor parte de la humanidad, quiere ser considerada como un organismo muy complejo, cuya síntesis no es ya, al modo como aparecía entre los griegos y los romanos, la expresión de un tipo consagrado, lleno á la vez de grandeza y de sencillez, sino el resultado de una cierta armonía entre una multitud de elementos diseminados. El alma, la vida de este todo, no deberá ser buscada en tal ó cual parte preponderante, sino en la disposición mutua ó en el profundo engranaje de las porciones que la componen.

En las condiciones de aproximación universal que hacen hoy de las naciones organizadas como un solo cuerpo de humanidad consciente de su existencia colectiva, á través de tantos contactos y choques, de idas y vueltas, *itus reditusque,* estas semejanzas no podrán menos de acusarse cada vez más en provecho de la vida práctica, quizás, pero ciertamente en perjuicio de la ley fundamental de originalidad, que es la esencia del arte de un pueblo, y de su literatura.

En otro tiempo, decíamos, las diferentes zonas intelectuales tenían su cultivo y su vegetación especiales, casi reservadas, y sus divisiones se correspondían con las de la naturaleza. Ahora que el hombre ha extendido tan prodigiosamente su poder en el espacio y en el tiempo, que las fronteras de un país no son más que demarcaciones aduaneras, separaciones ficticias, y que el Océano une por el comercio y por las ideas á todos los pueblos dispersos en la superficie de la tierra, estas distinciones se confunden terriblemente. Las individualidades nacionales se alteran. Empujadas en todos sentidos por una actividad de circulación irresistible, las olas movibles del pensamiento moderno entierran los caracteres primitivos de las razas.

«Todo es sorprendente, ha dicho uno de los príncipes de la elocuencia, si sólo se consideran las causas particulares; sin embargo, todo avanza en serie regular.» Si la necesidad de comprender ésta es la razón de ser de la historia universal, con aplicación al mundo moral tanto como al político, debe aspirar á dar el sentido é indicar la dirección de este

movimiento. Arrastrada en una evolución continua, la humanidad no va ciegamente adelante. Hay, en cada una de sus etapas, transformaciones de circunstancias exteriores que modifican igualmente el carácter de sus ideas y sus acciones; que marcan la lógica de ellas, por decirlo así, constituyen su encadenamiento. En realidad, no siempre habrá marchado de igual modo, «con los ojos siempre vueltos á este Oriente místico de donde salen los siglos jóvenes» (1); ha conocido momentos muy sombríos de convulsiones y de decaimiento; alternativas muy bruscas de feliz abundancia y de larga esterilidad; períodos de ignorancia y de miseria, sucediendo sin transición á otros de prosperidad y de gloria, que sin haber producido, en época alguna, vacío completo ni interrupción absoluta, la han obligado varias veces á detenerse. No ha procedido, como imaginaba Mme. de Staël, por un movimiento en espiral, es decir, volviendo á cada intervalo sobre sí misma, sin retroceder, sin embargo, hasta el último límite de sus pasos retrógrados; ha sufrido más bien crisis sucesivas, cada una de las cuales debía señalar un tiempo de suspensión más ó menos fijo. La tesis de la perfectibilidad indefinida, llevada á sus consecuencias extremas, sería, pues, una pura quimera.

Los antiguos no creían gran cosa en el progreso. Conocidos son los versos tan expresivos de Horacio anunciando á los romanos una irremediable decadencia de las generaciones. Idea pagana, llena de adulación demasiado ventajosa para el presente y de falta de esperanza demasiado injusta para el porvenir. La filosofía moderna ha rechazado esta teoría aminoradora, por impedir la razón al hombre desesperar nunca de sí mismo, de su posteridad ni de su patria. En cambio, no sería menos ilusorio abandonarse sin reservas al optimismo demasiado complaciente que habría de derivarse de la opinión enteramente opuesta, á saber, que el progreso se cumple por una ley irresistible, fatalmente ascendente y

(1) Charles de Mouy.

superior á la intervención de la voluntad, que no se interrumpe jamás, y que los últimos llegados, ricos con la experiencia de los siglos transcurridos, son necesariamente los mejores. Hacer campaña sobre este tema especioso, es atenerse á espejismos de que pueden obtenerse á voluntad las inducciones más contrarias. Científicamente, el hombre no cesa de avanzar; es una verdad vulgar—porque de día en día aumentan sus medios de acción sobre las fuerzas brutas de la naturaleza y de la materia. Las industrias crecen. Los conocimientos se propagan. Las bellas artes se desarrollan moral y espiritualmente. Permaneciendo el cerebro humano siempre idéntico, es cuestión demasiado dudosa el saber si valemos más que nuestros padres, cuyos errores, debilidades, si no los crímenes, se nos ve reproducir, sin aumentar sensiblemente el desarrollo de sus aspiraciones ni aventajarles por un máximo de inteligencia. ¿En qué debería nuestra época ser preferida de un modo franco á las épocas anteriores? La civilización ha caminado á pasos gigantescos. ¿Se ha hecho por ello la vida más larga y más feliz para cada uno?

¿Porque hayamos puesto dique á los mares, desencadenado las fuerzas motoras de los ríos y de los saltos de agua, horadado las montañas, pesado el astro del día, creado nuevos soles para alumbrar nuestras noches, atravesado los abismos del espacio y del tiempo y recorrido con una precisión maravillosa los ciclos de la vida de los astros, sentimos menos dolorosamente que nuestros antepasados lo incierto de nuestra condición, la impenetrabilidad desesperante del misterio que nos rodea? ¿Pensamos, preguntaba Lamartine, con más profundidad que Job, con más razón que Confucio, con más nobleza y poesía que Platón? ¿Nuestros poetas cantan más divinamente que Homero y Virgilio? ¿Hablamos con más elocuencia que un Demóstenes, un Tucídides, un Cicerón?

Si nos referimos á las comparaciones más próximas, si nos tomamos el trabajo de escudriñar atentamente los signos que han acompañado á la desaparición del último siglo, can-

sado de sus trabajos y de su fecundidad, ¿qué acusan, en estos días crepusculares, sino el agotamiento de las fuerzas morales, el escepticismo inquieto y estéril, el vano esfuerzo para reunir los gérmenes dispersos en que se veía la esperanza de los tiempos venideros, y la desilusión general de las inteligencias más confiadas en las cualidades perfectibles de nuestra humanidad? No habría que meditar, acerca de este punto, prolijamente sobre las reflexiones tan melancólicas del gran filósofo inglés Heriberto Spencer, al terminar, en 1902, su larga carrera (con una especie de *ultima verba*) profundamente desesperadas. Después de haber creído tan fervientemente en la victoria definitiva de la verdad en el temible combate entre el error y la ciencia, exclama: «He trabajado en vano, he gastado mis fuerzas para nada». Y mirando lo que tiene á la vista: la cultura forzada é inmoral de los cerebros, los abusos de la prensa, el falso progreso social, el envilecimiento de los caracteres, el desprecio de lo bello, la depravación de las artes, que no tienden más que á seducir, en vez de instruir, el militarismo, restaurando las costumbres bárbaras, «el pseudo-patriotismo, que no es más, dice, que cosa diabólica», el imperialismo suscitando guerras impías, la tendencia general al despotismo del gobierno, de la enseñanza, de la industria, y la indiferencia pesada de las masas—deduce que el mundo vuelve por la barbarie á la esclavitud; confiesa, inclinándose hacia la tumba, que asiste á la caída universal.

Sólo los resultados graduales de las ciencias exactas, así como los de la ciencia histórica, en cuanto proceden de las leyes de la observación comparada y de la crítica positiva, pueden ser considerados como elementos irrecusables de progreso. Gracias principalmente á estas ciencias se modificará lentamente, pero á fondo y de un modo cierto, el estado intelectual de la humanidad. De su radiación se desprenderán á la larga las emanaciones múltiples y confusas que concurren juntas á la elevación moral de los seres. Más rápida, más sensible será su acción, por decirlo así, diaria en el orden

de los hechos positivos, cuya aproximación prepara la fusión de los pueblos, de sus intereses, de sus idiomas, de sus ideas.

Querríamos poder resumir aquí, á grandes rasgos, las miras ideales que han conmovido á los hombres, en todas partes donde el aumento de la inteligencia humana ha hallado su expresión histórica, manifestándose por sucesiones de obras. Sus variaciones anteriores y su fisonomía presente, concretadas en fórmulas breves, nos servirían para inducir sus metamórfosis futuras. Lo que es hoy será otro en lo porvenir, para terminar de modo semejante arrastrado en el torrente de las cosas. Siempre se desplegará esta necesidad de idealizar, que permite al hombre dar al error tanto como á la verdad una vida superior; y su desacuerdo con la naturaleza y sus esfuerzos impotentes para dominarla no tendrán término. Igualmente se reproducirán las perpetuas alternativas de grandeza y debilidad, de subida y bajada, de floración y de agotamiento, que se hallan en todos los períodos de la historia intelectual, es decir, de un extremo á otro de todos estos instantes sucesivos que hemos llamado siglos.

Fuera de estos signos de una observación permanente, ¿qué serán en el horizonte las fases de un desenvolvimiento ulterior, abstracción hecha de las últimas particularidades locales, los últimos vestigios de una originalidad nativa, que por todas partes se agotan y van á desaparecer? Demasiado corto es el alcance de nuestro espíritu para abrazarlos distintamente. Sin embargo, hay algunos hechos de orden político y social que ahora ya permitirían hacer previsiones muy plausibles acerca de las futuras reparticiones de las fuerzas intelectuales. Estos hechos están al alcance de nuestra vista. Se enlazan con hechos generales é inmensos que están en gestación, y cuyos elementos son perceptibles para quien mira bien delante de sí. Se dibujan en el movimiento de atracción que empuja adelante el uno hacia el otro al Oriente y al Occidente. Se les vislumbra también en la extensión no suspendida de algunos idiomas privilegiados, los cuales, por lo vasto de los territorios á que se refieren, están llamados á

una evidente superioridad. Finalmente, se afirman en los progresos de crecimiento de ciertas agrupaciones de nacionalidades, destinadas á aventajar á las demás por su fuerza impulsiva ó por el peso de su masa. Porque abiertamente éstas rivalizan para hacer prevalecer, en un nuevo reparto del globo terrestre, si no su dominación efectiva, al menos la conformidad de sus costumbres, de sus hábitos, de su lenguaje. Las ambiciones ilimitadas del imperialismo inglés, de que ha sido una de las más recientes manifestaciones la inicua guerra del Transvaal, los vigorosos impulsos del pangermanismo, que imprime sus fuerzas todas á la Alemania contemporánea, los movimientos pesados del panslavismo, que hacen oscilar al coloso ruso tan pronto hacia Europa como hacia el Asia, nos atestiguan á diario, la aspereza con que se tienden los esfuerzos de las grandes potencias para asegurar la supremacía en el mundo de su política, de su genio, de su lengua escrita y hablada.

X

Rivalidades de las lenguas y de las literaturas por la extensión de su dominio en el mundo.

Muy desigualmente se reparte la suerte entre las grandes competencias europeas, cuya característica principal es la afirmación extendida todo lo posible de la nacionalidad por el lenguaje. En el respecto de las proporciones numéricas, casi no es dudoso, por ejemplo, que las esferas de acción de las lenguas inglesa y española no lleguen á superar á las de la francesa y alemana, con mayor razón que la italiana, griega, escandinava y otras varias de cantidad relativamente inapreciable.

A la primera hay abiertos espacios ilimitados en las cinco partes del globo, incluso los Estados Unidos, la vasta «Unión», que contará, en un porvenir próximo, con doscientos millones de seres que la hablen, la escriban y la ensoñen.

Se ha esparcido por el mundo entero, se desborda por todas las orillas, al otro lado de los mares (1).

A la segunda pertenecen, á más de un puesto reducido en el *compartimiento* europeo, la isla también populosa de Cuba (recientemente arrebatada á su dominio político), y Méjico, en la América del Norte; á más toda la América del Sur, excepto las Guyanas y el inmenso Brasil, donde nacerán algún día, á la lengua de Camoens, ochenta á cien millones de habitantes. En cuanto á la importancia del cuadro de extensión, no serán ambas comparables sino al coloso chino, de pies débiles, y al coloso ruso en Europa y Asia.

Entre los hechos generales que dominan todos los demás en la historia del siglo XVIII y del XIX, uno de los más graves es el aumento enorme del poderío ruso y el gigantesco desarrollo que han tomado sus destinos. La voz de sus hombres de Estado, amenazando, como Pobiedonostzeff, rusificar al mundo, el influjo de sus escritores, de sus publicistas, deberá mezclarse en lo porvenir á bastantes hechos capitales y decisivos para la evolución de los pueblos europeos. El desarrollo numérico de su población alcanzará, en menos de un siglo, proporciones formidables (2).

El idioma eslavo se impone desde este momento en una

---

(1) Durante la «era victoriana», en sesenta años próximamente, la población colonial blanca sometida á la hegemonía inglesa ha subido de 1.200.000 habitantes á 11, en tanto que la de la madre patria de 26 millones ha llegado á 40. Sin hablar de las Indias, se observa que el Canadá tiene cinco millones de habitantes, Australia un número igual. Cerca de un millón de europeos viven en el Africa inglesa. Se estima que el espacio en el Canadá, en Australia y aun en el Africa del Sur, se presta á la multiplicación de los coloniales hasta centenares de millones, que estarán un día unidos por la lengua y por la civilización.

(2) Se debe observar que estas líneas están escritas antes de los desastres rusos frente al ejército japonés, y de los estallidos revolucionarios en la misma Rusia. (N. del T.)

extensión de territorio igual al menos á la séptima parte del globo.

No es mera conjetura que la lengua francesa pierda tan pronto el rango que le valió, durante una larga serie de siglos, el ascendiente del pensamiento y del genio, y que ha conservado como medio de expresión literaria, artística ó diplomática. Geográficamente, sin hablar de sus anejos antiguos: Bélgica, la Suiza romana, los cantones canadienses, grandes espacios le serán abiertos, además, en la dirección del Sahara y del centro del Africa, en Asia, en la Indo-China. Añadamos que ha conservado el privilegio de una gran difusión en la Europa occidental; que el francés es todavía el principal intérprete del hormiguero humano que se agita y bulle en la cuenca del mar de Mármara y en el Bósforo, y que la enseñanza del francés permanece inscrita en primera línea del programa de estudios en varios países.

Hacia 1880, Alemania no poseía una pulgada de terreno fuera de Europa. Veinte años después, su pabellón flotaba en 2.500.000 kilómetros de territorio, ocupados por 16.000.000 de habitantes, sin contar sus colonias del Brasil y de Palestina. En razón del poder de crecimiento, que no cesa de manifestarse en la población germánica, y por el hecho de estas amplias tentativas de expansión colonial (1), el progre-

(1) Ha lugar de hacer aquí una interesante observación. En el valle del Nilo, la literatura y la civilización árabes, que desde la toma de Córdoba no había lanzado más que raros chispazos en Túnez, en el Cáiro, en Siria, parecen hoy despertar de un largo sueño. Toda una generación inspirada, á la que se enlazan los nombres de Ismael bajá Sabry, Mahmud bajá Samy, El Barudy, Ahmed Bey Chawky, Hefny Bey Nassif, se ha esforzado, no lejos de nosotros, en renovar la poética musulmana. Todavía en el idioma de los Moalakas, bajo la dinastía de Mohamed Alí, habrán celebrado estos modernos los temas constantes de la inspiración oriental: las pasiones del hombre y los grandes efectos de la naturaleza. Se ha observado justamente (*Mercure de France*, X, 1902), que el Egipto, en el momento presente, centraliza casi todo el esfuerzo del pensamiento árabe.

so de la lengua alemana tiene la seguridad de hacerse muy considerable. Todavía parecerá forzosamente limitado si se le compara con las grandes proporciones de las ramas inglesa ó rusa. En cuanto á la lengua italiana, no parece abocada á exceder mucho sus límites actuales.

Habrá en el mundo pérdidas de categoría en bastantes Estados, rupturas de equilibrio capaces de influir más ó menos en las diferentes maneras de interpretación del pensamiento, absorción de numerosos idiomas secundarios por lenguas más expansivas y destinadas á sobrepujarlas pronto ó tarde. No parece, ni aun es de suponer, que los turcos recobren nunca, según la expresión de Littré, el impulso que antes les llevó al pie de las murallas de Viena. Muy por el contrario, es de presumir que los países que hayan compuesto la Turquía europea estarán llamados á ser eslavos ó griegos. Los árabes, cuyo Imperio en la Edad Media se extendía desde Bagdad á los Pirineos, conservarán, á más de las arenas de Arabia, apéndices importantes el Egipto, Siria (aun cuando ya terriblemente influído por los ingleses) (1), Trípoli, ramificaciones serias en Túnez, en Argel, en el Sudán y más allá. No es casi probable, sin embargo, que su civilización llegue á recobrar la antigua preponderancia en la mayor parte de estos medios, en que se ha implantado la conquista europea, donde los progresos crecientes de las potencias occidentales—las que antes se llamaban cristianas—y que hoy se disputan allí el título de principal potencia musulmana.

Persia, después de la multitud de dinastías fundadas sobre las ruinas del califato de Bagdad, no ha vuelto á conocer los tiempos de los Aquemenidas ni los Sapor. Hoy el nudo de los designios antagónicos de Rusia y de Inglaterra, parece presto á estallar entre esta doble opresión, que la comprime, al Norte por la penetración territorial, al Sur por la marítima. Sin desaparecer de la escena del mundo porque posee una

(1) Véase en la antigua *Revue positive* un estudio de Littré, cuyas sólidas consideraciones hemos estudiado muy de cerca.

enorme vitalidad, será, al menos, el campo de batalla de los dos pueblos extranjeros.

Bastantes lenguas de Asia están atacadas de decadencia; bastantes idiomas, imperfectos, que vegetan en otras comarcas de la tierra, últimos restos de las razas autóctonas, cederán á la presión para desaparecer como rudimentos informes, á los que no se enlaza ninguna tradición escrita.

***

En cambio, con la multiplicación de las descendencias inglesa, española, rusa, francesa, alemana, holandesa, la ciencia occidental habrá importado por todas partes sus útiles y sus laboratorios; habrá hecho recorrer al progreso general un camino prodigioso.

Hace ya largos años que las Américas, Australia, rivalizan con armas iguales con el antiguo mundo, y no ocultan para nada su ambición de arrancarle la preeminencia, que debe á la anterioridad de su civilización. Como escribía elocuentemente Villemain, cuando este nuevo mundo inglés de América, que se abre paso y se elabora tan rápidamente, esté poblado como Europa, cuando sus buques de vapor atraviesen el demasiado famoso canal de Panamá, en que tantos millones se habrán absorbido, hasta el momento de que llegue á ser su posesión cosa suya, y acrezca extraordinariamente sus medios de acción ¡qué inmenso espacio no recorrerá la palabra de un Shakespeare! ¡en qué lugares lejanos é ignorados de él no serán leídas sus obras, y en qué teatro no será oído ó imitado su genio! En otro continente, en la península de la India, se aprietan doscientos á trescientos millones de hombres, que la mano dominadora de Inglaterra no podrá siempre retener, y entre los cuales, á despecho de una religión funestamente pasiva, se infiltra sin cesar el saber europeo. Ya en 1871 un periódico de allí, el *Akbar-i-Anjuman-i-Penjáb*, protestaba, en un artículo muy agudo, contra la frase de semi-civilizados aplicada á los indios, y no vacilaba en declarar al Indostán mucho más civilizado que la

China y la misma Persia. Se trazaría un cuadro muy animado de la vida intelectual de la India, en que los idiomas indígenas, conservados en el seno de las escuelas públicas, sirven de vehículo á las costumbres, á las ciencias, á la propaganda moral de Europa. Por la religión, las costumbres, las instituciones, la vida de familia, los indios han permanecido inasimilables á la absorción británica. Pero han salido reformadores de las entrañas de la India, que firmemente, como Malabari mediante sus conferencias y sus libros, han trabajado para acercar el espíritu occidental y el asiático. En el suelo sagrado en que los arios del Supta cantaban epopeyas, formulaban teodiceas y gramáticas, recorrían el ciclo de las filosofías en una época en que nuestras selvas no abrigaban todavía más que bárbaros; en estos climas llenos de magnificencias volverán á correr las fuentes vivas (1).

Basta haber abordado el estudio de las filosofías y de las religiones en el Asia central, para darse fácilmente cuenta de las capacidades de desarrollo intelectual del legendario país del Iran; para descubrir hasta dónde tiene Persia el gusto por las cosas del espíritu; por qué profundas revoluciones religiosas ha sido trastornada desde hace cincuenta años, y todo lo que podría despertar en esta nación una palabra joven y apasionada, como era poco hace la de Bâb.

Se ha presentado mil veces el fenómeno único de la civilización china, llegando, desde su infancia, á un desarrollo extraordinario, anticipándose á Europa en la invención de la imprenta, de la litografía, como en bastantes otros descubrimientos; sacando de su único fondo una literatura enorme; luego, deteniéndose repentinamente, no avanzando más, in-

---

(1) El autor de una curiosa obra inglesa, *Vestiges of civilisation*, llevando hasta la paradoja la idea de esta progresión indefinida, veía el momento en que, desde las orillas del Sena, la alta cultura pasaría á las del Hudson y el Susquehannah, como si la civilización no pudiera, en efecto, desdoblarse, sin cambiar de patria.

movilizándose en el culto de la tradición; cerrándose las puertas del porvenir; repudiando preconcebidamente la ley del progreso, las nociones del derecho, de la unión, de la cooperación y negándose, por principios, á imprimir ningún impulso nuevo á la marcha de las primeras edades. Así ocurrió, efectivamente, á la China, como acabamos de decir, durante series de siglos. Sin embargo, está cercano el momento, si no ha llegado, en que este lugar común de la historia, deje de ser una verdad. A pesar de la obstinación de las resistencias, las ideas y los hábitos del Occidente han concluído por pasar las fronteras del imperio chino. Las ciencias aplicadas, la mecánica, la construcción de máquinas, realizan allí progresos considerables. Bajo la dirección de los maestros ingleses, franceses, alemanes, la enseñanza misma se modifica, sin que los tropiezos de una rutina secular puedan impedir su lenta, pero segura metamórfosis. Un movimiento se dibuja, se acentúa á simple vista, que lleva invenciblemente en dirección al progreso moderno á esta inmensa población, durante tantos días y tantos años envuelta en las ligaduras del pasado. Es fácil descontar, desde este momento, los resultados de la transformación moral, intelectual, que está llamada á recibir, cuando haya sacudido definitivamente sus principios de orden falso, de obediencia ciega, de regularidad mortuoria. Con la enormidad de medios de que dispone, China ocupará ciertamente un lugar considerable, si no aun invasor, en el trabajo de la civilización universal. Por muy inferiores que sean desde el punto de vista del espíritu estos cuatrocientos millones de hombres, que ocupan un territorio continuo (á diferencia del imperio británico, repartido entre Europa, Africa y Australia), no pueden dejar de pesar grandemente en la división de las fuerzas y del equilibrio. Finalmente, en el Extremo Oriente, un ejército de maestros venido de Europa y América, unidos entre sí por la solidaridad de los intereses, han anexionado una nación de cuarenta millones de hombres á una civilización nueva. Los japoneses, desde que aplican entre ellos, con los mejores re-

sultados, los métodos pedagógicos europeos, no se creen lejos de alcanzar el nivel de la ciencia occidental. La universidad de Tokío no se juzga inferior en importancia á la de París. Una crítica informada del movimiento general de las inteligencias, no duda en modo alguno poder poner en una línea de comparación igual á los escritores más célebres de Europa ó de América y á los poetas, cuentistas, oradores ó ensayistas más reputados (1) del Japón contemporáneo. Este pueblo inteligente é ilustrado, que vemos ahora aspirar á la supremacía comercial y política en los mares del Pacífico, es de los que publican, hemos dicho, el mayor número de libros. Ha quintuplicado esta producción de 1880 á 1900. De día en día el mundo oficial fomenta los estudios, proteje los talentos, desarrolla los recursos de la instrucción. No es

(1) Por ejemplo, se encontrará muy legítimo establecer un paralelo, en cuanto al solo grupo de los ensayistas, muy abundante en el Japón, del ilustre Fukuzawa con el americano Emerson; del original Tagochii Ukichi, preconizador del renacimiento del estilo chino ó chinaizante, con el «filósofo cosmo polita» alemán J.-J. Engel; del estético moralizador Shiga con el inglés Samuel Johnson; del espiritual Fukuchi con el francés Alfonso Karr, y así sucesivamente.

Notamos, sin embargo, que se acusa alguna exageración en estas apreciaciones comparadas ecomiásticas, y que dependen del entusiasmo de la novedad. Si creemos acerca de esto á un buen juez de Yedo, al que no ciega la complacencia nacional, el doctor Inoue Tetsujiro, la literatura japonesa contemporánea dejaría mucho que desear. Los prosistas son numerosos, pero de ordinario medianos. Los grandes pensamientos faltan á los poetas, á pesar de los alientos de inspiración más atrevidos. El arte dramático se confina, como en el pasado, en una exposición de hechos crueles y de escenas melodramáticas. La novela se arrastra en el antiguo molde, aunque se haya hecho más popular que en otro tiempo. Y el crítico japonés anhela para sus compatriotas una cultura general más extensa, y á los escritores de su país un fondo mayor de impresionabilidad humana, un estudio más profundo de la naturaleza. (*Nichi Nichi Shimboum,* 1903, según un agudo análisis de la *Revue des Revues.*)

dudoso para nadie que los japoneses representen, en su esfera y fuera de ella, un centro de acción considerable.

***

Aun cuando se haya sostenido más de una vez que ni en la antigüedad las conquistas de Alejandro, ni en los tiempos modernos los esfuerzos concurrentes de Rusia y de Inglaterra, han llegado á modificar el espíritu oriental (1), esta modificación se produce lentamente, de modo distinto que en el Japón, pero en todas partes es progresiva y cierta. El Oriente y el Occidente, tan largo tiempo separados, se reunen por todas partes. La antinomia secular va á terminar.

Hasta nuestros días la humanidad, decimos, estuvo perpetuamente dividida entre dos formas enemigas y paralelas: el espíritu europeo y el espíritu asiático. La lucha del Occidente contra el Oriente ha comenzado con la civilización, cuyos gérmenes, tantas veces fecundados por el influjo del cielo más hermoso en las llanuras del Asia, fueron otras tantas también arrancados de ella. Y en el siglo v antes de nuestra era, Herodoto reducía toda la historia á una lucha eterna de Europa contra Asia, del heleno contra el bárbaro (2). Con las epopeyas homéricas, se había visto ya dibujarse entre griegos y troyanos los caracteres de este inmortal combate. Después de la caída de Ilion, el espíritu europeo no ha cesado de obrar contra el espíritu oriental, de invadirle y dominarle. Son, en la serie de las edades, Persia humillada, el Asia Menor colonizada, las murallas del Tauro franqueadas como una vana muralla, India invadida, la Bactriana plegada á

(1) Por ejemplo, en un curioso artículo de un publicista inglés, Meredith Towsend, acerca de este tema: *Si verdaderamente Europa ha ejercido un influjo en Asia*, y concluyendo negativamente (*Contemporary*, Febrero 1902).

(2) Así es como tenemos que representarnos particularmente la historia religiosa de los griegos. Fué una lucha sin tregua entre el bárbaro religioso y el heleno filósofo, entre el Asia

la disciplina de los griegos, y los Imperios sometidos al poder de Roma.

Se puede declarar, desde este momento, que el Occidente ha suplantado del todo al Oriente, que le ha arrebatado su derecho de primogenitura, y que á su vez llevará los destinos del género humano. Asia se levanta de nuevo y parece por un momento tornar la revancha con Mitrídates. ¡Corta indecisión de la fortuna, que se termina con el desastre supremo de las guerras pónticas! Bajo Heliogábalo y Constantino un movimiento pasajero hará retroceder dos veces Europa hacia Asia. Es que en estos tiempos antiguos las fuerzas europeas se emplean por entero en la elaboración de los pueblos nuevos, que deben salir de las ruinas del mundo antiguo. La invasión musulmana produjo un retroceso sensible del Occidente cristiano. Entre Carlomagno y las Cruzadas, éste se concentra de nuevo; sale, en fin, de su inmovilidad para no interrumpir más la serie de sus esfuerzos, expulsando á los árabes, emancipando la Provenza y el Languedoc, devolviendo á España su territorio, recobrando Sicilia, Malta, Grecia, las costas italianas, y llevando sin cesar sus ejércitos, sus ideas, sus costumbres, sus lenguas y la superioridad de los sentimientos modernos, hasta los últimos confines del Asia (1).

El Oriente, después de esta larga victoria, ha cedido de día en día al ascendiente de Europa. Revueltas repentinas le rechazan todavía á su pasado. Sacudidas revolucionarias se sienten en accesos de los asiáticos contra sus rivales de siempre. Ayer mismo el audaz desafío guerrero, lanzado por el Japón contra el coloso ruso, atronaba el mundo. Sentía in-

---

crédula y la Europa razonadora. El Asia lanza sin cesar sobre Grecia nuevas religiones. «Como las olas de una marea ascendente, las vemos de siglo en siglo llegar unas detrás de las otras, siempre ganando terreno, á pesar de la resistencia del espíritu helénico. Herodoto no había previsto que la última palabra, durante mucho tiempo al menos, la pronunciaría el Asia. (V. Bérard, *De l'origine des cultes accadiens*, p. 364.)

(1) Filaretes Chasles.

quietud «la patria europea» al advenimiento belicoso de estos pueblos, entrando en batalla con armas iguales, con sus flotas, sus ejércitos, sus cañones, su estrategia semejante. Sin embargo, el humanitarismo occidental ha continuado su conquista intelectual, moral é industrial del universo. A excepción de algunas regiones apartadas en los huecos de las montañas, el Asia oriental forma parte del mundo abierto. Nuestras costumbres entran por fuerza hasta en las comarcas más obstinadamente fijas en sus tradiciones inmemoriales, en sus antiguas fórmulas. Los dos grupos inmensos se tocan; una corriente continua se mueve de pueblo á pueblo por toda la superficie de la tierra, á través de los continentes y los mares. Añadamos que los más largos viajes han llegado á ser un juego para la imaginación; que la unión del Asia oriental con el mundo europeo es, como acabamos de decir, definitiva; que los hechos han dado á Inglaterra mil quinientas á mil seiscientas leguas de fronteras, mezcladas con el Tibet y la China; que Francia se ha cortado nuevamente un vasto imperio en el manto del Asia; que Rusia impulsa con una perseverancia incansable su marcha adelante hasta los límites de la India, y que el Japón y la China, el Japón principalmente, han empezado por sí mismos, con una rapidez imprevista, su anexión al movimiento general de la historia, y se tendrá una idea de lo que se prepara.

«Los pueblos de Europa y de Asia, ha dicho un geógrafo filósofo (1), vivían en otro tiempo como mundos separados; ahora los Estados Unidos de América se han poblado de emigrantes, que han hecho de ellos otra Europa, y entre estas dos Europas, la del antiguo y la del nuevo continente, se halla encerrada la nación china; del Este, del Oeste, le vienen los mismos ejemplos y las mismas ideas... El mundo ha llegado á ser demasiado estrecho para que las civilizaciones puedan desarrollarse aisladamente en cuencas distintas, sin mezclarse á una civilización superior.» Habrá sucesivamente conflic-

(1) Elíseo Reclús.

to—conflicto de trabajo y de pasiones,—entre las dos masas gigantescas que, de una y otra parte, opondrán centenares de millones de individuos, impulsados por intereses contrarios y muy lejanos todavía de comprender las ventajas de la universal solidaridad. Se ha podido decir justamente que el encuentro de las civilizaciones inquietas y movibles de los europeos y de la civilización atrasada y estacionaria de China, será quizás considerada por nuestros descendientes como el más grande hecho de la historia del planeta (1). Una formidable crisis económica, financiera, quizás aún política y social, resultará del choque de los dos mundos. Pero pronto ó tarde prevalecerá sobre los continentes pacificados la ley de las armonías intelectuales; y bajo su influjo progresivo se extenderá por todas partes, sin exclusión de razas ni de países, la concepción de esta moral científica todavía desconocida, presentida solamente, y que debe aportar á los hombres la compensación más equitativa posible de todo lo que aquí abajo falta en su efímero destino.

XI

La última palabra de estas grandes competencias intelectuales.

Marchamos hacia la unidad. Todo lo anuncia. Los pueblos se ven arrastrados, sin que puedan oponerse á ello, en un mismo círculo de vida. Es el gran signo de los tiempos.

Una actividad inaudita se gasta para el cumplimiento de esta obra de estrechamiento y de concentración. Diariamente, viajeros intrépidos, obedeciendo al impulso propio ó al de su gobierno, no dejan de recorrer constantemente comarcas y mares desconocidos para hacerles entrar en el dominio de la geografía positiva, ó para abrir nuevas salidas á la cantidad innumerable de productos con que la industria europea re-

(1) Véase Anatole Leroy-Beaulieu, *L'Asie et l'Europe*, 1902.

carga los mercados del universo. ¿Qué digo? Muy pronto París, Londres, San Petersburgo, Pekín, Melbourne, Yokohama, San Francisco, Nueva-York, no formarán más que las partes de un mismo todo; y será el mercado del mundo, como le llaman los economistas, en que el equilibrio se establecerá a cada momento entre las ofertas y las demandas emanadas de los diferentes puntos del globo.

La humanidad, pues, por todas las manifestaciones de la literatura, del arte, de la industria y del comercio, tiende cada vez más á salir del círculo de las nacionalidades, cuyo principio se habría querido reavivar en nuestros días. Cuando el hombre aumenta sus puntos de contacto con la naturaleza, ¿cómo subsistirían los influjos del medio, fatales de algún modo y siempre semejantes? Que la aproximación más íntima y la recíproca de los pueblos tengan por consecuencia inevitable atacar la integridad de su genio individual, no parece en modo alguno dudoso. Es la ley evidente de la evolución actual, la ley forzosa que les será preciso, sin embargo, sufrir. El cosmopolitismo intelectual se extenderá, para nivelarlas, sobre las diferencias nacionales. La civilización prosigue su camino, inexorablemente destructor, de las variedades locales. Los tipos se van, las particularidades se borran, el hombre se hace en todas partes semejante al hombre, y los viajeros que recorren el mundo encuentran menos contrastes singulares y detalles salientes de costumbres, que los eruditos que exploran los siglos pasados. En los recuerdos de las literaturas indígenas, estará verdaderamente la única originalidad duradera.

Llegando á ser el cosmopolitismo y el internacionalismo, como por fuerza, la vida inminente del espíritu moderno, la función social de la literatura cambiará necesariamente de naturaleza. Y como ha señalado Brunetière, en vez de mantener las tradiciones que dividen, porque no han nacido más que de la necesidad de «oponerse para ponerse», no tomará de cada una de ellas ni retendrá, para confundirla en una viva universalidad, sino lo mejor, lo más original y más puro.

Bastantes matices preciosos, signos de razas, restos de un pasado pintoresco, se borrarán en esta mezcla para sólo pertenecer á la historia. Pero lo que permanecerá intangible, en medio del movimiento de las cosas, de los hombres y de las ideas, es el privilegio en que se reconocerán siempre, en arte, en literatura, los verdaderos genios: el sentido impersonal y general por donde se identifican--no sin acusar en ellos mismos un gran relieve de personalidad—con su época, con su país, con el género humano entero!

FIN

ÍNDICE ALFABÉTICO

QUE CONTIENE LOS NOMBRES DE AUTORES, DE PERSONAJES, DE LUGARES Y DE PAÍSES MENCIONADOS, ESTUDIADOS Ó CITADOS EN ESTE RESUMEN DE LA HISTORIA UNIVERSAL DE LAS LETRAS

A

C

CH

D

H

I

J

K

L

N

Q

R

S

T

U

V

ÍNDICE DE MATERIAS

Págs.

27. **La Mímica.** CUYER, Profesor en la Escuela de Bellas Artes, París.
28. **El Lenguaje.** Dr. Maurice DE FLEURY, Ex-interno de los Hospitales, París.
29. **La Escritura.** Dr. G. OBICI, Privat-docent de Psiquiatría en la Universidad de Padua.
30. **Psicología animal.** Edmond PERRIER, Director del Museo, Miembro de la Academia de Ciencias, París.
31. **La Herencia mental.** Dr. ANTHEAUME, Jefe de la Clínica de Patología mental en la Universidad de París.
32. **El Desarrollo intelectual del niño.** BLUM, Profesor de Filosofía del Liceo de Montpellier.
33. **Antropología psicológica.** Dr. MORSELLI, Profesor de Clínica de las enfermedades mentales y nerviosas en la Universidad de Génova.
34. **Psicología social** HAMON, Profesor en la Universidad libre de Bruselas.
35. **Pedagogía experimental.** BUISSON, Profesor de la Ciencia de la educación en la Universidad de París (Sorbonne).
36. **Lógica.** Dr. RUGGERO ODDI, Profesor en la Universidad de Génova
37. **Estética.** BASCH, Profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Rennes.
38. **Moral.** G. L. DUPRAT, Doctor en Letras, Profesor de Filosofía en el Liceo Rochefort-sur-Mer.
39. **Metafísica.** STOUT. Director de *The Mind.*
40. **El Genio.** Dr. TOULOUSE, Médico-Jefe del Asilo de Villejuif, Director del Laboratorio de Psicología experimental en la Escuela de Altos Estudios, París.
41. **El Contagio mental.** Dr. A. VIGOUROUX, Médico-Jefe del Asilo de Vaucluse, París.
42. **El hipnotismo y la sugestión** Dr. GRASSET, Profesor de Clínica médica en la Universidad de Montpellier.
43. **Las ilusiones y las alucinaciones.** Dr. A. TAMBURINI, Profesor de Clínica de las enfermedades nerviosas y mentales en la Universidad de Módena.
44. **La Locura. Clasificación y causas.** Dr. TOULOUSE, Director de esta Biblioteca.
45. **Los Delirios.** Dr. FERRARI, Médico del Asilo de San Mauricio.
46. **Las Demencias.** Dr. A. MARIE, Médico-Jefe del Asilo de Villejuif, París
47. **Las Debilidades mentales (Idiotez y degeneración mental).** Dr. LEGRAIN, Médico-Jefe del Asilo de Ville-Evrard, París.
48. **Las obsesiones y los impulsos.** Dr. PITRES, Profesor de Clínica médica en la Universidad de Burdeos, y Dr. RÉGIS, Encargado del curso de Patología mental en la misma Universidad.
49. **El Crimen.** Dr. COLIN, Médico-Jefe del Asilo de enajenados criminales de Gaillón.
50. **Bibliografía psicológica.** N. VASCHIDE, Jefe de los trabajos del Laboratorio de Psicología experimental en la Escuela de Altos Estudios, París.

TOMOS PUBLICADOS

Dugas.—La imaginación.
Malapert.—El carácter.
Duprat.—La moral.

Precio de cada tomo, 4 pesetas.

De venta en la misma librería.

TOMOS EN 8.°

Altamira.—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas.
Arreat.—La moral en el drama, en epopeya y en la novela, 2,50.
Baldwin.—Historia del alma, 4.
Becerro de Bengoa.—La enseñanza en el siglo xx, 3
Bergson.—Materia y memoria, 3,50.
Binet.—Introducción á la Psicología experimental, 2,50.
Psicología del razonamiento, 2,50.
El fetichismo en el amor, 3.
Bray.—Lo bello, 3,50.
Bunge.—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.
La Educación.—La educación contemporánea, 4.
La Educación.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.
Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
Cubas.—Mitología popular, 4.
Delbœuf.—El dormir y el soñar, 3.
Feré.—Sensación y movimiento, 2,50.
Degeneración y criminalidad, 2,50.
Ferriére.—Los mitos de la Biblia, 4.
Errores científicos de la Biblia, 4.
Fouillée.—La moral, el arte y la religion, según Guyau, 4.
Gauckler.—Lo bello y su historia, 2,50.
González Serrano.—Psicología del amor, 2,50.
Pequeñeces de los grandes. Un folleto, 0,50.
Grasserie.—Psicología de las religiones, 4.
Guyau.—Génesis de la idea de tiempo, 2,50.
Los problemas de la estética contemporánea, 4.
Janet.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.
Lagrange.—La higiene del ejercicio en los niños y los jóvenes, 3.
El ejercicio en los adultos, 3,50.
Le Bon (Gustavo).—Psicología de las multitudes, 2,50.
Levéque.—El Espiritualismo en el Arte, 2,50.
Max Nordau.—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.
Mercier.—La filosofía en el siglo xix, 2,50.
Mosso.—La educación física de la juventud, seguida de La educación física de la mujer, 3,50.
El miedo, con 7 grabados intercalados en el texto y 2 fototipias, 4.
Payot.—La Creencia, 2,50.
Posada.—Política y enseñanza, 2,50.
Teorías políticas, 2,50.
Ribot.—Las enfermedades de la voluntad, 3,50.
enfermedades de la memoria, 2,50.
ermedades de la personalidad,

ología de la atención, 2,50.
evolución de las ideas generales, 3.
lógica de los sentimientos, 2,50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3,50.
Spir.—La norma mental, 2,50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La sugestión: su función educativa, 2,50.
La educación de los sentimientos, 4.
Tissié.—La fatiga y el adiestramiento físico, 4.
Los sueños, 3.

TOMOS EN 4.°

Bourdeau.—El problema de la muerte, 5 pesetas.
El problema de la vida, 5.
Call.—Higiene del alma y de sus relaciones con el organismo, 3.ª edición, 3.
Compayré.—La evolución intelectual y moral del niño, 7.
Fouillée.—Temperamento y carácter, 5
Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
Garófalo.—La Criminología, 6.
Guido Villa.—La psicología contemporánea, 10.
Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
La irreligión del porvenir, 7.
Hartenberg.—Los tímidos y la timidez, 5.
Hoffding.—Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 8.
Lagrange.—Fisiología de los ejercicios corporales, 5.
Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Lapie.—Lógica de la voluntad, 5.
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 7.
Max Nordau.—Degeneración. Dos tomos, 12.
Mosso.—La fatiga, con numerosos grabados en el texto, 4.
Payot.—La educación de la voluntad, 2.ª edición, 4.
Ribot.—La herencia psicológica, 7.
La psicología de los sentimientos, 8.
Ensayo acerca de la imaginación creadora, 6.
Tylor.—Antropología, 9.